
SU MAESTRA
Cautiva
EL CLAN GRAVITCH
LEONA WHITE

SU MAESTRA CAUTIVA

LEONA WHITE

Copyright © 2026 por Leona White

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto por el uso de citas breves en una reseña.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Prólogo
2. Noemi
3. Fyodor
4. Noemi
5. Fyodor
6. Noemí
7. Fyodor
8. Noemi
9. Fyodor
10. Noemi
11. Fyodor
12. Noemi
13. Fyodor
14. Noemí
15. Fyodor
16. Noemi
17. Fyodor
18. Noemi
19. Fyodor
20. Noemí
21. Fyodor
22. Noemi
23. Fyodor
24. Noemi
25. Fyodor
26. Noemi
27. Fyodor
28. Noemi
29. Fyodor
30. Noemi

31. Fyodor
32. Epílogo

También por Leona White

SINOPSIS

Terminé de dar mi última clase.

Recogí mis papeles.

Fui a por mi abrigo.

Entonces entraron dos hombres…

sin máscaras, sin explicaciones,

solo mi nombre y la orden de que los acompañara sin hacer ruido.

Me ataron las manos,

me taparon la boca,

me sacaron a rastras de mi aula

para llevarme al mundo de un desconocido.

Desperté en su casa:

una habitación cerrada con llave,

un niño aterrorizado al que conocía.

Sasha.

Mi alumno.

Suplicándome que no lo abandonara.

Y, detrás de él…

Fyodor Gravitch.

Tatuado. Silencioso. Peligroso.

Un hombre que me secuestró

porque no sabía cómo criar a su hijo.

Lo desafío.

Lo corrijo.

Le enseño a abrazar al niño que apenas comprende.

Pero entonces descubro la verdad:

pertenece a la Bratva.

Nuestros enemigos nos dan caza.

Los pisos francos arden.

Y el hombre al que debería temer se convierte en aquel del que no puedo escapar.

Pero la noche en que se va,

la puerta se abre de golpe…

unas manos me agarran,

Sasha grita…

y lo único que puedo pensar es:

¿qué pasará si Fyodor no consigue volver?

Nota de la autora: Su Maestra Cautiva es un romance oscuro, intenso y cargado de emociones con la Bratva rusa, lleno de peligro, pasión y fuertes lazos familiares. **¡Sin continuará! ¡Final feliz garantizado!**

1

PRÓLOGO

FYODOR

Noviembre…

El aire del cementerio me escuece en la garganta al inhalarlo por la nariz; lo retengo tres segundos exactos antes de soltarlo. El frío me muerde las mejillas expuestas y las puntas de las orejas allí donde el gorro no llega a cubrirlas del todo. Mis zapatos de vestir se hunden en la hierba cubierta de escarcha con cada paso, y la humedad se filtra por las costuras del cuero hasta mojarme los calcetines. Camino tras el cortejo de dolientes vestidos de negro, que avanzan con los hombros encogidos contra el viento de noviembre que azota el camposanto y esparce hojas muertas sobre las lápidas de mármol.

El ataúd de Dominik Gravitch descansa suspendido sobre la fosa abierta mediante cables de acero que chirrían cuando el viento sopla con la fuerza suficiente para mecer la madera pulida. La voz del sacerdote recita una liturgia monótona, y el aullido del aire entre las ramas desnudas sobre nuestras cabezas engulle sus palabras, aunque, de todos modos, no estoy escuchando realmente. Observo a Yuri, mi tío y padre de Dominik, de pie junto a otros dolientes, tanto de los Gravitch como de los Mirov.

Mi jefe está a la cabecera de la fosa con su nueva esposa resguardada contra su costado, bajo su brazo. Su rostro sigue pareciendo tallado en granito, pero sus dedos se hunden en el hombro de Inessa a través de su abrigo de lana negra con tal fuerza que veo cómo la tela se amontona y se tensa. Ella tiembla bajo su agarre. Su cabello castaño azota su rostro manchado de lágrimas y no se lo aparta. Llora abiertamente, con el cuerpo sacudido por sollozos que la recorren desde los hombros hasta las rodillas, y Yuri la mantiene erguida mientras ella llora la muerte de su hijo y de su propio padre, que fueron asesinados juntos.

Cambio el peso de mis pies y siento el lodo moverse bajo las suelas. El frío ha logrado atravesar mi abrigo y mi camisa para presionar mis costillas y mi columna. Flexiono los dedos dentro de los guantes para mantener el flujo sanguíneo en las puntas. Detrás de mí, Lev se aclara la garganta y oigo cómo escupe en el suelo congelado. Vadim murmura una oración entre dientes. Dimitri está a mi izquierda con las manos entrelazadas frente a él y los ojos fijos en el féretro.

Cada cual gestiona la muerte a su manera, pero esta pérdida representa cosas casi trágicas. El heredero al trono de los Gravitch está bajo tierra, o lo estará en breve, y aunque la guerra desencadenada por los eventos que causaron su muerte se ha cerrado en un paquete aparentemente ordenado, quedan cabos sueltos. Por eso estoy aquí.

El sacerdote termina su oración y retrocede mientras los operarios se adelantan para bajar el ataúd a la tierra. Los cables gimen y chirrían al desenrollarse, y el sonido atraviesa el viento y se me clava en el cráneo. Los sollozos de Inessa se intensifican. La mandíbula de Yuri se tensa y una vena le late en la sien. Pero, como el hombre estoico que todos sabemos que es, el jefe no llora. Maldita sea, ni siquiera parpadea mientras observa cómo esa caja desciende al foso excavado para ella.

Cuando el ataúd se asienta en el fondo, las rodillas de Inessa flaquean y Yuri la sujeta antes de que toque el suelo. La levanta

contra su pecho y se la lleva de la tumba hacia la fila de coches negros aparcados junto al camino del cementerio. Sigo a distancia con los demás. Mi aliento forma nubes blancas en el aire que se disipan tan rápido como aparecen, arrastradas por un viento que promete lluvia para esta noche.

Al llegar a los coches, Yuri entrega a Inessa a un chófer que la ayuda a subir al asiento trasero de un sedán. Ella se desploma contra la ventanilla y apoya la frente en el cristal. Sus hombros se agitan y mueve la boca, pero no alcanzo a oír lo que dice. Yuri cierra la puerta y se gira hacia mí.

—Camina conmigo —dice—.

Me pongo a su paso mientras se aleja de los coches y se adentra en el cementerio. Sus botas rompen el hielo fino de los charcos que salpican el camino. Su respiración es constante y controlada, como si el frío no le afectara en absoluto. El pelo entrecano asoma bajo su gorro, y sus ojos gris acero escanean las lápidas que pasamos como si buscara algo entre los muertos.

Caminamos varios minutos antes de que vuelva a hablar.

—Gracias por volver —me dice Yuri. Su tono es casi monótono mientras continúa—. ¿Has cerrado los asuntos en Perm con facilidad? —La misión en la que estaba allí ha terminado, y nuestras rutas comerciales por el este están reforzadas, pero la llamada de Yuri para que regresara rápido llegó en el momento perfecto.

—Sí —confirmo—. He vuelto en cuanto recibí su mensaje.

—Bien —deja de caminar y se gira para mirarme de frente—. Te necesito aquí ahora. —Yuri rebusca en su abrigo y saca un paquete de cigarrillos. Extrae uno y lo sostiene entre los labios mientras guarda el paquete en el bolsillo. Luego, lo enciende con un mechero plateado que hace clic dos veces antes de que prenda la llama; inhala profundamente y mantiene el humo en los pulmones hasta

que sale por las fosas nasales. El olor se mezcla con el aroma de la tierra mojada y las hojas en descomposición.

—Mi hijo ha muerto —dice—. Mi esposa ha perdido a su padre. —Toda la historia es una tragedia, pero no necesito detalles para saber cómo les ha afectado a ambos—. Y ahora —continúa, entornando los ojos hacia mí—, Inessa se enfrenta a cargos por matar a su propia madre. Y el hombre responsable de ponerla en esa situación está actualmente bajo protección del Estado.

Mi trabajo como ejecutor en esta familia bajo el mando de mi tío consiste en hacer cumplir los límites y acuerdos establecidos. Como el trabajo que hice en Perm, donde recordé a los hombres que tenemos contratados quién es el jefe y por qué es a él a quien escuchan. Pero sé que Yuri me ha pedido que vuelva por otras razones, y estoy ansioso por saber cuáles son.

—Marat Koslov —continúa Yuri, dándole otra calada a su cigarrillo— estaba allí, en una habitación privada, observándolo todo. Vio a Inessa matar a Victoria mientras él se escondía como un cobarde, y luego fue a las autoridades y denunció un asesinato…

Siento que el frío se asienta más profundamente en mis huesos. Los dedos de los pies se me han quedado entumecidos dentro de los zapatos. Cierro los puños y aprieto hasta que me duelen los nudillos.

Sostengo su mirada. Sostengo su mirada. —¿Qué necesita de mí? —Si este hombre ya ha acudido a las autoridades, no hay mucho que yo pueda hacer, a menos que se trate de localizarlo bajo la protección estatal. Pero si eso es lo que el jefe me pide, eso es lo que haré.

Yuri se acerca. El olor del humo del tabaco se le pega al abrigo y al pelo. Su aliento empaña el aire entre nosotros cuando habla. —Necesito a Marat Koslov muerto antes de que pueda testificar. Necesito que lo silencies permanentemente para que mi esposa no se pase el resto de su vida pudriéndose en una celda por librar al mundo de una mujer que merecía morir.

El viento arrecia y me araña el abrigo. Me arden las orejas por el frío.

—Inessa es de la familia ahora —continúa Yuri—. Es mi esposa, y no permitiré que cargue con las culpas por esto. No cuando la verdadera responsabilidad es de Victoria.

Alarga la mano y me agarra del hombro. Sus dedos presionan con tal fuerza que los noto a través de las capas de tela.

—Con Dominik fuera, ahora eres mi mano derecha, Fyodor. Te confío esto porque sé que no me fallarás. Localízalo dondequiera que lo hayan escondido y elimínalo antes de que tenga la oportunidad de testificar.

Asiento lentamente mientras las órdenes cobran forma en mi mente y comienzan a asentarse. —Lo encontraré, Jefe. —Siempre he sabido que Yuri confiaba en mí para tareas importantes. Antes de que Dominik tuviera edad suficiente para opinar, yo era a quien Yuri acudía en busca de consejo. Ser integrado en el círculo íntimo como su nueva mano derecha es un honor en el que no fracasaré.

—Sé que lo harás. —Yuri me suelta el hombro y retrocede—. Porque si no lo haces, mi esposa irá a prisión y la perderé de la misma forma que perdí a mi hijo. Y no puedo permitir que eso ocurra.

Se da la vuelta y comienza a caminar de regreso hacia los coches. Lo sigo a varios pasos de distancia. Mi mente ya está trabajando en la logística. La protección de testigos en Rusia no es tan segura como afirman las autoridades. Siempre hay brechas y vulnerabilidades. Es simplemente cuestión de encontrarlas y explotar las debilidades antes de que se acabe el tiempo.

Al llegar a los vehículos, Yuri se detiene con la mano en el tirador de la puerta y me mira de reojo por encima del hombro.

—No me decepciones, Fyodor.

—No lo haré, jefe —le aseguro, y no tengo ninguna intención de fallarle.

Abre la puerta y se desliza en el asiento trasero junto a Inessa. Ha dejado de llorar, pero tiene los ojos rojos e hinchados. Mira al frente, a la nada, mientras Yuri la rodea con el brazo por los hombros y la atrae hacia sí. El chófer cierra la puerta y el coche se aleja del bordillo.

Ser la mano derecha de Yuri Gravitch es un ascenso por el que he trabajado durante años, aunque nunca imaginé que llegaría a un precio tan alto. Dominik fue preparado desde su nacimiento para ocupar su lugar al lado de su padre. Ahora está muerto, y yo soy el elegido para llenar el vacío. La realidad es sobrecogedora.

Me quedo allí solo, en la zona de aparcamiento del cementerio, y veo cómo el coche desaparece por la carretera. El viento aúlla entre los árboles y hace que más hojas muertas revoloteen por el pavimento.

Encontrar a Marat requerirá recursos, contactos y paciencia. Está escondido en algún lugar dentro del sistema de protección del Estado, probablemente trasladado ya varias veces para evitar que nadie lo rastree. Pero el sistema tiene debilidades, y conozco a personas que pueden explotarlas por el precio adecuado.

2

NOEMI

Diciembre… Una semana para *Novy God*.

El frío que hace hoy fuera cala hasta los huesos, pero no es tan insoportable como esa helada agria que llegará en enero, cuando el viento atraviesa cada capa de ropa y deja la piel expuesta ardiendo. Hoy el aire se siente nítido y limpio; la nieve cruje bajo mis botas mientras cambio el peso de un pie a otro y recorro con la mirada el patio de recreo, donde treinta niños se reparten por el recinto en estallidos de color y ruido. Sus voces se elevan en gritos y risas, con chillidos agudos que rompen el susurro constante de la nieve al caer. Los copos bajan flotando desde el cielo gris y se me quedan en las pestañas, derritiéndose contra mis mejillas cuando parpadeo.

—¡Anya, no seas tan bruta! —grito. Esa pequeña amenaza. —*Akh ty, shel'ma*. Los niños pueden ser muy violentos entre ellos a veces, y Anya tiene una vena maliciosa.

Me ajusto más la bufanda alrededor del cuello y hundo las manos enguantadas en los bolsillos. La tela me roza la barbilla, una lana áspera que huele levemente al cedro del arcón donde la guardo doblada entre temporadas. Mi aliento forma nubes blancas que flotan en el aire un momento antes de disiparse.

Cuento cabezas por instinto, moviendo los ojos de un grupo al siguiente. Ocho niños se amontonan alrededor de los columpios, con las manos enfundadas en mitones apretando las cadenas mientras impulsan las piernas para ganar altura. Otros cinco construyen un muñeco de nieve torcido cerca de la valla, apretando puñados de nieve húmeda contra la base mientras discuten sobre dónde deberían ir los brazos. El resto se dispersa por el espacio abierto, corriendo, persiguiéndose y lanzando bolas de nieve que estallan en una nube blanca al alcanzar su objetivo.

Sasha chuta un balón con otros tres chicos cerca del borde del patio, donde el césped deja paso a hierbajos más altos y matorrales helados. Su pelo oscuro asoma por debajo del gorro de lana y tiene las mejillas encendidas por el esfuerzo. Se ríe cuando uno de los chicos tropieza con sus propios pies y aterriza de cara en un montón de nieve. El sonido viaja por todo el patio, alegre y espontáneo, y hace que se me encoja el pecho mientras lo veo correr tras la pelota cuando se aleja del grupo. Lleva el abrigo abierto a pesar de todas las veces que le he recordado que se suba la cremallera antes de salir.

Me entran ganas de llamarlo para decirle que se lo cierre otra vez, pero no quiero ser una pesada. Educar a chicos jóvenes es especialmente difícil si sus familias no son estables, y Sasha tiene una vida dura. Si pasar un poco de frío en el recreo es lo peor que le pasa en el colegio, no es algo terrible.

El balón bota una vez, dos, y luego desaparece entre la maleza. Sasha lo sigue sin dudarlo, adentrándose en el matorral donde la nieve es más espesa y los tallos muertos se elevan por encima de su cintura. Lo pierdo de vista de inmediato. Los hierbajos se cierran sobre el lugar por donde ha entrado y lo único que alcanzo a ver es el balanceo de los tallos marrones allí donde su cuerpo los roza.

Saco las manos de los bolsillos y doy unos pasos en esa dirección. El corazón me late un poco más rápido, aunque me digo a mí misma que no hay motivo para preocuparse. Solo está recuperando el

balón. Volverá en un momento, pero tengo un miedo irracional a perder a uno solo de estos niños. Sus padres me confían su cuidado y me lo tomo muy en serio.

Pero el caso de Sasha es distinto. Cuando me enteré del diagnóstico de cáncer de su madre, casi me vengo abajo. Que un niño pierda a un progenitor a una edad tan temprana te cambia la vida. No se lo merece de ninguna de las maneras, y eso no ha hecho más que fortalecer mi afecto por él. Ahora me preocupo por él más que por cualquier otro alumno, así que momentos como este hacen que contenga el aliento por miedo.

Miro por encima del hombro a los demás niños, comprobando que nadie se haya subido demasiado alto en los juegos o se haya acercado demasiado a la calle más allá de la valla. Parece que todos están localizados. Así que me vuelvo hacia la maleza.

Sasha aún no ha salido. Los tallos siguen balanceándose, pero no sé si es por sus movimientos o por el viento, que ha cobrado fuerza en los últimos minutos. Ahora nieva con más intensidad, copos gordos que se pegan a mi abrigo y se derriten formando manchas oscuras en la tela. Me limpio la cara con el dorso del guante y noto cómo la humedad se acumula en la lana.

—Sasha —llamo. Mi voz no llega tan lejos como esperaba. La nieve al caer parece absorber el sonido y amortiguarlo, y el viento lo arrastra lejos—. Sasha, vuelve ya mismo.

Pero no hay respuesta y los hierbajos siguen moviéndose. Doy otros pasos hacia delante, y mis botas se hunden más en la nieve con cada zancada. El frío se filtra a través del cuero y me hiela los dedos de los pies. Los flexiono dentro de los calcetines para mantener la circulación.

Las voces de los otros niños se atenúan ligeramente, aunque todavía los oigo reír y gritar. Echo un vistazo atrás una vez más para confirmar que todos siguen donde deben, pero no voy a dejar que un niño ande por ahí perdido entre matorrales altos. No puedo.

—Sasha. —Esta vez levanto la voz, forzándola más—. Tienes que salir ya. El recreo está a punto de terminar.

Incluso así no hay respuesta, y eso hace que mis pulsaciones suban unos puntos. Me digo que está bien, que probablemente ha encontrado el balón y está de camino, pero mi cuerpo no se cree el consuelo. Es como si mi sistema nervioso supiera algo que yo no sé: las manos me tiemblan de miedo y no de frío, y el pulso se me acelera. Los hierbajos parecen más grandes a medida que me acerco, sus tallos secos chocan entre sí cuando el viento los atraviesa. La nieve se ha amontonado contra su base en montículos desiguales que me llegan a las rodillas.

Me detengo en el borde del matorral y asomo la vista por la maraña de tallos y sombras. La luz es más tenue aquí, filtrada por la vegetación muerta que tapa el cielo. No veo a más de un metro de distancia. Todo se desdibuja en tonos marrones, blancos y grises.

—¡Sasha! —se me quiebra la voz. El pánico me sube por la garganta mientras trago saliva y noto el sabor de la bilis. ¿Y si está herido? ¿Y si se ha tropezado y se ha dado un golpe en la cabeza con una piedra enterrada bajo la nieve? ¿Y si se ha perdido y no sabe en qué dirección ir para volver? Mis pensamientos giran más rápido de lo que puedo controlar. Doy un paso entre la maleza, luego otro. Los tallos rozan mi abrigo y se enganchan en las mangas. La nieve se desprende de las plantas y me cae por la nuca, gotas gélidas que resbalan bajo mi bufanda y me hacen estremecer.

—¡Sasha, por favor, respóndeme! —La desesperación en mi voz es evidente ahora. No me importa. Me adentro más en el matorral, apartando los tallos con los brazos. Se quiebran y crujen bajo la presión. Mis botas resbalan sobre el hielo oculto bajo la nieve. Antes de caer, me agarro a un tallo grueso que se dobla pero no se rompe bajo mi peso. Mi respiración se acelera y cada inhalación me quema los pulmones. El sudor aparece en el nacimiento del pelo y mi visión se estrecha hasta que lo único que veo es el camino que tengo

delante, el pequeño túnel entre la maleza por donde creo que ha ido.

Entonces, el matorral estalla hacia fuera en una explosión de cristales de nieve que salen volando con una ráfaga de viento. Sasha irrumpe entre los tallos a apenas un metro de donde estoy, cubierto de nieve de la cabeza a los pies. La lleva pegada al gorro, al abrigo, a los pantalones. Tiene la cara encendida y está sonriendo, y sostiene el balón triunfante sobre su cabeza.

—¡Lo tengo!

El alivio me recorre con tal fuerza que me flaquean las rodillas. Alargo las manos y lo agarro por los hombros, luego lo estrecho contra mi pecho en un abrazo demasiado fuerte y prolongado para lo que una profesora debería dar a un alumno. Se retuerce en mi agarre y siento la humedad de su abrigo calando el mío. Su pequeño cuerpo irradia calor a pesar de estar cubierto de nieve, y apoyo la cara sobre su cabeza mientras inhalo el olor del aire frío, del sudor infantil y de la lana húmeda.

—Me has asustado —le digo. La voz me sale temblorosa. Me aparto y lo sostengo por los brazos, examinándolo en busca de heridas. Tiene las mejillas de un rojo intenso y le moquea la nariz. La nieve se derrite en sus pestañas—. No puedes desaparecer así entre la maleza. Pensaba que te habías hecho daño.

—Lo siento —dice él. Tiene los ojos muy abiertos y arrepentidos—. El balón rodó muy lejos. Tuve que sacarlo de debajo de un arbusto.

Le quito la nieve de los hombros y le coloco bien el gorro. Las manos no me dejan de temblar. —Tienes que tener más cuidado. Y la próxima vez, responde cuando te llame.

—No te he oído. —Pasa el balón de un brazo al otro—. El viento hacía mucho ruido.

Asiento e intento recobrar la compostura, pero el corazón todavía me retumba contra las costillas. —Venga, ve. Corre a jugar. Pero

quédate donde pueda verte.

Él sonríe y sale corriendo de vuelta al patio, con el balón botando contra su cadera mientras avanza. Lo veo unirse de nuevo a los otros chicos, que de inmediato empiezan a pasarse la pelota otra vez. Sus gritos llegan hasta aquí cuando uno de ellos marca un gol en una portería imaginaria y levanta ambos brazos en señal de victoria.

Me doy la vuelta y camino despacio hacia el patio con las piernas inestables mientras el pánico se desvanece gradualmente, sustituido por la vergüenza por haber reaccionado de forma tan exagerada. No ha sido apropiado. Se supone que los profesores no deben perder los estribos porque un alumno se aleje dos minutos para recuperar un balón. Se nos entrena para mantener la calma, para evaluar las situaciones racionalmente, para responder con las medidas adecuadas. Pero en el momento en que dejé de ver a Sasha, algo instintivo se apoderó de mí.

Desde que su madre mencionó durante las tutorías que su cáncer había progresado más rápido de lo que los médicos esperaban, mi corazón se hizo un hueco para un niño pequeño que sabía que sufriría tanto que se rompería en mil pedazos. Y ahora solo estoy esperando esa llamada, en cualquier momento, diciendo que su madre se ha ido. Me entran ganas de tomarlo en mis brazos y protegerlo del dolor que sé que es inevitable, pero no puedo.

Sasha aún no lo sabe o, si lo sabe, no ha dicho nada. Viene al colegio todos los días con su comida preparada y los deberes hechos, y una sonrisa que parece demasiado brillante para un niño que carga con ese peso. A veces lo pillo mirando por la ventana durante las clases, ensimismado, pero siempre vuelve de golpe cuando lo llamo por su nombre. Responde bien a las preguntas. Participa en las actividades de grupo, juega con los otros niños en el recreo.

Llego al borde del patio y me detengo junto a un banco de madera medio enterrado en la nieve. Siento las piernas pesadas, lastradas

por algo más que la ropa húmeda. Veo a Sasha reír mientras chuta el balón por delante de uno de sus amigos. Se mueve con tal soltura, con una gracia tan inconsciente, completamente ajeno a que su mundo está a punto de hacerse añicos.

Una parte de mí quiere hablar de nuevo con su madre, ofrecerle algún tipo de ayuda o apoyo. Pero ¿qué le diría? ¿Qué podría ofrecer que marcara una diferencia? Soy una mujer soltera que vive en un piso pequeño con un sueldo de profesora. Apenas gano lo suficiente para cubrir mis propios gastos cada mes. Alquiler, facturas, comida, algún libro ocasional o un par de zapatos cuando los míos se gastan. No hay espacio en mi presupuesto para criar a un niño, por mucho que me duela el corazón de pensar que Sasha acabe en algún centro del Estado donde solo será un número más en un sistema desbordado.

Sé que la vida no es justa, pero esta debe de ser la peor sensación de todas: saber lo injusta que será la vida con alguien y ser incapaz de detenerlo.

Pero si pudiera cambiar las cosas, lo haría. Y ese niño solo conocería el amor y la felicidad por el resto de su vida.

3

FYODOR

Enero

Llevo cinco horas en esto, encorvado sobre mi escritorio con el teléfono pegado a la oreja más veces de las que puedo contar, escuchando las mismas excusas pronunciadas por distintas voces de contactos repartidos en tres husos horarios. Me duele el cuello por mantener la misma posición durante demasiado tiempo; los músculos se me tensan formando nudos que se irradian entre los omóplatos y se instalan en la base de la columna.

El café de la taza que tengo junto al codo se ha enfriado y se ha formado una fina película en la superficie que refleja la luz que entra por la ventana detrás de mí. Debería levantarme y estirar, quizá preparar otra cafetera, pero no me muevo porque moverme significa perder un impulso que no me puedo permitir ahora mismo.

Marat Koslov está en alguna parte, escondido bajo protección estatal con guardias, casas seguras y protocolos diseñados específicamente para evitar que hombres como yo se le acerquen. Cada pista que he seguido desde noviembre ha resultado ser un callejón sin salida; cada contacto que prometió información sólida no ha aportado más que posibilidades vagas y peticiones de más dinero.

Lo de Kazán fue un fracaso. Volgograd podría haber sido prometedor, si no fuera porque para cuando mi investigador confirmó la ubicación, ya lo habían trasladado de nuevo. El Estado se está tomando esto en serio, lo que significa que saben exactamente lo peligroso que sería dejar que alguien de la familia Gravitch se acercara lo suficiente como para terminar lo que debería haberse resuelto hace meses.

El mapa pinchado en la pared frente a mi escritorio está cubierto de círculos rojos y nombres tachados, una representación visual de mi fracaso que me veo obligado a contemplar cada vez que levanto la vista de las notas esparcidas por la superficie de la mesa. Mi letra llena página tras página de un cuaderno: números de teléfono, direcciones y planes a medio formar que se disuelven en el momento en que intento ejecutarlos.

He hecho llamadas a Moscú, a contactos en Perm, a un mediador en Ekaterimburgo que afirmaba tener acceso interno al programa de protección pero que no pudo ofrecer nada más sustancial que rumores. He pagado miles en sobornos y promesas, y no estoy más cerca de encontrar a Marat de lo que estaba cuando Yuri me dio este encargo por primera vez en el funeral.

El juicio está fijado para marzo, lo que me deja menos de dos meses para localizar a un hombre al que trasladan cada pocas semanas para evitar precisamente lo que intento lograr. Es un peso persistente en el pecho que se aprieta cada vez que pienso en plantarme ante Yuri y admitir que he fallado. Él cuenta conmigo para proteger a Inessa.

Me echo hacia atrás en la silla y me presiono las cuencas de los ojos con los talones de las manos hasta que estallan colores tras mis párpados. El cuero cruje bajo mi peso, lo que solo me recuerda cuánto tiempo llevo aquí sentado sin conseguir nada. Mi teléfono descansa sobre el escritorio, esperando la próxima llamada que debo hacer. Tengo tres contactos más con los que contactar antes de que

acabe el día: personas que podrían tener información o que podrían hacerme perder otra hora con promesas vacías.

Pero antes de que pueda hacer la siguiente llamada, el nombre de Lazar parpadea en la pantalla. Lo cojo y respondo sin saludar, llevándomelo a la oreja mientras me enderezo en la silla. —¿Qué pasa?

Lazar suena apresurado cuando dice: «Jefe, tienes que bajar ahora mismo».

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto, molesto por la interrupción, pero me pongo de pie y estiro las piernas, sabiendo que una respuesta así está justificada. Si Lazar está alterado, debe de ser algo importante.

—Tenemos una... situación —dice, y cuelga antes de que pueda preguntar nada más.

Me guardo el teléfono en el bolsillo y salgo del despacho, dirigiéndome hacia la escalera. Más le vale que esto sea de vida o muerte para haber interrumpido mi trabajo. Sabe perfectamente en qué situación me encuentro y qué se espera de mí. Y sabe que cualquier retraso solo me pondrá las cosas más difíciles.

Lazar está de pie ante la puerta del dormitorio de invitados cuando llego al final de la escalera y doblo la esquina. Su corpulenta figura bloquea casi toda la entrada y tiene los brazos cruzados sobre el pecho en una postura tensa. Su pelo rubio oscuro está desgreñado, alborotado por donde se ha pasado las manos, y sus ojos color avellana se encuentran con los míos con una expresión de cansancio y hastío.

Me detengo frente a él y espero una explicación, pero él se limita a apartarse y a abrir la puerta sin decir nada. Las bisagras crujen suavemente y la luz de la ventana de la habitación inunda el pasillo; paso a su lado y cruzo el umbral mientras mis ojos se adaptan al espacio más iluminado.

Un niño está sentado en el borde de la cama con un libro en el regazo. Sus manos pequeñas sujetan las páginas pero no las pasan. No debe de tener más de diez años, es de complexión menuda y delgada, con el pelo oscuro cayéndole sobre la frente y ocultándole parcialmente los ojos. Mira fijamente la pared de enfrente con la mirada perdida; tiene las mejillas encendidas y húmedas, surcadas por el rastro de sollozos recientes, y su respiración entrecortada hace que sus hombros estrechos suban y bajen con irregularidad.

Me quedo allí, paralizado en el umbral, incapaz de procesar lo que estoy viendo. Hay un niño en mi habitación de invitados, sentado en mi cama. Nada de esto tiene sentido. Me vuelvo hacia Lazar, que sigue merodeando en el pasillo, y espero a que me explique qué demonios está pasando.

Saca un trozo de papel doblado del bolsillo de su chaqueta y me lo tiende. —Jefe..., ha pasado un abogado. Hace unos diez minutos. Se negó a quedarse incluso cuando le encañoné con mi pistola, como si supiera que no le dispararía delante de un crío. —Los ojos de Lazar están muy abiertos y tiene las cejas levantadas.

Cojo el papel y lo desdoblo despacio, sintiendo el tacto del papel de carta caro entre mis dedos. La caligrafía es cuidada y precisa, cada letra perfectamente formada con tinta negra que no se ha corrido ni descolorido, sobre un papel con el membrete de un bufete de abogados. Mis ojos recorren la primera línea, luego la segunda, y parece que la casa se tambalea a mi alrededor.

Sr. Gravitch:

Le escribo en nombre de mi cliente, Murial Koryabin, para informarle sobre la existencia de su hijo, Sasha Koryabin. Las pruebas de ADN han confirmado la paternidad con una certeza del 99,9 %. Los documentos adjuntos respaldan esta afirmación. La señora Koryabin no puede hacerse cargo del niño en estos momentos debido a circunstancias médicas y ha solicitado que quede bajo su custodia, con efecto inmediato. Toda la documentación legal ha sido presentada ante las autoridades competentes.

Las palabras se emborronan mientras las leo de nuevo, tratando de dar sentido a un mensaje que parece directo pero que resulta imposible. Vuelvo a mirar al niño, observándolo de verdad esta vez, buscando en sus rasgos algo que me resulte familiar. El pelo oscuro coincide con el mío. La forma de su cara, la línea de su mandíbula, la manera en que frunce el ceño denotando inseguridad..., todo ello refleja aspectos de mi propio reflejo, ese que veo cada mañana en el espejo del baño.

Me tiemblan ligeramente las manos y el papel se arruga por donde mis dedos lo aprietan con demasiada fuerza. Me obligo a respirar despacio, llevando el aire hasta el fondo de los pulmones y manteniéndolo allí antes de soltarlo por la nariz. El niño me observa ahora con ojos grandes y ribeteados de rojo, y los rastros de las lágrimas aún son visibles en sus mejillas.

Está aterrorizado. Lo veo en cada línea de su pequeño cuerpo, en la forma en que se ha encogido sobre sí mismo y se aferra a ese libro como si fuera lo único sólido que le queda en el mundo.

—¿Dónde está la madre? —pregunto con dureza, dirigiendo bruscamente la mirada hacia Lazar, que cambia el peso de su cuerpo detrás de mí y arrastra las botas por el suelo.

—El abogado no lo ha dicho. Se limitó a dejar al niño y se marchó. Dijo que alguien se pondría en contacto con nosotros si necesitábamos documentación.

Leo la carta de nuevo, centrándome esta vez en el nombre: Murial Koryabin. El nombre me resulta vagamente familiar, tirando de recuerdos que no alcanzo a precisar. Ha habido demasiadas mujeres a lo largo de los años, demasiadas noches que se desvanecen en encuentros sin importancia que nunca me he molestado en recordar. Pero si esta prueba de ADN es legítima y la documentación es real, entonces este niño que tengo delante es mi hijo. El concepto me resulta extraño, imposible, completamente opuesto a todo lo que sé de mi propia vida.

Doblo la carta y me la guardo en el bolsillo, luego me vuelvo hacia Lazar. ——Encuéntrala. Usa a nuestro investigador. Quiero saber dónde está, por qué no puede cuidar de él y qué significan esas «circunstancias médicas» en este contexto.

—Ya he hecho la llamada, jefe. Mañana deberíamos tener algo. — Mira al niño por encima de mi hombro y luego vuelve a mirarme a mí —. ¿Qué quieres que haga con él mientras tanto? —

No tengo respuesta porque no sé qué hacer con un niño. Nunca he tenido que cuidar de nadie más que de mí mismo, nunca he tenido que considerar lo que otra persona necesita, quiere o requiere para sobrevivir. Mi vida se estructura en torno a la soledad y el trabajo, en torno a tareas que exigen concentración sin la complicación de tener personas a mi cargo.

Un niño lo cambia todo, introduce variables que no estoy preparado para manejar, especialmente ahora que se supone que estoy cazando a un testigo que se me escapa más cada día que pasa.

Entro del todo en la habitación y cierro la puerta tras de mí, dejando a Lazar en el pasillo. El niño me observa y noto que su postura cambia al acercarme. Se pega contra el cabecero, poniendo tanta distancia entre nosotros como le permite el reducido espacio. Sus nudillos se vuelven blancos por la fuerza con la que sujeta el libro.

Me detengo a unos pasos de la cama y lo miro, tratando de descubrir qué se supone que debo decir. —¿Cómo te llamas? —

—Sasha —su voz es apenas audible, un susurro que tiembla de miedo.

—Sasha. —Lo repito, probando cómo suena en mi boca. No siento que sea un nombre que me corresponda pronunciar—. ¿Sabes quién soy? —

Él asiente con la cabeza, un movimiento brusco que hace que el pelo le caiga aún más sobre los ojos. —El hombre ha dicho que eres mi papá. —

La palabra resulta muy extraña y surrealista. Apenas puedo asimilarla. Si una mujer me dijera que está embarazada, la creería. ¿Pero esto? ¿Un niño de diez años apareciendo en mi puerta? Es inconcebible.

—¿Dónde está tu madre? —pregunto sin darme la vuelta.

—Está en casa, creo —le tiembla el labio inferior y yo suelto un profundo suspiro—. Como si a este niño le fueran a contar algo. Por lo que yo sé, ella puede haberlo soltado aquí y haber salido corriendo, y ni siquiera sé quién es.

Cierro los ojos y me presiono la frente con la palma de la mano, sintiendo que me empieza a punzar la cabeza.

—Quiero irme a casa. —La voz de Sasha sube de tono y ahora tiene un temblor añadido—. Quiero a mi *mamochka*. —

—No puedes. —Las palabras salen demasiado directas, demasiado duras. Lo oigo gemir y me odio por ello, pero me doy la vuelta para mirarlo—. Tendrás que quedarte hasta que averigüemos qué va a pasar. —

Nuevas lágrimas resbalan por sus mejillas y todo su cuerpo empieza a agitarse con sollozos que intenta reprimir. —Pero no quiero quedarme aquí. Quiero a mi *mamochka*. —

Cruzo la habitación y me planto ante él, imponiéndome sobre su pequeña figura. Mi estatura le dobla con creces y sé que debo de resultarle aterrador. —Sé que quieres a tu madre. Pero no está aquí. Estoy yo. Así que te quedas conmigo. —

Me mira con los ojos llorosos y el labio inferior trémulo. —¿Vas a hacerme daño? —

Hago una mueca ante la pregunta porque me doy cuenta de lo cruel que debo de sonarle con mis respuestas cortantes. Es que no estoy preparado para esto. —No. No voy a hacerte daño. —

—*Mamochka* decía que eras peligroso. —Lo dice con cautela, como si estuviera intentando ver si soy sincero—. Por eso nunca dejó que te viera antes. —

—Tu madre tenía razón. —Doy un paso atrás, necesitando distancia —. Pero no voy a hacerte daño. Aquí estás a salvo, ¿entiendes? —

No parece convencido; se limita a girar la cara hacia la ventana y a abrazar el libro con más fuerza. Su pequeño cuerpo sigue temblando, con los hombros agitados por un llanto silencioso. Lo observo durante varios segundos largos, completamente fuera de mi elemento, antes de dirigirme hacia la puerta.

—Tengo hambre. —Su voz me detiene con la mano en el pomo.

Vuelvo a mirarlo. —¿Qué quieres comer? —

——Lo que sea. Por favor. —Ese «por favor» hace que algo se retuerza con incomodidad en mi pecho.

Salgo de la habitación sin responder y encuentro a Lazar esperando todavía en el pasillo. —Encuentra a la madre. Necesito respuestas. —

—En ello estoy. —Se aleja y yo me dirijo hacia la cocina.

Me detengo en el centro y me quedo mirando el frigorífico, dándome cuenta de que no tengo ni idea de lo que hay dentro. Yo no cocino. Pido comida a domicilio o como en restaurantes cuando tengo hambre. La cocina existe para el café y para nada más.

Abro el frigorífico y examino el patético contenido. Media docena de huevos. Leche que probablemente esté caducada. Algo de embutido todavía en su envase de plástico. Nada que un niño quisiera. Nada que constituya una comida de verdad para un adulto, y menos para un niño.

En el congelador hay platos precocinados apilados en filas ordenadas, así que cojo uno al azar —*strogonoff* de ternera, según la etiqueta— y lo meto en el microondas. El aparato zumba mientras

se calienta y yo me apoyo en la encimera con las palmas de las manos apretadas contra el granito frío.

Esto es lo último que necesito ahora mismo. Tengo un testigo al que dar caza, un plazo para el juicio que se aproxima y a Yuri esperando unos resultados que no puedo ofrecer. No hay lugar en nada de eso para hacer de padre de un niño de diez años asustado que quiere a su madre.

Lazar tiene que encontrar a esa mujer, y rápido, porque este crío tiene que irse. Quizá cuando encuentre y mate a Marat Koslov, investigue esta situación un poco mejor. Ser padre no sería lo peor que me podría pasar, pero ahora mismo no tengo tiempo ni paciencia.

4

NOEMI

El polvo de la tiza me cubre las yemas de los dedos mientras escribo la última ecuación en la pizarra; el polvo blanco se asienta en los pliegues de mi piel y bajo mis uñas. Termino el último número y doy un paso atrás para examinar el problema, comprobando que cada dígito sea legible y esté bien espaciado para que los alumnos puedan copiarlo en sus cuadernos sin confundirse.

Detrás de mí, los niños están sentados en sus pupitres con los lápices listos sobre el papel, esperando permiso para empezar a resolverlo. El radiador bajo las ventanas traquetea y sisea, bombeando un calor a la clase que lucha contra el frío que se filtra por el cristal. Me giro hacia la clase y me sacudo los restos de tiza de las manos.

—Tenéis quince minutos para completar este problema. Indicad todos los pasos y recordad que debéis revisar la respuesta cuando hayáis terminado.

El rasgueo de los lápices sobre el papel llena la habitación de inmediato; las cabezas se inclinan sobre los pupitres mientras los niños se sumergen en los cálculos. Me muevo entre las filas, echando un vistazo a su trabajo y ofreciendo correcciones en voz

baja cuando detecto errores en el proceso. El reloj de la pared, sobre la puerta, avanza rítmicamente hacia la hora de salida. Sé que estos niños esperan con impaciencia el fin de semana con toda la nieve recién caída. Han estado inquietos todo el día, probablemente soñando despiertos con trineos, batallas de bolas de nieve y todo el caos que conlleva jugar en invierno.

Mis ojos se desvían automáticamente hacia el pupitre vacío que ha estado desocupado toda la semana. Los libros de texto de Sasha siguen apilados pulcramente dentro del pupitre. Su estuche está encima, donde lo dejó el pasado viernes antes de salir corriendo para coger el autobús.

He intentado llamar al número de su casa tres veces esta semana, pero nadie responde. El teléfono suena y suena hasta que salta el contestador, y dejo mensajes que no reciben respuesta. No es inusual que los alumnos falten un día o dos cuando están enfermos, pero una semana entera resulta preocupante, y nadie ha llamado al colegio para avisar de que ha estado mal.

El timbre suena tan fuerte que provoca una erupción inmediata de movimiento. Los niños meten los cuadernos en las mochilas, cierran las cremalleras de los estuches y se apresuran hacia los percheros donde cuelgan sus prendas de abrigo. Las voces se elevan en un parloteo emocionado sobre los planes para el fin de semana, y alzo la voz por encima del alboroto para recordarles los deberes del lunes, pero la mitad ya han cruzado la puerta antes de que termine de hablar.

En pocos minutos, el aula se vacía por completo. Es una sensación agridulce saber que he terminado de trabajar y que puedo relajarme, pero echaré mucho de menos sus caras sonrientes.

Vuelvo a mi mesa y me hundo en la silla, acercando mi agenda escolar y abriéndola por el horario de la semana que viene, donde anotaciones con códigos de colores detallan lo que aprenderemos a partir del lunes. Destapo mi bolígrafo y escribo una nota en el

margen junto a la fecha del lunes para preguntar por Sasha si no viene.

Me duele el corazón por él mientras me pregunto si el motivo de su ausencia esta semana se debe a la enfermedad de su madre y no a la suya propia. Las familias lidian con la enfermedad a su manera, pero no informar al colegio o al profesor del niño me parece extraño. O tal vez es que me he dejado llevar demasiado por la idea de rescatarlo.

Cierro la agenda y empiezo a recoger mis cosas, metiendo papeles en el bolso y poniéndome el abrigo. La tela todavía está fría de haber estado colgada en el respaldo de mi silla todo el día, y me estremezco mientras paso los botones por sus ojales. Mi bufanda cuelga del perchero junto a la puerta, y estoy alargando la mano para cogerla cuando oigo unos pasos pesados en el pasillo, acercándose a mi aula.

Un hombre aparece en el umbral justo cuando me estoy enrollando la bufanda al cuello. Es alto y de hombros anchos, y viste un abrigo negro de aspecto caro que le llega a las rodillas. El pelo oscuro enmarca un rostro que es todo ángulos duros y expresión contenida, y sus ojos marrones recorren la habitación antes de posarse en mí. Detrás de él, alcanzo a ver a otro hombre, igual de imponente, de pie justo fuera con las manos entrelazadas frente a él.

Me quedo helada y le miro, sintiéndome un poco intimidada. Este hombre no pertenece a este colegio. Eso lo sé con certeza. No es un padre al que haya visto nunca, y no me da la impresión de ser el tipo de persona que defiende los derechos de la infancia. El pulso se me acelera un poco mientras respiro hondo e intento calmarme.

—¿Puedo ayudarle? —La inquietud me recorre la espalda.

—Señorita Noemi Dragunova, necesito hablar con usted. —El hombre, que sigue sin identificarse, no se mueve del umbral ni ofrece su mano, ni una sonrisa, ni ninguna de las amabilidades sociales que suelen acompañar al encuentro con una persona nueva.

Sus rasgos son severos y están centrados en mí. Pero no tengo ni idea de quién es.

Bajo la mano y doy un pequeño paso hacia atrás, poniendo más distancia entre nosotros—. Me marchaba ahora mismo. Si necesita hablar de algo relacionado con uno de mis alumnos, tendrá que volver el lunes durante el horario escolar y presentarse primero en secretaría.

Él da un paso hacia el interior del aula, y el hombre que está detrás cambia de posición para seguir siendo visible en la puerta. Mi pulso martillea contra mi garganta ahora, con tanta fuerza que puedo oírlo en mis oídos. Algo va muy mal aquí. Los padres no abordan así a los profesores para acorralarlos en aulas vacías después de la hora de salida con un refuerzo esperando en el pasillo.

—Esto no puede esperar hasta mañana. —Se acerca más, y noto cómo su abrigo se abre ligeramente para revelar un traje debajo, de tela cara y cortado a medida para ajustarse perfectamente a su complexión—. Se trata de uno de sus alumnos. Sería conveniente que viniese conmigo.

Se me seca la boca—. ¿De qué alumno? —Pero, antes de que responda, ya sé de quién está hablando.

—Sasha Koryabin.

Escuchar el nombre de Sasha me revuelve el estómago, me expulsa el aire de los pulmones y hace que me flaqueen las rodillas. De acuerdo, este hombre no es un asistente social ni un médico, pero no estoy segura de quién es. Sasha no tiene padre registrado, solo a su madre, y nada de esto tiene sentido.

—¿Qué pasa con Sasha? ¿Está bien? ¿Su madre está...? —Las palabras salen atropelladas, tropezando unas con otras en mi desesperación por obtener información.

—Venga conmigo y se lo explicaré —hace un gesto hacia la puerta, pero no hay nada de acogedor en el movimiento. Es más bien una

orden, y todos mis instintos me gritan que no lo siga.

—No voy a ir a ninguna parte hasta que me diga qué ha pasado —yergo la espalda y me obligo a sostenerle la mirada, a pesar de que mirarlo me pone la piel de gallina—. Si algo le pasa a Sasha, puede decírmelo aquí mismo.

Su expresión no cambia, pero algo brilla en sus ojos. Impaciencia, tal vez, o irritación porque no estoy obedeciendo de inmediato—. Su madre ha muerto. El niño se está quedando conmigo ahora y necesita ayuda. Su ayuda, específicamente.

Sus palabras no tienen sentido. Las oigo individualmente pero no puedo procesarlas como una afirmación coherente. ¿La madre de Sasha ha muerto y él se queda con este bruto? Niego con la cabeza, intentando despejar la niebla que ha descendido sobre mis pensamientos—. No lo entiendo. ¿Quién es usted? ¿Por qué se quedaría Sasha con usted?

—Mi nombre es señor Gravitch. Eso es todo lo que necesita saber por el momento. —Da otro paso hacia delante y yo me pego contra la mesa—. El niño está asustado y no quiere comer. Ha estado pidiendo ver a su madre o ir al colegio, así que vendrá conmigo para ayudarlo a tranquilizarse.

—No puedo simplemente irme con usted. No le conozco. Tengo que ponerme en contacto con la dirección del centro, verificar...

—No hay tiempo para eso —su voz corta mi protesta mientras su mano sale disparada hacia mí—. Nos vamos ahora.

Se mueve tan rápido que no tengo tiempo de reaccionar. En un momento, está a varios metros y al siguiente, su mano rodea mi brazo, sus dedos clavándose en mi carne a través de las capas del abrigo y el jersey. Me aparta de la mesa y me arrastra hacia la puerta, y yo tropiezo con mis propios pies intentando seguir su ritmo. El segundo hombre se aparta para dejarnos pasar y luego echa a andar tras nosotros cuando entramos en el pasillo.

—Espere, pare, usted no puede… —Intento clavar los talones en el suelo, pero mis botas resbalan inútilmente sobre las baldosas pulidas —. ¡Suélteme!

No responde, ni siquiera reconoce que he hablado. Sigue caminando, arrastrándome a su lado con un agarre que va a dejarme moratones. Pasamos por puertas de aulas cerradas, pasillos vacíos, la secretaría que está a oscuras y cerrada porque todo el mundo se ha ido ya a casa por el fin de semana. Nadie nos ve ni me oye pedir ayuda. El colegio está completamente vacío excepto por el conserje, y es probable que esté en el sótano o en el lado opuesto del edificio.

Salimos de golpe por la entrada principal al aire frío de la tarde. La nieve cae a nuestro alrededor en copos espesos que se adhieren de inmediato a mi pelo y a mi abrigo. Un SUV negro está al ralentí junto a la acera, justo delante de las puertas, expulsando un humo blanco en el aire gélido. El hombre —el señor Gravitch— me empuja hacia él mientras yo me revuelvo contra su agarre, con mi brazo libre balanceándose salvajemente mientras intento golpear cualquier parte suya que pueda hacer que me suelte.

—¡Auxilio! ¡Que alguien me ayude! —Las palabras me desgarran la garganta, pero la calle está vacía. Las clases terminaron hace media hora. Todos los alumnos y padres se han ido hace tiempo.

El segundo hombre se adelanta y abre la puerta trasera del SUV. Gravitch me empuja hacia el hueco y me agarro al marco de la puerta, intentando resistirme a que me obliguen a entrar. Los dedos me duelen de apretar el metal, el frío me muerde la piel hasta que no puedo sentir nada más que el ardor del acero congelado. Me suelta las manos con su mano libre y luego me empuja con la fuerza suficiente para que caiga sobre el asiento trasero.

Antes de que pueda reptar de nuevo hacia la puerta, ambos hombres están dentro conmigo, uno a cada lado, atrapándome entre ellos. La puerta se cierra de golpe, los seguros se activan y unas manos me agarran las muñecas, tirando de ellas hacia mi espalda.

Siento que algo áspero y fibroso las envuelve, apretándolas tanto que el material se me clava en la piel. Grito, pero alguien me mete un trapo en la boca, empujándolo más allá de mis dientes e inundando el espacio hasta que me dan arcadas con la tela que sabe a polvo y aceite.

Las lágrimas me corren por las mejillas mientras me debato entre ellos, lanzando patadas con las piernas hasta que uno de ellos cruza una pierna sobre mis tobillos y los mantiene quietos. El SUV se pone en marcha bruscamente, alejándose de la acera y acelerando por la calle. Puedo ver cómo el colegio se hace más pequeño a través de la luneta trasera, el familiar edificio de ladrillo desapareciendo al girar la esquina.

Mi mente oscila entre el terror, la confusión y la necesidad desesperada de comprender qué está pasando. La madre de Sasha ha muerto. Este hombre afirma que el niño está con él. Necesita mi ayuda, pero nada de eso explica por qué me sacan a rastras de mi aula y me atan como a una criminal. ¿Por qué no han podido simplemente explicar la situación y pedir mi ayuda adecuadamente?

Nada de esto tiene sentido, y cuanto más intento encajar las piezas de la lógica, más miedo tengo.

Quiero gritar a los hombres que me han llevado, pero todo lo que puedo hacer es emitir sonidos ahogados tras la mordaza. Él me observa un momento más y luego se da la vuelta para mirar por la ventana el paisaje que pasa.

El SUV continúa por la carretera, llevándome lejos de todo lo que conozco, de mis alumnos, de mi apartamento y de mi vida. Estoy completamente indefensa, atrapada entre dos hombres que no explican qué quieren ni a dónde vamos, y todo lo que tengo es el nombre de un niño de diez años asustado que supuestamente me necesita y la aterradora certeza de que no tengo control sobre lo que sucederá después.

5

FYODOR

La puerta principal se abre de par en par y una ráfaga de aire frío invade el vestíbulo precediéndome, trayendo consigo el aroma penetrante del invierno. Cruzo el umbral y me aparto para dejar que Lazar meta a la mujer a rastras, que tropieza con el marco elevado de la puerta.

Tiene la cara roja de tanto llorar y la máscara de pestañas le recorre las mejillas en regueros oscuros que surcan el maquillaje corrido. La mordaza sigue encajada entre sus dientes y mantiene las muñecas atadas a la espalda. Emite sonidos de protesta amortiguados mientras Lazar la arrastra hacia el interior de la casa, y sus botas dejan huellas húmedas por todo el suelo.

Cierro la puerta tras nosotros y echo el cerrojo, aunque no soy tan tonto como para creer que eso la detendrá si quiere huir. Es lista y está furiosa. Tendré que aplicar algo de lógica y, si eso no funciona, algo de fuerza. Parece del tipo lógico, pero con esa respiración tan agitada que tiene, quizá también disfrute un poco con la fuerza, si las cosas salen bien.

No me hace gracia esto. Maltratar a una maestra de escuela no formaba parte de ningún plan que hubiera imaginado al despertarme

esta mañana. Pero las circunstancias me han obligado a actuar, dejándome a la desesperada en busca de soluciones. Cuando alguien te deja a tu hijo biológico en la puerta de casa sin nada más que una nota de confirmación de ADN, te ves empujado a tomar medidas extraordinarias. Esta mujer representa la solución a un problema que no puedo resolver por mi cuenta, y ya lidiaré más tarde con cualquier complicación moral que surja de ese hecho. En este momento, mi hijo necesita una niñera y la Srta. Noemi Dragunova representa la provisión para esa necesidad.

—Llévala al despacho —indico con un gesto hacia el pasillo, al fondo de la casa, y Lazar asiente antes de tirar de ella en esa dirección. Ella intenta resistirse, pero sus botas resbalan inútilmente por el suelo. La sigo a varios pasos de distancia, observando cómo se retuerce y tira contra el agarre de él, con todo su cuerpo irradiando terror. Si es la mitad de buena profesora de lo que debería ser, se controlará antes de ver al niño.

La puerta del despacho está abierta. Entro yo primero y pulso el interruptor, inundando el espacio con la luz de la lámpara del techo. Lazar mete a la mujer y la coloca frente al escritorio, manteniendo la mano en su brazo para evitar que salga corriendo. No es que pudiera llegar muy lejos con las muñecas aún atadas, pero agradezco su precaución.

Se queda allí de pie, temblando, con el pelo oscuro despeinado cayéndole sobre la cara y el abrigo aún abrochado hasta la garganta. Sus ojos recorren la habitación, asimilando cada detalle como si buscara una salida mientras yo me sitúo tras mi escritorio y me hundo en la silla.

—Retírale la mordaza.

Lazar alarga la mano y le quita la tela de la boca, extrayéndola con cuidado de entre sus dientes. Ella jadea de inmediato, aspirando aire como si se estuviera ahogando, y entonces las palabras empiezan a brotar a borbotones.

—No puede hacer esto. No puede llevarse a la gente de su lugar de trabajo y arrastrarla a su casa como si fueran criminales. No me importa quién sea usted ni qué cree que le da derecho, pero esto es un secuestro —su voz sube de tono con cada frase, ganando volumen y agudeza hasta casi gritar—. Esto es ilegal. Alguien notará que falto. El colegio llamará a la policía cuando no me presente el lunes por la mañana y me encontrarán. Lo encontrarán a usted.

La ira de su tono se ve empañada por un temblor de miedo que recorre cada palabra, delatando lo aterrorizada que está en realidad bajo esa fachada de valentía. Espero hasta que se queda sin aliento y empieza a mirarme fijamente. No voy a responder a amenazas ni a estallidos emocionales.

—¿Ha terminado? —mantengo mi voz carente de inflexión y ella me mira sin responder. Su pecho sube y baja por el esfuerzo, pero yo me limito a observarla con frialdad. No siento lástima ni simpatía por ella. Es un medio para un fin. Prefiero utilizarla a ella porque Sasha ya la conoce, pero estoy seguro de que él se adaptará a una cara nueva si se le da el tiempo suficiente. Ella es fácilmente reemplazable.

Cuando no vuelve a hablar, digo: —Bien —me inclino hacia delante y apoyo los antebrazos en el escritorio, entrelazando las manos—. Permítame explicarle por qué está aquí, y luego podrá decidir si quiere seguir desperdiciando energía en protestas inútiles o aceptar la situación y sacar lo mejor de ella.

—¿Sacar lo mejor de ella? —se mofa—. ¡Me ha secuestrado!

—Lo he hecho —no veo sentido a negar lo evidente—. Y lo he hecho porque necesito su ayuda con algo que no puedo manejar por mi cuenta.

—¡Entonces pida ayuda como una persona normal en lugar de atar a la gente y meterla en coches! —las lágrimas empiezan de nuevo, surcando nuevos caminos sobre las marcas secas de sus mejillas—. ¿Por qué yo? ¿Por qué me ha elegido a mí?

—Porque es la profesora de Sasha Koryabin —observo su rostro con atención, buscando que reconozca el nombre—. Está en su clase en el colegio y, desde la semana pasada, vive en esta casa bajo mi cuidado.

Su expresión cambia de inmediato; la ira da paso a la confusión y la preocupación. —¿Sasha está aquí? ¿Qué le pasó a su madre? ¿Dónde está? ¿Se encuentra bien?

—Su madre ha muerto —las palabras salen bruscas y factuales, la única forma que conozco de dar una información en la que no tengo implicación emocional. No soy un puto médico. Ni siquiera sé si soy realmente el padre de este niño—. Me lo dejó antes de fallecer. El ADN dice que soy responsable de él.

—Es usted su padre —lo dice despacio, como si no se lo creyera más que yo—. Sasha nunca mencionó tener padre. En sus expedientes escolares no figura ninguna información sobre el progenitor.

—Eso es porque yo no sabía que existía hasta hace una semana —me enderezo en mi silla y siento que la tensión se acumula entre mis omóplatos—. Su madre nunca se puso en contacto conmigo ni me dijo que estaba embarazada. Lo primero que supe de él fue cuando un asistente lo dejó en mi puerta con los papeles que confirmaban la paternidad.

Noemi sacude la cabeza, asimilando todavía aquello que yo tampoco he sido capaz de terminar de procesar. —¿Y cree que eso justifica el secuestro de su profesora?

—Creo que es necesario —me pongo en pie y rodeo el escritorio, apoyándome en el borde delantero—. El niño no quiere comer. Llora constantemente. Pide a su madre y yo no puedo dársela. Me tiene miedo, lo cual es comprensible, dado que soy un extraño con el que se ha visto obligado a vivir. Necesita a alguien a quien conozca y en quien confíe, alguien que pueda ayudarle a adaptarse a esta situación.

—Quiero ayudarle, créame que sí. Pero hay canales adecuados para...

—No tengo tiempo para canales adecuados —le espeta, cortándola —. Tengo asuntos que requieren mi atención inmediata y que me alejarán de esta casa por periodos prolongados. No puedo dejarlo solo y no puedo confiar en extraños para que lo cuiden. Usted es su profesora. Él la conoce. Le responderá a usted.

Ella me fulmina con más furia que nunca. Luego suelta: —Déjeme verlo. Si Sasha está realmente aquí, déjeme verlo ahora mismo, porque creo que miente.

Le sostengo la mirada durante varios segundos agobiantes y luego asiento hacia Lazar. —Trae al niño.

Él se marcha sin decir nada mientras Noemi y yo permanecemos en un silencio tenso, ninguno de los dos dispuesto a apartar la mirada primero. Puedo ver cómo giran los engranajes tras sus ojos. Cuando le pregunté a Sasha en quién de su vida confiaba, fue el nombre de ella el que pronunció. La Sra. Dragunova es a quien quiere tener a su lado en lugar de a su madre, así que se la he traído. Él será feliz, aunque ella no lo sea.

Vuelven los pasos, unos más ligeros acompañados por el paso más pesado de Lazar. Sasha aparece en el umbral, con la misma ropa que llevaba esta mañana, ahora arrugada tras un día pasado casi por completo en su habitación. He tenido que comprarle un armario entero, juguetes y libros también. Tuve que preguntarle a la viuda de Yuri qué necesita siquiera un niño.

Tiene los ojos enrojecidos e hinchados, señal de que ha llorado más después de que lo dejara solo hace un rato. Ve a la mujer y se queda paralizado mientras una expresión de asombro cruza su rostro.

—¿Señorita Dragunova? —su voz es apenas un susurro.

Todo en ella cambia en un instante. La postura rígida se suaviza, la ira desaparece de su rostro y cae de rodillas a pesar de tener las muñecas atadas. —Sasha, cariño, ¿estás bien?

Él corre hacia ella sin vacilar, lanzando su pequeño cuerpo contra el de ella y hundiendo la cara en su hombro. Ella no puede rodearlo con los brazos al tener las manos aún atadas, así que apoya la mejilla contra la coronilla del niño y emite sonidos suaves y tranquilizadores que parecen calmarlo de inmediato. Los hombros del niño tiemblan por los sollozos y ella le murmura palabras de consuelo que no alcanzo a distinguir.

Observo esta interacción con desapego, notando cómo el niño responde a su presencia, cómo el miedo que ha definido su comportamiento durante toda la semana parece aliviarse ligeramente ahora que ella está aquí. Esto es lo que necesitaba. Por esto me la llevé. El niño necesita estabilidad y consuelo, necesita a alguien que sepa proporcionárselos. Yo no sé.

Asiento hacia Lazar, que se desliza por detrás de ella y corta las cuerdas que le atan las muñecas, y ella no pierde ni un segundo en rodearlo con esos brazos delgados.

—Sasha, escúchame —su voz es relajante, incluso para mí, lo cual resulta extrañamente reconfortante—. Necesito que te apartes solo un momento, ¿de acuerdo? ¿Puedes hacer eso por mí?

Él se aparta a regañadientes, limpiándose los ojos con el dorso de la mano. Ella desvía su atención hacia mí, dedicándome una mirada fulminante antes de volverse hacia él. —Todo va a salir bien —dice, tocándole la mejilla con suavidad.

Se levanta con dificultad y se cruza de brazos sobre el pecho. —Sasha está claramente aterrorizado de usted. Es evidente que no sabe nada sobre tener un hijo. ¿Quién se lo ha entregado?

—No le he hecho daño —gruño—. Le he dado de comer, le he dado una habitación, lo he dejado solo cuando pedía espacio. No sé qué

más espera de alguien que nunca ha tenido que cuidar a un niño antes.

—Espero decencia humana básica —se coloca ligeramente delante de Sasha, en actitud protectora—. ¿Se ha bañado? ¿Le ha leído algo? ¿Le ha dado un abrazo? Necesita cuidados y afecto.

—Que es exactamente por lo que está usted aquí —mi paciencia se agota, deshilachándose por los bordes—. Yo no sé cómo proporcionar esas cosas. Usted sí. Ese es todo el propósito de haberla traído a esta casa.

Me mira fijamente durante un largo rato y puedo ver lo frustrada que está por todo esto. Finalmente, baja la vista hacia Sasha, que está pegado a su costado con las manos aferradas a su abrigo. —¿Estás herido? ¿Te ha hecho daño de alguna manera?

—No, señora. Solo que no es amable —la voz de Sasha sigue siendo diminuta. Su madre era muy blanda con él. Necesita la mano de un hombre para crecer fuerte.

—¿No es amable en qué sentido? —mantiene los ojos en él, prestándole toda su atención.

—No sonríe. Se enfada cuando lloro. Me trajo comida, pero no estaba muy buena —Sasha me lanza una mirada y luego aparta la vista rápidamente—. Solo quiero a *Mamochka*.

La expresión de Noemi se suaviza aún más y vuelve a agacharse a su altura, susurrando suavemente: —Lo sé, cariño. Sé que sí. Pero tu *mamochka* no puede estar aquí ahora mismo, así que me voy a quedar contigo un ratito. ¿Te parece bien?

Él asiente rápidamente y toma aire con fuerza. —¿No te vas a ir?

—Ahora mismo no —ella se endereza y se vuelve hacia mí—. Si acepto ayudarle con Sasha, tiene que escuchar lo que le diga. No puedo cuidar a un niño sin las herramientas adecuadas —sus ojos buscan mi rostro y me ponen a prueba, pero me importa una puta

mierda qué bienes materiales tenga que proporcionarle para que haga este trabajo.

—Tendrá lo que necesite cuando lo necesite... —le digo, y luego miro a mi hijo. Si cubrir sus necesidades es el primer paso, estoy seguro de que Noemi Dragunova me guiará en ello.

—Gracias —las palabras son rígidas, forzadas entre dientes apretados. Se agacha y vuelve a abrazar a Sasha como es debido, rodeándolo con sus brazos y apretándolo contra sí—. Todo va a salir bien. Te lo prometo.

Los observo un momento más, luego me vuelvo hacia Lazar, que ha permanecido en silencio cerca de la puerta todo este tiempo. —Llévalos a la habitación de invitados. Asegúrate de que tengan todo lo necesario. Comida, agua, ropa limpia si hace falta.

—Sí, señor —Lazar da un paso al frente y señala hacia el pasillo—. Por aquí.

Noemi se levanta y toma la mano de Sasha, conduciéndolo hacia la puerta. Se detiene en el umbral y me mira. —Discutiremos los detalles de este acuerdo más tarde. Ahora necesito asegurarme de que Sasha esté instalado y cómodo.

Luego sigue a Lazar, y sus pasos se desvanecen a medida que se adentran en la casa. Cuando el sonido desaparece por completo, me hundo en la silla de mi escritorio y me paso una mano por la cara. Hacerse cargo de un niño es una pesadilla de responsabilidad, pero ahora que tengo a una niñera adecuada para el trabajo pesado, puedo volver a mi labor de encontrar a Marat.

Estoy encorvado sobre mi escritorio frotándome los ojos cuando Lazar regresa y se queda en la puerta esperando mis órdenes.

—¿Ha encontrado algo el investigador? —el agotamiento del día se instala en mis huesos.

—Tres ubicaciones posibles —Lazar saca un papel doblado de su chaqueta y lo extiende sobre el escritorio. Es un mapa marcado con círculos rojos con tres zonas distintas resaltadas en la región occidental de San Petersburgo—. Mi contacto dice que Koslov podría estar en cualquiera de ellas.

Estudio el mapa, trazando con la mirada las rutas entre los tres lugares. Están lo bastante dispersos como para que revisarlos todos en una sola noche requiera una planificación cuidadosa y una sincronización precisa. —¿Qué confianza tiene tu contacto?

—Un setenta por ciento en las dos primeras, un cincuenta en la tercera —toca cada círculo con el dedo—. La tercera es una instalación de reserva que usan cuando las otras localizaciones están comprometidas. Menos probable, pero aún posible.

—Revisaremos las tres —me echo hacia atrás y me presiono las sienes con los dedos, intentando aliviar el dolor de cabeza que ha ido aumentando toda la tarde—. Mañana por la noche. Nos moveremos rápido, asaltaremos cada lugar y no nos iremos hasta estar seguros de que no está allí.

—¿Y si lo encontramos? —la expresión de Lazar permanece neutral, pero hay una tensión en su voz que sugiere que ya conoce la respuesta.

—Entonces terminaremos lo que deberíamos haber terminado hace meses —bajo las manos y le sostengo la mirada—. Yuri quiere que esto se solucione antes del juicio. Nos estamos quedando sin tiempo.

—Entendido —dobla el mapa y se lo guarda de nuevo en la chaqueta —. ¿Qué pasa con la mujer?

—¿Qué pasa con ella? —ya estoy pensando en mañana por la noche, intentando registrar tres instalaciones sin que nos pillen.

—¿Quién va a vigilarla a ella y al niño?

—Vasili, quizá, o Vadim... Ya lo solucionaremos —digo con un gesto de la mano. Ya veré cómo equilibrarlo o será mi cabeza la que ruede.

Pero no voy a fallarle a Yuri. Inessa mató a esa zorra de Victoria en defensa propia. No dejaré que Marat le cuente a todo el mundo que fue a sangre fría ni dejaré que Victoria gane desde la tumba. Eso no pasará mientras yo esté al mando.

6

NOEMÍ

Cuando la puerta se cierra tras ese ogro de hombre, tomo aire para aliviar la tensión de mi caja torácica. Me duelen las muñecas por los cortes de la cuerda y la piel me arde; el escozor se extiende por mis antebrazos. Presiono las palmas de las manos contra los muslos y siento que la humedad de mi propio sudor empapa la tela de mis pantalones.

Se me cierra la garganta y trago saliva con dificultad para contener la presión que aumenta tras mis ojos. No voy a llorar delante de Sasha. Lo que él necesita ahora es verme tranquila y segura de mí misma, para que comprenda que este entorno es seguro para él, aunque yo no esté del todo convencida de que sea seguro para nadie.

Está de pie cerca de la cama, con sus manos pequeñas cerradas en puños a los costados y los hombros encogidos hacia las orejas, en una postura que lo hace parecer incluso menor de diez años. Su rostro está pálido, a excepción de las manchas rojas alrededor de los ojos y el rubor de sus mejillas por haber llorado. Se queda mirando al suelo y su pecho sube y baja con sacudidas irregulares que me indican que está luchando por no desmoronarse.

Obligo a mis piernas a moverse y acorto la distancia que nos separa; él se sobresalta cuando me pongo en cuclillas frente a él, pero no se aparta. Estiro la mano despacio y la apoyo en su hombro; siento el temblor que recorre todo su cuerpo mientras levanta sus ojos hacia los míos. Están muy abiertos, oscuros y llenos de miedo, del mismo modo que me sentí yo hace semanas cuando creí que se había perdido en la maleza nevada.

—Sasha —digo con voz ronca; carraspeo para intentarlo de nuevo—. Cielo, necesito que me mires.

Lo hace y el labio inferior le tiembla, pero me sostiene la mirada.

—¿Te han hecho daño en alguna parte? —Lo examino rápidamente con la mirada en busca de moratones, cortes o cualquier señal de que haya sido agredido físicamente—. ¿Alguien te ha tocado o te ha hecho daño de alguna forma?

—No, señora —su voz es tan tenue que casi no la oigo—, no me han hecho daño.

—Bien —le aprieto el hombro con suavidad y siento que parte de la tensión abandona mi propio pecho—. Eso está muy bien. Ahora necesito que me digas algo y necesito que seas sincero conmigo, ¿de acuerdo?

Él asiente.

—¿Conoces a ese hombre que me ha traído aquí? —Mi corazón martillea con tanta fuerza que me cuesta mantener la voz firme—. ¿Lo habías visto antes de hoy?

Sasha niega con la cabeza y nuevas lágrimas ruedan por sus mejillas. —No, señora. Nunca lo había visto antes. —Sonrío ante su pequeño error gramatical, asiento y le acaricio la mejilla.

—¿Te ha dicho por qué estás aquí, en esta casa?

—Ha dicho que mi *mamochka* se ha ido y que él es mi padre ahora —las palabras se le quiebran a mitad de la frase y toma aire con un

suspiro estremecedor—. Pero yo no quiero que sea mi padre. Quiero a mi *mamochka*. Quiero irme a casa.

El dolor en su voz es tan puro que hace que se me encoja el pecho. Lo atraigo hacia mí, lo rodeo con mis brazos y siento cómo se desmorona en mi abrazo.

Sus dedos se clavan en la parte trasera de mi abrigo y hunde la cara en mi hombro mientras solloza. No entiende por qué su mundo ha saltado por los aires. Esto es exactamente lo que me temía que pasara; no el tipo de padre extraño y dominante, sino el dolor inconsolable en el que se encuentra.

Lo sostengo y lo mezo ligeramente, emitiendo suaves sonidos de consuelo que no sirven de nada para aliviar su pena, pero que al menos le hacen saber que no está solo.

Pasan unos minutos antes de que su llanto se convierta en hipo y luego en una respiración entrecortada. Lo aparto un poco y le seco las lágrimas de la cara con los pulgares, intentando dedicarle una sonrisa tranquilizadora aunque siento el rostro rígido. Sus ojos buscan los míos y veo la pregunta antes de que la formule.

—¿Tú también me vas a dejar?

Abro la boca y vuelvo a cerrarla porque no sé qué decirle. La verdad es que me quiero ir. Quiero correr tan lejos de esta casa como pueda y quiero llamar a la policía para que detengan a ese hombre por lo que ha hecho.

Pero la verdad también es que Sasha está frente a mí pidiéndome que no lo abandone, y no soy capaz de mentirle a la cara.

—No me voy a ir a ninguna parte ahora mismo —le aparto el pelo de la frente y siento la humedad de su sudor contra mi palma—. Por ahora me quedo aquí contigo y vamos a solucionar esto juntos, ¿vale?

Él asiente y parte del pánico en su expresión se mitiga.

—Bien. —Me incorporo y echo un vistazo a la habitación por primera vez desde que nos trajeron. El espacio es de tamaño medio, con una cama de matrimonio pegada a una pared y una cómoda de madera sencilla frente a ella. Hay una puerta que asumo conduce a un baño y unas cortinas opacas cubren la ventana, bloqueando cualquier vista que pueda haber tras el cristal. Los muebles son escasos y funcionales; no hay nada personal ni decorativo—. Necesito que hagas una cosa por mí, cielo. ¿Podrás?

—Sí, señora.

Me acerco a la cómoda, abro el cajón superior y lo encuentro vacío, a excepción de unas cuantas sábanas de repuesto. El segundo cajón no contiene nada. El tercero tiene un bloc de notas pequeño y un lápiz guardados en el fondo; los saco y se los enseño a Sasha. Sus ojos siguen el movimiento, pero no habla.

—Quiero que me hagas un dibujo —vuelvo a su lado y pongo el bloc y el lápiz en sus manos—. ¿Puedes dibujarme a tu *mamochka*? ¿Tal y como la recuerdas?

Él se queda mirando la página en blanco y sus dedos se cierran con fuerza sobre el lápiz. —¿Por qué?

—Porque creo que a ella le encantaría tener un dibujo tuyo, ¿no crees?

Su rostro se ilumina un poco y asiente. No sé qué le habrá dicho esa bestia de hombre sobre su madre, y no quiero ser yo quien le diga que ha muerto. Si es que eso es cierto. —Le encantaría. Siempre ponía mis dibujos en el frigorífico de casa.

—Entonces vamos a hacer que este sea especial para ella. —Lo guío hasta la cama y lo ayudo a sentarse con la espalda apoyada en el cabecero y las piernas estiradas ante él—. Tómate tu tiempo y hazlo con todos los detalles que puedas. Voy a echar un vistazo por la habitación un momento, pero estoy aquí mismo si me necesitas.

Se inclina sobre el bloc y empieza a abocetar con trazos lentos y cuidadosos; lo observo un instante para asegurarme de que está concentrado antes de dirigirme a la puerta. Siento las piernas inseguras y me tiemblan las manos al alcanzar el pomo. El metal está frío contra mi palma; lo giro despacio y siento que se me cae el alma a los pies cuando no cede.

La visión se me nubla ligeramente mientras la realidad de la situación vuelve a golpearme. Estoy encerrada en esta habitación y el hombre que nos ha secuestrado a ambos está en algún lugar de esta casa haciendo lo que sea que hagan los hombres que secuestran gente. Mi respiración se acelera; apoyo la frente contra la puerta, cierro los ojos e intento obligarme a pensar racionalmente a pesar del pánico que me oprime las entrañas.

¿Por qué alguien se llevaría a Sasha para entregárselo a este tal Gravitch? Si el hombre es verdaderamente su padre, ¿por qué no sabía nada de él hasta ahora? ¿Por qué la madre del niño mantendría oculta esa información y de repente decidiría enviar a su hijo con un extraño? ¿Y por qué ese extraño secuestraría a una profesora para cuidar del niño en lugar de contratar a una niñera por vías legales?

Nada de esto está bien.

Me aparto de la puerta, voy hacia la ventana y retiro el borde de la cortina opaca. El cristal es grueso y de doble panel; más allá, alcanzo a ver el jardín cubierto de nieve y la valla alta que rodea la propiedad. La distancia hasta la valla parece manejable, pero su altura no lo es, y distingo las puntas afiladas de las barras de hierro que recorren el borde superior. Se me revuelve el estómago.

—¿Señorita Dragunova?

Suelto la cortina y me doy la vuelta para encontrar a Sasha observándome con ojos muy abiertos. Su lápiz queda suspendido sobre el cuaderno y parece indeciso.

—¿Sí, cielo?

—¿Somos prisioneros?

La pregunta es tan directa y tan perspicaz que no sé cómo responder sin mentir. Regreso a la cama, me siento en el borde, cerca de sus pies, y entrelazo las manos en el regazo para evitar que me tiemblen. —No sé qué somos ahora mismo, pero sé que estamos juntos y que vamos a protegernos el uno al otro, ¿de acuerdo?

No parece muy convencido, pero asiente y vuelve a su dibujo.

Me quedo sentada observando cómo trabaja, intentando idear un plan que no implique dejar atrás a un niño asustado. No tengo ni idea de dónde estoy ni de cuánto tendría que correr antes de encontrar ayuda. ¿Y qué le pasaría a Sasha si lo dejara aquí? ¿Le haría daño ese hombre llevado por la ira? ¿Lo abandonaría en alguna parte?

Las preguntas se amontonan más rápido de lo que puedo procesarlas, y se me cierra la garganta hasta que tengo que concentrarme en inspirar por la nariz y espirar por la boca en intervalos de cinco segundos, simplemente para no desmayarme.

Se oyen pasos en el pasillo y me pongo de pie antes de darme cuenta de que me he movido. El pulso me retumba en los oídos mientras me sitúo entre la puerta y Sasha sin pensarlo. Los pasos se detienen al otro lado y hay una pausa antes de que una llave se deslice en la cerradura y el mecanismo haga clic. El pomo gira y la puerta se abre para revelar al guardia que me arrastró hasta aquí, de pie en el umbral con una bandeja equilibrada en las manos.

Sale vapor de dos platos cubiertos y me llega el olor a carne asada, verduras y pan. Se me contrae el estómago porque no he comido nada desde el desayuno y eso parece haber ocurrido hace una eternidad.

—La cena —dice mientras entra en la habitación sin esperar permiso —. Deberíais comer.

No me muevo y cierro los puños a los costados. La puerta que hay tras él está abierta y alcanzo a ver un tramo de pasillo con otra puerta más al fondo; mis piernas se tensan con el impulso de echar a correr. Pero Sasha está detrás de mí, en la cama, y no puedo hacer ningún movimiento que lo deje vulnerable.

El hombre deja la bandeja sobre la cómoda, se yergue y su mirada oscila entre el niño y yo. Es como si en esa fracción de segundo me hubiera leído el pensamiento y supiera que quiero huir. —No intentes ninguna estupidez.

Luego da media vuelta y sale al pasillo; doy un paso al frente antes de oír la voz quebrada de Sasha a mis espaldas.

—¿Señorita Dragunova?

Me quedo petrificada y la garganta se me cierra ante las palabras que quiero gritarle al guardia mientras se aleja. La puerta se cierra de golpe, la cerradura vuelve a encajar y me quedo ahí, mirando las vetas de la madera y sintiendo cómo mi oportunidad se escapa. Me tiemblan las manos y se me nubla la vista; parpadeo con fuerza para contener las lágrimas que amenazan con desbordarse.

Hace un mes, estaba en el patio pensando en todas las formas en las que rescataría a Sasha Koryabin si pudiera, y aquí estoy, ante la oportunidad perfecta de volcarme en su cuidado, y lo único que se me ocurre es marcharme. Debería darme vergüenza. Me giro y digo: —¿Sí, pequeño? —Y él me sonríe.

Es una sonrisa sincera que he visto un millón de veces en el recreo. Y entonces sé que no puedo dejarlo. Lo que significa que, sea lo que sea lo que el señor Gravitch traiga entre manos, estoy en esto para largo, o hasta que logre encontrar la forma de sacarnos a ambos de aquí juntos.

7

FYODOR

Los faros del coche atraviesan la oscuridad e iluminan el estrecho camino de tierra que conduce al primer piso franco, botando con cada surco y bache con el que nos topamos. Lazar está sentado en el asiento del pasajero a mi lado, girado hacia la ventanilla, observando mientras nos acercamos. Lev está en el asiento de atrás y puedo oírlo comprobar su arma para asegurarse de que está lista para la acción. Solo tenemos una oportunidad. Cada uno de nosotros tiene que estar preparado.

El piso franco aparece entre los árboles como una estructura baja y oscura, sin luces visibles en ninguna de las ventanas. Se me encoge el estómago; levanto el pie del acelerador y dejo que el coche avance por inercia hasta detenerse a unos treinta metros del edificio. El motor sigue encendido al ralentí durante unos segundos mientras Lazar comprueba su arma; entonces lo apago y nos sumerjo en la oscuridad total, a excepción del tenue resplandor del salpicadero. Nadie habla durante varios segundos mientras todos escudriñamos el edificio y los alrededores en busca de cualquier señal de movimiento o de que esté ocupado.

—Parece vacío —gruñe Lazar, aunque es obvio que no hace falta decirlo. No hay coches aquí que indiquen presencia alguna, pero aun

así tenemos que cumplir con el procedimiento.

—Lo comprobaremos de todos modos. —Abro mi puerta de un empujón y la luz interior se enciende, iluminando la noche antes de que salga al frío y cierre la puerta tras de mí. El suelo helado cruje bajo mis botas y el sonido resuena en el aire tranquilo de la noche. Lazar y Lev bajan detrás de mí y nos reunimos en la parte delantera del coche mientras saco mi arma para comprobarla yo también.

Nos movemos hacia el edificio en una formación abierta; yo voy a la vanguardia y Lazar cubre mi flanco derecho mientras Lev se queda un poco más atrás para vigilar nuestra retaguardia. Las ventanas están oscuras y la puerta principal está entreabierta, colgando de sus bisagras, lo que me indica de inmediato que nadie ha asegurado este lugar en semanas.

Aprieto la mandíbula y siento crecer la frustración familiar en mi pecho cuando llego a la puerta y la abro de una patada. Las bisagras crujen pero no atraen la atención, confirmando lo que ya sospechaba.

El piso franco está abandonado.

Entro y el olor a moho y aire viciado me golpea de inmediato, haciéndome arrugar la nariz. Lazar me adelanta y se dirige hacia las habitaciones traseras, mientras que Lev se queda cerca de la entrada y vigila. Saco una pequeña linterna del bolsillo de mi chaqueta, la enciendo y paso el haz de luz por la sala principal. El polvo cubre todas las superficies y no hay huellas, lo que significa que nadie ha estado aquí al menos en un mes.

—Nada. Este sitio no se ha tocado en semanas… —Lev suena tan irritado como yo, pero recorro la planta baja rápidamente solo para despejar cualquier duda persistente.

—A la segunda ubicación entonces… —digo, y no me molesto en ocultar mi molestia mientras salgo de nuevo.

Estamos a mitad de camino del coche cuando el teléfono de Lazar vibra y él responde. Los tres nos subimos, pero dado lo tenso que suena Lazar, me interesa saber de qué está hablando. Giro el coche y empiezo a bajar de nuevo por el accidentado camino mientras él termina la llamada y se vuelve hacia mí.

—Era el investigador privado que contratamos para localizar a Murial Koryabin.

¿Ya era hora de que consiguiéramos alguna puta información? —¿Qué ha encontrado?

—Se emitió un certificado de defunción a su nombre hace cinco días. —Su voz se vuelve monótona. Sabe que no me va a gustar lo que va a decir—. Estaba en fase terminal y el tratamiento del dolor ya no funcionaba, así que sufrió una sobredosis de su medicación.

Es un golpe bajo para el que no estaba del todo preparado, aunque no me sorprende por completo. Ninguna mujer envía a su hijo a vivir con un soldado de la Bratva por despecho. Ni siquiera recuerdo tan bien a Murial, pero ella debió de recordarme a mí.

—Así que el chico… —digo, dejando que mis pensamientos se desvanezcan. Es difícil creer que me acaban de entregar la custodia de un niño y no hay nadie que me ayude a entender esta mierda.

—Murial lo puso bajo la custodia del abogado hace unos diez días, cuando se puso demasiado enferma para cuidarlo adecuadamente. Pasó esos diez días arreglando todo el papeleo para demostrar que tú eras el padre y asegurándose de que todo estuviera legalmente documentado. —Lazar se remueve en su asiento y puedo sentir que me observa aunque mantengo la vista fija en la carretera—. El abogado pasó los días siguientes a su muerte localizándote y luego entregó al niño en tu dirección y se lavó las manos en todo este asunto.

—Por supuesto que lo hizo. —La amargura me inunda la boca y noto sabor a cobre en la lengua por haberme mordido el interior de la

mejilla con demasiada fuerza—. Nadie quiere lidiar con las partes complicadas.

Lazar no responde e intento asimilar la realidad de mi situación. Murial tuvo a mi hijo y me lo ocultó durante diez años sin contactar conmigo nunca, ni pedir ayuda, ni siquiera hacerme saber que existía.

Lo crió sola y solo se puso en contacto conmigo cuando se estaba muriendo y no le quedaban otras opciones. La rabia que me invade es irracional porque está muerta y no tiene sentido estar enfadado con un cadáver, pero no puedo evitar que la emoción inunde mi sistema y me haga apretar la mandíbula hasta que me duelan los dientes.

Ahora tengo un hijo.

Un niño de diez años que no me conoce, que me tiene pánico y que necesita cosas que no sé cómo proporcionar. Eso es muchísima responsabilidad para una sola persona. No estoy hecho para la paternidad y no tengo ni idea de cómo criar a un niño de una manera que no le cause daños irreparables. Todo lo que sé sobre la crianza proviene de mi propia infancia, que fue una clase magistral de negligencia y abandono emocional. Pensar en repetir esos patrones con Sasha me revuelve el estómago.

—Ya llegamos a la segunda ubicación. —La voz de Lev interrumpe mis pensamientos desde el asiento trasero y me obligo a centrarme en el presente en lugar de ahogarme en las implicaciones de mi nueva realidad. Le echo un vistazo por el espejo retrovisor y veo simpatía en sus ojos. Al menos no es lástima.

El segundo piso franco se materializa entre los árboles y se me oprime el pecho al ver el cálido resplandor de las luces en varias ventanas. Hay alguien en casa, lo que significa que esto no ha sido en vano.

Levanto el pie del acelerador y guío el coche fuera de la carretera principal hacia un sendero estrecho que conduce a un claro a unos cincuenta metros del edificio; luego apago el motor y las luces y nos quedamos sentados en la oscuridad mientras estudio la estructura y cuento a los ocupantes visibles a través de las ventanas iluminadas.

—Tres visibles dentro. Podría haber más. —La voz de Lazar es apenas un susurro y su mano se mueve hacia el tirador de la puerta —. ¿Cómo quiere que juguemos esto?

—Rápido y en silencio; nada de armas a menos que sea absolutamente necesario. —Abro mi puerta y salgo al frío; mis botas se hunden ligeramente en el suelo cubierto de nieve—. Entraremos por la parte de atrás y despejaremos las habitaciones sistemáticamente. Si Marat está aquí, lo queremos vivo para interrogarlo. Todos los demás son prescindibles.

Lev y Lazar asienten y nos movemos entre los árboles hacia el piso franco como un equipo. La nieve amortigua nuestros pasos y el aire frío me quema los pulmones con cada respiración. Mi ritmo cardíaco se acelera ligeramente a medida que nos acercamos al edificio y puedo oír voces en el interior hablando en tono distendido. La puerta trasera no tiene echada la llave, lo que me indica que quienquiera que esté dentro no espera problemas. Eso nos da la ventaja.

Hago una cuenta atrás de tres con los dedos y luego abro la puerta y entro con Lazar justo detrás de mí. El calor del interior me envuelve y hace que me hormiguee la piel mientras la sangre fluye de nuevo hacia la superficie.

Estamos en un pasillo estrecho con puertas que dan a ambos lados y las voces vienen de algún lugar más adelante. Avanzo con pasos apenas audibles sobre las tablas desgastadas del suelo; tengo las manos preparadas a los lados por si alguien sale de alguna de estas puertas.

El primer guardia aparece por una puerta a mi derecha y sus ojos se agrandan cuando me ve, pero ya me estoy moviendo. Recorto la distancia entre nosotros en dos zancadas y le clavo el codo en la garganta con fuerza suficiente para aplastarle la tráquea. Emite un sonido de asfixia y se lleva las manos al cuello, así que lo agarro de la cabeza y giro con fuerza hasta que oigo el chasquido de las vértebras separándose.

El cuerpo del hombre se queda flácido y lo deposito en el suelo lo más silenciosamente posible, pasando por encima de él hacia la habitación de la que salió.

Otros dos guardias están sentados a una mesa jugando a las cartas y ambos levantan la vista cuando entro. El primero echa mano a su arma, pero yo soy más rápido. Agarro el borde de la mesa y la vuelco hacia ellos, haciendo que cartas y vasos se estrellen contra el suelo.

El segundo guardia tropieza hacia atrás y caigo sobre él antes de que pueda recuperarse. Mi puño conecta con su mandíbula y siento el hueso romperse bajo mis nudillos. Cae pesadamente y no vuelve a levantarse. El primer guardia ya ha sacado su arma y la está levantando para apuntar, pero Lazar aparece detrás de él y le rodea la garganta con el antebrazo, aplicando presión hasta que la resistencia del guardia se debilita y luego cesa por completo.

La casa estalla en caos mientras los pasos retumban en otras habitaciones y los gritos resuenan por los pasillos. Me muevo hacia el sonido y me encuentro con otro guardia al doblar la esquina. Me lanza una cuchillada y la hoja silba al pasar junto a mi cara, tan cerca que siento el desplazamiento del aire. Le sujeto la muñeca y se la retuerzo hasta que oigo romperse los huesos; él suelta el arma con un grito. Mi otra mano se cierra alrededor de su garganta y lo estampo de espaldas contra la pared con fuerza suficiente para agrietar el yeso. Su cabeza rebota contra la superficie, sus ojos se ponen en blanco y dejo que se desplome.

Lev aparece desde una habitación lateral, arrastrando a otro guardia inconsciente, y lo suelta a mis pies. —Limpio por este lado… —informa—. En el salón de delante hay dos más y alguien se ha atrincherado en el dormitorio del fondo. —A Lev le encanta esta mierda. Es exactamente lo que disfruta haciendo y por lo que Yuri lo puso a cargo de la ejecución.

Nos movemos como una unidad hacia el salón y puedo oír voces aterrorizadas discutiendo qué hacer. No les doy tiempo a decidirse. Abro la puerta de una patada, el marco se astilla y la puerta se abre de par en par para revelar a dos hombres que se abalanzan sobre unas armas que están en una mesa de centro, fuera de su alcance.

Cruzo la habitación en tres zancadas, agarro al primer hombre por el cuello y le clavo la rodilla en el estómago. Se dobla por la mitad y le descargo el codo en la nuca; se desploma. El segundo hombre logra poner las manos sobre una pistola, pero Lazar está allí y se la quita de un puntapié antes de propinarle un puñetazo que hace volar dientes por toda la habitación.

La puerta del dormitorio, atrancada, traquetea y oigo cómo mueven muebles al otro lado. Me acerco despacio, pego el oído a la madera y escucho una respiración agitada y rezos susurrados que provienen del interior. Aprieto la mandíbula porque ya sé lo que voy a encontrar cuando eche abajo esta puerta, y no va a ser Marat.

—Apartad los muebles de la puerta y salid con las manos a la vista —ordeno, aunque no estoy seguro de querer hacer esto. No tiene sentido a estas alturas—. Tienen diez segundos para obedecer.

Hay una pausa y luego el sonido de algo pesado siendo arrastrado por el suelo. La puerta se abre una rendija y el rostro de un hombre aparece en el hueco; sus ojos están desorbitados por el terror. Tiene unos cincuenta años, el pelo canoso y un rostro que no reconozco; no es Marat. Mis hombros se tensan por la frustración.

—¿A quién protege? —Abro la puerta más de un empujón y el hombre retrocede a trompicones hacia el interior de la habitación.

—No lo sé, tío… Por favor. No quiero morir. Solo soy un testigo…

—Respuesta incorrecta —gruño, entrando en la habitación para cerrar la puerta tras de mí, y el rostro del hombre palidece al darse cuenta de lo que está a punto de suceder.

Cinco minutos después, salgo del dormitorio y me limpio las manos con un trapo que me tiende Lazar. El paño sale manchado de un rojo oscuro; lo tiro al suelo y vuelvo a recorrer la casa, comprobando cada cuerpo de nuevo.

Ninguno de ellos es Marat.

Toda esta operación consistía en proteger a alguien que no tiene nada que ver con el caso de Inessa y acabamos de masacrar a siete hombres para nada. El desperdicio hace que apriete la mandíbula, pero no puedo dejar testigos que puedan identificarnos e informar a quienquiera que los haya contratado.

—Eso ha sido excesivo. —Lazar no se equivoca. Todo esto ha sido un desperdicio de energía y de vidas.

Me giro para mirarle y dejo que vea la furia fría en mis ojos. —¿Cómo hemos recibido una información tan de mierda?

Lazar me sostiene la mirada pero no responde, y puedo ver la misma frustración que siento yo reflejada en sus ojos.

—No lo sé, jefe —masculla Lazar, y estoy a punto de estrangularlo a él también. Pero Lev interviene.

—Tenemos que salir de aquí, ¿vale? —Me empuja hacia la puerta, conociéndome demasiado bien como para dejarme hacer lo que quiero hacer.

—Sí —gruño, me doy la vuelta y empiezo a caminar hacia la puerta. Con semejante desastre esta noche, no podemos ir a por esa última casa ahora. Trasladarán a Marat y se acabó lo que se daba; ahora necesito más ayuda. Porque tal como están las cosas, estoy cazando a un fantasma en el viento, y no me hace ninguna gracia.

8

NOEMI

El reloj de la cómoda del cuarto de invitados marca las seis y cuarto cuando Lazar llama a la puerta, haciendo que Sasha dé un respingo a mi lado en la cama. Llevamos cuarenta y ocho horas encerrados en esta habitación, aunque al menos he aprendido los nombres de los hombres a los que el señor Gravitch —cuyo nombre ahora sé que es Fyodor— llama sus «soldados».

Siento la ropa rígida y sucia. Cuando alguien huye contigo en mitad del día sin tener en cuenta tus pertenencias ni tu higiene, te toca llevar la misma ropa una y otra vez sin lavarla. A Sasha y a mí nos vendría bien una muda y un baño.

—Hora de cenar —la voz carente de emoción de Lazar atraviesa la madera—. El señor Gravitch os quiere a los dos en el comedor.

Miro a Sasha, que está pegado a mi costado apretando el borde de mi manga con los dedos. Se ha quedado pálido; el color ha desaparecido de su rostro hasta dejarlo con un aspecto casi cadavérico. —No pasa nada —susurro, aunque no sé si es verdad—. Solo comeremos y volveremos aquí. —¿Qué daño podría hacer cenar fuera de esta habitación? Además, si Fyodor Gravitch es realmente el padre de Sasha, no corremos un peligro real. Un hombre no le haría

daño a su hijo. Aunque, obviamente, no tiene reparos en secuestrar a una mujer para que cuide de dicho hijo.

—No quiero verle —balbucea Sasha. La misma postura de temor que tenía hace dos días, cuando me arrastraron hasta aquí, le envuelve como una manta—. Da mucho miedo.

—Lo sé —le retiro el pelo de la frente con suavidad. Me duele que esté tan intimidado. Sasha de verdad necesita que esté aquí—. Pero tenemos que comer y, a lo mejor, si nos portamos bien, nos dejará volver a casa pronto. —Hago una mueca al decir esto y hundo la cabeza de Sasha bajo mi barbilla para que no pueda verla. Incluso si ese hombre nos deja marchar, Sasha no tiene un hogar al que regresar si su madre ha muerto de verdad. El Estado se limitaría a enviarlo de vuelta aquí.

Además, Fyodor no ha dicho ni una palabra sobre liberarnos ni ha dado indicación alguna de que esto sea temporal. Por lo que yo sé, estamos atrapados aquí indefinidamente mientras él se dedica a los negocios criminales que sea que maneje. No me hago ilusiones de que el hombre sea un santo. Nadie que viva según la ley tiene «soldados».

Lazar llama con más fuerza esta vez. —Ahora. —Entonces el pomo gira y la puerta se abre hacia dentro.

Me pongo en pie y ayudo a Sasha a levantarse, manteniendo mi mano rodeando la suya. Su palma está fría y sudorosa, es pequeña y tiembla ligeramente mientras lo guío hacia la puerta. He pasado el punto de la ansiedad o el miedo por lo que está ocurriendo. Ha cruzado la línea y se ha convertido en ira. Fyodor Gravitch actúa como si fuéramos ganado al que arrear sin preocuparse lo más mínimo por nuestro bienestar real.

Sasha camina a mi lado, pero se aferra a mí. Es fácil ver lo asustado que está y, dado que acaban de sacarlo de su vida normal para meterlo de lleno en este lío, no lo culpo.

—Sígueme —gruñe Lazar, y se da la vuelta para caminar por el pasillo sin comprobar si estamos detrás de él.

La casa es inmensa, con pasillos que se ramifican en múltiples direcciones y puertas cerradas a ambos lados. Pasamos por un salón amueblado con sofás de cuero y muebles de madera oscura, una biblioteca con estanterías que llegan hasta el techo repletas de libros que parecen no haber sido abiertos jamás. Pero todo huele a polvo y vacío, como si este lugar estuviera deshabitado.

Lazar nos conduce a un comedor formal donde Fyodor está sentado a la cabecera de la mesa con un vaso de algo oscuro en la mano. No levanta la vista cuando entramos, pero leo indicios de frustración y molestia en su frente. Su pelo negro está echado hacia atrás, todavía húmedo, como si se hubiera duchado hace poco, y los tatuajes de sus antebrazos son visibles allí donde tiene las mangas remangadas.

—Sentaos —señala vagamente hacia las sillas a ambos lados de la mesa sin mirarme a los ojos.

Guío a Sasha hacia una silla unos puestos más abajo, en el lado derecho de la mesa, donde se sienta encorvado. Luego tomo el asiento a su lado y junto las manos en mi regazo, sentada muy recta y con los hombros erguidos para demostrarle a este hombre que no me intimida.

Es una situación incómoda y demasiado silenciosa, pero no tengo nada que decirle ahora mismo. Me gustaría pedir una ducha y ropa limpia, pero lo último que quiero es enfadarlo. Ya parece bastante descontento de tenernos aquí.

Cuando el hombre llamado Vasili aparece con una bandeja con tres cuencos de sopa, Sasha también se endereza un poco. Vasili nos ha traído todas las bandejas de comida y, de los tres hombres de esta casa cuyos nombres he aprendido, es el más amable.

Nos sonríe mientras las coloca frente a nosotros y luego regresa con una cesta de pan y un plato de mantequilla. La sopa es una especie de caldo de verduras con trozos de patata y zanahoria flotando, con el vapor subiendo de la superficie en finas volutas. Huele bien y el estómago me ruge de hambre.

—Comed —gruñe Fyodor, y después coge su cuchara y la introduce en el cuenco, llevándosela a la boca de forma robótica. No hay delicadeza ni muestra de disfrute. Para él, esto no es más que alimentar un cuerpo para realizar más esfuerzos físicos.

Suspiro, molesta por este estúpido teatro. Ni siquiera nos quiere aquí, pero insiste en que formemos parte de su experiencia culinaria. Ni siquiera parece gustarle la comida. ¿Por qué querría a alguien sentado con él mientras se la toma?

Sasha se queda mirando su sopa pero no la toca. Mantiene las manos en el regazo con los dedos entrelazados. Me acerco y corto un trozo de pan, untándolo con mantequilla antes de ponerlo en su plato. —Prueba solo un poco, cariño. No has comido nada desde el desayuno. —Su almuerzo —un poco de carne asada y verduras— se quedó completamente intacto. Está de luto y no se da cuenta de lo importante que es la comida para su salud o sus emociones.

Pero él niega con la cabeza, sin mirarme a mí ni a la comida.

Fyodor deja la cuchara con un tintineo que resuena en toda la estancia. —El niño tiene que comer. Dile que coma. —Me tenso, sintiéndome lista para espetarle cuatro verdades, pero no quiero hacerlo delante de Sasha. No es así como un padre habla a su hijo o cerca de él cuando está sufriendo la pérdida de su madre. Podría decírselo él mismo, pero al parecer, ahora yo soy su voz.

—Comerá cuando esté listo. —Mi tono no refleja en absoluto lo que siento, pero he aprendido tras cientos de horas enseñando a alumnos difíciles cómo hablar con alguien que está molesto—. Está asustado. Forzarlo no ayudará.

—¿Asustado de qué? ¿De la comida? —Los ojos de Fyodor se desplazan por fin hacia Sasha, y no hay calidez en ellos, ni comprensión—. Lleva dos días sentado en esa habitación sin hacer nada. Debería de tener hambre.

—Tiene hambre —puedo sentir la tensión creciendo en mi pecho; contenerme en esta situación me resulta más difícil de lo normal—. Pero el miedo hace que sea difícil comer. Seguramente usted entenderá eso.

Fyodor coge su vaso y bebe un largo trago, con la garganta trabajando al tragar. Cuando lo deja, centra toda su atención en Sasha, pero el tono que utiliza es demasiado severo y frío. —Háblame de tu madre.

Sasha se estremece como si le hubieran golpeado. Se le entrecorta la respiración y veo que los ojos se le empiezan a llenar de lágrimas.

—¿Cómo se llamaba? —continúa Fyodor, ajeno o indiferente a la angustia del niño—. ¿Dónde vivíais? ¿Cuánto tiempo estuvo enferma?

—Pare —suelto con brusquedad—. ¿No ve que lo está alterando?

—Solo estoy haciendo preguntas —la mandíbula de Fyodor se tensa —. Es mi hijo. Tengo derecho a saber sobre su vida.

—Tiene derecho a preguntarle, no a interrogarlo como a un criminal —acerco mi silla a la de Sasha, interponiendo mi cuerpo entre él y Fyodor de forma protectora—. Acaba de perder a su madre. Está aterrorizado y solo en casa de un extraño. Lo mínimo que podría hacer es mostrar algo de compasión.

Algo brilla en los ojos de Fyodor, pero desaparece demasiado rápido como para que yo pueda decidir qué estaba pensando. Se reclina en su silla y el cuero cruje. —Está bien. Sasha, ¿podrías hablarme de tu madre, por favor?

Las lágrimas recorren las mejillas de Sasha y, aunque las palabras de Fyodor son más educadas, su tono sigue siendo duro. Estos dos son mundos aparte. Parece que Fyodor no ha interactuado con un niño en su vida, pero veo que lo está intentando. Tal vez mi presencia aquí sea realmente una necesidad para que estos dos puedan llegar a conectar en algún momento.

—Se llamaba Murial —digo en voz baja, con la esperanza de romper el terrible silencio—. ¿Verdad, Sasha?

Él asiente con un movimiento espasmódico que hace que todo su cuerpo tiemble.

—Y vivíais en un apartamento cerca de la escuela —continúo con voz suave—. Con tus libros y tus dibujos. Me enseñaste algunos una vez, ¿te acuerdas?

Se limpia la cara con el dorso de la mano, restregándose las lágrimas por la mejilla. Fyodor observa este intercambio con una ceja levantada. Sus dedos tamborilean contra la superficie de la mesa. Realmente no tiene tacto ninguno. —¿Cuánto tiempo estuvo enferma?

Observo a Fyodor con atención buscando cualquier indicio de conexión emocional con este niño, pero bien podría estar hecho de piedra por la reacción que muestra. Deja el vaso y vuelve a coger la cuchara para seguir comiendo. Mientras lo hace, yo también consigo dar unos pequeños bocados y Sasha picotea su pan por fin.

Me duele el corazón por el pequeño que tengo delante. Que te saquen de una vida para obligarte a entrar en otra ya es bastante difícil, pero hacerlo con un tutor que no sabe nada de niños traumatizaría hasta al chico más equilibrado. Empiezo a sentirme agradecida por estar aquí para esto, en lugar de estar enfadada con Fyodor por haberme traído.

Cuando Sasha mira a su padre por primera vez, observo su expresión. Parece temeroso, pero también decidido.

—¿Encontró a mi madre? Porque le dijo a ese hombre que quería encontrarla...

Todo mi cuerpo se queda rígido mientras me vuelvo hacia Fyodor, rezando con todas mis fuerzas para que este hombre tenga un poco de empatía al dar esta noticia, pero no me sorprende escuchar su respuesta cortante.

—Tu madre ha muerto, Sasha. —Lo dice sin rodeos, sin el más mínimo ápice de compasión—. No vas a volver a casa porque no hay casa a la que volver. Ahora vives aquí conmigo.

El rostro de Sasha se descompone, abriendo la boca en un jadeo silencioso antes de que el sonido finalmente salga. Un lamento agudo y roto que desgarra el comedor y hace que se me cierre la garganta tanto que no puedo respirar. Se aparta de la mesa con fuerza, haciendo que las patas de la silla rechinen contra el suelo, y entonces echa a correr. Sus pasos resuenan por el pasillo, seguidos del portazo de una puerta.

Me levanto tan rápido que mi silla se vuelca hacia atrás e impacta contra el suelo. —¿Qué demonios le pasa a usted? —Tengo los puños apretados y miro con furia a un hombre que podría partirme en dos si quisiera.

Fyodor parpadea, genuinamente desconcertado. —Le he dicho la verdad. Tenía que saberlo.

—¡Tiene diez años! —Mi voz se convierte en un grito mientras todo el miedo, la frustración y la rabia que he contenido durante dos días estallan finalmente—. ¡Su madre acaba de morir! ¡No sueltas eso así como así en la mesa! ¡Lo sientas con delicadeza, lo preparas, dejas que lo procese con apoyo y amabilidad!

—He respondido a su pregunta —la voz de Fyodor sigue siendo desesperantemente tranquila, aunque sus ojos se oscurecen hasta volverse de un negro azabache que parece no tener alma—. ¿Qué se suponía que debía hacer, mentirle?

—¡Se suponía que debía tener algo de decencia humana básica! —estoy temblando ahora, todo mi cuerpo vibra de furia—. ¡Se supone que es su padre y acaba de traumatizarlo otra vez porque no se ha molestado en aprender a hablar con un niño!

Fyodor se levanta, rodea la mesa hacia mí e, instintivamente, doy un paso atrás. Pero él es más rápido; su mano se dispara para rodear mi bíceps antes de sacudirme. Me duele y hago una mueca, pero no puedo zafarme.

—No te atrevas a hablarme así nunca más —dice con tono airado y amenazador—. Estás en mi casa y estás aquí porque yo lo permito. Recuérdalo.

La ira me inunda tan rápido que no pienso. Mi mano libre sube y conecta con su mejilla en una bofetada tan fuerte que su cabeza se gira hacia un lado y, por un momento, ambos nos quedamos petrificados. Puedo ver la marca roja formándose ya en su cara y el asombro en sus ojos cuando se vuelve a mirarme.

—Tiene mucho que madurar si pretende ser padre —libero mi brazo de su agarre de un tirón y él me suelta—. Ese niño necesita paciencia y amabilidad, no un sargento de hierro ladrando órdenes y soltándole bombas en la cena. O hace lo que le digo o me deja irme a casa. No sirve de nada que esté aquí para ayudarle a adaptarse si ni siquiera va a intentarlo.

Estoy que echo chispas, con el pecho agitado por la rabia mientras lo miro con furia. Entonces me doy la vuelta y me marcho antes de que pueda responder, siguiendo el sonido de los llantos de Sasha. Me guían de vuelta al cuarto de invitados, donde lo encuentro boca abajo en la cama con el rostro hundido en la almohada. Todo su cuerpo se agita por los sollozos y el sonido es tan desgarrador que se me cierra la garganta.

Cuando fantaseaba con salvar a este niño del trauma de la muerte de su madre, nunca imaginé que sería tan crucial para su bienestar.

Ahora sé que, si no me quedo aquí para ayudarlo, crecerá para convertirse en un monstruo igual que su padre.

Y no permitiré que eso ocurra.

9

FYODOR

Noemi tiene suerte de que la haya dejado salir de mi comedor hace un rato. Nunca permito que nadie me hable así, y solo me contuve de retenerla más tiempo porque tiene parte de razón. La única razón por la que está aquí es para ayudar a mi hijo a adaptarse, y seré la primera persona en decirle a todo el mundo que no tengo ni pajolera idea de cómo tratar a un niño. Son pequeños, frágiles y débiles, y yo detesto todo lo débil. Pero sé que tengo que aprender a amar a esta extraña versión en miniatura de mí mismo.

Me froto la cara con la mano mientras deambulo por mi despacho esperando a que Lazar me la traiga. Puede que ella sepa más sobre criar niños o, al menos, sobre educarlos, pero no puede volver a hablarme de esa manera nunca más, y mucho menos delante de mi hijo. Si conseguimos aclarar eso, creo que soy capaz de aprender la forma adecuada de hablarle y satisfacer sus necesidades. No soy un desalmado, pero tengo mis normas.

Cuando la puerta de mi despacho se abre, me detengo un momento y observo a Noemi entrar tambaleándose, como si Lazar la hubiera empujado. Luego él me hace un gesto de asentimiento desde la puerta y la cierra. No tengo ningún interés en perder el tiempo con

una conversación larga. Tengo que irme de la ciudad pronto y solo quiero asegurarme de que ella siga mis reglas mientras yo no esté.

—Tenemos que discutir los acuerdos a partir de ahora —le digo, como si no se hubiera dado cuenta ya de que soy un hombre tiquismiquis con reglas estrictas—. Y aún no le he dado instrucciones sobre cómo funcionará esta situación, y eso es algo que hay que abordar antes de que las cosas se nos vayan de las manos.

—¿Instrucciones? —repite la palabra con evidente desdén—. ¿Se refiere a reglas sobre cómo debo comportarme mientras estoy prisionera en su casa contra mi voluntad? —El tono de Noemi es cortante, probablemente con cierta justificación. Pero no me gusta un pelo.

—Llámelo como quiera, pero hay expectativas que deben quedar claras. —Camino hacia mi escritorio y me apoyo en él, cruzando los brazos sobre el pecho para mirarla por encima del hombro—. Tengo negocios que requieren que abandone esta casa periódicamente, a veces durante varios días. Cuando no esté, estará bajo vigilancia, pero necesito saber que seguirá ciertas pautas.

—Pautas —es otra repetición amarga, esta vez acompañada de un bufido y un movimiento de cabeza. Déjeme adivinar: no intentar escapar, no llamar a la policía, ¿no contarle a nadie lo que está pasando aquí? —La hostilidad de su expresión la afea, lo cual es una lástima porque es una mujer impactante, incluso desaliñada y sucia.

—Eso sería lo básico, sí. —Observo su rostro con atención, buscando cualquier señal de que realmente esté escuchando bajo toda esa rabia—. Pero hay otras cosas también. Sasha necesita estructura y rutina. Necesita educación y estabilidad. Ese es su trabajo mientras esté aquí.

Noemi exhala un suspiro profundo y dice: —Mi trabajo es ser profesora en una escuela, no ser una institutriz cautiva para un hombre que no sabe lo más mínimo sobre la compasión o la decencia humana básica.

Contengo la ira que quiere estallar. —No tengo ni idea de qué hacer con un crío. Por eso está usted aquí. —No puedo evitar gesticular con los brazos mientras hablo—. ¿Qué más quiere de mí?

—¡Quiero que se preocupe por él! —Su tono está cargado de emoción pura—. ¡Quiero que mire a ese niño asustado y sienta algo más que una molestia! Acaba de perder a su madre, y usted soltó aquello en la cena sin más.

—Él hizo una pregunta directa y yo le di una respuesta directa. —Me separo del escritorio y doy un paso hacia ella—. ¿Qué se suponía que debía hacer, mimarlo? ¿Mentirle? Necesitaba saber la verdad.

—¡Necesitaba consuelo! —Ella también avanza hacia mí, acortando la distancia hasta que estamos lo suficientemente cerca como para que yo pueda ver las lágrimas asomando en sus ojos—. Necesitaba que alguien lo abrazara y le dijera que todo va a ir bien. ¡Los niños no son soldados, Fyodor! Necesitan ternura, paciencia y amor, ¡o se convierten en monstruos como usted!

Mi temperamento explota, pero en lugar de golpearla como hizo ella conmigo, cierro los puños y canalizo la rabia en un tono cavernoso que dirijo hacia ella. —Si lo mimo, será débil e incapaz de manejarse ante las realidades del mundo en el que ha nacido. ¿Es eso lo que quiere? ¿Que esté indefenso?

—¡Quiero que sea feliz! —Se le quiebra la voz y, cuando parpadea, las lágrimas brotan y resbalan por sus mejillas—. Quiero que tenga una infancia en la que se sienta seguro, amado y protegido, no una en la que su propio padre lo trate como si fuera una misión. ¡Usted no le sirve de nada si va a convertirlo en una versión de sí mismo!

Me estremezco interiormente, pero no permito que mi intensa ira manche mi expresión lo más mínimo. Quizás mi hijo no sea un cobarde o un debilucho como pensaba. Él pidió a esta mujer, específicamente, y ella tiene más agallas que cualquier persona que haya conocido para hablarme continuamente así sin miedo. Es

perfecta para esta tarea, me guste su actitud o no. Y solo es un extra que sea hermosa y que yo pueda admirar esa belleza.

—Tiene razón —mascullo, tragándome mi propia rabia como si fuera una cura de humildad.

Noemi parpadea un par de veces, claramente sin esperar que le diera la razón. —¿Qué?

—Que tiene razón. —Lo repito con más firmeza esta vez, viendo cómo la confusión se extiende por su rostro—. Si tiene el valor de plantarme cara, de abofetearme y gritarme y negarse a retroceder incluso cuando sabe que podría complicarle la vida considerablemente, entonces tiene exactamente el tipo de fuerza que mi hijo necesita aprender.

Abre la boca y luego vuelve a cerrarla. Se ha quedado sin palabras, toda esa furia justiciera se ha desinflado en un silencio estupefacto. Un rubor le sube por el cuello hasta las mejillas, volviendo su piel de un rosa intenso que llega hasta las puntas de las orejas. Desvía la mirada, relajando los puños y volviendo a apretarlos después, como si no supiera qué hacer con las manos ahora que no está peleando activamente conmigo.

Es embriagador.

Verla tan turbada y fuera de lugar me provoca algo inesperado. Verla luchar por recuperar la compostura mientras le hablo con franqueza hace que mi cuerpo reaccione. Ponerla en su sitio con ira nunca funcionará. Hay que seducirla como a un brandy añejo, y entonces cantará maravillosamente para mí.

—No lo entiendo —logra decir finalmente, aunque ahora su voz es más baja, menos segura—. ¿Está diciendo que quiere que le enseñe a Sasha a plantarle cara a usted?

Suelto una risita y me aparto de ella. —Digo que quiero que le enseñe a ser fuerte. —Vuelvo a mi escritorio y me apoyo de nuevo en él—. A tener carácter. A no dejar que la gente lo mangonee o lo

haga sentir pequeño. Es lo que un hombre en mi mundo necesita aprender, y tiene razón: mis formas bruscas puede que solo terminen de romperlo en lugar de moldearlo a mi imagen y semejanza.

Ella sigue mirándome con esa expresión de desconcierto, y noto que intenta procesar la lógica de lo que digo. Se retuerce los dedos frente a ella y se muerde el labio inferior en un gesto que atrae mi atención hacia su boca. Sus labios parecen un poco agrietados, tal vez por la deshidratación, y pienso que debería traerle un bálsamo para que estén suaves y carnosos, como deben ser los de una mujer.

—Entonces, ¿qué propone? —Está más tranquila ahora, suena curiosa. Es una buena posición para ella—. ¿Que me quede aquí indefinidamente y críe a su hijo por usted?

—Propongo pagarle. —Abro un cajón de mi escritorio, saco un bloc de notas y paso a una página en blanco—. Sea cual sea el sueldo que le pagaban en la escuela, lo duplicaré. Alojamiento y comida incluidos, por supuesto, ya que vivirá aquí. Tendrá su propio espacio, privacidad cuando la necesite y acceso total a cualquier cosa que requiera para la educación de Sasha.

Ella niega con la cabeza antes de que yo termine de hablar. —No.

—¿No? —Dejo el bloc y cruzo los brazos—. ¿Rechaza un aumento de sueldo y vivienda garantizada?

—Rechazo por principios —levanta la barbilla de nuevo, recuperando su desafío. No puede secuestrar a alguien y luego esperar que acepte un pago como si eso lo convirtiera en un empleo legítimo. No quiero su dinero y no quiero estar aquí.

—Entonces se quedará igual sin cobrar. —Me encojo de hombros y niego con la cabeza mientras arqueo las cejas. Me da exactamente lo mismo—. De cualquier forma, no se marchará hasta que yo esté satisfecho con que Sasha esté bien cuidado y educado. Más le valdría aceptar el dinero y hacerse esto más fácil a sí misma.

—¿Hacérmelo más fácil? —da un paso hacia mí, con la ira asomando de nuevo en sus ojos. ¡Nada de esta situación es fácil! ¡Me ha arrancado de mi vida, de mi trabajo, de mi hogar, y me tiene aquí retenida contra mi voluntad! ¡El dinero no cambia eso! ¡El dinero no hace que nada de esto sea aceptable!

—Tal vez no. —Sostengo su mirada—. Podemos discutir sobre la moralidad de la situación todo lo que quiera, pero la realidad es que ahora mismo ninguno de los dos está obteniendo lo que quiere, así que más vale que busquemos la forma de que esto funcione.

Abre la boca para responder, pero la cierra de nuevo. Puedo ver la lucha interna reflejada en su rostro. —No quiero tener nada que ver con usted, Fyodor Gravitch; ni su dinero, ni su aprobación. No quiero formar parte de ningún negocio criminal que maneje. La única razón por la que sigo aquí es porque Sasha necesita a alguien, y no puedo abandonarlo solo a su cuidado.

Me sorprendo respetándola más por su honestidad. No está intentando manipular ni negociar. Simplemente está exponiendo su postura. Me aparto del escritorio y me acerco a ella, viendo cómo se tensa pero no retrocede.

—Entonces nos entendemos. —Alargo la mano y la cojo del brazo—. Venga conmigo. La acompañaré a su habitación.

Intenta soltarse, pero mantengo el agarre y la guío hacia la puerta. —Ya tengo una habitación con Sasha... —Ahora gimotea. Me da la sensación de que le estoy haciendo daño, pero no aflojo la mano.

—Esa es la habitación de Sasha. —Abro la puerta y la guío por el pasillo—. Ahora tendrá su propio espacio.

Deja de resistirse y camina a mi lado, aunque noto la tensión que irradia su cuerpo. Recorremos el pasillo hacia el ala opuesta de la casa, pasando por puertas cerradas y habitaciones vacías, en dirección a un dormitorio al fondo que lleva años sin usarse. Estamos a mitad del pasillo cuando una puerta delante de nosotros

se abre y aparece Sasha. Lleva puestos los pijamas nuevos que hice que Lazar pusiera en sus cajones mientras nos servían la cena. Nos ve y se queda petrificado con los ojos como platos.

Me detengo y suelto el brazo de Noemi. Ella se mueve de inmediato hacia él, pero levanto la mano para detenerla. —Espere.

Me mira con sorpresa, pero algo en mi expresión hace que se detenga. Inspiro y me agacho, poniéndome a la altura de los ojos de Sasha. La posición me resulta incómoda y poco natural, y tengo que apoyar una mano contra la pared para mantener el equilibrio. Sasha me mira con esos ojos grandes y asustados, y veo que su labio inferior empieza a temblar.

—Siento haberte disgustado en la cena —no creo haber pedido una disculpa de verdad en mi vida, así que esto me resulta muy extraño. Debería haberte contado lo de tu madre de otra manera. De una forma mejor.

Sasha no responde. Sigue mirándome con esa expresión desgarradora.

—No se me da bien esto —hago un gesto vago entre nosotros, intentando abarcar todo lo que no sé expresar con palabras—, esto de ser padre, de saber qué decir o cómo decirlo. Pero lo estoy intentando, y seguiré intentándolo, incluso cuando me equivoque.

—Me has puesto triste —la voz de Sasha suena tan débil y asustadiza que me muerdo el interior de la mejilla para no reaccionar, recordando lo que Noemi dijo sobre el afecto.

—Lo sé. —Asiento despacio—. Y lo siento. Que tu madre haya muerto es triste, y tienes derecho a sentirte triste por ello. No debí haberlo dicho como lo hice. —Estoy a un mundo de distancia del trato que recibí yo cuando murió mi padre. Esto es progreso, ¿no?

Sus ojos escudriñan mi rostro, buscando algo que no estoy seguro de poder ofrecerle. Finalmente, da un pequeño paso adelante, luego otro, hasta que está lo suficientemente cerca como para que yo

pudiera alargar la mano y tocarlo. Me quedo quieto, dejando que él decida la cercanía. Me rodea con sus brazos con fuerza y siento que se me cierra la garganta.

—Mamochka me decía que cuando alguien está enfadado o triste, es porque necesita amor. Y tal vez nosotros dos solo necesitemos amor. —Las palabras de Sasha amenazan con ablandarme el corazón. Le pongo la mano en la espalda y me callo porque no tengo ni remota idea de qué decirle.

Pero levanto la vista y veo a Noemi allí de pie, con tristeza en los ojos y la mano cubriéndose la boca. Que Dios me ayude, tengo que resolver esto, y puede que esa mujer insolente y hermosa sea quien nos enseñe a ambos a convivir sin que yo le haga daño.

—Vete a la cama ya. Mañana tendrás lecciones. —Me levanto y Sasha lanza una mirada a Noemi antes de retirarse a su habitación, que de momento permanecerá sin llave.

Sigo sin creer que pueda confiar en ella, pero mi hijo no puede llegar muy lejos por su cuenta. Solo espero dejar de darle motivos para querer marcharse.

10

NOEMI

Fyodor se pone en cuclillas frente a Sasha, doblando su corpulenta figura con torpeza mientras intenta ponerse a su altura. Apoya la mano contra la pared para mantener el equilibrio y hay algo casi cómico en ver a este hombre imponente esforzarse tanto con el sencillo acto de agacharse para hablar con un niño. Pero lo que más me choca no es la torpeza física. Es la forma en que se le suaviza la voz al hablar, con las asperezas todavía presentes, pero atenuadas por un esfuerzo genuino.

Al menos ahora lo está intentando. Supongo que se ha tomado a pecho lo que le dije y ahora quiere hacer este intento de disculpa. Casi suelto un gemido audible cuando veo a Sasha rodear el cuello de Fyodor con los brazos. Tengo que apartar la mirada para contener las lágrimas. Fyodor no se merece en absoluto la bondad de ese niño.

—Vete a la cama ya. Mañana tienes clase —dice Fyodor mientras se levanta. Sasha me lanza una mirada rápida antes de salir corriendo a la cama como el buen niño que es, y yo me quedo allí maravillada por lo que acaba de suceder.

Quizá sea que estoy demasiado cansada para pensar con claridad, pero creo de verdad que Fyodor Gravitch está intentando seguir mi consejo, lo cual es mucho más de lo que lo creía capaz. Cuando levanta la vista hacia mí, señalando el pasillo, agradezco que ya no me sujete el brazo como si fuera un tornillo de banco.

Caminamos hasta la puerta al final del pasillo y él la abre para revelar un dormitorio más pequeño que la habitación de invitados donde duerme Sasha, pero aun así espacioso, con una cama de matrimonio cubierta con sábanas de color crema, una cómoda de madera contra una pared y las cortinas de la ventana recogidas. Se ve un baño privado a través de una puerta abierta a mano derecha.

—Esto es tuyo a partir de ahora —me informa Fyodor. Se queda en el umbral con las manos en los bolsillos, mirando a cualquier parte menos directamente a mí—. Aquí tendrás privacidad. Tu propio espacio para cuando lo necesites.

Entro y me doy la vuelta despacio, observando el entorno sobrio pero limpio. Todo parece recién preparado, como si alguien se hubiera tomado la molestia de dejar listo este espacio para mí. Ha tenido que ser hoy. El cuarto todavía huele al limpiador de pino que probablemente han usado en los suelos, y resulta acogedor. Aunque sigue sin ser mi hogar y sigo sin sentirme cómoda.

—Mi oferta sigue en pie. —La voz de Fyodor llega desde detrás de mí y me giro para encontrarlo todavía en el umbral—. Te doblo el sueldo, con alojamiento y comida incluidos. Estarías ayudando a Sasha, dándole estabilidad y la educación que necesita.

Lo miro con atención, estudiando realmente su rostro. Noto que Fyodor no es el tipo de hombre que disfruta rebajándose para pedir ayuda, pero la expresión de su cara —como la de un cachorro perdido— sugiere que sabe que no puede hacerlo solo. Probablemente esté acostumbrado a dar órdenes y a que la gente responda por miedo, pero conmigo ha dado con la horma de su zapato, porque me niego a dejarme controlar por el miedo.

Aun así, no es el monstruo que yo quiero que sea. Está roto y perdido, e intenta descubrir cómo ser padre de un hijo que ni siquiera sabía que existía. Hay algo casi entrañable en ver cómo lucha con ello, ver sus toscos intentos de ser tierno y la forma en que escucha cuando le digo que lo está haciendo mal.

Y además es endiabladamente guapo, algo en lo que no debería fijarme jamás, pero lo hago. ¿Por qué todos los hombres atractivos son unos completos imbéciles o ya están casados? Y ahora me encuentro con que Fyodor Gravitch podría no ser ninguna de esas dos cosas, lo cual es peligroso si me permito tener pensamientos carnales.

—No quiero tu dinero —digo suavemente—. Pero entiendo que necesitas ayuda. Necesitas a alguien que te guíe con Sasha. Sin embargo, hay profesionales que podrían hacer esto, gente formada en psicología infantil y educación que podría ayudaros a ambos.

—No confío en los profesionales —gruñe con sequedad—. Confío en ti porque Sasha confía en ti. Y eso es lo único que importa.

Ni siquiera puedo responder a eso con lógica, porque él no está pensando de forma lógica. Por supuesto que Sasha no conoce ni confía en un profesional que no le han presentado nunca. Tendría que acostumbrarse a ello, ¿pero de verdad quiero que tenga que pasar por eso? ¿No es esto exactamente lo que esperaba que ocurriera? ¿Que encontraría la forma de estar ahí para ese niño cuando sucediera lo impensable? Y aquí estoy, haciendo precisamente eso, aunque no exactamente como lo había planeado.

Me quedo ahí sin responder, el tiempo suficiente para que él suspire y vuelva a hablar.

—Buenas noches, Noemi. —Da un paso atrás y empieza a cerrar la puerta—. Hablaremos más por la mañana.

La puerta se cierra y oigo cómo echa el cerrojo desde fuera. El sonido hace que se me caiga el alma a los pies. Por mucho que diga

que me quiere aquí para ayudarle, no está actuando en consecuencia. Me sigue tratando como a una prisionera, no como a un miembro del personal.

Me aparto de la puerta y me apoyo en ella, apoyando la cabeza contra la madera mientras intento calmar mi respiración. Pasados unos minutos, me obligo a mirar de nuevo alrededor de la habitación.

Es un espacio bastante agradable, pero estar encerrada aquí hace que lo sienta todavía menos mío y más como una prisión... hasta que noto algo extraño. Sobre la cómoda, al otro lado de la habitación, hay una maleta.

Mi maleta.

Es un regalo que me compró mi madre hace años, cuando decidí mudarme del este de Rusia a San Petersburgo para aceptar este trabajo de profesora. La reconocería en cualquier parte. Cruzo la habitación y paso los dedos por el familiar exterior rozado. Mi madre la encontró en una tienda de segunda mano y, por aquel entonces, ya me pareció anticuada y desgastada, así que hoy lo está todavía más, pero no cabe duda de que es la mía.

Me tiemblan las manos al abrir la cremallera y levantar la tapa. Dentro está mi ropa, cuidadosamente doblada y colocada con más esmero del que yo suelo ponerle. Jerséis y camisas, pantalones y faldas, ropa interior y calcetines. Todo está empaquetado como si fuera a irme a un viaje planeado en lugar de estar retenida como rehén. Ver mis pertenencias personales aquí, en esta habitación extraña, hace que se me erice la piel. Alguien entró en mi apartamento, rebuscó entre mis cosas, tocó mi ropa y decidió qué traer.

Busco más al fondo y encuentro mi neceser encajado en un lado. Dentro están mi cepillo de dientes, mi limpiador facial, mi hidratante... todos los pequeños artículos necesarios para el día a día. En el fondo de la maleta, encuentro mi bolso. Lo saco con

manos temblorosas y lo abro; el alivio me inunda al ver mi diario todavía guardado en el bolsillo interior.

El diario es de cuero marrón desgastado, lo bastante pequeño como para caber en mi bolso pero grueso por las páginas que he rellenado durante el último año. Lo llevo a todas partes, escribiendo en él cuando necesito procesar mis pensamientos o emociones. La idea de que estos hombres lo lean me hace sentir violada. Se me tensan los hombros y se me pone la carne de gallina. Fyodor no está bromeando. Si se ha tomado la molestia de revisar mis cosas y traérmelas, es que ha pensado esto mejor que yo.

Llevo el diario a la cama y me siento en el borde; el colchón se hunde bajo mi peso. Me siento paralizada, como si la vida se hubiera detenido, y hasta que decida de qué lado de esta situación quiero estar, estoy estancada y seguiré estancada. Salvo que la decisión se está tomando por mí y no tengo ninguna opción real al respecto.

Sasha necesita a alguien que lo defienda mejor de lo que su padre biológico puede o podrá hacer jamás. Sé que esa persona soy yo ahora mismo, y todos esos pensamientos que tuve sobre venir al rescate de este niño parecen tontos en retrospectiva. No sabía que acabaría metido en la casa de un criminal y que me robarían de mi aula para cuidar de él. Cuando tenía esos sueños, esperaba que significara que yo lo tendría en acogida o lo adoptaría, no esto. Jamás esto.

Me pongo el camisón y me meto bajo las mantas, luego abro mi diario por una página en blanco. El bolígrafo se siente familiar en mi mano, como si me anclara a la realidad, aunque esta realidad sea tan absurda que no estoy segura de cómo procesarla.

Pongo la fecha a la entrada y empiezo a escribir. Me resulta difícil, porque me hice la promesa cuando empecé este diario de no plasmar ningún pensamiento negativo. Al hacerlo, pensé que me ayudaría a aprender a pensar positivamente sobre la vida, y es difícil encontrar cosas positivas que decir sobre esta situación.

Ver a Sasha interactuar con su padre es complicado, por no decir otra cosa. Fyodor no es tierno ni paternal como un hombre normal, pero veo que se está esforzando al máximo. Incluso cuando le respondo con brusquedad y le doy lecciones, acepta esos reproches e intenta cambiar su comportamiento. Veo que eso le obliga a esforzarse más.

No quiero sentir simpatía por él. No quiero verlo como nada más que el hombre que me secuestró y me tiene aquí retenida contra mi voluntad. Pero al verlo con Sasha, no puedo evitar reconocer que está tan perdido como todos nosotros. Intenta ser mejor por el bien de su hijo, y eso me da esperanzas de que Sasha tenga un buen futuro a pesar de haber perdido a su madre.

Tengo miedo, estoy enfadada y confundida. Quiero irme a casa. Quiero recuperar mi vida normal, mi aula, mis alumnos y mi tranquilo apartamento. Pero Sasha me necesita aquí y no puedo abandonarlo. Así que me quedaré, al menos por ahora, e intentaré encontrar momentos de paz en esta situación imposible.

Cierro el diario y lo dejo en la mesilla de noche, luego apago la lámpara. La habitación queda a oscuras, una oscuridad interrumpida solo por las finas franjas de luz de luna que se cuelan entre las cortinas. Me quedo ahí tumbada mirando el techo, intentando calmar mis pensamientos acelerados lo suficiente para conciliar el sueño.

Escribir sobre el momento positivo con Fyodor ayuda a calmar parte de la agitación en mi pecho. Es una técnica que utilizo desde hace años: terminar cada día registrando algo bueno o significativo, por pequeño que sea. Me ayuda a dormir mejor al procesar las emociones difíciles y encontrar perspectiva cuando todo parece abrumador. Si voy a sobrevivir a este calvario, necesitaré esa práctica más que nunca. Tengo el presentimiento de que me esperan muchos más días difíciles.

Finalmente, el agotamiento vence y me quedo sumida en un sueño inquieto lleno de fragmentos de sueños que no recordaré por la mañana.

~

Me quedo quieta un momento al despertar, un poco desorientada también. La cama está caliente, sin embargo, y me siento cómoda. Los últimos días vuelven a mi mente de golpe, aunque esta mañana es diferente porque no me despierto en la misma habitación que Sasha.

Mis pensamientos vuelan inmediatamente hacia él y hacia cómo habrá dormido, si necesita algo, y me obligo a incorporarme para ir a verlo. Me levanto y camino hacia la puerta antes de recordar que anoche, antes de acostarme, Fyodor la cerró con llave. No tengo muchas esperanzas cuando alargo la mano hacia el pomo para girarlo, pero cuando lo hago, gira sin resistencia. ¿Está abierta?

Me la quedo mirando estupefacta mientras la abro una rendija.

Fyodor ha abierto mi puerta en algún momento de la noche mientras yo dormía y no lo he oído. Cuando me encerró aquí, supuse que era porque no se fía de que no escape, lo cual es sensato por su parte. Quiero huir lo más lejos y lo más rápido posible, y quiero contarle a todo el mundo lo que ha pasado.

Pero en cuanto el pensamiento toma forma, la culpa lo sigue de inmediato. ¿Qué pasa con Sasha? No puedo llevármelo conmigo; si realmente es el hijo biológico de Fyodor, llevármelo sería un secuestro. Pero dejarlo aquí parece igual de mal. Y si digo a las autoridades que el señor Gravitch me secuestró y el hombre va a la cárcel, ¿quién cuidará de Sasha entonces? Ningún tribunal del mundo me entregaría a ese niño ahora.

Pero estoy atrapada. Realmente me sacó de mi aula y me encerró aquí. Eso es un delito por el que debería rendir cuentas, y yo soy la única que podría hacérselo pagar. Tengo que apartar la culpa y pensar a largo plazo. Sasha necesita estar con alguien que pueda cuidarlo adecuadamente, y Fyodor Gravitch no es esa persona. Si

quiero hacer lo correcto, tengo que arriesgarme a dejarlo aquí temporalmente para poder alejarlo de aquí de forma permanente.

Me visto rápidamente con unos vaqueros y un jersey de mi maleta, con las manos temblorosas mientras me pongo los calcetines y los zapatos. Cada sonido de la casa hace que me quede petrificada, escuchando por si hay pasos o voces que indiquen que hay alguien despierto. Pero todo sigue en silencio.

Salgo al pasillo y me detengo ante la puerta de Sasha. Está cerrada y no oigo nada dentro. Probablemente siga durmiendo, agotado por el torbellino emocional de ayer. No puedo despertarlo para que me vea marcharme. La culpa se intensifica, pero me obligo a pasar por delante de su habitación hacia la parte principal de la casa.

Mi corazón late a mil por hora y no dejo de decirme que esto es por el bien de Sasha. Saldré fuera y, si estoy en la parte de atrás, veré cómo saltar esa valla. Y si estoy en la parte delantera, correré hacia la primera casa que vea y conseguiré un teléfono para pedir ayuda. No lo estoy abandonando; voy a buscar ayuda. Es el único pensamiento que permito en mi cabeza mientras mis pies avanzan uno tras otro, sin pensar ya en nada más que en escapar.

Llego a la parte trasera de la casa y me encuentro en la cocina. Es enorme y está impecable, con encimeras de granito negro que brillan bajo las luces del techo que alguien se ha dejado encendidas. Electrodomésticos de gama profesional se alinean en las paredes, y un soporte magnético para cuchillos sostiene una colección de hojas de varios tamaños. La habitación huele a café, lo que sugiere que alguien ha estado aquí hace poco para preparar su cafetera matutina, pero ese pensamiento hace que me suba la adrenalina. Significa que alguien está despierto para detenerme. No puedo quedarme aquí parada dándole vueltas a las cosas.

La puerta trasera se ve al otro lado de la habitación y mi corazón se acelera mientras avanzo hacia ella. Estoy a mitad de la cocina cuando noto movimiento en mi visión periférica.

Sasha está sentado en la isla de espaldas a mí, con su pequeño cuerpo encaramado en uno de los taburetes altos. Se está comiendo una manzana, dando pequeños bocados y masticando despacio. Lazar está cerca de la encimera de espaldas, sirviendo café en una taza. Ninguno de los dos me ha visto todavía.

Me quedo helada, debatiéndome entre seguir hacia la puerta o retroceder antes de que se den cuenta. Pero entonces Sasha gira en su taburete y sus ojos se encuentran con los míos a través de la cocina.

Su cara se ilumina al reconocerme, pero la expresión se le descompone inmediatamente en una de confusión y dolor. Se baja del taburete de un salto y corre hacia mí, olvidando la manzana en la encimera. —¿Te vas, señorita Dragunova?

Siento como una puñalada en el pecho mientras me agacho para abrazarlo y observo cómo Lazar se gira para mirarme. —Eh... shhh —lo calmo, rodeándolo con mis brazos y manteniendo la mirada fija en el hombre corpulento que ahora parece muy imponente, dado que me he hecho pequeña para estar a la altura de Sasha.

Mi intento de escape ha terminado. Incluso si quisiera continuar, me detendría antes de que diera tres pasos. Pero al mirar hacia abajo, al rostro desolado de Sasha, me doy cuenta de que no podría huir aunque Lazar no estuviera allí.

La verdad es demoledora. No puedo abandonar a este niño asustado con unos extraños e irme sabiendo que se sentirá traicionado y solo. Ha perdido a su madre, y yo soy lo único familiar que le queda.

—No, cariño. —Lo estrecho entre mis brazos y lo sujeto con fuerza, sintiendo cómo tiembla contra mí—. Solo te estaba buscando. No estabas en tu habitación. —Mis palabras salen con dificultad debido al nudo en mi garganta y no puedo apartar los ojos de Lazar. Me está mirando de forma amenazadora. Sabe lo que estaba planeando. Lo veo en sus ojos.

—¿Lo prometes? —Su voz suena amortiguada contra mi hombro.

—Lo prometo. —Las palabras salen firmes aunque se me esté rompiendo el corazón—. No me voy a ninguna parte. Me quedo aquí mismo contigo.

Se aferra a mí, rodeando mi cuello con sus pequeños brazos con una fuerza sorprendente. Me levanto despacio, cargando con él aunque ya empieza a estar demasiado grande para llevarlo en brazos fácilmente. Esconde la cara en mi cuello y siento la humedad extendiéndose por mi piel donde sus lágrimas calan la ropa.

—No te voy a dejar —le susurro al pelo de Sasha, mientras dibujo círculos en su espalda.

Quiero irme a casa. Quiero recuperar mi vida. Quiero despertarme y descubrir que todo esto ha sido una terrible pesadilla.

Pero este niño tiene mi corazón, y estoy atrapada aquí por algo mucho más fuerte que puertas cerradas con llave y guardias armados. Quizá por eso esa puerta estaba abierta esta mañana. Es con lo que Fyodor Gravitch cuenta. Con que no abandonaré a este niño.

Y su suposición es correcta.

11

FYODOR

La puerta del apartamento se abre de par en par y sé de inmediato que hemos llegado demasiado tarde. Vasili me adelanta y entra en el pequeño salón con el arma desenfundada, dejando huellas mojadas sobre la alfombra, y yo lo sigo. Pero ya sé lo que vamos a encontrar.

—Revisa el dormitorio —gruño, dirigiéndome hacia la cocina, donde ya alcanzo a ver platos sucios apilados en el fregadero.

El cubo de la basura rebosa de envases de comida para llevar y botellas vacías; las bolsas de plástico están tan llenas que la tapa no cierra bien. Saco uno de los envases y reviso el recibo grapado en el lateral, leyendo la fecha impresa en la parte superior: hace dos días. Golpeo la encimera con el puño lo bastante fuerte como para que todos los platos del fregadero vibren y choquen entre sí.

Vasili aparece en el umbral con el arma ya enfundada. —La cama está sin hacer y hay ropa sucia esparcida… —dice, y me mira con el ceño fruncido. Probablemente puede leerme el puto pensamiento.

—Estuvo aquí hace dos días como mucho —le muestro el recibo para que vea la fecha—. Lo trasladaron después de que asaltáramos aquellas casas la otra noche. ¡Maldita sea!

—Jefe, deberíamos irnos ya —suena Vasili un poco tenso, y con razón—. Si lo movieron hace poco, es muy probable que estén vigilando este sitio para ver si aparecemos.

Tiene razón y lo sé, pero no soy capaz de apartarme de esta encimera, donde las pruebas de la reciente presencia de Marat se quedan ahí, burlándose de mí. Saber que estuvo aquí hace apenas uno o dos días hace que me hierva la sangre. Estaba tan cerca de dejar esto atrás, y ahora la caza continúa, probablemente incluso fuera de la ciudad.

Cuando oigo el portazo de un coche fuera, sé que nos han descubierto. Mis ojos se encuentran con los de Vasili mientras él empieza a moverse, y yo le sigo los pasos como un rayo. Ninguno de los dos quiere acabar con la tripa llena de plomo esta noche. Salimos disparados por la puerta y cruzamos el porche mientras las autoridades empiezan a rodear el lugar.

Varios agentes salen de tres vehículos con las armas ya levantadas y apuntándonos, con voces que ladran órdenes de detenernos y levantar las manos. Ignoro cada palabra. Desenfundo mi pistola mientras corro y disparo dos veces hacia las amenazas más cercanas.

El fuego de respuesta estalla al instante, con chasquidos secos que rebotan en las paredes del bloque de apartamentos y retumban dentro de mi cráneo hasta que me pitan los oídos. Un rastro de dolor ardiente me atraviesa el bíceps izquierdo, lo bastante agudo como para hacerme tambalear durante medio paso, pero recupero el equilibrio y arremeto con más fuerza hacia nuestro coche, aparcado a dos calles de distancia.

Llegamos al vehículo y Vasili se lanza al asiento del conductor mientras yo alcanzo la manilla de la puerta del copiloto. Me desplomo en el asiento más que sentarme y cierro la puerta de un tirón mientras Vasili arranca el motor. El coche sale disparado hacia delante con tal fuerza que me echa hacia atrás contra el respaldo, y

él serpentea entre los vehículos aparcados mientras las balas perforan la luneta trasera.

—¿Cómo de grave es? —pregunta Vasili, y toma una curva tan rápido que los neumáticos chirrían contra el asfalto.

—Solo me ha rozado el brazo, nada serio —me subo la manga de la chaqueta para examinar la herida, viendo la tela desgarrada y el corte superficial debajo, que sangra un poco—. Sigue conduciendo y piérdelos.

Vasili da una serie de volantazos bruscos y los neumáticos del coche gritan contra el pavimento mojado mientras las sirenas aúllan y las luces estroboscópicas se reflejan en los espejos. Un coche de policía que nos persigue embiste nuestra parte trasera con un crujido que me sacude los huesos y me echa la cabeza hacia delante.

Me giro y disparo cuatro veces a través del cristal trasero fracturado, y saltan chispas de su capó cuando el conductor da un volantazo. Otro coche patrulla aparece por nuestra izquierda, lo bastante cerca como para que vea la cara del agente por la ventanilla. Parece aterrorizado. Bien, debería estarlo.

Vasili gira bruscamente a la derecha por un callejón estrecho, y el coche que nos flanqueaba frena demasiado tarde y se pasa la entrada, estrellándose contra el edificio del lado opuesto. Pero eso no detiene a los coches que vienen detrás.

La niebla empieza a entrar espesa desde el río cuando irrumpimos en la vía de servicio, y los faros detrás de nosotros se multiplican por un momento para luego desdibujarse y dispersarse en la bruma. Vasili pisa a fondo a través de la calima, llevando el motor del coche al límite hasta que hemos puesto distancia entre ellos y nosotros, y podemos relajarnos un poco y rezar para que se hayan quedado atrás.

Vasili mira por los espejos varias veces y da algunas vueltas innecesarias para asegurarse de que no nos siguen. El brazo me

arde donde recibí el roce, y el sangrado no ha cesado, aunque no es terrible.

—¿Te han dado fuerte? —pregunta mientras miro por encima del hombro por si acaso. No podemos permitir que sigan este coche hasta mi casa. No pienso ir a la cárcel por esa rata que necesita ser enjaulada.

—Qué va, es solo un roce... Estaré bien —le digo, volviéndome hacia delante ahora que estoy seguro de que no nos siguen—. Pero esto significa que tendremos mucho más trabajo por delante... —Estoy furioso, pero sabía que me arriesgaba al esperar. Resulta imposible hacer lo que tengo que hacer cuando tengo un estorbo alojado en mi casa en forma de niño.

—Lo pillaremos, jefe —dice Vasili, intentando animarme, pero no sirve de nada.

—Llévame a casa —gruño, y cierro los ojos con fuerza para bloquear al menos parte de los estímulos que amenazan con hacer que mi genio estalle.

Aparcamos en el garaje y la puerta retumba al cerrarse tras nosotros. Vasili coge el botiquín del maletero mientras yo entro por la puerta lateral. Las luces del pasillo se encienden automáticamente mientras caminamos hacia la cocina, donde me quito la camisa y la tiro al suelo. La sangre se ha secado alrededor de la laceración de mi bíceps izquierdo, una hendidura superficial de unos ocho centímetros que ya ha formado costra.

Vasili abre el botiquín sobre la isla de la cocina y, a falta de un antiséptico de verdad, vierte vodka sobre una gasa. El alcohol escuece cuando lo presiona contra la herida, pero limpia la zona rápidamente y envuelve mi brazo con vendas limpias.

Esto nunca debería haber pasado. Marat debería estar tieso ahora mismo y, en cambio, sigue ahí fuera, protegido por hombres que creen estar sirviendo a la sociedad. En realidad, están protegiendo a

un mentiroso que muy bien podría hacer que la mujer del jefe acabe en prisión de por vida.

—Tienes razón. La bala solo ha rozado la superficie —dice él—. Debería curarse sin puntos si la mantiene limpia.

Flexiono el brazo una vez para comprobar el vendaje. —Bien. Prepara café mientras voy a revisar mis mensajes. Puede que el jefe haya enviado alguna novedad.

Él pone en marcha la cafetera mientras yo camino hacia el despacho y cierro la puerta tras de mí. Me apoyo en el escritorio y examino la herida de nuevo con mejor luz. El raspón parece menor ahora que no hay sangre, pero sigue doliendo como un demonio, y es la prueba de que he fracasado.

Yuri quedará destrozado si fallo y esto llega a juicio. Inessa es inocente, por lo que he podido averiguar, y aunque yo no estaba allí, tiendo a creer a mi jefe antes que a una rata como Marat, que no tuvo el valor de salir de su escondite para salvar a su supuesta socia. Hay que eliminarlo, y yo seré quien lo haga.

Vierto whisky, que saco del cajón de mi escritorio, en un paño limpio hasta que está empapado. El líquido quema, frío y luego caliente, cuando lo presiono contra mis nudillos ensangrentados, limpiando la sangre poco a poco. Todavía quedan pequeños cortes de cuando rompí cabezas en aquel refugio hace unos días, y escuecen mientras limpio la sangre fresca de mis dedos y pienso en las ganas que tengo de trincar a ese imbécil.

La puerta se abre tras un suave golpe y Noemi entra, deteniéndose a unos pasos del umbral. Sus ojos recorren mi rostro y bajan hasta mi torso desnudo y mis brazos cubiertos de tatuajes para luego detenerse en el vendaje reciente. El color le sube a las mejillas.

—¿Necesita algo? —pregunto.

Parpadea unas cuantas veces y me mira a la cara como si intentara evitar quedarse embobada. —¿No sabía que estaba herido? ¿Qué le

ha pasado en las manos?

—Cosas del trabajo —vierto más whisky en el paño limpio—. ¿Por qué está aquí?

—Tome, déjeme ayudarle —dice, acercándose a mí, pero yo ni necesito ni quiero ayuda. Sigo enfadado porque toda la misión se ha ido a la mierda, y lo último que quiero es que venga aquí a hacerme de madre. Sin embargo, cuando alarga la mano para coger el paño, no la detengo. Ver cómo sus ojos intentan centrarse en mis heridas, pero aun así logran desviarse para admirar, al parecer, mis músculos tonificados, resulta cómico y algo excitante.

Se acerca y me coge la mano con suavidad, aplicando el whisky en las grietas. Sus dedos se sienten frescos contra mi piel mientras trabaja con cuidado.

—¿Qué ha pasado de verdad esta noche? —pregunta.

—La policía se presentó en un lugar que estaba vigilando. Nos abrimos paso para salir… Lo de los nudillos es de otra cosa. Solo estoy limpiando la sangre de la herida de bala del brazo.

Los hombros de Noemi se tensan y me clava la mirada. —¿Le han disparado?

—Escuche, no es nada. Deje que yo me preocupe de esto. Todavía no estoy muerto.

—No dejan de ser heridas —limpia otro nudillo—. ¿Qué pasará con Sasha si una noche no vuelve a casa? —Sus ojos regresan a mis nudillos ensangrentados, que en realidad no necesitan su atención, pero respeto que su instinto protector no se apague. Además, está un poco nerviosa, y ver cómo se le tiñen las mejillas de rosa mientras se pasa la lengua por el labio inferior un par de veces es tierno.

—No va a pasar nada, ¿de acuerdo? —No está pidiendo consuelo y no se lo voy a dar. Sus preguntas son acusatorias, enfocadas a

hacerme sentir culpable por correr riesgos. Bueno, así es la vida que llevo.

—Nadie puede prometer eso cuando las peleas se vuelven violentas. —Termina de limpiarme la mano y empieza a subir por mi brazo—. Sasha necesita un padre que vuelva a casa cada día y cuide de él. —Con su trabajo terminado, da un paso atrás, sosteniendo el paño manchado de sangre frente a ella, sujeto con ambas manos.

—¿Por qué ha venido aquí? —vuelvo a preguntar, molesto porque crea que puede darme lecciones. Algunas de sus habilidades con los niños parecen útiles, pero dejar que gestione mi flujo de trabajo es algo que nunca permitiré, por muy atractiva que sea.

—Necesito materiales para las lecciones de Sasha. Libros de texto de su curso, cuadernos de ejercicios, papel, lápices, materiales de dibujo. No debería quedarse atrás.

—Haga una lista y désela a Lazar. Tendrá todo lo que pida —le hago un gesto para que se vaya y cojo la botella de whisky para dar un largo trago directamente del cuello.

—¿Comprará cualquier cosa que le pida? —pregunta incrédula. Se le desencaja la mandíbula y abre más los ojos.

—Cualquier cosa que necesite para su educación —digo, apartando la silla y sentándome.

Los ojos de Noemi vuelven a recorrer mi pecho, así que tenso los abdominales y saco pecho una fracción de pulgada, solo para asegurarme de que mis músculos rígidos capten su atención. Si quiere mirar, le daré algo que ver.

—Sí. Bueno... —Su garganta se mueve al tragar saliva y baja la mirada hacia sus manos, que aún sostienen el trapo ensangrentado —. Eso es muy generoso. —Su tono ha cambiado ahora, y suena desconcertada pero no desagradecida. Para mí, suena como si hubiera entrado aquí pensando que tendría una pelea entre manos y se hubiera quedado completamente sorprendida. Si tuviera que

adivinar, diría que a la señorita Dragunova le pongo y que está un poco nerviosa y molesta consigo misma por dejar que mi cuerpo la afecte.

—¿Necesita algo más? —pregunto, ahora con más suavidad y con un deje de sugerencia en mi tono—. ¿Cualquier cosa?

Sus ojos se disparan hacia los míos y, como un ciervo deslumbrado por unos faros, tiene las pupilas dilatadas y las cejas alzadas. Tiene los labios más rojos que el color de su lengua, que se pasa de nuevo por el labio inferior, y le sonrío, aunque entornando los ojos.

—Porque quiero que esté cómoda y que tenga todo lo que necesite.

Noemi aparta la mirada bruscamente, da unos pasos hacia el escritorio y deja allí el paño. Es como si estuviera lista para salir corriendo, pero la agarro por la muñeca y la retengo. Mi toque es muy suave, aunque no quiera mirarme, y no intento avergonzarla ni hacerle daño. Solo quiero que le quede muy claro que me he dado cuenta de la forma en que me mira.

—Por favor, dígame si hay algo que pueda darle o hacer por usted para ayudarla a relajarse y a instalarse —mi pulgar le acaricia los nudillos, acentuando el rubor de sus mejillas varios tonos más.

—Eh, solo… material escolar —articula con dificultad, y yo sonrío ante el efecto que causo en ella. Luego sale disparada por la puerta como si mi mirada la hubiera quemado, y me río para mis adentros.

Supongo que no hay mal que por bien no venga, y la atracción de la señorita Noemi Dragunova hacia mí podría ser el simple placer que me toque disfrutar por soportar la frustración que me ha deparado la vida con este giro tan brusco.

Tanto si lo admite alguna vez como si no, sé lo que estaba pensando hace un momento y, para ser sincero, no me importaría ver en qué acaba la cosa. Pero primero tengo que concentrarme en encontrar a mi objetivo y eliminarlo.

Después de eso, podré explorar esa chispa de química que acabo de descubrir. Lo llamaré mi recompensa por un trabajo bien hecho.

12

NOEMI

Sasha está sentado a mi lado a la mesa del comedor con su bloc de dibujo abierto frente a él, resolviendo los problemas de aritmética que he escrito en la parte superior de la página. Muerde el extremo del lápiz mientras piensa con el ceño fruncido por la concentración. Lo observo resolver el primer problema, llevándose los números correctamente y llegando a la respuesta acertada antes de pasar al siguiente.

—Se te dan muy bien —le digo, estirando el brazo para señalar donde ha anotado sus operaciones con nitidez debajo de cada problema—. Tu caligrafía también está mejorando.

—¿Tú crees? —Me mira con esos ojos oscuros que se parecen tanto a los de su padre. Es difícil mantenerse objetiva con Fyodor cuando Sasha me ablanda tanto el corazón.

—Lo sé —le aseguro, aunque el incesante alboroto que llega de la sala delantera vuelve a distraerme. He hecho todo lo posible por evitar a Fyodor durante los dos últimos días, desde que estuve en su despacho y sugirió ayudarme a «relajarme». Supe entonces lo que estaba insinuando, y me culpo enteramente por ello. Me quedé

mirando, pillada con las manos en la masa babeando por su puto cuerpo.

Solo porque un hombre sea una obra de arte y una delicia para la vista no lo convierte en una buena opción como compañero sexual. ¿Quién sabe dónde habrá metido la polla? Al menos eso es lo que me digo cada vez que escucho el retumbo grave de su voz o el sonido familiar de sus pasos al pasar por delante de la habitación en la que estamos trabajando. Cree que no sé que nos vigila, pero lo sé perfectamente. Noto cuando está mirando. Simplemente no levanto la vista.

Al final, los golpes y el abrir y cerrar de puertas terminan por agobiarme y tengo que ir a investigar. —Sigue trabajando en esos problemas —le digo a Sasha, levantándome de la silla—. Vuelvo enseguida. —Cruzo la casa hacia la sala delantera, siguiendo los ruidos hasta llegar al vestíbulo.

La puerta principal está abierta de par en par, dejando que el aire frío entre de golpe en la casa, y veo el todoterreno negro de Fyodor aparcado en la entrada con el portón trasero levantado. Vasili y otro hombre al que no reconozco están cargando bolsas en la parte de atrás y organizando cosas.

Me acerco a la puerta, rodeándome el cuerpo con los brazos para protegerme del frío. —¿Qué está pasando? ¿A dónde vais?

Vasili me mira brevemente antes de cargar otra bolsa en el vehículo. —¿No te lo ha dicho? —pregunta, mirándome pasmado—. Nos vamos de viaje.

—¿Un viaje a dónde? ¿Por cuánto tiempo? —Esto no tiene sentido. ¿Cómo puede Fyodor atender las necesidades de Sasha si se va a viajar por vete a saber adónde en lugar de estar presente?

—Tendrás que preguntárselo tú misma. —Vasili señala con la cabeza hacia el interior de la casa—. Está en el despacho.

Me alejo de la puerta y vuelvo a atravesar la casa. No sé por qué la idea de que se marche me fastidia cuando he pasado las últimas cuarenta y ocho horas evitándolo. Debería estar celebrando su viajecito, pero me descubro con ganas de cantarle las cuarenta por pensar siquiera en irse en un momento como este.

La puerta del despacho está entreabierta cuando llego, y la abro más de par en par sin llamar. Fyodor está de pie junto a su escritorio, de espaldas a mí, otra vez sin camisa, y me quedo paralizada en el umbral. Presiona con las manos una camisa hecha una bola contra su bíceps izquierdo, donde al parecer se le ha reabierto la herida del otro día; sangre fresca se filtra entre sus dedos y corre hacia el codo.

Si fuera una mujer inteligente, me daría media vuelta ahora mismo. Sabiendo cómo hizo que mis instintos carnales estallaran la última vez que estuvimos en contacto cercano, esto es una bandera roja gigante ondeando en el aire como una señal de advertencia. Pero aquí estoy, entrando en su habitación, acercándome a él como su enfermera.

—¿Te sangra el brazo otra vez? —Mira por encima del hombro ante mi pregunta y suelta un gruñido como respuesta.

—Estaba cargando bolsas en el coche y me he rozado con el marco de la puerta. —No parece especialmente preocupado por la sangre que gotea sobre su suelo—. Está bien.

—No está bien si sangra así. —Me acerco más a él y cojo los pañuelos que hay sobre su escritorio—. Déjame ver.

Fyodor frunce el ceño pero aparta la mano, y veo dónde el corte superficial se ha desgarrado por un borde. No es grave, pero necesita que lo limpien y venden de nuevo si va a seguir usando ese brazo para levantar peso. Cojo la botella de vodka de su escritorio y vierto un poco en los pañuelos, luego estiro el brazo para presionarlos contra la herida.

Me tiemblan las manos cuando entro en contacto con su piel, y ruego para que no note cómo me vibran los dedos o cómo mi respiración se ha vuelto superficial. Tan cerca de él, puedo ver cada detalle de los tatuajes que cubren sus brazos y hombros, la definición de su pecho y abdomen, músculos densos y marcados que probablemente ha trabajado en el gimnasio.

Se me seca la boca y tengo que obligarme a concentrarme en limpiar la herida en lugar de quedarme mirando su cuerpo, pero maldita sea, es difícil. Soy una mujer soltera y no he salido en serio con un hombre en años. Fyodor es un hombre guapo. Si no fuera un monstruo, consideraría esto normal, pero soy su rehén. No se supone que deba excitarme cuidarlo así.

—Me estás examinando otra vez. —Se ríe entre dientes y siento que el calor me inunda la cara.

—Te estoy limpiando la herida. —Mantengo los ojos fijos en el corte a pesar de que noto que me observa.

—Puedes hacer ambas cosas al mismo tiempo, por lo visto —se mueve ligeramente, tensando los músculos del pecho tal como hizo el otro día. Lo hace a propósito, intentando provocarme, y maldita sea si no lo está consiguiendo—. Hay más de lo que disfrutar si quieres mirar bien en lugar de robar miradas.

Sus palabras hacen que me arda la cara aún más, y casi se me caen los pañuelos. —No estoy... No estaba...

—Estabas. —Definitivamente está sonriendo ahora. Lo noto en su voz aunque me niego a levantar la vista hacia su rostro—. Llevas mirándome desde que has entrado.

—Estás herido y sangras. ¿A dónde se supone que debo mirar? —La defensa suena débil incluso para mis propios oídos.

—Podrías mirar la herida que supuestamente estás limpiando en lugar de mi pecho. —Su mano sube para inclinar mi barbilla,

obligándome a sostenerle la mirada—. Pero no estás haciendo eso, ¿verdad?

Me safo de su toque y doy un paso atrás, presionando los pañuelos en su mano. —Toma. Límpiatelo tú si vas a hacer que esto resulte incómodo.

—Yo no estoy haciendo que nada sea incómodo. Solo estoy reconociendo lo que ambos sabemos que está pasando aquí. —Presiona los pañuelos contra su brazo sin romper el contacto visual —. Te sientes atraída por mí, y no quieres que sea así.

—No me... no es... —Parece que no puedo formar una frase completa; mi cerebro se niega a cooperar mientras mi cuerpo me traiciona con las mejillas encendidas y la respiración acelerada.

—No pasa nada por admitirlo, Noemi. —Da un paso hacia mí y yo doy otro hacia atrás por reflejo—. Sentirse atraída por alguien no significa que apruebes a esa persona o sus decisiones. Solo significa que eres humana.

—Deja de hablar. —Levanto la mano entre nosotros como si fuera a crear algún tipo de barrera—. Basta.

—¿Por qué? ¿Porque digo cosas que no quieres oír? —Sigue avanzando lentamente y me estoy quedando sin espacio para retroceder—. ¿O porque te preocupa que pueda tener razón?

Mi espalda choca contra la estantería y él se detiene lo suficientemente cerca como para que tuviera que estirar el cuello para mantener el contacto visual si estuviera dispuesta a mirarlo. En su lugar, mantengo la mirada fija en algún punto por encima de su hombro, negándome a darle la satisfacción de ver lo nerviosa que estoy.

La voz de Fyodor baja a un retumbo grave mientras dice: —Cuando era pequeño, tenía una profesora. Maldita sea, era casi tan hermosa como tú. —Usa el meñique de su mano derecha para apartarme un mechón de pelo de la cara—. Se inclinaba sobre mi mesa para

revisar mi trabajo y yo sentía este anhelo que aún no comprendía. Me quedaba allí sentado, más duro que una piedra, rezando para que no se diera cuenta.

Sus palabras se deslizan sobre mí como el humo. Debería apartarlo, pero se me cierra la garganta y el calor inunda mi vientre con una rapidez traicionera.

Mientras se inclina y su pecho queda a solo unos centímetros del mío, siento ese calor y giro la cabeza para evitar mirarlo. Pero es inútil a estas alturas. Siento que me estoy desmoronando por su culpa.

—Muchos chicos tienen fantasías con su profesora, Noemi. ¿Quieres que yo fantasee contigo? —Su aliento roza mi mejilla y me cuesta controlar la respiración. Está tan cerca de mí ahora, y mi cuerpo está haciendo cosas estúpidas y pecaminosas. Cosas horribles que odio.

—Siempre he querido vivir esas fantasías... Por supuesto, sería un juego de rol, pero estoy seguro de que podrías enseñarme cosas.

—Fyodor, esto es inapropiado...

—Y te encanta. —Me atrapa la muñeca y guía mi mano hacia su entrepierna, donde la evidencia de que está realmente excitado por mí es demasiado obvia para ignorarla. Está duro como el acero y late, y mientras hace que lo envuelva con la mano, tiene un espasmo también, como a propósito—. ¿Podemos parar ya este bailecito que llevamos días bailando y sacarnos a los dos de esta puta miseria?

No muevo la mano incluso después de que él retira la suya.

¿Por qué no muevo la mano?

¿Por qué sigo apretando su polla a través de los vaqueros?

—Yo no me siento miserable —le digo, pero el ardor abrasador de mi entrepierna dice lo contrario. Lleva días gritándome sin forma de saciarlo o hacerlo parar.

Me odio por sentirme así. No recuerdo la última vez que un hombre me hizo sentir de esta manera. Y este hombre ciertamente no debería estimular estas sensaciones en mi cuerpo en absoluto. Es un mentiroso y un bastardo, me secuestró y me obligó a estar aquí. ¿Por qué mi cuerpo responde a esto?

Entonces pone una mano en mi cadera mientras se apoya en la pared junto a mí, de modo que me deja acorralada. Su aliento danza sobre mi oreja otra vez y me la muerde suavemente.

—Cuando estuviste aquí pidiendo material escolar, sé que querías pedir algo más. —Un toque de su lengua en el lóbulo de mi oreja hace que la electricidad me recorra la columna—. Pude verlo en la forma en que admirabas mi cuerpo... ¿Qué querías entonces, Noemi? Puedes pedírmelo ahora.

Abro y cierro la boca, pero no sale ningún sonido. Ni siquiera cuando estira el pie y cierra la puerta con la punta de la bota. Cometo el error, sin embargo, de girarme para ver qué hace y mi boca termina a centímetros de la suya, con nuestros labios peligrosamente cerca de rozarse.

—Voy a llevarte a mi escritorio, a ponerte a cuatro patas sobre él y a follarte como la niña buena que eres. —Sus palabras me hacen estremecer, pero no protesto porque cada célula de mi cuerpo quiere que haga exactamente eso a pesar de todas las enormes señales rojas que ondean por todas partes ahora—. Y si quieres que pare, lo único que tienes que hacer es decírmelo.

Suelto un gemido cuando me coge de la muñeca y se aleja de mí, y me doy cuenta de que he estado apretando su polla todo este tiempo. Fyodor me arrastra por la habitación y yo voy voluntariamente, sin ofrecer la más mínima resistencia.

Mi pulso martillea tanto que me siento un poco mareada, y él no pierde el tiempo; busca el botón de mis pantalones para desabrocharlos. Me estremezco de nuevo cuando su mano se desliza

dentro de mis bragas y se cierra sobre mi monte sensible para hundirse en la humedad que he generado.

—Ahhh, qué buena chica, señorita Dragunova —ronronea—. Estás empapada, ¿verdad?

Los dedos de Fyodor se deslizan más profundamente, separando mis pliegues con movimientos firmes que hacen que me flaqueen las rodillas. Me agarro al borde del escritorio para estabilizarme, con la respiración entrecortada mientras describe círculos en mi clítoris con el pulgar. La presión empieza a aumentar en mi interior y me muerdo el labio para ahogar un gemido.

—Eso es —murmura—. Abre más las piernas para mí. Muéstrame cuánto necesitas esto.

Obedezco sin pensar, separando los pies mientras su mano me trabaja. Su brazo libre me rodea la cintura, pegándome a su dura erección que sigue tensando los vaqueros. La fricción me lanza chispas y me arqueo contra su toque, desesperada por más.

—Buena chica —me alaba, y sus labios rozan mi cuello—. Ya estás empapando mis dedos. Sigue haciendo esos sonidos tan bonitos para mí.

Retira la mano de repente y suelto un gemido ante la pérdida; mi cuerpo se contrae alrededor de la nada. Fyodor se ríe entre dientes de forma sombría y me hace girar para quedar de cara al escritorio. —Dóblate —gruñe con tal firmeza que ni siquiera quiero resistirme —. Las palmas planas sobre la superficie. El culo bien alto.

Durante un momento, me quedo parada como un animal asustado mirando a los coches que vienen. No soy virgen, pero nunca un hombre me había hablado así durante el sexo y, aunque me resulta extremadamente excitante, tampoco sé qué pensar al respecto. Debo de parecer tan aturdida por sus órdenes que él mismo me hace girar y me dobla físicamente sobre el escritorio hasta que mi

cara queda presionada contra la madera y, tal como ha pedido, mi culo queda en el aire.

—Mírate, ofreciéndote tan a la perfección —dice, con la voz cargada de aprobación—. Quédate así. No te muevas a menos que yo te lo diga.

Se me escapa un débil gemido seguido de un jadeo cuando siento que me bajan los pantalones y las bragas. Un escalofrío repentino besa mi piel, que es sustituido de inmediato por el calor de su palma callosa mientras la desliza por mi mejilla del culo. —Tan perfecta... —gruñe, arrancándome otro quejido del fondo de la garganta.

Estoy humillada pero tan excitada que no quiero que pare en absoluto. Oigo la cremallera de sus vaqueros, el susurro de la tela, y entonces la punta caliente y roma de su polla presiona contra mi entrada. Me provoca ahí, deslizándose por mi humedad sin entrar, haciéndome retorcer.

—Oh, Dios —jadeo, incapaz de contenerme. Empiezo a levantar el pecho del escritorio, pero su mano me presiona hacia abajo con firmeza.

—Te he dicho que te estuvieras quieta, ¿no? —exige mientras una mano le sube por la espalda para enredarse en mi pelo. Tira suavemente, arqueando mi cuello—. Usa tus palabras. Dime qué quieres.

—Te quiero dentro —susurro con la voz temblorosa—. Oh, Dios mío..., lo necesito tanto.

Me recompensa con una estocada lenta, entrando poco a poco hasta quedar enterrado hasta el fondo. El estiramiento es exquisito, llenándome por completo, y gimo de nuevo mientras mis dedos se curvan en el borde del escritorio y se aferran a él.

—Joder, estás estrechísima —gruñe, quedándose quieto un momento —. Y lo aguantas todo tan bien. Esa es mi buena chica; aprieta alrededor de mí justo así.

Entonces empieza a moverse, retirándose solo para volver a embestir, marcando un ritmo constante que hace que se me encojan los dedos de los pies. Cada estocada golpea ese punto dentro de mí, aumentando la presión. Sus manos vagan: una en mi cadera para hacer palanca, la otra deslizándose para frotar mi clítoris en círculos apretados.

—Sigue aguantando —ordena—. Lo estás haciendo de maravilla, apretando mi polla. Haz que te corras con ella.

Sus palabras me empujan más cerca del límite, los elogios sucios mezclándose con el azote de piel contra piel. Me balanceo hacia atrás para buscarlo, persiguiendo el orgasmo que está tan cerca. Su respiración ya es entrecortada, pero mantiene el control, inclinándose más profundamente para hacerme jadear.

—Sí, justo así —me anima—. Empuja más fuerte hacia atrás. Muéstrame lo desesperada que estás.

Lo hago, con mis caderas perdiendo el control mientras la tensión estalla. Oleadas de placer rompen sobre mí, mis paredes pulsando a su alrededor en espasmos rítmicos. —Eso es, córrete para mí —me alaba—. Qué cosita tan perfecta, deshaciéndose de forma tan hermosa. Aún no hemos terminado; aguanta fuerte.

Suelto su nombre en un gemido, con la visión borrosa mientras el orgasmo me atraviesa, dejándome temblorosa y sin fuerzas contra el escritorio. Pero él no se detiene. Sus estocadas continúan, más lentas ahora pero no menos intensas, prolongando mis espasmos finales.

Entonces su agarre se tensa en mis caderas, atrayéndome hacia él con más fuerza. La sensibilidad me hace gemir, pero el calor creciente me indica que ya se está formando otro pico. Se inclina sobre mí, con su pecho presionando contra mi espalda y sus labios en mi oreja.

—Ábrete más —ordena suavemente—. Déjame entrar más hondo. Puedes aguantar más, ¿verdad?

Asiento frenéticamente, ajustándome como me exige, sintiendo que se hunde aún más. El nuevo ángulo me hace jadear, con cada nervio encendido, y él me recompensa con un beso en el hombro, mientras su mano se desliza bajo mi camisa para pellizcarme un pezón.

—Buena chica —murmura—. Sigue gimiendo para mí. Quiero oír cada sonido.

Su ritmo aumenta de nuevo de forma posesiva, como si estuviera reclamando cada centímetro de mí. Empujo hacia atrás, respondiendo a cada estocada, perdida en la bruma de un placer que está lejos de desvanecerse.

Jadeo, arqueando el cuerpo mientras la sobreestimulación se convierte en otra oleada. Su mano rodea mi clítoris más rápido, con los dedos empapados en mi excitación, mientras la otra me agarra del pelo, tirando lo justo para intensificar la sensación. —Sí, justo así —me alaba—. Estás perfecta, apretando mi polla. Córrete otra vez para mí. Muéstrame cuánto te gusta.

La presión empieza a enroscarse de nuevo y mi respiración se convierte en gemidos entrecortados. Fyodor se mueve más rápido ahora, embistiendo tan fuerte que suelto un chillido cada vez que llega al fondo. El calor me recorre a oleadas y vuelvo a estallar, con mi orgasmo desgarrándome como un rayo. Mis paredes pulsan salvajemente a su alrededor, ordeñándolo mientras los temblores sacuden mis extremidades. Gruño cuando mi visión se nubla, el placer inundando cada nervio hasta dejarme lacia y vibrante.

—Joder —gruñe—, eso es... me estás apretando con muchísima fuerza. —Mi clímax solo parece motivarlo más—. Buena chica, corriéndote toda sobre mí. Dios, voy a llenarte por completo. —Sus movimientos se vuelven erráticos, su respiración áspera contra mi espalda. Con un gruñido profundo, se entierra del todo, y chorros calientes me llenan mientras sus manos en mis caderas me sujetan

con fuerza. Se estremece y se queda quieto, luego acaricia la curva de mi culo un par de veces.

Después de unos segundos, se retira y siento el hilo cálido bajándome por el muslo. —Quédate quieta —dice suavemente, pero ya no estoy de humor para discutir. Mi cuerpo está flácido y saciado. Ni siquiera sé qué está haciendo hasta que siento que sus manos me tocan.

Me limpia con delicadeza, y casi espero que haga algo aún más erótico. Pero su cuidado y atención se centran únicamente en limpiarme. Parece perfectamente satisfecho ahora.

Desecha los pañuelos, luego me sube las bragas y los pantalones. Cuando se deslizan sobre la curva de mi cadera, me pone de pie y me abrocha, luego sube la cremallera y se queda allí con los ojos clavados en mí mientras dice: —Ya está, otra vez compuesta, pero recuerda, ahora eres mía. —Me besa la frente y luego se guarda y se sube la cremallera de sus vaqueros.

Todo lo que puedo hacer es quedarme allí, totalmente eufórica por el subidón post-coital y completamente muda. Siento las piernas flojas y el corazón me late a mil por hora. Estoy casi demasiado mareada para mantenerme en pie cuando se inclina y vuelve a morderme el lóbulo de la oreja.

—Ahora, ve a hacer tus maletas y coge también algunas cosas para Sasha. Nos vamos a Moscú...

Las palabras de Fyodor me sacan de mi trance. —¿A Moscú? —pregunto, repentinamente confundida.

—Y nos vamos en veinte minutos.

Se da la vuelta al instante y sale, dejándome aturdida por la noticia con las endorfinas recorriéndome el sistema con tanta fuerza que me vuelven dócil ante él a pesar de todos mis reparos.

¿Qué coño he hecho?

13

FYODOR

El botones empuja el carrito con nuestro equipaje por el umbral de la suite y yo le indico el dormitorio principal con un gesto. Me duelen los hombros del viaje y tengo todos los músculos del cuerpo tensos. Lo único que quiero es instalarme y descansar un poco. Tengo algunas llamadas que hacer y es tarde. Sasha ya se ha quedado dormido en el coche.

—Lleve esas maletas a mi habitación —le digo al botones, y luego me giro hacia Sasha—. Tu cuarto es ese de ahí. Ve a ponerte el pijama. —Se queda ahí parado, mirándome con ojos somnolientos y un gran bostezo, y Noemi se planta delante de él para coger su única maleta pequeña.

—Yo me encargo de esta, gracias... Vamos, Sasha —dice ella, dirigiéndose hacia la puerta contigua abierta donde está el dormitorio de Sasha.

—¿A dónde vas? —le pregunto. Le he dado una orden al botones y ahora se queda ahí mirando como si hubiera hecho algo mal, cuando es evidente que la que está confundida es Noemi.

—Estoy cansada. Quiero tumbarme. —Se gira de nuevo como dispuesta a marcharse, pero agarro la maleta por el asa suelta que

cuelga a un lado y se la quito de las manos para dársela al botones, que me mira con cara de póker.

—Lleve esto allí dentro con las otras —refunfuño con fastidio. Está claro que no capta el mensaje de que esta noche va a estar en mi dormitorio. Creo que tampoco lo captó cuando le dije que ahora me pertenece.

—Esas... —dice Noemi frunciendo el ceño—. Lleve esto allí dentro con *esas*. —Vuelve a alargar la mano hacia la maleta, pero estoy demasiado cansado y frustrado para dejar pasar esto.

—No necesito una lección de gramática, y he dicho lo que he dicho. —Le aparto la mano, indicándole con un gesto al botones que se mueva, y ella suelta un bufido de desdén. Su rostro se contrae en un ceño aún más profundo mientras le da la espalda a Sasha, como si quisiera protegerlo de nuestra pequeña riña.

—El problema aquí no es tu gramática. Son tus modales. Dormiré con Sasha y...

—Tú no eres la que toma las decisiones —le digo cortante.

El rostro de Noemi se tiñe de un rojo intenso que se extiende desde sus mejillas por el cuello y desaparece bajo el cuello de su jersey. Aprieta los puños a los costados y da un paso hacia mí con la mandíbula tensa de esa forma obstinada que he llegado a reconocer en las últimas dos semanas. Excepto que esta noche, no me pone. Estoy agotado. No quiero lidiar con esto.

—No voy a compartir habitación contigo —sisea entre dientes—. Me quedaré con Sasha.

—Te quedarás donde pueda vigilarte, lo que significa en mi habitación. —Me apoyo contra la pared cerca de la puerta, cruzando los brazos sobre el pecho—. Esto no es negociable.

—Todo en esta situación debería ser negociable. —Lanza una mirada hacia donde está Sasha, apoyado en la pared y pareciendo estar a

punto de quedarse dormido de pie—. Yo no pedí estar aquí.

—Tu maleta ya está en el dormitorio, así que esta conversación ha terminado. —Me despego de la pared y me acerco a Sasha, dando por concluida la discusión le guste o no—. Podemos seguir con esto más tarde si todavía sientes la necesidad.

Oigo cómo toma aire bruscamente detrás de mí, seguido de unos pasos que sugieren que se está alejando en lugar de seguir peleando. Sasha no se da la vuelta cuando me acerco; su atención está completamente absorta por las vistas tras los ventanales. La ciudad se extiende en todas direcciones y las luces titilantes parecen tenerlo cautivado.

—¿Qué te parece? —Le pongo la mano en el hombro y él me mira.

—Es muy grande. —Su voz transmite asombro mezclado con incertidumbre—. Nunca he estado en Moscú.

—Exploraremos un poco si hay tiempo mientras estemos aquí. —Le aprieto el hombro con suavidad antes de soltarlo—. Pero ahora mismo tienes que prepararte para ir a la cama. Ha sido un día largo y estás agotado.

Noemi aparece a nuestro lado y coge la mano de Sasha sin reconocer mi presencia; su enfado conmigo parece estar lo bastante contenido como para poder actuar con normalidad delante del niño —. Vamos, cariño. Vamos a ponerte el pijama e instalarte.

Desaparecen en su dormitorio y me quedo solo cerca de los ventanales con el botones todavía esperando indeciso junto a la puerta. Saco dinero de mi cartera y le entrego lo que equivale al doble de lo que debería ser la propina, luego lo veo marcharse antes de dirigirme al dormitorio principal.

Saco el móvil del bolsillo de la chaqueta y marco el número de Rurik mientras subo mi maleta a los pies de la cama y abro la cremallera. Prenda por prenda, voy desarmando el equipaje y llenando los

cajones mientras el teléfono suena hasta que Rurik finalmente responde.

—¿Habéis llegado a Moscú? —pregunta sin andarse con rodeos. Antes de planear venir aquí, él fue mi primera llamada. Me apoyaré en él y en su experiencia con los asuntos de la ciudad para facilitar mi trabajo.

—Acabo de llegar al hotel hace unos quince minutos. —Con la ropa ya fuera de la maleta, abro el compartimento exterior y empiezo a sacar mis armas—. Dime que tienes algo útil.

—Tengo tres posibles ubicaciones que encajan con el perfil de viviendas de protección estatal. —Crujen papeles de fondo y oigo cómo mueve cosas—. Todos son edificios residenciales en barrios de clase media, todos alquilados recientemente a través de agencias externas que el gobierno utiliza exactamente para este fin.

—Dame las direcciones. —Cojo el bloc de notas del escritorio del hotel y lo abro, con el bolígrafo ya en la mano.

Me dicta tres ubicaciones mientras las anoto con letra garabateada. Cuando termina, se las leo para confirmar que lo he copiado todo correctamente.

—Las dos primeras son las más probables, basándome en los plazos y los patrones de alquiler —continúa—. La tercera es una posibilidad de reserva por si esas no funcionan.

—¿Cuánto me va a costar esto? —Cierro el bloc de notas y me lo guardo en el bolsillo de la chaqueta.

—Cincuenta mil por las direcciones y los horarios de vigilancia que mi contacto ha sacado de sus sistemas de seguridad. —Su voz es pragmática. Para él, esto es solo negocios—. Otros veinte si quieres los planos de planta y los códigos de entrada de los tres edificios.

—Te pagaré sesenta por todo. —La cantidad es elevada, más de lo que había presupuestado para este viaje, pero no tengo tiempo para

negociar cuando cada día que pasa acerca más el juicio—. ¿Cuándo podemos vernos para intercambiar la información?

—Mañana por la tarde me va bien. Hay un café cerca del Bolshói, lo bastante tranquilo como para que podamos hablar sin llamar la atención. —Me da el nombre y la dirección, que grabo en mi memoria en lugar de anotarlos—. A las dos.

—Allí estaré. —Termino la llamada y tiro el móvil sobre la cama, luego termino de vaciar mi maleta y guardo mis pistolas en la cómoda pequeña.

Cuando acabo, recorro el corto pasillo hasta la habitación de Sasha y abro la puerta en silencio. Noemi está sentada en el borde de su cama con un libro abierto en el regazo, leyendo en voz alta. Sasha está acurrucado bajo las mantas con la cabeza apoyada en la almohada. Sus ojos se cierran por el cansancio, pero está luchando por mantenerse despierto el tiempo suficiente para oír el final de cualquier historia que ella esté leyendo.

Me apoyo en el marco de la puerta y escucho, observando cómo modula el tono para adaptarse a las voces de los distintos personajes y hace pausas en los momentos dramáticos para crear expectación. Tiene un talento natural para esto, y Sasha no pierde detalle. Casi me siento mal por obligarla a estar aquí porque está claro que esta es su vocación: enseñar y cuidar a niños pequeños.

Pero no puedo criar a un niño pequeño solo, y Noemi tiene el temple necesario para prosperar en la atmósfera de mi vida. Ya lo ha demostrado más de una vez. Después de lo de esta mañana en mi despacho, creo que resultará útil en más aspectos que solo cuidando al niño. Solo necesitará tiempo y mano dura para adaptarse a los cambios.

—Y vivieron felices para siempre —concluye, cerrando el libro y dejándolo en la mesita de noche—. Fin.

—Ha sido muy bonito. —La voz de Sasha suena pastosa por el sueño y arrastra un poco las palabras—. ¿Me leerás otro mañana por la noche?

—Por supuesto que sí. —Se inclina y le besa la frente, apartándole el pelo oscuro de la cara con dedos suaves—. Pero ahora mismo tienes que dormir.

Empiezo a retroceder, pero sigo escuchando cuando Sasha dice: ¿Crees que mi papá me enseñará la ciudad mañana?

Las palabras se me enredan en el corazón y me hacen detenerme a mitad de camino. No pueden ver que estoy aquí escuchando, lo que hace que este momento sea aún más puro. Mi hijo me acaba de llamar papá por primera vez en su vida, y creo que me gusta la sensación que me produce.

—Podemos preguntárselo, *solnyshko*. Ahora duerme...

La voz de Noemi es suave y paciente, pero noto el tono de desánimo que usa. No es que lo desanime a él, sino que ella misma se siente desanimada. Probablemente por mi incapacidad para hacer las cosas como ella cree que deberían hacerse.

Me gustaría pensar que soy un buen padre, que Sasha está en buenas manos conmigo, pero es obvio que todavía no tengo su aprobación. Puede que tenga que luchar durante meses para avanzar en ese terreno, pero no dejaré de intentarlo. Su presencia aquí empezó como una forma de que Sasha se sintiera más cómodo conmigo, pero estoy descubriendo que yo también tengo una necesidad. La necesito a ella para que me haga un hombre mejor, para ser digno de este regalo que me ha caído en el regazo.

Me apresuro a despejar el pasillo y vuelvo al dormitorio principal antes de oír cómo la puerta de la habitación de Sasha se cierra con un clic silencioso.

Momentos después, Noemi entra en la habitación con la barbilla en alto y los hombros erguidos. —Tengo que coger mis cosas. —Camina

hacia mí fingiendo que puede hacer lo que quiera después de que yo ya haya dejado claras mis intenciones—. Dormiré en el sofá de fuera.

—No, no lo harás. —Me muevo para bloquearle el paso hacia su maleta—. Dormirás en la cama, donde descansarás como es debido.

—No voy a dormir en tu cama, Fyodor. —Hacemos un baile de pasos laterales, de un lado a otro, hasta que ella comprende que le estoy bloqueando el paso a propósito—. Eso es completamente inapropiado y lo sabes.

—¿Te puse a cuatro patas en mi escritorio y te follé hasta dejarte en carne viva y crees que dormir en mi cama es inapropiado? —Mis palabras hacen que sus ojos se agranden y tome aire con dificultad, pero no me responde con ninguna réplica.

—Eso fue... Yo solo... —Está nerviosa y no sabe qué decirme, lo cual me resulta cómico—. Quítate de mi camino. Quiero dormir en el sofá.

Cuando intenta pasar a mi lado de nuevo, esta vez la dejo. Pero le rodeo la cintura con el brazo mientras lo hace y la levanto del suelo en un movimiento rápido.

—¡Qué estás haciendo! —sisea en voz baja, como si no quisiera que Sasha la oyera—. ¡Suéltame!

Ignorando sus protestas, la llevo hasta la cama y la dejo caer sobre ella. Rebota dos veces antes de que yo alargue la mano y apague la lámpara de mi lado de la cama. Antes de meterme en la cama a su lado, ya se está escabullendo hacia el lado opuesto para alejarse, lo que solo facilita mi tarea.

La agarro de nuevo por la cintura, atrayéndola hacia mi pecho hasta que deja de luchar. —He dicho que dormirás en mi cama conmigo.

—¿Qué soy, tu cautiva ahora? ¿Vas a convertirme en una esclava sexual?

Ni siquiera gasto la energía necesaria para responder a esas acusaciones desagradables. Alargo la mano por encima de ella y apago la luz de su mesita, luego me relajo a su lado con el brazo inmovilizándola firmemente contra mi cuerpo.

Obligarla a estar aquí no era lo que esperaba, pero no soy un hombre insensato, por mucho que a ella le guste corregirme. Si la dejo dormir en esa habitación privada, me despertaré y me habrán arrebatado a mi hijo y la mujer que traje para ayudarme se habrá ido.

—Buenas noches, señorita Dragunova —le digo, cerrando los ojos ante su respiración airada.

Ella refunfuña y suspira varias veces. Siento su cuerpo tenso y rígido en mis brazos, pero no voy a ceder. Esta mujer me pertenece ahora, le guste o no, incluso si se niega a dejar que le pague.

—Sabes, si me obligas a dormir en tu puta cama, al menos podrías dejar que me pusiera el camisón.

—Buenas noches —repito, y aprieto mi agarre sobre ella para recalcar el mensaje. Ya tendré bastantes problemas intentando dar caza a Marat como a una aguja en un pajar aquí en Moscú. No voy a dejar que se salga con la suya. Hará las cosas a mi manera porque no tengo tiempo para lidiar con su actitud.

Tras varios minutos largos, su respiración empieza a alargarse y su cuerpo se relaja, así que dejo que el sueño me venza. Necesito estar despejado si voy a terminar este trabajo rápido. Y la necesitaré a ella despejada para ocuparse de Sasha y mantenerlo entretenido mientras yo hago mi labor.

Y cuando volvamos a San Petersburgo, tendremos una larga charla sobre lo que se esperará de ella. Porque su descripción de puesto cambió en el instante en que se rindió ante mí en mi despacho. La señorita Dragunova ya no es solo la profesora de Sasha.

Ahora es mi juguete personal.

14

NOEMÍ

Las sábanas huelen ligeramente a la colonia que usa Fiódor, algo cara, sin duda, y la suave tela se desliza sobre mis piernas desnudas cuando me muevo bajo las mantas. Aún no estoy despierta del todo; floto en ese espacio gris entre el sueño y la conciencia donde los sonidos me llegan amortiguados y siento el cuerpo demasiado pesado para moverme. Pero la voz de Fyodor me empuja hacia la superficie, reverberando a través de la pared desde la sala de estar donde debe de estar sentado con Sasha.

No abro los ojos. Hundo más la mejilla en la almohada y dejo que el calor del colchón me mantenga en mi sitio mientras escucho su conversación.

Están hablando sobre el hipódromo, del que se rumorea que está controlado por la Bratva, así que no me sorprende oírle hablar con tanta seguridad al respecto. Pero el tono que utiliza sí que me asombra un poco. Habla con una suavidad y una ternura propias de un padre que se dirige a su hijo. Me hace sonreír pensar en lo mucho que se está esforzando Fyodor por cambiar para ser un buen padre. Casi compensa la forma tan insensible con la que me metió en esta cama anoche, como si no fuera más que una de sus posesiones.

La conversación se desvanece en murmullos que no alcanzo a entender y, finalmente, oigo cerrarse la puerta de Sasha y la suite se queda en silencio. Alargo la mano hacia mi diario, que está en la mesita de noche, me incorporo hasta quedar sentada contra el cabecero y busco una página en blanco.

La entrada de hoy en el diario es fácil y fluye de mi pluma sin interrupciones.

Nunca pensé que Fiódor Gravitch fuera capaz de mostrarse tan tierno, pero me sorprende cada día. Sigo queriendo odiarlo por haberme secuestrado, pero sé que no puedo odiarlo por ser el padre de Sasha. No puede cambiar la biología, como tampoco puedo hacerlo yo.

Pero no lo odio. Me estoy ablandando con él.

Pese a todos sus defectos y fallos, no es el monstruo que creí al principio. Como cualquier otro ser humano en este planeta, su personalidad tiene capas complejas, y probablemente arrastra más traumas y detonantes que nadie que haya conocido. Pero el hecho de que se esté esforzando tanto por hacer lo correcto resulta conmovedor.

Fiódor Gravitch no es el tipo de hombre del que una mujer deba enamorarse, por mucho que se le acelere el pulso cuando él entra en una habitación o se le caliente la piel cuando su mirada se detiene demasiado tiempo en su boca. Y, Dios, lo que me hizo sentir ayer fue distinto a cualquier otra experiencia sexual que haya tenido. Hizo lo mismo que ya he vivido varias veces antes, pero cada caricia fue eléctrica porque él sabe cómo hablarle a mi cuerpo.

Pero es peligroso y está roto de formas que nunca podría esperar sanar; está resquebrajado por fallas que se formaron mucho antes de que yo apareciera en su vida. Es triste, la verdad, saber que un hombre con tanto potencial está fuera de mi alcance por culpa de sus propias decisiones, con las que creo que nunca llegaré a estar de acuerdo.

La puerta se abre antes de que pueda cerrar el diario y Fyodor aparece en el umbral con el pelo oscuro cayéndole sobre la frente; sus ojos me recorren de arriba abajo, haciendo que me sonroje.

—Sasha se está vistiendo —dice.

—te he oído hablar con él. —Me quedo sentada contra el cabecero con el diario apretado contra el pecho.

Él tensa la mandíbula y baja la mirada hacia el diario—. ¿Estabas escuchando?

—Vuestras voces me han despertado. No he podido evitarlo —Le observo la cara buscando cualquier rastro de enfado, pero no hay ninguno—. ha sido muy dulce, Fiódor, la forma en que le hablabas.

No responde, pero algo cambia en su expresión: una suavidad alrededor de los ojos. Entra en la habitación y cierra la puerta tras de sí con elegancia. Es delicado cuando quiere, pero sé exactamente cuánto poder encierra ese cuerpo. He visto los músculos que se marcan bajo su piel.

¿Vendrías al museo con nosotros hoy? —pregunta.

¿Me lo estás pidiendo? —Casi suelto un bufido, pero me contengo. Que dé un giro de ciento ochenta grados y se muestre educado y acogedor después de la disputa de anoche es un gran paso.

—Sí.

—Sin ordenar... —me aseguro, porque no puedo creer lo que oigo. Quizá mis comentarios por fin han surtido efecto.

—Te lo estoy pidiendo, Noemí.

Dios, me encanta cómo dice mi nombre. Es casi poético. Aunque, cuando me llamó «señorita Dragunova» ayer mientras me inmovilizaba contra aquel escritorio, me hizo sentir algo etéreo y fuera de control.

—Entonces, sí. Me gustaría ir.

Se queda de pie junto a mí mientras dejo el diario en la mesita y salgo de la cama. Cojo mi ropa de la silla y me dirijo al baño. Pero cuando dejo mis cosas en el mármol y voy a cerrar la puerta, la mano de Fyodor sujeta el borde antes de que pueda cerrarse y entra. El espacio es pequeño y él ocupa la mitad por sí solo; mis mejillas arden de vergüenza porque sé que va a haber otro enfrentamiento.

—Fiódor, tienes que quedarte fuera.

—¿Ah, sí?

En lugar de salir de la estancia para respetar mi petición, se queda bloqueando mi salida y devorándome con la mirada. Un calor revolotea incómodamente en mi estómago y vuelvo a sentir la misma química magnética de ayer. Es como si, una vez que accionamos el interruptor y dejamos que la corriente fluyera, ya no hubiera forma de apagarla.

—Estás preciosa —gruñe con voz áspera—. No puedo mantenerme alejado de ti.

—Eso no es motivo para seguirme aquí dentro —digo con timidez, pero una parte de mí no se siente mal porque lo haya hecho. Mi cuerpo está encendido de sensaciones, haciendo que cada nervio se dispare a toda velocidad. Estoy ardiendo, así que me cuesta respirar.

Intento responderle, pero las palabras se me quedan atascadas en la garganta y él se acerca, situándose detrás de mí, donde veo su reflejo en el espejo. Se le ve bien ahí detrás, alzándose sobre mi reflejo de forma posesiva mientras sus manos se posan en mis caderas, haciendo que mis rodillas amenacen con flaquear.

—No vas a decirme que me vaya —dice, y sus ojos se clavan en los míos. Veo el deseo en su expresión y siento que mi propio cuerpo se agita y lo ansía también.

——No... —La palabra sale apenas más alta que un suspiro—. No lo haré. —Claro que no lo haré. Acabo de pasarme los últimos veinte

minutos escribiendo en mi diario todas las cosas maravillosas por las que ya no puedo odiarlo. Se ha colado en mis pensamientos y luego se me ha metido bajo la piel para que le dejara follarme, y después de retenerme en su cama sin más intención que dormir a mi lado cómodamente, no tengo ni idea de qué pensar de él, salvo que sé que puede hacerme sentir increíble.

Su boca busca la curva de mi cuello, moviéndose lentamente sobre el lugar sensible debajo de mi oreja. Nos observo en el espejo, con los ojos entrecerrados y los labios entreabiertos, con su cabeza oscura inclinada sobre mí. Una mano permanece firme en mi cadera mientras la otra se desliza hacia arriba; sus dedos se extienden sobre mi abdomen bajo la camiseta. Se toma su tiempo, como si intentara desmoronarme por completo.

—Te gusta mirar —murmura contra mi piel. Las palabras vibran a través de mí mientras su palma se aplana, empujándome hacia atrás hasta que mi cuerpo queda pegado contra su pecho. Siento lo duro que se está poniendo, restregándose contra mi trasero para que no pueda fingir que no me doy cuenta.

Se me escapa un pequeño gemido y él aprieta el agarre.

—Eso es —susurra—. Deja que te oiga respirar con fuerza.

Su mano libre baja más, trazando la cinturilla de mi pantalón de pijama, arrugado tras el sueño. Se me corta la respiración cuando sus dedos se deslizan por debajo de la cinturilla sin vacilar, con movimientos posesivos. Su palma caliente se desliza sobre mi vientre hasta que me cubre por completo, con la mano presionada contra mi monte de Venus, y veo cómo su muñeca desaparece bajo la tela en el espejo. La imagen es obscena: mi propio rostro encendido, los labios entreabiertos y su antebrazo flexionándose mientras empieza a moverse.

Me acaricia suavemente, con dos dedos separando mis pliegues bajo las bragas. Mis caderas se lanzan hacia adelante por instinto, pero él me sujeta con más fuerza contra sí.

—Quédate quieta —ordena en voz baja—. Deja que me ocupe de ti.

Lo intento.

Dios, lo intento.

Pero cuando rodea mi clítoris con la yema de su dedo corazón, mis rodillas ceden. Él me atrapa, rodeando mi cintura con su brazo y manteniéndome erguida mientras me frota en círculos cerrados y pacientes. Mi reflejo lo muestra todo: mi pecho subiendo y bajando demasiado rápido, la forma en que me tiemblan los muslos, el ligero sudor que siento aparecer en el nacimiento del pelo. ¿Qué me está haciendo este hombre?

Su boca se desplaza a mi oreja—. Te pones tan mojada para mí —susurra—. Cada vez que te toco, te derrites. Has nacido para que mis dedos te follen así, Noemí.

Me muerdo el labio para guardar silencio, pero se me escapa un gemido de todos modos. Su dedo baja más, presionando en mi interior lo justo para provocarme, y luego vuelve a subir para extender la humedad que encuentra. Gruñe profundamente cuando siente lo preparada que estoy y el estruendo vibra contra mi espalda mientras su mano libre se desliza bajo mi camiseta para apretar uno de mis pechos a través del sujetador.

—Mírate —dice, ahora con la voz más oscura—. Mira qué hermosa estás cuando me deseas con este ansia.

Lo hago; no puedo apartar la vista. Su mano me trabaja con pasadas lentas y devastadoras, círculos firmes, y luego una presión repentina que hace que mi visión se nuble. Mi cabeza cae hacia atrás sobre su hombro. Él lo aprovecha, besándome a lo largo de la mandíbula y reclamando después mi boca con un beso profundo y hambriento. Nuestras lenguas se deslizan juntas y se enredan, y nuestros dientes chocan un par de veces, pero estoy desesperada por que me haga sentir viva de nuevo.

Sus caderas se balancean de nuevo, restregando su erección contra mi trasero al ritmo de sus dedos. Puedo sentir cada centímetro de su grosor, atrapado tras esa cremallera. La fricción hace que me contraiga sobre la nada y él gruñe contra mi boca como si también pudiera sentirlo.

—Tan perfecta —murmura contra mis labios—. Tan jodidamente perfecta para mí. No sabes lo que me haces... cuánto deseo tenerte así, temblando, suplicando, toda mía.

Y estoy ahí mismo, tambaleándome en el borde, lista para dejar que me destroce de nuevo, cuando la voz de Sasha nos interrumpe.

—¿Papá?

Fiódor se queda petrificado. Su mano se detiene entre mis piernas. Durante un largo segundo, ninguno de los dos se mueve. Luego exhala mientras me muerde el hombro y retira los dedos con cuidado. Me da un último beso suave en el lateral del cuello antes de dar un paso atrás.

Me tambaleo sin su apoyo, con las mejillas ardiendo y el pulso acelerado; él se ajusta la ropa con una mueca y vuelve a mirar mi reflejo una vez más. Veo cuánta hambre tiene de mí. Lo siento hasta la médula, pero la paternidad es más importante que el placer.

—Luego —dice en voz baja.

Entonces se da la vuelta, abre la puerta y me deja allí: dolorida, sin aliento, observando mi propia expresión deshecha en el espejo.

Echo la llave porque, después de eso, no creo que pueda caminar derecha hoy a menos que solucione este problema creciente entre mis piernas. Fiódor no tiene ni idea de lo que me hace. Estoy tan sofocada y excitada que me duele físicamente el deseo de alivio.

Mi reflejo está congestionado, mis labios amoratados, de un rosa oscuro por la sangre que acudió a ellos mientras me besaba. Me bajo los pantalones, me quito el jersey y el sujetador de un tirón y

abro el grifo de la ducha para que el agua se caliente, pero mis dedos ya han encontrado el lugar donde me duele y empiezan a frotar.

No es nada comparado con él y con lo que me hace sentir, y no puedo hablarme a mí misma como él me habla, pero puedo imaginarlo...

Imagino a Fyodor quedándose justo ahí detrás de mí, cayendo de rodillas y apartándome las bragas para poder presionar su boca contra mí. Su lengua está caliente y plana contra mi clítoris desde el principio, lamiendo lentamente mis pliegues mientras gruñe porque le encanta lo mojada que estoy por él.

Me dice que mi coño sabe tan bien que lo vuelve loco, y luego me succiona el clítoris entre los labios y lo roza con la lengua hasta que mis caderas se balancean hacia adelante y las piernas me empiezan a temblar. Me sujeta con firmeza con las manos en el trasero, empujándome contra su cara para que me restriegue contra él y sienta su nariz rozar mi clítoris cada vez que empuja su lengua dentro de mí.

Mis dedos giran más rápido en la humedad que él ha dejado, pero es su lengua lo que siento en mi cabeza, succionando con más fuerza mientras me mete dos dedos y los bombea profundamente, curvándolos para dar en ese punto que hace que todo se tense. Imagino que se aparta para escupir en mi clítoris, viéndolo gotear, lamiéndolo con pasadas húmedas antes de volver a meterme los dedos con más fuerza.

Me meto dos dedos, empujando profundamente y curvándolos mientras mi otra mano sigue firme en mi clítoris. En mi mente me folla con los dedos, pero su boca nunca deja mi clítoris, succionando y rozándolo hasta que goteo por su brazo.

Luego me da la vuelta y me sube a la encimera, enganchando mis piernas sobre sus hombros. Dios, me diría cosas tan sucias y me

obligaría a contestarle mientras me folla. Y, por Dios, cómo deseo que haga eso.

La presión aumenta rápidamente en mi interior mientras continúo dándome placer imaginándolo hacer todo tipo de cosas eróticas conmigo y cuando llega el orgasmo es exquisito, aunque ni de lejos lo que sé que él podría hacerme sentir.

Mi cuerpo se sacude y tiene espasmos, e intento, sin éxito, verme en el espejo empañado. Estoy eufórica, agitándome y gruñendo entre dientes mientras las olas me recorren y mis jugos me bañan los muslos. Incluso sin su presencia física, tiene una forma de hacer que mi cuerpo se sienta increíble y, aunque nunca le diría que he hecho esto, eso no me impide disfrutarlo.

Saco la mano y la enjuago bajo el chorro de agua que sigue saliendo de la alcachofa de la ducha, luego me meto bajo el agua y dejo que el calor relaje lo que queda de tensión en mi cuerpo.

Fiódor tiene algún tipo de poder sobre mí, pero sé que de alguna manera es recíproco. Hago que pierda los papeles y me gusta esa sensación. Si tan solo pudiera convencerlo de que me dejara tener mi vida normal y no una ligada a él en todo momento, nos llevaríamos mucho mejor.

¿Pero me resultaría tan fascinante como ahora si me dejara volver a dar clase a Sasha en mi aula? ¿O se desvanecería la magia en el momento en que dejara de tenerme como a un pájaro enjaulado?

Ya ni siquiera lo sé.

15

FYODOR

Sasha tiene la cara tan pegada al cristal que su aliento no deja de empañarlo, y cada pocos segundos, lo limpia con la manga y se inclina de nuevo para mirar fijamente los huevos. La colección Fabergé descansa bajo una luz suave; todo ese oro, el esmalte y las diminutas piedras preciosas captan el brillo, y observo a Noemí admirándolos con una expresión que no le había visto antes.

Está preciosa cuando está enfadada, pero está absolutamente radiante cuando está en paz, y me descubro mirándola fijamente.

—Son muy pequeños —dice Sasha—. Pensaba que serían más grandes.

—Se hicieron para la Zarina. —Noemí se pone en cuclillas junto a él y señala el huevo más cercano, acercando el dedo al cristal—. ¿Ves todas esas florecillas y hojas en el esmalte? Y mira, hay una pequeña sorpresa escondida dentro.

Me quedo rezagado con las manos en los bolsillos y dejo que disfruten de este momento. El museo está tranquilo, solo hay unos pocos turistas deambulando por las galerías, y un guardia permanece cerca de la entrada con aspecto de estar aburriéndose soberanamente. Yo mismo hago una batida visual, porque estoy

esperando a alguien, y luego vuelvo a centrar mi atención en mi hijo y en la mujer que no consigo sacarme de la cabeza por mucho que lo intente.

—A *Mamochka* le habrían encantado. —Sasha suena triste ahora, y eso me encoge el corazón de forma incómoda—. Tenía fotos de ellos en un libro, y solía enseñármelas y contarme todas las historias.

La mano de Noemí busca su hombro y lo aprieta, y siento un poco de envidia de esa conexión que tiene ella y de lo fácil que le resulta. Ella sabe cómo consolarlo y yo aún no he acabado de entender cómo hacerlo. Quizá sea porque tuvimos un comienzo difícil, o quizá sea simplemente que se le da mejor porque es mujer, pero estoy decidido a comprender y a hacerlo mejor.

Tras admirar los huevos durante varios minutos largos más, caminamos por la galería hasta el salón de los carruajes; esas cosas enormes y doradas con ruedas más altas que Sasha, y asientos de terciopelo acordonados tras gruesos cordones. Él corre por delante para fisgonear por las ventanas de un coche negro, apoyando las manos contra el cristal a pesar de que hay carteles que dicen que no lo haga.

Se está divirtiendo y no hace ningún daño más allá de dejar huellas dactilares, pero a mí me pone tenso. Cuando Noemí se pone a caminar a mi lado, me siento más a gusto. Ella ve lo mismo que yo, pero no se inmuta. Quizá soy demasiado estricto.

—¿Estás disfrutando de esto? —pregunto casi en un susurro. Cuando le pedí que viniera, fue con un propósito. Me reuniré con Rurik en breve, aunque ella no lo sabe, y necesito a alguien que vigile de cerca a Sasha. Dejarlos sentados en el hotel mientras yo estaba fuera simplemente no parecía lo correcto. Esto es mejor para ambos, y mejor aún que ella crea que yo personalmente quería que estuviera aquí.

Además, estoy empezando a disfrutar también de su compañía.

Ella me lanza una mirada, y hay algo más cálido en su rostro de lo que he visto en días.

—Sí. Gracias por traernos.

—Sasha necesitaba experimentar algo bueno. —Hago una pausa, sin saber si debería decir lo siguiente, y luego lo digo de todos modos—. Y tú también.

El color le sube a las mejillas y aparta la mirada, pero no antes de que yo capte la pequeña sonrisa que asoma en su boca. Curioso cómo esa diminuta sonrisa puede hacer que el corazón me golpee contra las costillas con la misma fuerza que cuando estoy en una situación peligrosa. Otra razón más por la que esta maestra cautiva mía es un riesgo que estoy asumiendo. Se está enredando en mi sistema nervioso demasiado rápido.

—A *Mamochka* también le encantarían esos carruajes —grita Sasha desde el otro lado de la galería—. Siempre decía que quería montar en uno. —Hago una mueca ante sus palabras porque habla muy alto, pero aún no entiende de protocolos.

Y no deja de mencionar a su madre, sacándola a colación como si todavía estuviera viva en algún lugar esperando a que él volviera a casa, y no sé qué decir a nada de eso. La idea misma de que, con el tiempo, tendré que ayudarle a superar esto me parece una tarea más difícil que dar caza a un hombre bajo protección estatal. ¿Qué se le dice a un niño de diez años que está de luto?

Sasha sale disparado hacia las vitrinas de las espadas al fondo de la galería, y vigilo cada paso que dan sus zapatillas chirriantes. Este niño se me ha metido bajo la piel más rápido de lo que jamás creí posible. Hace apenas unas semanas, estaba solo en este mundo, y ahora tengo un hijo. Es asombroso.

Se detiene frente a una vitrina llena de hojas antiguas e inmediatamente empieza a intentar trepar por el cordón de terciopelo para ver mejor. He intentado mantener la calma todo este

tiempo, pero esta vez no se trata solo de huellas en el cristal. Está rompiendo las reglas y necesita algo de disciplina.

—¡Sasha! —grito, y mi voz rebota en las paredes con la fuerza suficiente para que el guardia levante la vista—. Bájate de ahí y no toques nada.

Se queda paralizado con una pierna sobre la cuerda, y sus ojos se abren de par en par por el susto. Sé que sueno brusco, pero eso es lo que hacen los padres, ¿verdad? Sin embargo, Noemí me lanza una mirada de reproche y Sasha regresa a trompicones al lado correcto con las mejillas poniéndoseles rojas. El guardia da un paso hacia nosotros, y levanto la mano para hacerle saber que todo está bien.

—No tenías por qué gritarle —sisea Noemi; toda esa calidez de antes ha desaparecido en un instante—. Es un niño mirando espadas, no un soldado al que estés dando órdenes.

—Esas cosas son más viejas que todo este edificio y esa vitrina podría volcarse sobre él. ¿Qué quieres que haga, que deje que se mate?

—Entonces vas hasta allí y se lo explicas tranquilamente. No le gritas de punta a punta de la sala para avergonzarlo delante de todo el mundo.

No puedo evitar que la rabia me suba rápidamente por la garganta, y aprieto la mandíbula para no decir algo de lo que me arrepienta. Pensé que Noemí y yo estábamos por fin progresando hacia una buena relación de trabajo, pero cada vez que creo que avanzamos, ella encuentra una nueva forma de recordarme que lo estoy haciendo mal y que no sé cómo ser lo que Sasha necesita o lo que ella quiere que sea.

—Tú no eres quién para decirme cómo tratar a mi hijo. —Empiezo a caminar en dirección a él, y ella se pone rápidamente a mi altura con zancadas apresuradas que hacen que sus pies golpeen el suelo.

—Alguien tiene que hacerlo, porque está claro que tú no tienes ni idea.

—¿Y tú sí? Lo conoces desde hace unas semanas; yo soy su padre.

—Entonces actúa como tal. —Sus ojos echan chispas de rabia—. Los padres de verdad no asustan a sus hijos para que se porten bien. Los padres de verdad hablan con ellos, los tratan con respeto y los ayudan a comprender las consecuencias de las decisiones de la vida. —Ahora sus ojos brillan con furia y protección, lo cual es enternecedor, pero está diciendo cosas a propósito para herirme.

He pasado toda mi vida enseñándome a no dejarme conmover por lo que diga la gente, pero de algún modo, ella tiene esa capacidad de atravesar mi armadura. Quiero decirle que yo nunca tuve un padre de verdad y que he salido bien, pero empujo la rabia hacia ese lugar frío donde guardo todo lo demás y hago que mi voz suene plana.

—Quédate con Sasha junto a las espadas. Necesito dar un paseo antes de decir algo de lo que ambos nos arrepintamos.

—Fyodor...

—Quédate con él.

Me doy la vuelta y me alejo antes de que pueda discutir, haciendo que la gente levante la vista de sus guías de la exposición mientras paso a su lado como una exhalación. Estoy tan enfadado que puedo sentir la tensión física en los músculos del pecho y un dolor por el esfuerzo de intentar mantener la calma. No entiendo cómo he permitido que se me meta bajo la piel tan fácilmente. Estoy haciendo lo que puedo y sé que estoy fallando. Pero si pusiera la mitad de la compasión que tiene por ese niño en ayudarme a mí en lugar de darme lecciones, progresaríamos mucho más rápido.

Pero no tengo tiempo para sentarme a pensar en ello ni para deprimirme. Tengo una reunión que mantener.

La galería con las coronas y los mantos de coronación está casi vacía cuando llego, y veo a Rurik de inmediato, de pie junto a una vitrina con las manos en los bolsillos de su abrigo. No me mira cuando me acerco. Su mirada permanece fija en la tela bordada encerrada tras el grueso cristal.

—Llega tarde —gruñe. Hemos hecho negocios antes y conozco ese tono. Está molesto.

—He tenido que escaparme de mis acompañantes.

—La mujer y el niño. —Si hay algo en lo que Rurik es bueno, es en la vigilancia. Tiene ojos y oídos en todas partes. Probablemente conocía toda mi situación una hora después de que me registrara en aquel hotel—. Arriesgado, traerlos aquí.

—No he tenido elección, y no he venido aquí para hablar de mi vida personal. —Mi frustración se filtra en mi tono, y él hace un sonido en el fondo de la garganta y finalmente se gira para darme la cara.

—Tengo lo que necesita... —dice, pasándome un sobre—. Las direcciones han sido comprobadas. No hay noticias de quién está dentro, pero la información dice que tu objetivo está en una de ellas.

—¿Cómo de reciente es la información? —pregunto, mirando por encima del hombro. Le dije a Noemí que se quedara donde estaba, pero no puedo arriesgarme a que se mueva y me vea aquí contraviniendo mis órdenes.

—Bastante reciente. —Extiende la mano, con la palma hacia arriba —. Pero nada sale gratis.

Meto la mano en mi abrigo, saco el sobre abultado de billetes y se lo entrego. Rurik lo coge sin contar y lo desliza en su bolsillo con un movimiento fluido.

—La primera es su mejor opción —dice, pasándome un trozo de papel doblado—. Las fuentes dicen que la presencia policial es

limitada. Creo que piensan que está más seguro aquí, lejos del territorio de Gravitch.

—¿Y qué hay de Knyazev?

—Sigue pegado a su lado, por lo que saben mis hombres. —Los ojos de Rurik recorren la galería y luego vuelven a fijarse en mí—. No están protegiendo a Knyazev, pero estoy seguro de que tampoco dejarán que entres así como así y le pegues un tiro al cabrón.

Me guardo el papel en el bolsillo y capto un movimiento en el borde de mi visión. Noemí aparece en la entrada de la galería, escrutando la sala hasta que sus ojos aterrizan en Rurik y en mí, que estamos demasiado cerca el uno del otro. Su expresión cambia de la preocupación a la sospecha en apenas medio segundo.

—Debería irme —dice Rurik, leyendo la situación al instante—. Buena suerte con Koslov. Y con la mujer.

Se escabulle por una puerta para el personal antes de que yo pueda responder, y me giro para mirar a Noemí mientras camina hacia mí con la mandíbula apretada y los brazos cruzados.

—¿Quién era ese?

—Nadie.

—No me mientas —mira por encima del hombro a Sasha y mantiene la voz baja—. He visto que le dabas algo. He visto el sobre... ¿Era dinero?

—No te incumbe. —Mis ojos se dirigen a donde está Sasha ahora, pegando su cara exhaladora de vapor al cristal que contiene el traje de coronación de Catalina la Grande. Realmente necesito enseñar a ese niño a leer los carteles y a respetar las reglas.

—Todo lo que afecte a Sasha me incumbe. —Se acerca lo suficiente como para que pueda ver la pequeña vena que le sobresale en la frente, demostrando que le ha subido la tensión. Casi suelto una

carcajada por lo fácil que es sacarla de sus casillas—. Nos has traído aquí como tapadera para algún tipo de trato, ¿verdad?

—Es hora de irse —le digo antes de que pueda soltar lo que sea que esté pensando—. Ahora mismo.

—Sasha no ha terminado de ver las espadas —protesta ella, pero yo ya me estoy moviendo, ignorándola. No voy a permitir que me reprendan en público de esta manera, y no toleraré sus contestaciones mucho más tiempo antes de que no pueda controlar mi impulso de darle una lección.

—Puede volver en otro momento. Tenemos que irnos. —Agarrándola por el bíceps, la guío por la fuerza hacia la vitrina donde Sasha ha dejado efectivamente suficiente ADN como para incriminarlo en cualquier cantidad de delitos en su futuro, y ella gime a cada paso.

—Cerdo —sisea.

—Eso es «señor cerdo» para usted, y si no deja de hablarme así, será usted la que aprenda una lección de respeto. —Me giro hacia Sasha y gruño—: Es hora de irse... —mientras pasamos de largo. Al ver que no me detengo a esperarlo, Noemí forcejea con más fuerza contra mi agarre, pero él acaba por alcanzarnos, sin aliento de tanto correr.

—¡Eso ha sido alucinante! ¿Podemos venir mañana también? —pregunta Sasha, con tono encantado, pero en lo único en lo que puedo pensar es en salir de aquí y terminar este trabajo. Cuanto más rápido me mueva, antes regresaré a mi hogar, donde podré controlar mejor las cosas.

No me gusta la sensación de estar fallando. Nunca he fallado en nada en mi vida hasta ahora, y con Marat huyendo, habiéndome evadido ya más de una vez, el síndrome del impostor me está golpeando con fuerza. Y cada vez que cometo un error con mi hijo, Noemí está ahí para recordarme que es otra cosa más en la que no soy bueno.

16

NOEMI

Sasha mueve las patatas por el plato con el tenedor, trazando pequeños caminos en la salsa mientras lo observo desde el otro lado de la mesa. El servicio de habitaciones del hotel no ha sido barato, pero Fyodor dejó efectivo sobre la cómoda antes de desaparecer sin decirnos a dónde iba ni cuándo volvería, y he pensado que el niño se merecía una comida caliente después del día que hemos tenido.

—Las espadas han sido lo que más me ha gustado —dice Sasha, sin levantar la vista de su plato—. ¿Has visto la que tenía joyas en la empuñadura? Probablemente valiera mil millones de rublos.

—Probablemente más que eso —me río entre dientes, recordando la exquisita artesanía de esa espada en concreto. Por eso nos metí prisa para encontrar a Fyodor. Pensé que le gustaría verla, y entonces me lo encontré reunido con aquel hombre de aspecto poco recomendable.

—Ojalá hubiera podido tocarla. Apuesto a que pesaba más de lo que parecía, y el metal probablemente estaba frío. —Por fin da un bocado a la patata y mastica despacio—. Los carruajes también eran

una pasada. A *Mamochka* le habría encantado montar en uno de esos.

Lleva todo el día mencionándola y, tras más de una semana sabiendo que ha fallecido sin hablar de ella, imagino que la tiene muy presente. Doy un sorbo de agua y le doy espacio para que siga hablando si quiere, pero se queda en silencio y se concentra en la comida.

—¿Qué te han parecido los huevos? —pregunto pasado un minuto.

—Estaban bien. Eran bonitos, supongo. —Se encoge de hombros—. Me han gustado más las armas. Ver cosas así es mucho más interesante que leer sobre ellas en los libros o hacer problemas de mates.

—Aun así tienes que hacer tus problemas de mates —digo con una sonrisa.

—Lo sé. —Pone una mueca, sacando la lengua, pero luego su expresión vuelve a decaer—. Ir a un museo me ha parecido más como ir al colegio.

—Ese es un buen punto. Quizá podamos buscar más museos para visitar mientras estemos de viaje.

Se anima ante eso, sus ojos se iluminan un poco, y me encanta ver que se pone más contento. Odio que esté tan triste. —¿De verdad? ¿Fyodor nos dejaría?

La mención de su padre me provoca emociones encontradas; dejo el tenedor y me reclino en la silla.

—¿Qué piensas de Fyodor? —pregunto, manteniendo un tono casual —. Llevas ya unas semanas con él. ¿Cómo te sientes con todo esto?

El rostro de Sasha cambia. Parte de esa luz se apaga mientras reflexiona sobre la pregunta. Trastea con un trozo de pollo y no responde de inmediato, y puedo verlo procesando sus pensamientos

de la misma forma que hace cuando le pongo un problema difícil de resolver.

—A veces da miedo —dice finalmente—. La forma en que habla y cómo mira a la gente. Como en el museo, cuando me gritó por lo de la cuerda. Pensé que estaba muy enfadado.

—No estaba enfadado contigo. Estaba preocupado por si te hacías daño, *solnyshko*.

—No parecía preocupación. —La voz de Sasha se vuelve más queda —. Parecía cuando los novios de mi madre me gritaban por cualquier cosa.

Imagino a un niño pequeño y asustado lidiando con un hombre adulto que no tiene autocontrol, y tengo que tomar aire antes de responder. —Fyodor no es como esos hombres, Sasha. Todavía está aprendiendo a ser padre. No creció con buenos ejemplos de cómo hacer las cosas bien, pero se está esforzando. ¿De acuerdo?

—Lo sé. —Me mira con ojos grandes, y se parece exactamente a su padre. Me pilla un poco desprevenida—. Siempre quise un papá... Pero *Mamochka* decía que él no me querría de todas formas.

—Y ahora sabes que sí te quiere.

—Ya. —Sasha asiente, pero mira fijamente su plato mientras responde—. Es raro, de todos modos. La realidad es distinta a lo que imaginaba. Da miedo y es confuso... —Se calla, buscando la palabra adecuada, mientras su tenedor describe círculos lentos en la salsa—. ¿Y también es algo bueno? Como antes del museo, cuando me hablaba de los caballos y del zoo. Eso estuvo bien.

Asiento y estiro el brazo sobre la mesa para apretarle la mano brevemente antes de retirarla. —Se está esforzando, Sasha. Sé que no siempre lo parece, pero se está esforzando mucho.

—¿Crees que le gusto?

Le tiembla un poco el labio inferior al hacerme esa pregunta, y se me llenan los ojos de lágrimas. ¿Qué hay más triste que el hecho de que un niño de su edad tenga que preguntar si le cae bien a su propio padre?

—Por supuesto. Creo que le gustas mucho. Solo que todavía no sabe muy bien cómo demostrarlo.

Sasha parece sopesar mis palabras durante un largo rato. Luego, su rostro se descompone ligeramente y vuelve a mirar su plato. —*Mamochka* solía hacerme el pollo así —dice en voz baja.

—Parece que te quería muchísimo.

—Lo hacía. —Se le quiebra la voz y veo cómo sus ojos se llenan de lágrimas que intenta contener parpadeando—. ¿Puedo terminar ya de comer? Quiero ir a leer a mi habitación.

—Claro que sí. Ve.

Se aparta de la mesa y camina con la cabeza baja hacia su dormitorio, cerrando la puerta tras de sí. Me quedo allí sentada un buen rato, mirando su plato a medio terminar, habiendo perdido yo también el apetito, pensando en lo injusto que es todo, en cuánto dolor ha cargado ya este niño en su corta vida. Haría cualquier cosa por hacer desaparecer ese dolor.

Recojo los platos y los apilo en la bandeja del servicio de habitaciones que dejo fuera de la puerta, luego voy a ver a Sasha. Está acurrucado en su cama con un libro; ya tiene la cara seca, pero mantiene los hombros hundidos. Es imposible que esté leyendo, y parece que solo mira fijamente una página, probablemente pensando en Murial. Lo dejo a solas y vuelvo a la estancia principal sintiéndome inquieta y agitada, sin saber muy bien qué hacer conmigo misma.

Ha sido un día largo y la cama resulta muy tentadora ahora mismo. Cojo mi diario de la mesilla de noche y me subo al colchón, colocándome una almohada a la espalda y cruzando las piernas

debajo de mí. Mi ritual nocturno se siente diferente estando de viaje y no en la comodidad de mi propio hogar, pero me ancla en mi rutina y me ayuda a recordar que estoy aquí por Sasha, no solo por las decisiones precipitadas de Fyodor.

Cuando logro volver a concentrarme mentalmente y pensar en las razones positivas para seguir adelante, la tinta fluye con facilidad de mi pluma y soy capaz de desahogarme de corazón.

Sasha me ha preguntado esta noche si creo que le gusta a Fyodor. La pregunta me ha roto un poco el corazón porque ningún niño debería tener que preguntarse si sus padres se preocupan por ellos. Pero Sasha no es un niño normal y Fyodor no es un padre normal, y nada de esto es como se supone que debe funcionar una familia.

Quiero que Fyodor sea el padre que Sasha necesita. Quiero que aprenda a hablar con suavidad, a tocar con ternura y a mostrar afecto. Quiero que comprenda que gritar a un niño de diez años no es disciplina, es simplemente infundirle miedo, y la confianza no se construye sobre el miedo.

Pero querer estas cosas significa que me importa. Y que me importe significa que he dejado que me enreden en esta familia que no es la mía, en este lío de situación en el que me arrastraron contra mi voluntad y que nunca pediste. Pero me sorprendo a mí misma queriendo quedarme y ayudar.

¿Cuándo ha pasado eso? ¿Cuándo he dejado de ser una prisionera para empezar a ser algo completamente distinto?

Escribo hasta que la mano se me entumece y se me cansan los ojos, llenando página tras página con pensamientos que no logro organizar y sentimientos a los que no sé poner nombre. En algún momento dejo el diario sobre mi pecho y cierro los ojos un instante. La almohada aún huele a la colonia de Fyodor, y me dejo hundir en ella y me quedo dormida sin pretenderlo.

No sé cuánto tiempo duermo antes de que el sonido de la puerta me despierte.

La habitación está a oscuras, como si alguien hubiera apagado las luces porque sé que estaban encendidas cuando me quedé traspuesta. Y mi diario ya no está sobre mi pecho tampoco, lo que explica las pisadas pesadas que merodean alrededor de los pies de la cama. Se cree muy noble arropándome después de haberme quedado dormida, pero está borracho. Lo noto por la marcha irregular que lleva y por cómo se balancea su cuerpo bajo la escasa luz que se filtra por debajo de la puerta del baño.

Mantengo los ojos casi cerrados y lo observo a través de las pestañas mientras se mueve por la habitación, quitándose el abrigo y dejándolo sobre una silla. Noto que intenta no hacer ruido para no despertarme. Pero está torpe, choca con la cómoda y se apoya en el poste de la cama para no caerse. No está solo un poco bebido, está completamente borracho.

Y entonces me llega el olor. Es una mezcla acre de humo de puro y sudor, pero también hay ligeros matices florales, como el perfume de una mujer.

Siento un vuelco en el estómago y una oleada de celos me invade con tal rapidez que me hace dar vueltas la cabeza. No debería importarme; no tengo derecho a que me importe. Él no es mío ni yo soy suya, y lo que haya pasado esta mañana en el baño ha sido un momento de debilidad que no ha significado nada.

Pero los celos no atienden a razones. Me queman el pecho y se me instalan en la garganta, amargos como la hiel, y tengo que apretar la mandíbula para no decir nada mientras pasa junto a la cama de camino al baño. Ahora también huelo el alcohol en él; vodka o whisky o lo que sea en lo que se haya estado ahogando durante las últimas seis horas.

Se detiene un segundo, mirándome, y yo mantengo una respiración pausada y acompasada, como si siguiera dormida. La puerta del

baño hace clic al cerrarse y un momento después oigo cómo abre la ducha.

Me quedo mirando el techo en la oscuridad e intento encontrarle sentido a lo que siento, pero ya nada lo tiene. Estoy furiosa. No solo enfadada, sino colérica.

Ha salido esta noche, se ha emborrachado y ha vuelto oliendo a otra mujer. Quizá se haya acostado con ella. Quizá solo se haya sentado demasiado cerca de ella en algún bar. Quizá no signifique nada en absoluto y me esté imaginando cosas porque estoy cansada y confundida y mis emociones están a flor de piel.

Pero los celos no se van. Se me asientan en las entrañas como una piedra, y lo odio, me odio a mí misma por sentirlos, lo odio a él por hacérmelos sentir.

Un momento no puedo ni verlo. Es ruidoso, exigente y mandón, y se cree que puede dar órdenes a todo el mundo y conseguir lo que quiere. Es arrogante y abusivo, y se comporta como un niño mimado.

Y al momento siguiente lo deseo tanto que apenas puedo respirar. Pienso en sus manos en mis caderas en el baño, en su boca en mi cuello, en la forma en que pronunció mi nombre como si significara algo para él. Luego pienso en la suavidad de su voz cuando habla con Sasha, en cómo se está esforzando tanto por ser mejor incluso cuando no deja de equivocarse.

¿Cómo he permitido que esto ocurra? ¿Cómo he dejado que este hombre se me meta tan adentro que la idea de que toque a otra persona me den ganas de gritar? Los ojos me arden por las lágrimas y mi cuerpo entero tiembla ante la rabia que no puedo descargar ahora mismo. Es como si no tuviera consideración por nadie más que por sí mismo, y me deja a mí sola lidiando con el desgaste emocional.

La ducha se detiene y lo oigo moverse en el baño; tomo una decisión antes de que pueda echarme atrás.

Voy a quedarme aquí sentada esperándolo a que salga de esa habitación y, si ha estado con otra mujer, voy a cruzarle la cara de un bofetón y a enseñarle lo que haría un hombre de verdad.

17

FYODOR

El agua caliente me golpea los hombros y me resbala por la espalda; el vapor sube a mi alrededor hasta que apenas puedo ver las paredes de azulejos. Me quedo ahí con las manos apoyadas contra la pared y dejo que el calor penetre en mis músculos mientras pienso en el club de striptease y en todo lo que Rurik me ha contado esta noche. El vodka todavía me zumba en la sangre, desdibujando los bordes de mis pensamientos, pero la información es bastante clara.

Ya tengo lo que necesito y estoy listo para mover ficha y terminar con esto que lleva semanas pendiendo sobre mi cabeza. Solo tengo que asegurarme de que Sasha y Noemi estén a buen recaudo en algún lugar antes de hacerlo. En algún sitio donde los hombres de Koslov no puedan encontrarlos, para que estén protegidos si las cosas se tuercen.

Rurik dice que están a pocas semanas de poder cerrar el caso y detener a Inessa. Lo que significa que solo quedan unas pocas semanas para que se me acabe el tiempo y me tachen de fracasado. Y no voy a permitir que eso ocurra.

Cierro el grifo y me quedo ahí goteando durante un minuto, viendo cómo el vapor se arremolina y se desvanece en el aire que se enfría. Estoy agotado de una forma que el sueño no ha podido remediar en días. El vodka de antes sigue zumbando en mi sangre, haciendo que todo se sienta ligeramente descentrado, y lo único que quiero hacer es meterme en la cama y quedarme frito unas horas antes de tener que volver a pensar en nada de esto.

Me seco y me enrollo una toalla a la cintura, pasándome los dedos por el pelo mojado para apartármelo de la cara. Mi reflejo en el espejo da pena: ojeras bajo los ojos, la sombra de la barba marcando mi mandíbula. Necesito descansar y necesito dejar de pensar.

Abro la puerta del baño y el vapor se escapa hacia el dormitorio; me quedo helado al ver a Noemi incorporada en la cama mirándome. Tiene el pelo revuelto por el sueño, pero su mirada es aguda. Está bien despierta, como si hubiera estado esperando a que saliera. No pretendía despertarla. El guardia de seguridad del hotel al que pagué para que los vigilara me dijo que la habitación se quedó en silencio hace horas. Cuando la tapé hace solo unos momentos, parecía profundamente dormida.

—Estás despierta —digo.

—Llevo despierta desde que entraste dando tumbos, oliendo a bar y al perfume de otra mujer.

Sus palabras suenan acusatorias y siento que se me tensa la mandíbula. Estoy demasiado cansado para esto, demasiado borracho y agotado para tener cualquier pelea que esté intentando empezar ahora mismo.

—Noemi...

—¿Dónde has estado esta noche, Fyodor? Y no me digas que no es asunto mío.

—Trabajando.

—Trabajando —repite, dejando que la palabra quede suspendida entre nosotros, destilando incredulidad—. ¿Así es como lo llamamos?

—No es asunto tuyo lo que haga ni adónde vaya. —Me paso una mano por el pelo chorreando y me dirijo a la cómoda para buscar unos calzoncillos.

—¿Te has...? —Se le quiebra la voz y lo encubre con rabia—. ¿Te has follado a otra y luego has vuelto aquí para meterte en esta cama conmigo?

Su pregunta me enfurece, pero controlo el tono mientras le doy la espalda para evitar gritar. Sasha está durmiendo. No quiero despertarlo por algo tan insignificante.

—Para empezar, nunca quisiste estar en mi cama. Lo dejaste bastante claro. —Con la toalla en el suelo y los calzoncillos puestos, me meto en la cama listo para desplomarme, pero Noemi parece tener otros planes. Suelta un bufido y aparta las mantas de golpe, pasando las piernas por el borde del colchón como si estuviera a punto de irse. Algo se quiebra en mi interior al verlo, un impulso posesivo que he intentado ignorar desde la primera vez que la toqué.

La agarro del brazo y la traigo de vuelta a la cama, girándola debajo de mí y sujetándole las muñecas por encima de la cabeza antes de que pueda defenderse. Ella jadea y se queda quieta, con los ojos muy abiertos, su pecho subiendo y bajando rápido contra el mío.

—No me he follado a ni una sola mujer desde que entraste por mi puerta —le digo, pero no estoy usando un tono reconfortante. La idea de que ella tenga algún tipo de derecho sobre mi vida y sobre quién duerme en mi cama es ridícula, pero el hecho de que esté tan irracionalmente alterada por ello resulta revelador. La señorita Dragunova está celosa y no le sienta nada bien.

Traga saliva con dificultad y observo el movimiento de su garganta, veo el rubor subiéndole por el cuello. —Mientes.

Muevo las caderas y me presiono contra su muslo, dejando que sienta exactamente lo duro que estoy. Estar así de cerca de ella es como poner una raya de polvo sobre la mesa. Cualquier adicto sentiría el mono de inmediato, y eso es lo que me pasa a mí. La deseo y mi cuerpo responde a ese deseo.

—Si me hubiera follado a otra mujer esta noche, ¿crees que estaría así de duro por ti ahora mismo? —Mis caderas empujan lentamente y Noemi gime.

—Fyodor, yo...

—Me follaré a quien quiera y cuando quiera... Si hubiera querido a esas putas del club de striptease, habría tenido donde elegir. —Está tan cerca de mí que puedo saborearla y quiero saborearla. Y la forma en que sus ojos están muy abiertos por el miedo pero llenos de lujuria es embriagadora—. ¿Entiendes? —le pregunto de nuevo, sacudiéndole los brazos.

Ella se muerde el labio y asiente suavemente.

Entonces me inclino y la beso, dejando que mis labios se demoren contra los suyos hasta que se ablanda bajo mi cuerpo. Abre la boca para recibir mi lengua y la tomo con calma, saboreándola, incitándola hasta que su aliento sale en pequeños jadeos contra mis labios. Cuando me separo, me mira con ojos muy abiertos, todavía enfadada, pero veo el deseo bajo esa rabia. Paso el pulgar por su labio inferior y la veo estremecerse.

—Eso es, dulzura —murmuro contra su boca—. Ábrete para mí. Déjame saborear cuánto deseas esto.

Deslizo mi mano por su costado, sobre la curva de su cintura, sintiendo cómo su cuerpo se tensa y se relaja bajo mi tacto. Está cálida y suave, y me tomo mi tiempo para cartografiarla con las palmas, recorriendo la línea de sus costillas, el hundimiento de su vientre.

Respira más rápido cuando engancho los dedos bajo el dobladillo de su camiseta y la subo pulgada a pulgada, dejando su piel expuesta al aire fresco. Sus pezones ya están duros cuando bajo la cabeza y tomo uno en mi boca, succionando suavemente al principio, haciéndolo rodar con mi lengua hasta que se arquea hacia mí con un suave gemido.

—Mira qué tetas tan perfectas —gruño—, tan sensibles para mí. Te encanta que las chupe, ¿a que sí? Arquéate... Dame más. —Paso al otro pecho y le dedico la misma atención, mientras mi mano baja por su abdomen y mis dedos se abren sobre su cadera. Puedo sentir su pulso acelerado bajo mi palma mientras la beso bajando por el centro de su cuerpo, con la boca abierta y húmeda, dejando un rastro de calor.

Cuando llego a la cintura de su pantalón de pijama, me detengo y la miro. Tiene los ojos oscuros y el pecho le sube y baja deprisa. Mantengo su mirada mientras deslizo la tela junto con sus bragas por sus muslos, quitándoselas y arrojándolas a un lado.

—Abre las piernas para mí —le digo—. Déjame ver lo mojada que estás ya.

Ya está temblando y le separo los muslos con suavidad con las manos, situándome entre ellos. Beso primero el interior de su rodilla, luego más arriba, subiendo lentamente por su pierna hasta llegar al pliegue donde el muslo se une con la cadera. Le doy un pequeño mordisco ahí y ella jadea. Luego beso el otro lado de la misma manera, provocándola, aumentando la anticipación hasta que sus caderas se mueven inquietas contra las sábanas.

—Qué niña tan buena, quedándose tan quietecita para mí —murmuro—. Sabes que me encanta provocarte. Hacer que te duela hasta que supliques.

Finalmente me acerco y rozó con mis labios su monte de Venus, respirando su aroma. Ya está húmeda y puedo ver lo hinchado que está su clítoris. Comienzo con besos ligeros a lo largo de sus labios

carnales, apenas tocándola, dejando que sienta el calor de mi boca. Ella suelta un pequeño gemido y sus dedos se enredan en mi pelo. La separo con mi lengua en una pasada lenta, saboreándola, disfrutando de cómo impregna mi lengua. Está dulce y gruño porque he deseado esto más tiempo del que estoy dispuesto a admitir.

—Dios, sabes tan jodidamente dulce —gruño contra ella—. Este coño es mío ahora. Déjame tenerte toda entera.

La lamo de nuevo, más despacio, dejando que mi lengua se arrastre sobre su clítoris en un círculo perezoso. Sus caderas se elevan hacia mí y yo aplano la lengua y lamo su entrada, recogiendo su humedad, para luego volver a subir hacia su clítoris. Lo succiono suavemente entre mis labios, manteniéndolo ahí mientras paso la punta de mi lengua sobre el sensible capullo. Ella gime y sus muslos tiemblan alrededor de mi cabeza.

Me tomo mi tiempo, alternando entre succionar su clítoris y empujar mi lengua dentro de ella, follándola con pasadas superficiales que hacen que se le corte la respiración. Mis manos mantienen sus muslos abiertos, mis pulgares acariciando la piel suave. Está chorreando ya y lo lamo todo, emitiendo un zumbido contra ella para que la vibración la haga gemir más fuerte.

Deslizo un dedo en su interior, sintiendo lo apretada que está a mi alrededor, y lo doblo suavemente, buscando ese punto, y cuando lo encuentro, jadea y arquea la espalda separándola de la cama.

—Justo ahí —la alabo.

—Apriétame, preciosa. Muéstrame cuánto te gusta.

Añado un segundo dedo y bombeo rítmicamente, curvándolos cada vez que empujo hacia dentro. Mi boca permanece en su clítoris, succionando con un ritmo constante, mi lengua girando más rápido ahora. Se aprieta alrededor de mis dedos, sus gemidos convertidos en súplicas entrecortadas, pero yo mantengo el ritmo constante, llevándola al límite poco a poco, dejando que el placer se enrosque

más y más mientras sus dedos se cierran en mi pelo y sus caderas se balancean contra mi cara.

—Esa es mi chica —murmuro contra ella.

—Cabalga mi lengua. Córrete para mí.

Vuelvo a zumbar, dejando que la vibración viaje directamente a través de su carne sensible hasta que se estremece con fuerza mientras sus muslos me aprietan la cabeza con un agarre desesperado. Así que succiono su clítoris con más fuerza, introduciéndolo totalmente en mi boca con una presión constante. Mi lengua roza el capullo hinchado mientras mis dedos empujan más profundamente en su humedad resbaladiza.

Se curvan implacablemente contra su pared frontal para acariciar ese punto perfecto en su interior una y otra vez. Su cuerpo se tensa por completo mientras el placer alcanza su punto máximo.

Cuando se corre de repente, es explosivo. Sus paredes pulsan alrededor de mis dedos en fuertes contracciones rítmicas que me aprietan con fuerza. Su liberación inunda mi boca con olas cálidas mientras sus caderas se agitan salvajemente contra mi cara. La lamo durante todo el proceso con pasadas lentas y suaves para extraer cada temblor persistente y su respiración sale en jadeos rasgados y desiguales.

—Buena chica —susurro mientras presiono suaves besos en la piel blanda de la parte interna de sus muslos—. Mírate, toda ruborizada y perfecta.

Subo de nuevo por su cuerpo a besos, tomándome tiempo para recorrer la delicada curva de su cadera con mi lengua. Le doy un pequeño mordisco en la piel sensible de su vientre mientras sus músculos saltan bajo el contacto.

Cuando llego a su boca, la beso profundamente, dejando que se saboree a sí misma en mis labios y lengua. Ella me devuelve el beso

con avidez, con las manos recorriendo mi espalda en caricias urgentes y necesitadas.

Sigo duro y dolorido contra su muslo. La presión es casi dolorosa ahora mientras me aparto para mirarla. Ella asiente lentamente con los ojos pesados por el placer persistente y el nuevo deseo. Tiene los labios entreabiertos e hinchados por nuestros besos.

—¿Lista para más? —pregunto suavemente mientras le acaricio la mejilla. Le aparto un mechón de pelo de la cara—. Quiero que sientas cada centímetro de mi polla deslizándose dentro de ti.

Me bajo los calzoncillos y los mando lejos de una patada mientras ella se arranca la camiseta de dormir. Mi miembro está grueso y gotea, con el glande resbaladizo por el líquido preseminal mientras me acomodo entre sus muslos. Froto la punta por sus labios para cubrirme con su abundante humedad mientras el calor de su núcleo me tienta a hundirme antes de tiempo.

El deslizamiento lubricado hace que ambos siseemos ante el contacto íntimo cuando finalmente empujo hacia delante y Noemi gime suavemente mientras sus caderas se inclinan hacia arriba buscando más. Empujo despacio, pulgada tras agónica pulgada, sintiendo cómo se estira a mi alrededor con un agarre de terciopelo. Cuando estoy totalmente dentro, me detengo para dejar que se adapte mientras observo su rostro.

Sus ojos se cierran mientras sus labios se separan en un gemido silencioso. La sensación es abrumadora. No hay palabras para describir lo increíble que se siente esto.

—Te sientes tan jodidamente bien envuelta a mi alrededor —le digo.

Está estrecha y caliente y perfecta, y cada sutil pulso de sus músculos internos me atrae más profundamente.

Empiezo a moverme tras un largo momento con embestidas lánguidas que la hacen jadear cada vez que llego al fondo, balanceando mis caderas en un frotamiento deliberado. Sus piernas

se envuelven alrededor de mi cintura mientras me atrae más cerca, clavando los talones en mi zona lumbar mientras acompaña mis movimientos.

—Tómalo todo —digo contra su oído—. Me recibes tan bien. Mírate, aceptando cada centímetro como una buena chica.

Aumento el ritmo gradualmente mientras embisto con más fuerza, y ella me recibe en cada vaivén con las caderas elevándose para que entre más profundo. Entonces introduzco la mano entre nosotros y froto su clítoris en círculos cerrados, acompasando el ritmo de mis embestidas con mis dedos resbaladizos por su excitación. Sus uñas se clavan en mis hombros y eso solo aumenta mi placer.

—Eso es —gruño—. Córrete en mi polla. Apriétame fuerte.

La follo con más fuerza con mis caderas golpeando hacia delante. Cuando sus dedos empiezan a arañar más rápido, marcando surcos en mi piel, sé que está cerca. La forma en que me agarra, la expresión frenética de su rostro mientras gime: —Joder... ahora... — Es demasiado para mí.

Su tensión estalla y se sacude y se retuerce bajo mi cuerpo, arqueándose y luego sacudiendo la cabeza. Sus paredes aletean y sufren espasmos alrededor de mi miembro en pulsos intensos que crean una presión tan fuerte en mi bajo vientre que creo que me van a explotar las pelotas. El apretón me empuja al abismo mientras me hundo profundamente.

Me desparramo dentro de ella con un gemido grave y siento cada latido mientras me vacío en su interior. Mis caderas bombean más despacio y sus dientes se hunden en mi hombro mientras me desplomo sobre su cuerpo hasta que sus espasmos cesan y mi cuerpo se calma.

Me quedo ahí durante un largo rato mientras respiro con dificultad contra su cuello. Mis caderas permanecen apretadas contra las suyas mientras las últimas réplicas se desvanecen. Cuando finalmente

salgo despacio, veo mi semen gotear de su coño hinchado. Me giro hacia un lado y la atraigo contra mí, besándole la sien mientras nuestra respiración se ralentiza hasta alcanzar un ritmo constante. Se acurruca contra mi pecho y yo la sostengo así.

Se queda dormida a los pocos minutos, y espero a que me llegue el sueño, pero no viene. Mi mente no se apaga por muy cansado que esté mi cuerpo, por mucho que desee dejar de pensar.

No sé qué estoy haciendo con esta mujer. Un minuto quiero estrangularla y al siguiente quiero enterrarme dentro de ella. Me vuelve loco, pulsa cada uno de mis botones y luego me mira con esos ojos como si me estuviera retando a hacer algo al respecto.

A veces la odio. O... estoy bastante seguro de que lo hago. Por la forma en que lo cuestiona todo, la forma en que se rebela, la forma en que me mira como si pudiera ver a través de todos mis muros hasta el desastre que hay debajo.

Pero luego se queda dormida en mis brazos como si confiara en mí, y me siento como el hombre más poderoso del mundo. Es una sensación aterradora pero embriagadora a la vez, y no estoy muy seguro de cómo manejar todo ese poder o ese miedo. Nadie me dijo nunca que me sentiría así ni qué hacer cuando ocurriera.

Con cuidado, intentando no despertarla, me separo de su cuerpo y me siento al borde de la cama. Necesito un cigarro, porque necesito hacer algo con las manos que no sea tocarla.

El puro del bolsillo de mi abrigo está un poco aplastado pero todavía sirve para fumarlo; lo enciendo con las cerillas del hotel y doy una calada profunda que me quema hasta el fondo. El humo asciende hacia el techo y lo veo flotar mientras Noemi ronca suavemente detrás de mí.

Los acontecimientos de las últimas semanas han dado un vuelco a toda mi vida. Ya ni siquiera sé qué hacer conmigo mismo. La miro por encima del hombro y la observo dormir un momento,

preguntándome si ella siente esta misma conmoción y confusión, pero mis ojos captan un destello del diario en el que escribe. Cuando la tapé antes, se lo quité del pecho y lo dejé en su mesita de noche. Ahora tengo curiosidad por saber qué tipo de cosas escribe.

La he visto escribir en él antes, encorvada con el pelo cayéndole sobre la cara, garabateando con esa caligrafía suya tan cuidada. Probablemente no debería invadir su privacidad y leerlo, aunque los estándares éticos nunca me han impedido hacer algo así antes. Aun así, me gustaría pensar que tengo suficiente cerebro como para permitirle ese mínimo de respeto, pero la curiosidad gana; me levanto, voy a la mesita, lo cojo, me pongo los calzoncillos y camino hasta la silla al otro lado de la habitación para terminarme el puro.

Las páginas se abren por donde el bolígrafo marca el lugar, e inclino el cuaderno hacia la luz que viene del baño para poder distinguir su letra. Es pequeña y pulcra, ligeramente inclinada a la derecha, y tengo que entrecerrar los ojos para leerla en el débil resplandor; me sorprende lo que leo.

Noemi ha llenado estas páginas con párrafos fluidos sobre cosas positivas que ha vivido, y lo más reciente que ha escrito en este diario suyo es sobre mí. Es una lección de humildad coger el diario privado de alguien y leer sus elogios hacia ti cuando nunca te dice esas cosas a la cara. Pero ha llenado varias páginas de este libro con sus observaciones sobre mí y algunas de ellas me dejan impactado.

Le gusto, y no sabe cómo manejar esos sentimientos, de forma muy parecida a lo que me pasa a mí.

Todo este tiempo pensé que me odiaba. La aspereza de su voz, el fuego en sus ojos, la forma en que se opone a todo lo que digo y hago. Pensé que estaba contando los días para poder alejarse de mí y volver a su vida normal para olvidar que nada de esto había ocurrido.

Pero no me odia. Tiene miedo de lo mucho que no me odia, y eso no es lo mismo en absoluto.

Doy otra calada al puro y dejo que el humo me llene los pulmones mientras pienso en lo que esto significa, lo que cambia, lo que se supone que debo hacer con esta información ahora que la tengo.

Tal vez la aspereza entre nosotros no sea animosidad después de todo. Tal vez sean dos personas que no saben cómo decir lo que sienten, chocando una contra otra una y otra vez porque pelear es más fácil que admitir que queremos algo más. Quizás ella es igual que yo en ese sentido.

Se enfada ante la injusticia, ante la crueldad, ante las formas en que le fallo a Sasha sin pretenderlo. Su rabia viene de preocuparse demasiado, de ver errores que deben enmendarse y no ser capaz de quedarse callada.

¿Y yo? Yo me enfado porque no puedo comunicar lo que siento. Cada emoción que he tenido ha sido bloqueada y controlada, metida en una caja donde no pueda herirme ni hacerme débil. No tengo las palabras para lo que está pasando en mi interior, así que sale como frustración, como frialdad, como el tipo de rabia que aleja a la gente.

Somos iguales, ella y yo. Ambos enfadándonos por razones diferentes pero terminando en el mismo lugar cada vez. Ambos demasiado tercos o demasiado asustados para decir lo que realmente queremos decir.

Termino el puro y lo apago en el cenicero de la mesita, devuelvo su diario a su lugar a su lado y luego me meto de nuevo en la cama junto a ella. Se mueve cuando la atraigo contra mi pecho, murmura algo suave que no alcanzo a entender y se vuelve a quedar dormida con la mano apoyada sobre mi corazón, como si perteneciera a ese lugar.

Cierro los ojos e intento acompasar mi respiración con la suya, intento dejar que su ritmo me arrastre hacia el descanso.

Tal vez mañana descubra qué hacer con todo esto. Pero por ahora, simplemente la abrazo.

18

NOEMI

La voz de Sasha llega a través de la puerta del baño; está cantando alguna canción de pop que no reconozco, con un tono agudo y desafinado, mientras corre el agua de la ducha. Me quedo en la cama un momento escuchándolo, dejando que el sonido me envuelva. Mi cuerpo aún conserva el calor del sueño y mi mente asimila poco a poco el hecho de que el espacio a mi lado está vacío. Fyodor se ha ido otra vez sin dejar ninguna nota ni explicación, y las sábanas huelen a humo de cigarro en lugar de a su colonia.

Ya debería estar acostumbrada a esto. Desaparece cuando quiere y vuelve cuando le apetece, y se supone que yo debo sentarme aquí a esperar como una dócil prisionera, sin hacer preguntas ni exigencias. Me siento frustrada y un poco decepcionada después de lo de anoche, pero no tiene sentido desperdiciar el día estando enfadada con un hombre que no está presente para oírme.

La ropa que traje en la maleta se está acabando, y me propongo mentalmente preguntarle a Fyodor sobre ir de compras —o al menos lavar mis cosas— mientras me pongo un jersey sencillo y unos vaqueros oscuros. Mi diario está en la mesilla de noche donde lo dejé, y lo guardo en mi bolso. Luego me giro hacia la puerta del

baño, que sigue cerrada mientras Sasha continúa cantando, y llamo dos veces para que sepa que estoy despierta.

—Casi he terminado —grita él por encima del ruido del agua.

—Tómate tu tiempo. Bajaremos a desayunar a la cafetería del hotel cuando estés listo.

—¿En serio? —Su voz sube de tono por la emoción—. ¿A un restaurante de verdad?

—A un restaurante de verdad.

Sale de la ducha y se viste en diez minutos exactos; su pelo oscuro todavía gotea y se le queda tieso en algunos mechones. Me río entre dientes al ver que se ha puesto los zapatos en los pies equivocados y se lo señalo. Se los cambia rápidamente con una sonrisa tímida. Luego cogemos el ascensor hasta el vestíbulo y seguimos los carteles hacia la cafetería.

La anfitriona nos sienta cerca de la ventana y nos entrega los menús, pero Sasha apenas mira el suyo. Parece demasiado emocionado para concentrarse, y me pregunto si Murial lo llevó alguna vez a un restaurante. No tengo dinero para esto, pero puedo cargarlo a la habitación y Fyodor lo pagará. Así que me tomo mi tiempo revisando todas las opciones de desayuno para decidir qué quiero.

—¿Puedo pedir tortitas?

—Puedes pedir lo que quieras —digo distraída mientras mis ojos recorren las palabras e imágenes.

Él sonríe y capto su expresión por el rabillo del ojo. Me reconforta verlo feliz. Este niño ha pasado por mucho en las últimas semanas. Se merece cosas especiales ahora, cosas dulces y alegres que lo tranquilicen y sanen su corazón.

La camarera viene y toma nota de nuestro pedido: tortitas para Sasha y huevos para mí, y nos sumergimos en una conversación

distendida mientras esperamos a que llegue la comida.

—Papá ha dicho que quizá me lleve al hipódromo —dice Sasha, echando azúcar a su zumo de naranja aunque no lo necesita. Vuelvo a reírme de él, pero dejo que lo haga. ¿Qué daño tiene?—. El del que me habló en el museo. Dijo que podíamos ver correr a los caballos.

Dudo, intentando encontrar las palabras adecuadas. El hipódromo no es exactamente un lugar para niños; está lleno de apostadores, alcohol y humo de cigarrillo, una atmósfera en la que Sasha no necesita estar. Fyodor tiene buena intención, supongo, pero no siempre considera qué es lo apropiado para un niño de diez años.

—Eso suena divertido —digo con cuidado—, pero estaba pensando que podríamos hacer algo aún mejor. ¿Has oído hablar alguna vez del Moskvarium? —Él niega con la cabeza, deteniendo la cuchara a mitad de movimiento—. Es un acuario, uno de los más grandes de Europa. Tienen tiburones, delfines y peces de todo el mundo; los tanques son tan grandes que puedes caminar por túneles bajo ellos y ver cómo los animales nadan sobre tu cabeza. Podrías ver especies de las que solo has leído en los libros.

Sus ojos se abren de par en par. —¿Tiburones de verdad? ¿Como los que comen personas?

—Bueno, están detrás de un cristal, así que no se comerán a nadie. Pero sí, tiburones de verdad. Y pulpos, tortugas marinas y todo tipo de criaturas.

—¿Podemos ir hoy? —Sus ojos brillan con asombro y me alegra ver que su atención se ha desviado de las carreras de caballos hacia actividades más educativas.

—Tendremos que preguntárselo a Fyodor cuando vuelva, pero no veo por qué no.

Llega la comida y Sasha se lanza a por sus tortitas; el sirope le chorrea por la barbilla hasta que le paso una servilleta. Yo picoteo

mis huevos y dejo que mi mirada recorra la cafetería, observando a los demás clientes ir y venir: hombres de negocios de traje, turistas con cámaras y familias con niños pequeños que me recuerdan a mis alumnos en casa.

Dos hombres están sentados a unas mesas de distancia, observándonos por encima de sus tazas de café. No comen ni hablan entre ellos, ni siquiera fingen leer los periódicos doblados sobre la mesa frente a ellos. Solo están ahí sentados con los ojos clavados en nuestra mesa, y eso hace que se me erice el vello de la nuca.

Uno de ellos es corpulento, con la cabeza afeitada y ojos oscuros que no se apartan de mi cara. El otro es más delgado, con el pelo rubio ceniza y ojos claros. Me mira como si yo estuviera en el menú y eso me hace sentir muy inquieta. De repente, desearía no haber traído a Sasha aquí abajo. El servicio de habitaciones habría sido igual de delicioso, y dentro de la habitación cerrada estaríamos más seguros.

No sé exactamente a qué se dedica Fyodor, pero un hombre que secuestra a una profesora para que cuide de su hijo no es precisamente un santo. Y la cantidad de veces que ha vuelto del «trabajo» ensangrentado o lleno de costras es una señal de alarma enorme. Si es algún tipo de criminal peligroso —que estoy convencida de que lo es—, esos hombres podrían ser sus enemigos. Podría estar poniéndome a mí misma y al hijo de Fyodor en peligro.

Aparto la vista rápidamente; mi corazón empieza a latir con fuerza. A lo mejor me lo estoy imaginando y solo son hombres de negocios aburridos que no tienen nada mejor que hacer que observar a la gente. Pero mi instinto me dice lo contrario, y he aprendido a confiar en esa sensación durante las últimas semanas.

—Sasha. —Mantengo la voz calmada aunque las manos quieran empezar a temblarme—. Creo que deberíamos volver ya a nuestra habitación.

—Pero no he terminado mis tortitas.

—Puedes llevártelas. Pediremos una caja.

Me mira con confusión, notando algo en mi tono que intento ocultar. —¿Pasa algo malo?

—No, no pasa nada. He recordado algo que tengo que hacer arriba.

Hago una señal a la camarera y le pido un recipiente para llevar, intentando no volver a mirar a los dos hombres aunque sienta sus ojos sobre mí. La camarera se toma su tiempo, charlando en otra mesa antes de traerme finalmente la caja; cada segundo que pasa me da escalofríos por la necesidad de moverme, de correr, de llevar a Sasha a un lugar seguro.

—¿Puedo ir a ver los juegos? —Sasha señala hacia una puerta al fondo de la cafetería donde veo el brillo de las máquinas recreativas —. ¿Solo un minuto mientras pagas?

—Sasha, no, tenemos que quedarnos juntos...

Pero ya se ha levantado de la silla y corre hacia la sala de juegos antes de que pueda detenerlo, dejando sus tortitas a medio comer olvidadas sobre la mesa. Dejo la comida y la caja y me apresuro tras él, pero sé que es una mala idea. Mi sistema nervioso está estallando con señales de advertencia.

La sala de juegos está en penumbra, iluminada únicamente por las pantallas parpadeantes de las máquinas y algunos carteles de neón en las paredes. La música y los pitidos electrónicos llenan el espacio con suficiente fuerza como para ahogar el sonido de mi propia respiración, y no veo a Sasha por ninguna parte en el laberinto de videojuegos y máquinas de pinball.

—¡Sasha! —grito, pero mi voz es engullida por el ruido.

Me adentro en la sala, mirando detrás de cada máquina, con el corazón martilleando tan fuerte que puedo sentirlo en la garganta. Las sombras parecen moverse y multiplicarse a mi alrededor,

estirándose y retorciéndose con cada destello de las pantallas, y no sé si es mi imaginación o si esos hombres nos han seguido hasta aquí.

No tengo ni idea de qué está haciendo Fyodor en Moscú o por qué ha sido tan reservado con todo, pero empiezo a comprender que, sea lo que sea, nos ha puesto a todos en peligro. Peligro real, del que acaba con cadáveres, sangre y niños que nunca regresan a casa.

—¡Sasha!

Una mano pequeña me agarra el brazo y casi suelto un grito antes de darme cuenta de que es él, de pie al lado de un juego de carreras con los ojos muy abiertos y asustados.

—¿Por qué gritas? Estaba aquí mismo.

—Tenemos que irnos. Ahora mismo.

Le agarro la mano y tiro de él hacia la salida, sin importarme ya si lo estoy asustando, sin importarme nada más que sacarnos de esta sala y volver a un lugar seguro. Es mejor estar asustados y vivos que ignorantes y muertos. Salimos por la puerta hacia las luces brillantes del vestíbulo del hotel y casi me choco directamente con Fyodor.

Tiene un aspecto terrible, con la cara pálida y la mandíbula tensa; sus ojos escanean intensamente el vestíbulo detrás de nosotros. Me agarra del brazo con tanta fuerza que me hace soltar un gemido.

—¿Dónde habéis estado? —gruñe con rabia—. Te dije que te quedaras en la habitación.

—No me dijiste nada. Te fuiste sin decir ni una palabra, como haces siempre.

—No tenemos tiempo para esto. —Ya me está arrastrando hacia la salida lateral, mientras con la otra mano busca el hombro de Sasha para empujarlo a avanzar—. Tenemos que irnos. ¡Ya!

—Fyodor, ¿qué está pasando? Había unos hombres vigilándonos en la cafetería y creo que nos han seguido hasta la...

—Lo sé. Los he visto. Por eso nos vamos.

Empuja la puerta de salida hacia un garaje donde espera un todoterreno negro con el motor en marcha, soltando humo por el tubo de escape hacia el aire frío. Abre la puerta trasera y sube a Sasha en vilo como si no pesara nada, luego me mete a mí detrás de él antes de subirse al asiento del conductor. Los neumáticos chirrían sobre el hormigón mientras mete la marcha atrás y sale del espacio tan rápido que el estómago se me sube a la boca.

—Sasha, ponte los cascos y mira una película en la tableta —le digo, porque no necesita oír la conversación que voy a tener con su padre. Esto tiene que acabar. No puedo ser la prisionera de alguien a quien están cazando, sabiendo de sobra que nos ha puesto en peligro.

—Pero...

—Ahora mismo. —Mi tono severo y la mirada que le dirijo hacen que se encoja en el asiento; odio haberlo asustado, pero estoy nerviosa. Necesito respuestas.

Rebusco en la bolsa a mis pies, encuentro la tableta y los cascos, y dejo a Sasha entretenido con unos dibujos animados mientras Fyodor nos saca del aparcamiento a la calle. La luz del sol resulta cegadora después de haber estado tanto tiempo dentro, y entono los ojos mientras me paso al asiento de delante, junto a él.

—¿Qué está pasando? ¿Quiénes eran esos hombres?

—Gente de Marat Koslov —toma una curva cerrada que me lanza contra la puerta y busco el cinturón de seguridad para abrochármelo —. Nos llevan rastreando desde ayer.

—¿Quién es Koslov? —No lo entiendo. Me habla como si yo supiera cosas, pero no sé nada.

Sus ojos se desvían al espejo retrovisor y su mandíbula se tensa. —Tenemos compañía.

Me giro en el asiento y veo un sedán oscuro tres coches por detrás de nosotros, zigzagueando por el tráfico de forma agresiva, igual que Fyodor; se salta los semáforos en rojo y corta el paso a otros conductores sin frenar. Se me hunde el estómago y vuelvo a girarme, agarrándome al borde del asiento.

—Fyodor...

—Lo sé —sisea. Luego pisa el acelerador a fondo y el todoterreno sale disparado, metiéndose entre dos camiones y saltándose un semáforo en ámbar que se pone en rojo antes de que hayamos pasado del todo por el cruce. Las bocinas suenan detrás de nosotros y oigo el chirrido de los frenos, pero no miro atrás.

—Sujétate.

Gira en otra calle, con los neumáticos chillando contra el pavimento, y el sedán se queda atrás un momento antes de reaparecer en el espejo. Estoy temblando, tiemblo tanto que creo que voy a vomitar. Vamos demasiado rápido, sorteando el tráfico como si estuviéramos en una película de acción. Esto es una locura. Lleva a un niño en este coche.

—¿Por qué nos persiguen? ¿Qué has hecho?

—Quieren a Marat vivo —toma otra curva y mi hombro choca contra la ventana—. Estoy intentando asegurarme de que eso no suceda.

—¡Qué demonios está pasando! —gimo, pero me aseguro de que mi voz sea lo bastante baja para que Sasha no me oiga. Estoy aterrorizada. Por si no fuera suficiente con que me hubiera secuestrado, ¿ahora me tiene huyendo de sus enemigos en una cacería para matar a un hombre?

Fyodor guarda un silencio exasperante mientras hace giros bruscos y se mete entre el tráfico a una velocidad excesiva; cuando por fin

habla, es tras un par de giros rápidos más y un cruce angustioso.

—Soy de la Bratva, Noemi. ¿Entiendes lo que eso significa? Trabajo para el sindicato Gravitch. Tengo que cumplir el encargo de eliminar a un testigo, y por eso estamos en Moscú.

Las palabras me dejan sin aliento. Sabía que era peligroso, pero oírle decirlo en voz alta hace que me resulte imposible imaginar realidades menos crudas. Todos esos indicios, susurros y verdades a medias cristalizan de repente y ya no puedo ignorarlos ni justificarlos.

Me estoy enamorando de este hombre. Dejé que usara mi cuerpo y entrara en mi cabeza. Empecé a creer que no es del todo malo y que algún día podría ser un padre maravilloso.

Y ahora me dice que es de la Bratva.

—Deberías habérmelo dicho —logro articular con esfuerzo—. Desde el principio, deberías haberme dicho qué eres, a qué te dedicas, de qué trata todo esto en realidad.

—Oh, déjate de tonterías. No es como si eso hubiese cambiado nada —ahora suena enfadado, pero ni siquiera me importa.

Miro por el parabrisas a la ciudad que pasa borrosa a nuestro lado. —Lo habría cambiado... —murmuro, porque estoy segura de que nunca me habría acostado con él de haberlo sabido. Ahora no sé cómo sentirme, aparte de aterrorizada.

Él no responde. Simplemente tiene la vista fija en la carretera. El sedán ya no está detrás de nosotros y no tengo ni idea de adónde vamos. Todas mis cosas están en esa habitación de hotel, y no estoy segura de que nada vuelva a ser igual.

De verdad quiero volver a mi casa.

19

FYODOR

Sasha y Noemi están durmiendo en la cama detrás de mí, acurrucados bajo la fina manta que he sacado del armario. Se ha quedado dormido llorando hace cosa de una hora, sollozando contra el hombro de ella por sus libros, sus juguetes y todas las cosas que hemos tenido que dejar atrás cuando huimos de aquel hotel. Ella lo ha sostenido, le ha acariciado el pelo y le ha susurrado palabras dulces; al final, su cuerpo ha dejado de temblar, su respiración se ha acompasado y se ha quedado frito con la cara aún pegada al cuello de ella.

Este motel era el único sitio con habitaciones libres cuando hemos llegado después de medianoche, una cama de matrimonio con un colchón que se hunde por el centro y unas sábanas que hace años que dejaron de ser blancas. No es precisamente la suite de cinco estrellas que hemos abandonado, pero tiene cuatro paredes y un cerrojo en la puerta, y ahora mismo eso es todo lo que puedo pedir.

Me siento en el borde del colchón y observo su reflejo en el espejo agrietado mientras duermen, e intento comprender cómo se ha torcido todo tan rápido.

Estábamos cerca. Estábamos tan malditamente cerca que casi podía saborearlo. Pero Marat tiene contactos por todo Moscú y alguien me vio venir.

No sé cómo nos han encontrado. Solo sé que en un momento estaba vigilando el piso franco desde el otro lado de la calle y, al siguiente, he recibido un mensaje amenazador de uno de los hombres de Koslov diciendo que mi «mujer e hijo» no estaban a salvo. En cuanto he visto eso, he sabido de inmediato que estaban vigilando el hotel y que sabían lo de Sasha y Noemi.

Lo hemos dejado todo atrás. La ropa, los libros, la tableta que Sasha usa para ver sus películas, los juguetes que había empezado a coleccionar desde que vino a vivir conmigo. Todo sigue en esa habitación de hotel mientras nosotros hemos estado conduciendo toda la noche hasta encontrar este tugurio. Era el único sitio con vacantes donde no exigían una tarjeta de crédito o mi nombre real.

Noemi no me ha dirigido la palabra desde que le he contado la verdad sobre quién soy en el coche. Ahora sabe qué clase de monstruo soy y lo peligroso que es realmente estar conmigo. Cualquier atisbo de esperanza que tuviera de que ella entrara en razón y quisiera estar conmigo voluntariamente se ha esfumado. He visto cómo esa esperanza desaparecía de sus ojos mientras se le llenaban de lágrimas al mencionar la palabra «Bratva».

No la culpo. Yo tampoco querría estar conmigo si pudiera elegir.

La cama cruje cuando cambio de postura y me quedo helado para asegurarme de no haberlos despertado. La respiración de Sasha sigue siendo lenta y constante contra el costado de Noemi, y ella ni se mueve. Así que me levanto con cuidado del colchón y me dirijo hacia la puerta del balcón, sacando los cigarrillos del bolsillo de la chaqueta mientras camino.

El aire nocturno es lo bastante frío como para que se vea mi aliento al salir fuera; enciendo uno y doy una calada profunda que me quema hasta los pulmones. El balcón apenas tiene espacio para que

se mantenga en pie una persona, con una barandilla oxidada y hormigón agrietado. Da al aparcamiento, donde un letrero de neón anuncia «vacantes» con la V fundida y el resto del cartel parpadeando. Lugares como este son para trotamundos, no para hombres con misiones serias, pero no puedo arriesgarme a que Koslov vuelva a encontrarme.

Me quedo ahí fumando, preguntándome en qué se ha convertido mi vida. Acabo de descubrir que soy padre y ya siento que le estoy fallando a mi hijo. Quería consolarlo cuando lloraba. Quería abrazarlo y decirle que todo saldría bien, pero las palabras no salían. Se han quedado atascadas en algún lugar de mi garganta y lo único que he podido hacer ha sido quedarme ahí como un mueble inútil mientras Noemi hacía el trabajo que me correspondía a mí.

El cigarrillo se consume entre mis dedos y enciendo otro con la brasa del anterior, fumando uno tras otro como solía hacer cuando era joven y estúpido y me creía invencible. El frío cala a través de la chaqueta, pero no entro porque no puedo estar en esa habitación ahora mismo. No puedo estar ahí tumbado a su lado fingiendo que duermo mientras mi cerebro da vueltas persiguiéndose la cola. Solo puedo pensar en lo mucho que sufre mi hijo porque su madre ha muerto y la vida no ha dejado de darle malas cartas desde entonces. Me duele el pecho del mismo modo que me dolió hace años por mis propios padres.

Aflora un recuerdo, uno que he estado reprimiendo durante años y años. El funeral de mi padre, o lo que pasaba por tal en nuestro mundo. Yo tenía ocho años y no entendía qué estaba pasando, ni que él no fuera a volver jamás, y cuando por fin lo comprendí, empecé a llorar.

Viktor me agarró del brazo y me arrastró lejos de la tumba antes de que nadie pudiera ver mis lágrimas. El hermano de mi padre debía cuidar de mí ahora que mi padre se había ido para siempre. Me llevó detrás de un cobertizo y me pegó tan fuerte que vi las estrellas; cuando me caí, me dio una patada en las costillas y me ordenó que

me levantara. Me dijo que los hombres Gravitch no lloran por nada, y aquel fue mi bautismo en todo lo relacionado con los Gravitch.

Estuve lleno de moratones durante una semana después de aquella paliza. No podía respirar hondo sin que las costillas me gritaran de dolor, ni levantar los brazos por encima de la cabeza. Pero aprendí tan bien la lección que intentaba enseñarme que nunca la olvidé. Dejé de llorar. Dejé de mostrar cualquier tipo de emoción.

Cuando Viktor murió unos años después, con un disparo en la espalda de alguien a quien creía su amigo, no derramé ni una sola lágrima por él. Me quedé ante su tumba igual que me había quedado ante la de mi padre, pero esta vez no sentí nada, o al menos eso fue lo que me dije a mí mismo en aquel momento.

La verdad es que sentí rabia, alivio y una clase de satisfacción enfermiza porque el hombre que me pegó por estar de duelo se había ido por fin. Pero no mostré nada de eso porque para entonces ya había aprendido la lección demasiado bien.

El problema es que nunca dejé de sentir cosas. Simplemente dejé de saber cómo expresar mis sentimientos. Todas esas emociones se quedaron bajo llave en algún lugar profundo de mi interior donde nadie podía tocarlas, y ahora se están pudriendo allí, convirtiéndose en algo amargo que no parezco capaz de romper por mucho que lo desee.

Mi hijo necesitaba consuelo esta noche y no he podido dárselo. Me he quedado allí con las manos inútiles a los costados mientras él lloraba y sollozaba, y me he odiado por ello. Odio haberme convertido exactamente en la clase de padre que juré que nunca sería. Frío, distante e inútil.

Las palabras que leí en el diario de Noemi están equivocadas. No merezco ninguno de sus elogios ni ninguna esperanza de que pueda ser mejor de lo que soy ahora. Soy un monstruo y no creo que eso cambie nunca.

La puerta del balcón se desliza detrás de mí y no me vuelvo, pero sé que es ella por el suave sonido de sus pasos y por la forma en que inhala el aire frío.

—Has dejado la puerta abierta —dice en voz baja—. La habitación está helada ahora.

—Lo siento.

Se coloca a mi lado y se apoya en la barandilla con los brazos cruzados para protegerse del frío. Lleva puesta una de mis camisas porque toda su ropa se quedó en el hotel; tiene el pelo revuelto de dormir y los ojos cansados.

—Deberías entrar —dice—. Es tarde y necesitas descansar.

—No puedo dormir.

No insiste. Simplemente se queda ahí conmigo bajo el frío, y yo doy otra calada a mi cigarrillo y expulso el humo hacia la noche. El silencio entre nosotros es tenso ahora porque sabe quién soy de verdad. Sigo esperando que estalle y huya, y una parte de mí cree que acabará haciéndolo, pero otra parte todavía se pregunta qué estará pensando. La juzgué mal todo este tiempo, pensando que me odiaba, pero su diario me reveló algo distinto.

—¿Por qué escribes esas cosas? —pregunto finalmente—. En tu diario. Las cosas que escribes sobre mí.

Se queda callada un momento y me pregunto si va a responder o si va a volver dentro para dejarme aquí fuera a solas con mis pensamientos y remordimientos.

—Escribo lo que es verdad —dice después de un rato—. Para poder recordar que las cosas buenas existen, incluso cuando tengo miedo o estoy disgustada o enfadada con el mundo. Incluso cuando siento que todo se desmorona a mi alrededor. —Hace una pausa y noto sus ojos fijos en mi perfil—. Hay cosas buenas en ti, Fyodor. Sé que no

te lo crees, pero yo las veo. Veo cuánto te esfuerzas incluso cuando no sabes qué estás haciendo.

No sé qué decir a eso, ni cómo aceptar algo que se siente tan alejado de la realidad de lo que soy y de lo que he hecho. Así que me quedo ahí, fumando, y dejo que las palabras se asienten en mi interior, en algún lugar donde pueda aferrarme a ellas más tarde cuando las necesite.

Se acerca y se pone de puntillas para darme un suave beso en la mejilla que se prolonga un instante antes de retirarse. Sus labios están cálidos contra mi piel fría; cierro los ojos y me permito sentirlo sin intentar guardarlo bajo llave o reprimirlo como hago con todo lo demás.

—No te quedes levantado hasta muy tarde —dice, retrocediendo hacia la puerta—. Sasha va a necesitar a su padre por la mañana.

Se escabulle por la puerta y la cierra tras de sí; la observo a través del cristal mientras se mete de nuevo en la cama y se acurruca junto a mi hijo. Los dos encajan con tanta naturalidad... y yo deseo con todas mis fuerzas formar parte de eso, encajar con ellos, ser la clase de hombre que se merecen en lugar de este ser roto en el que me he convertido.

Termino mi cigarrillo y lo apago contra la barandilla oxidada, luego enciendo uno más y me quedo allí mirando la autopista a lo lejos y pensando en lo que ha dicho. Las cosas buenas existen, incluso en los peores momentos. Quizá tenga razón. Quizá todavía quede algo bueno enterrado en mi interior, oculto bajo todos los años de violencia y los muros que levanté para protegerme.

No sé cómo ser padre y nunca lo he sabido porque nadie me enseñó. No sé cómo consolar a mi hijo ni cómo demostrarle que lo quiero ni cómo enseñarle que no pasa nada por sentir cosas, aunque el mundo te diga que es una debilidad. Pero quizá pueda aprender. Quizá, si me trago mi orgullo y dejo que Noemi me enseñe a ser el

hombre que Sasha necesita, pueda resolverlo antes de que sea demasiado tarde.

O quizá ya sea demasiado tarde y la fecha de caducidad ya esté fijada. No hay forma de saberlo. Lo único que podemos hacer es seguir viviendo sorbo a sorbo de aire y rezar para que no sea el último.

20

NOEMÍ

La silla junto a la puerta del balcón se ha convertido en mi rincón durante los dos últimos días. Es el único lugar de este angosto cuarto de motel donde puedo sentarme con mi diario y fingir que estoy en cualquier otra parte. La tela raspa y el cojín está aplastado por los años de uso, pero tiene vistas al aparcamiento y a la autopista más allá, y está a suficiente distancia del televisor como para casi poder ignorar los sonidos del videojuego de Sasha, que Fyodor le compró como consuelo por haberlo perdido todo.

Lleva tres horas seguidas jugando, repanchigado en la cama con el mando en las manos y los ojos pegados a la pantalla. Algún juego de coches que Fyodor trajo ayer por la mañana. Desapruebo totalmente lo de comprar el afecto de un niño, pero Sasha está sufriendo y ahora mismo necesita algo bueno a lo que aferrarse.

Lo observo por encima de mi diario e intento descubrir cómo atravesar la niebla de tristeza que se ha instalado sobre él desde que llegamos aquí. Sus estudios han quedado totalmente estancados. Sin libros con los que trabajar, no hay estructura ni motivación. Ni siquiera consigo que se concentre. He intentado que se interese unas cuantas veces, le he sugerido que hagamos problemas de matemáticas juntos o que practiquemos su lectura con la Biblia del

hotel que hay en el cajón de la mesita de noche, pero él se limita a encogerse de hombros y vuelve a su juego.

Está deprimido, lo sé. Sigue guardando luto por su madre, sigue conmocionado por haber sido arrancado de todo lo que conocía, y no sé cómo motivar a un niño de diez años que se ahoga en la tristeza cuando apenas puedo mantener yo mi propia cabeza fuera del agua.

La voz de Fyodor llega desde el balcón, donde lleva haciendo llamadas la última hora, caminando de un lado a otro en el frío con el teléfono pegado a la oreja. No puedo oír todo lo que dice, pero capto lo suficiente como para reconstruir lo que está pasando.

Está hablando con Lazar y pidiéndole que traiga a Vasili para reunirse con él aquí en Moscú. El trabajo del que me habló —matar a ese tal Marat— no puede fallar y necesita refuerzos. Todo lo que yo necesito es algo de paz y seguridad, pero dudo que vaya a encontrarlo aquí.

Miro fijamente mi diario e intento dar sentido a las palabras que he escrito estos últimos días, pero se emborronan hasta que ya no puedo leerlas. Las decisiones de mi vida pasan por mi mente como una película reproducida demasiado rápido, todos los momentos que me condujeron hasta aquí, a esta cutre habitación de motel con un hombre roto y su hijo roto. Mi vida no era perfecta pero tenía sentido para mí, y ahora no estoy segura de dónde está el norte porque me he acostado con un sicario de la mafia.

Lo que más me asusta no es la violencia o el peligro o la amenaza constante de que aparezcan hombres armados para matarnos a todos. Lo que más me asusta es que sigo deseándolo. Aun sabiendo lo que es y oyéndolo hablar de terminar el trabajo de matar a ese hombre, mi corazón se acelera cuando entra en la habitación. Mi cuerpo todavía ansía sus manos sobre mi piel. Sigo sorprendiéndome a mí misma observándolo cuando él no mira, sigo sintiendo esa atracción hacia él que parece que no puedo romper por mucho que lo intente.

¿En qué me convierte eso? ¿Qué clase de mujer se enamora de un monstruo y no puede dejar de caer incluso después de verle los dientes y las garras y todo lo demás que ha estado escondiendo?

Sasha se ríe de algo en la pantalla y levanto la vista, viendo cómo su rostro se ilumina un momento antes de volver a esa expresión vacía que lleva puesta desde que llegamos. Es tan joven y vulnerable, y no tiene ni idea de a qué se dedica su padre realmente. Piensa que Fyodor es un hombre de negocios, quizás, o algo así. No sabe nada de la sangre en esas manos, de los cadáveres bajo tierra, de la vida que le espera si se queda en este mundo demasiado tiempo.

Cierro mi diario y lo dejo a un lado, luego me levanto de la silla y me dirijo hacia la puerta del balcón. Fyodor me da la espalda, con los hombros tensos bajo la chaqueta, y ahora puedo oírlo hablar con otra persona. La conversación suena más formal, y capto un nombre que me hace detenerme.

—Entiendo, Yuri —está diciendo—. El trabajo estará terminado pronto. Solo necesito unos días más para tenerlo todo listo.

Me quedo allí con la mano en la puerta y escucho cómo le asegura a ese hombre que todo está bajo control, que el asesinato se producirá, que Marat no vivirá lo suficiente para testificar contra nadie. Y me da asco hasta el punto de que casi quiero vomitar. Estos hombres están jugando a ser Dios con la vida de alguien, y yo, de algún modo, formo parte de ello y lo odio.

Termina la llamada y se guarda el teléfono en el bolsillo, luego se queda allí mirando hacia la autopista con las manos agarradas a la barandilla oxidada. Puedo ver la tensión en su cuerpo, la forma en que su mandíbula está apretada y sus hombros están encogidos hacia las orejas. Está estresado, lo sé. Tiene a gente intentando matarlo, un trabajo que parece no poder terminar y un hijo con el que no sabe cómo conectar.

Pero yo también estoy estresada. Estoy asustada y confundida y atrapada en una situación que nunca pedí, y necesito algo de él que

no parece capaz de dar. No sé si alguna vez será capaz de darlo.

Deslizo la puerta para abrirla y salgo al balcón, rodeándome el cuerpo con los brazos para protegerme del frío. Él no se da la vuelta ni reconoce mi presencia. Es como si, en caso de quitar los ojos del horizonte, alguien fuera a acercarse sigilosamente a él, y no puede permitir que eso ocurra. Igual que anoche.

—Necesito preguntarte algo —digo.

—Qué —gruñe, y siento que mi paciencia empieza a agotarse.

—¿Podemos ir a una tienda? Sasha necesita ropa que de verdad le venga bien, y me gustaría comprar algunos libros para poder seguir con sus lecciones. Lleva horas mirando ese juego y no es bueno para él.

—Hoy no.

—¿Por qué no?

—Porque lo digo yo.

Miro fijamente la parte de atrás de su cabeza y siento que algo se quiebra en mi interior, algún hilo de tolerancia que se ha tensado demasiado durante mucho tiempo.

—Eso no es una respuesta, Fyodor. Eso eres tú siendo un imbécil porque estás teniendo un mal día.

Gira sobre un talón y veo la ira brillar en sus ojos antes incluso de que abra la boca.

—Estoy trabajando, Noemí. No tengo tiempo para llevarte de compras.

—No te pido que me lleves de compras como si fuera una actividad de ocio. Te pido que proporciones las necesidades básicas a tu hijo, que está ahí sentado con la misma ropa que lleva puesta desde hace dos días porque tuvimos que dejarlo todo atrás.

—Está bien.

—No está bien. Está deprimido y desconectado, y le has encasquetado un videojuego como si eso fuera a solucionarlo. Necesita estructura. Necesita rutina. Necesita que su padre aparezca de verdad y esté presente en lugar de esconderse en el balcón haciendo llamadas sobre matar a gente.

Mis palabras son hirientes y las digo en serio. Estoy tan harta de andar con pies de plomo a su alrededor, tan cansada de intentar gestionar sus estados de ánimo mientras él no hace nada por gestionarlos él mismo.

—No sabes de lo que hablas —dice con desdén, y sus ojos vuelven a enfocarse en el horizonte.

—Sé perfectamente de lo que hablo. Llevo semanas observándote con él y todavía no lo pillas. Aunque estés teniendo el peor día de tu vida, Sasha sigue siendo tu hijo. Aunque yo me marche mañana y no vuelva a mirar atrás, él va a seguir necesitando un padre. ¿Quieres que crezca sintiéndose como te sientes tú ahora? ¿Quieres que esté enfadado todo el tiempo, ladrándole a todo el mundo porque nunca aprendió a lidiar con sus emociones?

Fyodor se gira para mirarme con una mirada furiosa y dice:

—No sabes nada de cómo me siento.

—Sé que eres un desgraciado. Sé que estás asustado y abrumado y que no sabes cómo pedir ayuda porque te han enseñado toda la vida a pensar que necesitarla te hace débil. Pero pagarla conmigo no va a arreglar nada, y pagarla con Sasha va a destruirlo.

Da un paso hacia mí y me mantengo firme, negándome a retroceder incluso cuando su cuerpo está lo bastante cerca como para que pueda sentir el calor que irradia.

—¿Te crees que puedes venir aquí fuera y decirme cómo criar a mi hijo?

—¿Ahora mismo? Sí. Rotundamente sí. Para eso me trajiste aquí—

—Tú no eres su madre.

Las palabras me golpean como una bofetada, y siento que los ojos me escuecen con lágrimas que me niego a dejar caer.

—No, no lo soy. Su madre está muerta, Fyodor. Se ha ido. Y tú estás tan ocupado trabajando o haciendo cualquier tontería que creas que haces que ni siquiera puedes ver lo que tienes delante de las narices.

—Vete.

Su voz es tan fuerte que resuena en las paredes del motel, rebotando hacia nosotros desde los edificios que rodean el aparcamiento. Oigo un movimiento detrás de mí y me giro para ver a Sasha de pie junto a la puerta del balcón, con el mando colgando de la mano, con los ojos muy abiertos y asustados mientras nos mira a ambos.

—Papá... —Su voz es pequeña, incierta—. ¿Qué está pasando?

Fyodor no le responde. Se limita a quedarse allí mirándome como si yo fuera el enemigo, como si yo fuera la que le ha estado haciendo la vida difícil en lugar de ser al revés.

Algo se rompe en mi interior. El último trozo de esperanza al que me aferraba, la absurda creencia de que podía llegar a él, o ayudarlo a convertirse en el padre que Sasha necesita. Tenía muchísimas ganas de que esto funcionara. Quería gustarle, que confiara en mí, que me dejara entrar. Quería ser la que lo cambiara, la que suavizara esos bordes duros y le enseñara que había otra forma de vivir.

Pero está demasiado perdido. Los muros son demasiado altos y el daño demasiado profundo, y no puedo seguir lanzándome contra ellos esperando que se desmoronen.

Esos hombres de ahí fuera, la gente de Kozlov, no vienen a por mí. Vienen a por él. Y por mucho que me importe Sasha, por mucho que

me mate dejarlo aquí con un padre que no sabe cómo amarlo adecuadamente, no puedo quedarme en un lugar donde me tratan así. No puedo seguir dejando que me destroce porque no sabe cómo manejar su propio dolor.

Vuelvo al cuarto sin mirar a Fyodor. No le daré la satisfacción de ver lo mucho que me ha herido, con todo el cuerpo temblando de rabia y de pena. Sasha me observa con esos ojos grandes y oscuros, tan parecidos a los de su padre, y tengo que desviar la mirada antes de empezar a llorar.

Mi bolso está en la silla donde lo dejé, con mi diario guardado dentro junto con las pocas cosas que cogí cuando fuimos a desayunar. Lo cojo y me lo cuelgo al hombro, luego me giro hacia Sasha y me agacho para estar a su altura.

—Oye —digo suavemente—, ven aquí.

Él da un paso hacia mí con vacilación, todavía con el mando en la mano, y alargo el brazo para retirarle el pelo de la frente como he hecho cien veces antes.

—Tengo que irme un rato —le digo—. Pero quiero que sepas que me importas muchísimo, y que nada de esto es culpa tuya. ¿Vale?

Su labio inferior tiembla.

¿A dónde vas?

—Aún no lo sé. Pero necesito que seas valiente y que te cuides. ¿Puedes hacerlo por mí?

Él asiente, pero sus ojos se están llenando de lágrimas y siento que mi corazón se parte por la mitad. Le prometí que no haría esto y lo estoy haciendo de todos modos. Quizás pueda enviar ayuda, o quizás, de alguna manera, Fyodor se rinda y entregue a Sasha a las autoridades para que alguien que esté preparado para la paternidad pueda amarlo.

Me acerco y le planto un beso en la frente, quedándome ahí un momento para respirar su aroma.

Pero no puedo quedarme aquí. No puedo.

—Te quiero —le susurro contra el pelo—. Recuérdalo.

Me levanto y camino hacia la puerta sin mirar atrás. Mi mano encuentra el pomo y tiro de él para abrirlo, saliendo al pasillo con el bolso apretado contra el pecho y el corazón rompiéndose en mil pedazos que no sé cómo volver a unir.

La puerta se cierra tras de mí y empiezo a caminar.

No sé a dónde voy ni qué haré. Lo único que sé es que no puedo estar más en esa habitación, amando a un hombre que me trata como si no fuese nada. No puedo seguir esperando algo que nunca va a suceder.

Las lágrimas acuden cuando llego a la escalera y me nublan la vista hasta el punto de que apenas puedo ver los escalones que tengo delante. Me sujeto a la barandilla y bajo, peldaño a peldaño, dejando atrás a las dos únicas personas en este país que significan algo para mí.

Es lo más difícil que he hecho en mi vida.

Y no sé si estoy tomando la decisión correcta o cometiendo el peor error de toda mi existencia.

21

FYODOR

Llevo dos horas conduciendo, dando vueltas por las mismas calles una y otra vez, revisando cada hotel, estación de autobuses y cafetería de veinticuatro horas que encuentro en esta ciudad abandonada de la mano de Dios. Sasha duerme en el asiento trasero con la cabeza apoyada en la ventanilla y su aliento empañando el cristal; no dejo de mirarlo por el retrovisor para asegurarme de que siga así.

He intentado por todos los medios calmarlo con paciencia cuando Noemi se ha marchado de la habitación del motel y él se ha puesto a llorar, pero soy un padre lamentable. No tengo ni idea de qué hacer con él. Se ha aferrado a mí con desesperación, pero a quien necesita es a ella. Acaba de perder a su madre, y yo he tenido tan poco aguante que le he gritado, y ahora ella se ha ido, es culpa mía y no sé cómo arreglarlo.

Podría estar en cualquier parte a estas alturas; han pasado horas. Podría haber llamado a un taxi, haber hecho autostop o haber encontrado alguna forma de salir de Moscú, y yo no tendría manera de encontrarla porque ni siquiera sé por dónde empezar a buscar. Todo porque perdí los estribos con ella.

Solo quiero protegerlos. Eso es todo lo que quería cuando le dije que no a ir de compras. Quería ropa nueva, que no es pedir tanto. Y quería libros para Sasha, ya que habíamos dejado los suyos en el hotel de forma tan abrupta, pero yo solo podía pensar en que los hombres de Koslov pudieran ver a cualquiera de los dos en público. No soportaría que les pasara algo. La idea de perder a uno de ellos me ha hecho perder el juicio y he estallado.

Entro en el aparcamiento de otro hotel y me quedo allí un minuto con el motor en marcha, intentando decidir si merece la pena entrar a preguntar si alguien que encaje con su descripción se ha registrado esta noche. Pero es plena noche, el vestíbulo se ve oscuro a través de los cristales y ya he hecho lo mismo en otros tres sitios sin suerte. No tiene dinero, de eso estoy seguro. Solo lo que llevara en el bolso cuando la saqué de su aula, que no podían ser más de unos pocos miles de rublos. No es suficiente para una habitación de hotel, y mucho menos para un billete de autobús de vuelta a San Petersburgo.

Entonces, ¿dónde demonios está?

Vuelvo a la calle y sigo conduciendo, escrutando cada escaparate, cada acera y cada cruce. La ciudad está prácticamente muerta a estas horas, solo hay unos pocos coches en la carretera y algún que otro borracho que vuelve dando tumbos a casa desde cualquier bar que siga abierto. Paso por delante de una gasolinera, una farmacia con las luces apagadas, una hilera de tiendas cerradas con los cierres metálicos bajados.

Después de otra hora entera de búsqueda, veo a una mujer salir por la puerta de una de esas cafeterías de veinticuatro horas con el cuello del abrigo subido y la cabeza baja. Y sin tener que pensarlo dos veces, sé que es ella.

Noemi tiene una elegancia innata en todo lo que hace, incluido su modo de caminar, tan femenino que parece que pudiera andar sobre el aire. Basta un vistazo a esa figura que avanza por la acera

sosteniendo un vaso de café de papel entre las dos manos para que se me encoja el corazón.

Detengo el coche junto al bordillo y pongo el freno, luego me bajo y cierro la puerta con el mayor sigilo posible para no despertar a Sasha. Necesita dormir y no necesita presenciar lo que sea que esté a punto de pasar entre Noemi y yo. Quién sabe cómo reaccionará ella conmigo, y él no tiene por qué vernos discutir de nuevo. Cruzo la acera hacia ella, y se detiene al verme venir. Me preparo para una pelea, listo para que la rabia que se ha ido acumulando entre nosotros explote finalmente.

Pero cuando estoy lo suficientemente cerca como para verle la cara, no está enfadada en absoluto. Está temblando y asustada, con los ojos enrojecidos y las mejillas mojadas por las lágrimas que debe de haber estado derramando antes de que yo llegara. Parece agotada, tiene frío y está completamente sola, y siento que la furia en mi pecho empieza a ablandarse. No veo a la mujer frustrante que tiene las agallas de plantarme cara. Veo a una mujer frágil que necesita protección.

—Sube al coche —le digo, probablemente con más brusquedad de la cuenta. Seguramente espera dulzura y paciencia, además de una disculpa. Solo me doy cuenta cuando las palabras ya han salido y ella me mira con el ceño fruncido.

—No —gruñe y sigue caminando, ignorándome.

Me apresuro tras ella, mirando por encima del hombro hacia el coche encendido donde duerme mi hijo. —Noemi, hace un frío que pela y es plena noche. Sube al coche de una vez. —Ahora estoy molesto: la idea de que estoy lo bastante lejos de mi coche como para que alguien pueda saltar dentro y largarse con mi hijo está anulando mi capacidad de sentir compasión por ella.

—No puedes hablarme así. —Niega con la cabeza y veo que le tiemblan las manos alrededor del vaso de café. —No puedes darme órdenes y esperar que simplemente obedezca. ¿Por qué demonios

crees que me fui de ese motel? —Sus pasos golpean con fuerza el cemento, y no deja de caminar.

—Intento ayudarte —gruño, agarrándola del brazo y obligándola a girarse hacia mí.

—No, intentas controlarme. —Se limpia la mejilla con el dorso de la mano y veo cómo lucha por no desmoronarse. —Quieres una puta esclava, Fyodor. No tienes la menor idea de cómo cuidar de alguien o de cómo protegerlo.

Sus palabras me desgarran el corazón; la suelto y doy un paso atrás. Tiene razón... Sé que tiene razón, pero admitirlo se siente como una rendición. Y nunca se me ha dado bien rendirme, ni ante nada ni ante nadie.

—Necesito que vuelvas —digo, y odio lo rígidas que suenan las palabras al salir de mi boca, pero son ciertas. Por muy vulnerable que me haga parecer, no puedo hacer esto sin su ayuda.

—¿Para qué? ¿Para que puedas gritarme de nuevo?

—Eso no es... —Me detengo, aprieto la mandíbula e intento encontrar las palabras que se quedan atascadas en algún lugar entre mi cerebro y mi lengua. —Eso no es lo que quiero.

——Entonces, ¿qué es lo que quieres, Fyodor? Porque no logro entenderte. Un momento me estás besando y al siguiente me tratas como al enemigo. Un momento estás leyendo mi diario y mirándome como si realmente me vieras, y al siguiente me dices que me largue.

No tengo respuesta para nada de eso porque ni yo mismo lo entiendo. No sé por qué alejo a las personas que quiero mantener cerca, no sé por qué cada sentimiento que tengo sale retorcido en una rabia que hiere a los que más me importan.

Lo único que sé es que verla cruzar esa puerta se sintió como si alguien metiera la mano en mi pecho y me arrancara el corazón, y he estado conduciendo por esta ciudad durante horas intentando

encontrarla porque no puedo imaginarme regresando a esa habitación de motel sin ella.

—No puedo hacer esto sin ti. —La emoción pura raspa mi garganta y trago saliva ante la sensación. —No sé cómo criar a Sasha. Le estoy fallando cada día y no puedo... —Me detengo antes de que mi ira se descontrole de nuevo y me obligo a continuar, aunque cada instinto me dice que me calle y me cierre en banda. —He leído tu diario. Sé que dijiste que quieres ayudarme a aprender a ser padre. Yo también quiero eso. Lo quiero más de lo que soy capaz de expresar.

Noemi me mira con el ceño fruncido y recelo en los ojos. Por supuesto que no me cree, porque no le he dado motivos para creer nada de lo que digo. Todo lo que he hecho es mostrarle razones para no confiar en mí ni sentirse cómoda a mi lado.

Me paso la mano por el pelo y siento que la frustración aumenta, pero esta vez no dejo que se convierta en rabia. —He pasado toda mi vida aprendiendo a luchar, a sobrevivir y a cerrarlo todo para que nada pueda herirme. Nadie me ha enseñado nunca a dejar entrar a alguien o a pedir ayuda sin sentir que estoy admitiendo que soy débil.

—Pedir ayuda no es debilidad, Fyodor.

—Lo sé. Lo sé aquí arriba. —Me señalo la sien. —Pero hacer que pase de aquí a aquí... —Me presiono la mano contra el pecho—, esa es la parte que no consigo resolver.

Todavía no se dirige hacia mi coche, pero tampoco se aleja. El gesto de su cara no es de enfado ni de aceptación, y no puedo saber qué está pensando. Se limita a mirarme fijamente como si esperara que le explicara algo más o que me disculpara. No estoy seguro de lo que quiere de mí cuando ya le he dicho que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

—Por favor, sube al coche —le pido suavemente, y doy un paso hacia ella—. Por favor, Noemi. Te lo ruego. Necesito que vuelvas. —

Pero me abstengo de tocarla, aunque me pican los dedos por atraerla hacia mi cuerpo y sujetarla. Cuando salió por la puerta, tuve miedo de no volver a verla, pero no pude perseguirla con mi hijo allí de pie llorando.

El viento arrecia, agitándole el pelo, y ella tiembla con más fuerza hasta que casi le castañetean los dientes. Y, aun así, no se mueve. Es desesperante. Me entran ganas de zarandearla o de cogerla en brazos y llevarla a pulso hasta el coche. Y quizá ese sea mi verdadero problema: No que sea incapaz de tener emociones reales o incluso de compartirlas, sino que soy impaciente y no puedo mantener un comportamiento templado durante más de unos segundos.

Entonces, sin previo aviso, llega la lluvia; de golpe, en un chaparrón torrencial. Noemi suelta un jadeo por la impresión, y el vaso de café se le resbala de los dedos y estalla en la acera, salpicándome las piernas con el líquido caliente; pero lo único que puedo hacer es quedarme ahí mirándola, rezando para que me escuche.

Cada fibra de mi ser me grita que la arrastre al coche para sacarla de esta lluvia que cala los huesos, pero forzarla solo le daría la razón. No voy a controlarla más y no voy a exigirle nada. Desde el momento en que todo esto empezó, no he hecho más que quitarle cualquier opción de elegir, que es la razón por la que piensa que soy un controlador. Tengo que ser diferente, y la única forma que conozco es ir elección tras elección.

Así que me quedo allí bajo la lluvia torrencial, empapándome con las gélidas lágrimas del cielo, hasta que Noemi se mueve. Espero que se dé la vuelta y se marche, pero en lugar de eso se acerca a mí. Cuando me rodea con sus brazos y esconde la cabeza en mi pecho, me quedo atónito.

Me quedo rígido ante el contacto, cada músculo de mi cuerpo se tensa porque no sé qué hacer con esto. ¿Cómo se supone que debo responder a alguien que me abraza? Su rostro se presiona contra mi pecho y puedo sentirla temblar contra mí. Ya está casi empapada y

está helada, como un bloque de hielo que traspasa mis capas de ropa y me quita el aliento.

No sé qué hacer con las manos. No sé si debería devolverle el abrazo o simplemente quedarme aquí como el idiota inútil que soy. La lluvia cae con más fuerza ahora, resbalando por mi cara y goteando de mi barbilla, y ella no me suelta, y yo no quiero que me suelte y no sé qué significa nada de esto.

Así que me quedo allí bajo la lluvia, calándome hasta los huesos, y dejo que se aferre a mí porque no quiero arruinar lo que sea que esté pasando entre nosotros en este momento. Por una vez en mi vida, no quiero decir lo incorrecto ni hacer lo incorrecto ni alejar a alguien cuando intenta acercarse.

La rodeo con los brazos y apoyo la barbilla sobre su cabeza. No recuerdo la última vez que lloré, quizá aquel día cuando era niño... pero tengo que contener un sollozo de alivio. Algo poderoso y abrumador brota en mi pecho y sé, sin ninguna duda, que necesito a esta mujer. No, necesitar no... querer. La quiero: en mi vida, en mi casa, en mi corazón. La amo, y ni siquiera sé qué es el amor, pero sé que lo siento por ella.

Finalmente se separa, inclinando el rostro para mirarme a través de la lluvia. Tiene el pelo pegado a las mejillas y el maquillaje corrido, y es lo más hermoso que he visto en mi miserable vida.

—Deberíamos irnos —dice—. Sasha se va a despertar si no volvemos pronto.

Asiento porque no me fío de mi voz ahora mismo, la tomo de la mano y la guío de vuelta al coche. La lluvia sigue cayendo a raudales, empapándolo todo, pero no me importa. Le abro la puerta del copiloto y ella se desliza dentro, pero antes de dar la vuelta hacia el lado del conductor, me inclino para besarla suavemente. Es un beso rápido y casto, pero ella me corresponde como si fuera la cosa más natural del mundo.

Sasha sigue dormido atrás, ajeno a todo lo que acaba de suceder, y me quedo sentado un momento con las manos en el volante y la lluvia tamborileando contra el techo del coche. Noemi está tiritando, el agua gotea de su pelo sobre la tapicería, y estiro el brazo para subir la calefacción al máximo.

—Lo siento —digo—. Por cómo te he hablado antes. Por todo.

Me sonríe con tristeza, pero inclina la cabeza y dice: —Lo sé. Lo solucionaremos, ¿vale?

Pongo el coche en marcha y me alejo del bordillo, en dirección al motel. La carretera que tengo por delante está oscura y resbaladiza por la lluvia, un poco como ese futuro borroso que no alcanzo a ver con claridad.

Pero la he encontrado, y no ha vuelto a huir.

Ahora, si consigo terminar este puto trabajo y borrar a Marat Koslov de la faz de la tierra, podré centrarme en algo aún más importante que eso.

Mi familia.

22

NOEMI

Fyodor lleva a Sasha a la habitación como si no pesara nada, acunando al niño contra su pecho con un brazo mientras abre la puerta con el otro. Sasha no se inmuta lo más mínimo. Duerme profundamente y debe de sentirse muy seguro en los brazos de Fyodor durante todo el trayecto hasta que él lo tumba en la cama y lo arropa.

Estoy empapada y Fyodor también, pero hemos conseguido que Sasha esté casi seco. Me quedo ahí de pie, tiritando con la ropa mojada, viéndolo subir la manta sobre su hijo y acomodándola alrededor de su pequeño cuerpo. Hay algo tierno en la forma en que lo hace ahora, como si por fin empezara a entenderlo. Se esfuerza mucho, incluso cuando no sabe lo que hace. Es increíblemente dulce y entrañable.

Cuando mete la mano bajo la manta y le quita los zapatos a Sasha uno a uno, siento que se me derrite el corazón. Fyodor no tenía por qué salir a buscarme y yo habría estado bien... tarde o temprano. Pero el hecho de que me buscara y de que se esforzara por disculparse significa mucho para mí. Realmente lo está intentando, y no solo con Sasha. Me estoy enamorando perdidamente de este hombre, pero perdidamente.

—Voy a ducharme —susurro—. Me estoy quedando helada.

Él asiente sin mirarme, aún observando a Sasha dormir, y yo me escabullo al baño y cierro la puerta tras de mí. Los azulejos bajo mis pies añaden otra capa a mi escalofrío mientras me quito la ropa húmeda y la dejo caer en un montón sobre el suelo. Mi camiseta, mis vaqueros, mi ropa interior, todo calado hasta los huesos. Me veo reflejada en el espejo y apenas reconozco a la mujer que me devuelve la mirada, con el pelo pegado a la cara y el rímel corrido bajo los ojos.

Abro la ducha y espero a que el agua se caliente, mientras el vapor llena lentamente el pequeño espacio. Cuando me pongo bajo el chorro está casi demasiado caliente, quemándome la piel fría, pero no le bajo la temperatura. Necesito el calor para descongelarme un poco, y la calidez es lo bastante impactante como para forzar a mi cerebro a pensar en lo sorprendente que puede resultar el cambio para las personas.

Fyodor está intentando reprogramar su cerebro, condicionado durante años a vivir sin preocuparse por nadie que no fuera él mismo y sus órdenes. El esfuerzo que debe de suponerle ser humano debe de ser abrumador.

La puerta del baño se abre y se cierra, y oigo el clic del pestillo.

La silueta de Fyodor aparece a través del cristal esmerilado de la puerta de la ducha, y lo veo quitarse su propia ropa mojada y dejarla en el suelo junto a la mía. No pregunta si puede entrar conmigo; simplemente abre la puerta de la ducha y entra antes de cerrarla tras de sí. Me pilla por sorpresa y me quedo de espaldas a él.

—¿Qué haces? —siseo, y siento que se me pone la piel de gallina en los brazos.

—¿Qué crees que hago? —Su voz también es baja. Ninguno de los dos quiere despertar a Sasha y las paredes son de papel—. Me estoy

congelando. No quiero pillar una neumonía.

Pero Fyodor no está en esta ducha conmigo solo para entrar en calor. Lo sé en cuanto sus manos gélidas se posan en mis caderas y me apartan del agua. Para entonces ya me he empezado a aclimatar a la temperatura, así que el choque de su piel helada contra la mía me hace estremecer. Pero lo más impactante es la dureza que se abre paso entre mis muslos desde atrás mientras presiona su pecho contra mis omóplatos.

—Cuando dije que eras mía, lo decía en serio, Noemi... —Su susurro caliente roza mi hombro y me inclino hacia él. Esta vez, cuando lo dice, no me ofende. No me siento controlada. Me siento deseada.

—Chitón —me susurra directamente al oído.

Asiento con la cabeza para que sepa que lo entiendo y me apoyo contra él; sus manos suben para acunar mis dos pechos a la vez, apretándolos y amasándolos. Casi suelto un gemido de lo bien que se siente, pero recuerdo a Sasha durmiendo en la habitación de al lado y me muerdo el labio. Fyodor me recompensa con un beso en la mejilla, caliente y con la boca abierta, recorriendo mi piel con los dientes hasta que los hinca en mi hombro.

—Buena chica —me elogia en voz baja. Sus caderas se frotan contra mi trasero lentamente mientras una mano se desliza por mi vientre siguiendo el rastro del agua que gotea más abajo por mi monte de Venus. Entonces, sus de dedos encuentran mi clítoris y ejercen presión, haciéndome sisear. —Ah, ah, chitón —me recuerda, y yo gimoteo. Esto podría ser la tortura más exquisita del mundo.

Los dedos de Fyodor permanecen presionando mi clítoris, manteniendo una presión constante que hace que mis caderas se muevan hacia delante por instinto. Su otra mano sigue amasando mi pecho, rozando el pezón con el pulgar en círculos perezosos mientras su pecho sigue moldeado a mi espalda.

Se frota contra mí de nuevo, deslizando su polla entre mis muslos hasta que su grueso tallo arrastra por mis labios. Su glande choca contra mi entrada cada vez, empujando pero sin entrar nunca, y luego se desliza hacia arriba sobre mi clítoris, donde sus dedos lo mantienen inmovilizado. La doble sensación hace que me tiemblen los muslos.

Me muerdo el labio con más fuerza para no hacer ruido. Su aliento es cálido contra mi oído mientras habla. —Tan mojada para mí ya — murmura. Y sus dedos finalmente se mueven; dos de ellos abriéndome mientras el corazón rodea mi clítoris unas cuantas veces para luego detenerse de nuevo, provocándome.

Sus caderas se balancean hacia delante con más fuerza esta vez, su miembro se desliza a través de la humedad que él ha provocado, empapándose por completo. Las rodillas me flaquean un poco y él aprieta el brazo alrededor de mi cintura para sostenerme, de nuevo con la palma de la mano plana sobre la parte inferior de mi vientre, apretándome contra él. El desastre lubricado que ha generado mi cuerpo hace que cada deslizamiento sea más suave, y mis caderas vuelven a moverse hacia él sin permiso.

Exhala contra mi oído: —Lo deseas muchísimo, ¿a que sí? —Las palabras son suaves, casi una pregunta. Su dedo se detiene y luego presiona más fuerte, manteniendo mi clítoris atrapado mientras se balancea hacia delante una vez más. Su miembro se desliza por la humedad, cubriéndose por completo antes de retirarse.

Cambia ligeramente de postura, ensanchando mis muslos con su rodilla. El nuevo ángulo permite que su polla se deslice más profundamente entre mis labios sin entrar, con el grueso tallo separándome por completo ahora. Cada balanceo hacia delante arrastra el glande por mi entrada, provocando el anillo apretado antes de deslizarse hacia arriba para presionar contra mi clítoris, donde su dedo sigue trabajando.

Me contraigo alrededor de la nada, balanceando las caderas hacia atrás para encontrarme con él. Esta vez me deja moverme,

siguiendo mis pequeños y desesperados movimientos. Su mano libre sube para acunar de nuevo mi pecho, apretando el pezón lo justo para enviar chispas por mi columna vertebral.

—Tan cerca —susurra, mientras sus círculos se aceleran en mi clítoris, ahora más firmes, mientras sus caderas empujan con más fuerza; el deslizamiento fluido se convierte en algo casi castigador. El glande me roza la entrada cada pocos movimientos, hundiéndose apenas un poco más cada vez, estirándome sin llegar a penetrar.

Mis muslos tiemblan violentamente. La tensión se acumula tanto que duele. Gimoteo contra mi brazo, ahogando el sonido. Él mantiene el ritmo exacto, negándome la estocada final, dejando que el clímax flote agónicamente cerca.

—Por favor —susurro, quizá demasiado alto, pero Fyodor no me reprende. En su lugar, sus manos se deslizan hacia mis caderas, me inclina hacia delante bajo el chorro de agua y penetra en mí con una fuerte embestida.

Jadeo cuando llega al fondo, golpeando mi pared vaginal, y me aprieto fuerte a él mientras empieza a embestir. Sin la presión en mi clítoris no es lo mismo. Meto la mano entre mis piernas y me toco, devolviendo esas sensaciones tentadoras a la superficie.

La presión vuelve a aumentar, más lenta esta vez pero más intensa. Cada embestida golpea ese punto dentro de mí, haciendo que mis muslos tiemblen. Presiono con más fuerza mi clítoris, frotándolo con círculos rápidos y apretados. El calor se extiende desde mi centro hacia fuera, tensándolo todo. Mi respiración se vuelve irregular, con breves jadeos que intento tragarme, y Fyodor me penetra profundamente y se detiene ahí, rotando las caderas en un círculo lento. El movimiento frota la punta de su polla contra mi cuello uterino, añadiendo otra sensación, y mis paredes empiezan a palpitar a su alrededor, con ligeras pulsaciones al principio y luego más fuertes. El nudo dentro de mí se aprieta de forma tan dolorosa que creo que no podré evitar gritar, y entonces estalla.

El orgasmo llega en oleadas. Primero una sacudida eléctrica y aguda que bloquea todo mi cuerpo, luego contracciones ondulantes que recorren mi centro. Mis paredes se cierran con fuerza sobre su miembro, pulsando en largas y lentas presiones que lo ordeñan con cada latido. El placer me inunda, extendiéndose desde mi clítoris por el vientre y bajando por las piernas, y me apoyo con más fuerza en los azulejos para mantenerme en pie.

Sigo frotándome a pesar de todo, alargando las réplicas. Cada pulso hace que me contraiga de nuevo, y Fyodor gime en voz baja en su garganta, sus embestidas se vuelven superficiales mientras mi cuerpo lo atrapa. Siento que su calor me inunda y las olas disminuyen, dejándome temblorosa y todavía palpitando a su alrededor. Mis dedos se ralentizan sobre mi clítoris y luego se detienen. Apoyo la frente contra el azulejo frío, recuperando el aliento mientras él permanece enterrado dentro de mí, moviéndose suavemente ahora, dejando que los últimos temblores se desvanezcan.

Cuando me yergue, se desliza fuera de mí y nuestros cuerpos se pegan. Me llena el hombro de besos mientras coge el pequeño frasco de champú del estante de la ducha. Luego me lava el pelo y me hace girar bajo el chorro de agua para aclararlo, y nos intercambiamos de lugar mientras él se limpia.

Minutos después, nos estamos secando sin decir ni una palabra sobre lo que acaba de pasar. Se siente cómodo, y cuando él se inclina para besarme al ir a por los albornoces que cuelgan detrás de la puerta, sonrío contra sus labios.

—Eres increíble —le digo suavemente, y él me muerde el labio.

—Chitón —me reprende con ternura—. Lo despertarás. —Pero él también me sonríe y no puedo evitar sentirme eufórica.

Me ato el cinturón del albornoz del motel a la cintura y observo a Fyodor hacer lo mismo con el suyo. Luego recoge nuestra ropa mojada del suelo del baño y la saca a la habitación principal,

colgándola en los respaldos de las sillas y en el borde de la cómoda para que se seque durante la noche.

Sasha sigue dormido en la cama, acurrucado bajo la manta con expresión pacífica y una respiración rítmica. Es una imagen reconfortante verlo acurrucado en esa cama, pero mi cuerpo me pide descanso.

Fyodor se dirige al sofá que hay contra la pared y se sienta, pasándose las manos por el pelo húmedo. Parece agotado como yo, quizá más.

Cruzo la habitación y me subo a su regazo sin pedir permiso, encogiendo las piernas y apoyando la cabeza en su pecho. Se queda rígido un segundo, como si no supiera qué hacer con esto, pero luego sus brazos me rodean y suelta un largo suspiro que siento contra la parte superior de mi cabeza.

—Ha sido muy dulce por tu parte —digo en voz baja—. Venir a buscarme así.

No responde, pero no necesito que lo haga. Sé que ese tipo de cosas le resultan difíciles, y estoy dispuesta a tener paciencia mientras lo aprende todo por primera vez.

—Gracias —añado, porque quiero que sepa que me he fijado, que me ha importado que se pasara horas conduciendo en plena noche intentando encontrarme en lugar de dejarme marchar.

Pero sigue sin decir nada. Siento que su pecho sube y baja bajo mi mejilla. Su corazón late un poco más rápido y me retiro lo justo para mirarle a la cara. —Aquí es donde se supone que tienes que decir "de nada". —Sonriendo, le acaricio la mejilla y lo estudio.

Tensa la mandíbula y veo cómo sus ojos se desvían de mí y luego regresan. —De nada —dice finalmente, y suena torpe, como si no estuviera acostumbrado a decir cosas así.

Mis dedos trazan la línea de su mandíbula, donde la barba incipiente se siente áspera contra mi piel. Cierra los ojos ante el contacto y veo cómo parte de la tensión desaparece de sus hombros.

—Siento no ser bueno en todo esto —admite. Veo la tormenta tras sus ojos y niego con la cabeza.

—No pasa nada —le digo—. Yo te enseñaré todo lo que necesites saber.

No dice nada, pero sus brazos me aprietan y me atrae más contra su pecho. Me acomodo de nuevo contra él y cierro los ojos, escuchando los latidos de su corazón y sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío.

No sé qué nos deparará el mañana ni cómo va a acabar saliendo todo esto. Nunca me imaginé con un hombre que se gana la vida matando gente. La idea de tolerar eso debería darme asco, pero es fácil olvidar quién es realmente Fyodor Gravitch cuando estoy simplemente tumbada sobre su pecho.

En este momento no es un asesino ni una persona aterradora. Solo es el hombre que me rastreó bajo la lluvia y se disculpó por haberse portado como un idiota conmigo. Y me ha hecho sentir segura y deseada.

Y ahora mismo estoy demasiado cansada para darle más vueltas, aparte de que me siento reconfortada, segura y caliente. Y ya pensaré en lo demás mañana.

23

FYODOR

En algún momento de la madrugada, me despierto sobresaltado. Mi cuerpo detecta el peligro antes de que mi cerebro procese lo que está pasando. Noemi se ha bajado de mi regazo en algún momento y está acurrucada en el sofá a mi lado, con la cabeza apoyada en el reposabrazos y una respiración lenta y acompasada. La habitación del motel está a oscuras, a excepción del tenue resplandor que entra por el hueco de las cortinas, y Sasha sigue dormido en la cama donde lo dejamos.

Durante un segundo, no sé qué me ha despertado ni por qué me late el corazón con fuerza y tengo los músculos tensos para una pelea. Pero entonces oigo un suave rascado en la puerta, el sonido inconfundible de alguien que intenta forzar la cerradura sin hacer demasiado ruido.

Me pongo en pie antes de pensarlo, cruzando silenciosamente la habitación hacia donde mi ropa está colgada en el respaldo de una silla. Todavía está húmeda, pero casi seca ya, y me la pongo lo más rápido que puedo mientras mantengo los ojos clavados en la puerta. El rascado se detiene un momento y vuelve a empezar, y ahora oigo voces al otro lado en susurros bruscos.

Me acerco a la puerta y pego el ojo a la mirilla, y se me cae el alma a los pies con lo que veo.

Hay dos hombres en el pasillo, con chaquetas oscuras, agachados junto al pomo de mi puerta. Reconozco a uno de ellos por los informes de inteligencia que estudié antes de venir a Moscú. Son hombres de Koslov, probablemente enviados por él para acabar conmigo antes de que pueda llegar hasta él.

Nos han encontrado de algún modo, nos han rastreado hasta este motel de mala muerte, y no se irán hasta que se hayan ocupado de mí de una vez por todas. Porque si yo llego primero a Marat, su jefe va a la cárcel, su operación se desmorona y todos ellos acaban muertos o huyendo el resto de sus miserables vidas. Si entran aquí, no me dejarán vivir lo suficiente para terminar lo que empecé.

Vuelvo al sofá y me arrodillo junto a Noemi, poniéndole la mano en la boca antes de sacudirla para que despierte. Abre los ojos de golpe y puedo ver el pánico en ellos durante un segundo antes de que me reconozca y se obligue a calmarse.

—No hagas ni un ruido —le susurro al oído, manteniendo la voz lo más baja posible—. Hay hombres en la puerta intentando entrar. Tenemos que huir ahora mismo.

Ella asiente y retiro la mano de su boca, observando cómo se incorpora y alcanza su ropa sin hacer ruido. Todavía está sobre la cómoda donde la dejé para que se secara, y se la pone rápidamente mientras yo cojo una silla y la encajo bajo el pomo de la puerta para ganarnos todo el tiempo que pueda. No los detendrá mucho tiempo una vez que decidan dejar de ser sutiles, pero cada segundo cuenta cuando intentas sacar a una mujer y a un niño de un edificio sin que maten a todo el mundo.

—¿Y Sasha? —Su voz es apenas un susurro, pero noto la preocupación en ella, esa inquietud por mi hijo que va más allá de mantenerlo a salvo físicamente y se extiende a todas las formas en que este tipo de vida puede dañar a un niño desde dentro.

—Lo despertamos y salimos por la ventana.

—Se va a aterrorizar si simplemente lo sacamos de la cama y lo tiramos por una ventana sin previo aviso, Fyodor. No podemos hacerle eso, no después de todo lo que ya ha pasado. Tiene que haber una forma mejor.

No hay tiempo para explicaciones, ni para delicadezas, ni para ninguna de las cosas que ella cree que son importantes ahora mismo. El ruido en la puerta es cada vez más fuerte y oigo que los hombres se impacientan con la cerradura. Están debatiendo si simplemente echar abajo la maldita puerta de una patada y acabar de una vez. Van a irrumpir en cualquier segundo, y entonces estaremos todos muertos y nada de esto importará de todos modos.

—No hay una forma buena de hacer esto —digo, manteniendo la voz baja aunque me dan ganas de gritar de frustración—. ¿Lo quieres feliz o vivo? —Suena brusco, pero es nuestra realidad actual, la cual llevo sobre mis hombros mientras me calzo los zapatos a toda prisa.

—Está bien, entonces haremos que sea una experiencia de aprendizaje.

La miro fijamente, completamente desconcertado por lo que sugiere. Los hombres de fuera están a punto de derribar la puerta y matarnos a los tres, ¿y ella quiere convertir esto en algún tipo de momento educativo para mi hijo de diez años?

Pero ella ya se está moviendo, cruzando hacia la cama donde Sasha sigue durmiendo plácidamente bajo la manta. Se sienta en el borde del colchón y le pone la mano en el hombro, sacudiéndolo suavemente hasta que abre los ojos con dificultad.

—Sasha, cariño, necesito que te despiertes por mí.

Parpadea hacia ella, confundido y aturdido, y yo observo desde el otro lado de la habitación mientras mantengo un ojo en la puerta. La silla está traqueteando ahora; los hombres al otro lado están aplicando más fuerza en sus intentos de entrar. Reviso la única arma

que tengo y veo que solo quedan cuatro balas en la recámara. Me la guardo en el cinturón mientras Noemi sigue despertando a Sasha.

—¿Qué pasa? —La voz de Sasha es pastosa por el sueño—. ¿Ya es de mañana?

—Todavía no, pero vamos a hacer algo emocionante —la voz de Noemi es perfectamente calmada. No tengo ni idea de cómo lo hace —. ¿Te acuerdas de los simulacros de incendio en el colegio? ¿De cómo a veces suena la alarma y todos tienen que practicar cómo salir del edificio rápidamente?

Sasha asiente, frotándose los ojos con el dorso de la mano.

—Bueno, incluso cuando estás de vacaciones, a veces también hay que practicar para las emergencias. Los hoteles y moteles pueden incendiarse igual que los colegios, así que es importante saber cómo salir de forma segura si ocurre algo. —Retira la manta y lo ayuda a incorporarse y a ponerse los zapatos, aunque veo que le tiemblan ligeramente las manos—. Tu papá y yo hemos pensado que este sería un buen momento para practicar, ya que de todos modos estamos todos despiertos.

—¿Un simulacro de incendio? —Mira alrededor de la habitación, todavía confundido pero no asustado—. Pero si no hay alarma.

—Eso es porque este es un tipo de simulacro especial. A veces, los incendios ocurren tan rápido que no hay tiempo para esperar a que suene la alarma. Tienes que saber cómo salir por la ventana por si la puerta está bloqueada.

Estoy viendo a esta mujer hacer su magia con mi hijo y apenas puedo creer lo que veo. Ha cogido una situación que debería traumatizarlo durante años y la está convirtiendo en algo que él puede entender y en lo que puede participar sin miedo. Yo nunca podría hacer algo así. Ni siquiera se me habría ocurrido.

—Vamos a practicar cómo salir por la ventana —continúa ella, poniéndose en pie y ofreciéndole la mano—. Yo iré primero para

asegurarme de que es seguro, luego saldrás tú detrás de mí, y él irá justo detrás de ti. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Sasha le coge la mano y deja que lo guíe hacia la ventana donde yo ya estoy manipulando el pestillo—. ¿Podemos desayunar después?

—Por supuesto. Donde tú quieras.

Abro la ventana y miro hacia el aparcamiento, buscando cualquier señal de más hombres o vehículos que no pertenezcan aquí. Estamos en la planta baja, gracias a Dios, así que es solo una pequeña caída hasta el suelo y Sasha no tendrá que bajar por nada peligroso. El coche está aparcado a unos veinte metros, lo suficientemente cerca como para llegar rápido si nos movemos deprisa y no nos detenemos por nada.

El ruido en la puerta llega a su clímax y oigo el crujir de la madera cuando los hombres finalmente se dan por vencidos con la cerradura y empiezan a entrar a patadas. La silla aguanta unos segundos más y luego sale volando cuando la puerta se abre de golpe.

—Ve —le digo a Noemi, levantando a Sasha y pasándolo por la ventana hacia sus brazos que lo esperan. Ella lo atrapa y lo pone en pie, agarrándolo de la mano y corriendo hacia el coche mientras yo me giro para enfrentarme a los hombres que entran por la puerta.

Son dos, tal como vi por la mirilla, y ambos están armados con pistolas ya desenfundadas. El primero levanta su arma, pero yo soy más rápido, cruzando la distancia entre nosotros antes de que pueda disparar y clavando mi codo en su garganta con fuerza suficiente para aplastarle la tráquea. Cae asfixiándose y le arrebato el arma, apuntando con ella al segundo hombre que viene hacia mí como un tren de mercancías.

Forcejeamos durante unos segundos, chocando contra la cómoda y tirando la lámpara al suelo, donde se hace añicos contra la alfombra. Él es fuerte, pero yo soy más fuerte y estoy más desesperado; le

paso el brazo por el cuello y aprieto hasta que deja de luchar y se queda flácido en mi agarre. El primer hombre sigue en el suelo intentando respirar a través de su laringe destrozada, y le doy una fuerte patada en la cabeza para acabar con su sufrimiento.

El segundo hombre está consciente pero a duras penas, jadeando por aire con mi brazo aún bloqueado alrededor de su garganta. Me inclino cerca de su oído y hablo despacio para que entienda cada palabra.

—Diles a tus amigos que mis hombres están viniendo a la ciudad —digo, asegurándome de que pueda oír cada palabra a pesar del zumbido en sus oídos—. Estarán aquí por la mañana, y cuando lleguen vamos a encontrar a Marat y vamos a terminar con esto de una vez por todas. No hay nada que tú ni nadie pueda hacer para detenernos, así que más vale que empieces a correr ahora que todavía puedes.

Lo suelto y se desploma en el suelo, tosiendo, con arcadas y jadeando por aire. No me molesto en matarlo porque lo necesito vivo para entregar el mensaje. La gente de Koslov tiene que saber que no voy a retroceder ni a huir, sin importar cuántos hombres envíen tras de mí ni lo cerca que estén de atraparnos.

Cojo mi chaqueta y salgo por la ventana, saltando al suelo y corriendo hacia el coche. Noemi ya está en el asiento trasero con Sasha, y puedo verla a través de la ventanilla, hablando con él y manteniéndolo calmado mientras corro hacia ellos.

Me deslizo en el asiento del conductor y arranco el motor, poniendo la marcha atrás y saliendo del espacio tan rápido que los neumáticos chirrían contra el pavimento mojado. El motel queda atrás en segundos y de pronto estamos en la autopista alejándonos de la ciudad, poniendo distancia entre nosotros y los hombres que dejé sangrando en el suelo de aquella habitación tan rápido como el coche nos lo permite.

—Lo has hecho muy bien en tu simulacro de incendio, Sasha —le está diciendo Noemi en el asiento de atrás. Sigue sonando perfectamente tranquila, como si nada hubiera pasado, y yo sigo asombrado por eso—. Estoy muy orgullosa de ti por haber mantenido la calma y haber hecho exactamente lo que te pedimos.

—En realidad ha sido divertido —dice Sasha, y noto la emoción en su voz ahora que la confusión inicial ha desaparecido por completo —. ¿Podemos hacer otro algún día?

—Tal vez. Pero esperemos que no necesitemos practicar de nuevo en un buen tiempo después de esto. —Oigo la preocupación en su tono y, francamente, espero lo mismo.

Mirando por el espejo retrovisor, veo a mi hijo sonriendo en el asiento de atrás, completamente ajeno al hecho de que unos hombres acaban de intentar matarnos y de que he dejado a uno de ellos muerto en el suelo de la habitación del motel. Noemi ha logrado algo que yo no habría creído posible: convertir una situación aterradora en una aventura que recordará con cariño en lugar de un trauma que arrastrará el resto de su vida.

—Papá, ¿podemos ir pronto al Moskvarium? —pregunta Sasha, inclinándose hacia delante entre los asientos—. Noemi me ha hablado de los tiburones y tengo muchas ganas de verlos.

Mi instinto es decirle que no, porque no estoy seguro de si estaremos en Moscú el tiempo suficiente para eso, y si lo estamos, sé que no es seguro. Pero Noemi me busca la mirada en el espejo y me dedica un pequeño asentimiento, y entiendo lo que me está diciendo.

—Ya veremos —digo, que es lo más parecido a un sí que puedo ofrecer ahora mismo—. Quizá cuando las cosas se calmen un poco.

—Eso significa que a lo mejor —dice Sasha, volviendo a acomodarse en su asiento con una sonrisa de satisfacción—. A veces, a lo mejor significa que sí.

—A veces sí —coincide Noemi, y noto la calidez en su voz mientras lo atrae contra su costado—. Ahora intenta dormir un poco, ¿vale? Tenemos un largo viaje por delante.

Observo en el espejo cómo lo rodea con el brazo y él se acurruca contra ella y bosteza. Ella le acaricia el pelo y tararea algo suave y bajo, y en pocos minutos, su respiración se ha estabilizado y se ha vuelto a dormir.

El sol está empezando a salir en el horizonte y no tengo ni idea de a dónde vamos ahora. Una parte de mí desearía haber dejado a Noemi y a mi hijo en San Petersburgo, donde estaban a salvo, pero sé que, si lo hubiera hecho, las cosas que han pasado entre nosotros nunca habrían sucedido. Estar en la carretera y verme obligado a interactuar estrechamente con ellos me ha sacado de mi zona de confort y me ha hecho reflexionar de verdad sobre lo que quiero en la vida.

He hecho cientos de viajecitos como este para Yuri, aunque nunca uno tan peligroso. Ni una sola vez he tenido un compañero de viaje. Pero aunque pensaba que esto sería una pesadilla, no ha resultado así. Sí, he tenido desafíos, y proteger a mi familia de los matones de Koslov, que se han puesto a la defensiva, no ha sido fácil, pero no creo que cambiaría nada.

Levanto los ojos hacia el espejo retrovisor, esperando cruzar la mirada con Noemi, pero tiene la cabeza apoyada hacia atrás y los ojos cerrados mientras intenta descansar más. Después de una situación así, dice mucho de ella que pueda cerrar los ojos y descansar con tanta facilidad. Es como si se sintiera segura conmigo, y eso hace que se me ensanche el corazón.

Me doy cuenta de que llevo ya varios días pensando en ella como mi familia, y no en el sentido del vínculo que tengo con mis hermanos de sangre que harían cualquier cosa por mí. Noemi y Sasha son diferentes. Acabo de conocerlos a ambos, pero son más familia para mí que cualquier hombre de la familia Gravitch.

Esa es una lealtad que nunca he roto, y sé que este vínculo recién descubierto con Noemi y mi hijo es más fuerte que eso. Los quiero con cada fibra de mi ser y nunca más quiero estar sin ellos, ni por un solo segundo.

Ya he demostrado que mataría para protegerlos, y seguiré sintiéndome así mientras ellos sigan con vida.

24

NOEMI

Me despierto con la mejilla apretada contra la fría ventanilla del coche y el cuello torcido en un ángulo imposible. Voy a tener dolores cervicales durante días. Llevamos aparcados en este aparcamiento al menos tres horas mientras el sol nos calienta poco a poco.

Sasha está acurrucado en el asiento trasero con la cabeza sobre un jersey enrollado, durmiendo como si todo esto fuera una gran aventura en lugar de una pesadilla de la que no podemos despertar. Le envidio esa capacidad, la forma en que los niños pueden encontrar emoción en el caos. Es increíble cómo pueden ver una noche durmiendo en un coche como algo divertido. Para él, estar con su padre en la carretera es una distracción del dolor de perder a su madre, lo que parece ayudarlo a seguir adelante.

Ojalá tuviera yo algún tipo de motivación interna así.

Fyodor no ha dormido nada, y no creo que lo haya intentado siquiera. Está en el asiento del conductor con el teléfono en la mano, moviendo los pulgares por la pantalla mientras envía mensaje tras mensaje. Lleva horas así, coordinándose con Lazar y Vasili, diciéndoles exactamente dónde encontrarnos para que finalmente

puedan terminar lo que vinimos a hacer aquí. Cada pocos minutos, hace una pausa para escanear el aparcamiento, buscando amenazas, y luego vuelve a escribir.

Lo observo un momento sin decir nada, fijándome en la tensión de sus hombros y en la forma en que su mandíbula se tensa cada vez que llega un nuevo mensaje. Se supone que él es quien debe cazar aquí, el depredador que rastrea a su presa por toda la ciudad. Pero en algún momento del camino los papeles se invirtieron, y ahora somos nosotros los que huimos.

Me siento vulnerable y expuesta aquí fuera, especialmente con Sasha. Ese niño ya ha sufrido bastante, y estamos viviendo una situación que amenaza con soltar una bomba atómica sobre todo lo que le queda.

—Estás despierta —dice Fyodor sin levantar la vista de su teléfono.

—Por desgracia.

—¿Tienes hambre? Hay una cafetería justo ahí.

Miro a través del parabrisas el edificio frente al que estamos aparcados, un lugar destartalado con un letrero parpadeante y unos cuantos camiones en el lote. Probablemente no lo hayan renovado desde la era soviética, pero ahora mismo parece el paraíso porque significa comida caliente y la oportunidad de sentarse en un lugar que no sea este coche. El estómago me ruge ante la idea de café recién hecho y pan caliente.

—La verdad es que tengo bastante hambre.

Sasha se remueve en el asiento trasero, frotándose los ojos y mirando a su alrededor. —¿Dónde estamos? —Bosteza y se estira, y oigo que su barriga también ruge. Cuando salí de aquel motel ayer, nunca me detuve a pensar si Fyodor lo alimentaría. No sé si cenó antes de que Fyodor lo sacara a rastras para buscarme, y luego una cosa llevó a la otra y aquí estamos.

—Estamos en una cafetería de carretera —le digo, girándome para sonreírle aunque sonreír sea lo último que me apetece hacer—. Vamos a desayunar. ¿No suena bien? —Proteger a un niño del daño emocional es una de las cosas más difíciles que puede hacer un adulto, cargar con ese peso. Pero cuando sonríe y asiente, toda su cara se ilumina y eso me da energías.

Por eso me metí en la enseñanza, para ayudar a los niños. Hace que cada ápice de mi esfuerzo y sacrificio valga la pena.

Salimos del coche al aire más cálido que ha quedado tras el frente que pasó anoche. Mi ropa huele un poco a humedad por la lluvia y todavía está algo mojada en las partes donde el tejido es más grueso. Camino con cierta rigidez mientras guío a Sasha hacia la entrada, y Fyodor me orienta con una mano en la parte baja de la espalda.

El lugar está casi vacío a esta hora, solo un par de camioneros en la barra tomando sus cafés y un anciano leyendo un periódico en el reservado de la esquina. Una camarera que parece llevar trabajando todo el turno de noche nos indica con la mano una mesa al fondo y nos entrega unos menús pegajosos por el sirope viejo y que tienen la mitad de los platos tachados con rotulador.

Sasha pide tortitas porque lleva días hablando de ellas, desde que interrumpieron nuestro desayuno. Fyodor y yo pedimos café porque ninguno de los dos ha dormido lo suficiente como para funcionar sin cafeína. La camarera trae nuestras bebidas y desaparece en la cocina, y nos quedamos sentados en silencio mientras Sasha juega con los sobres de azúcar.

Estoy observando cómo construye una pequeña torre con los sobres rosas y azules cuando la puerta se abre y entran dos hombres. Fyodor se relaja al verlos, aunque yo no me siento cómoda con ellos tan rápido. Ha pasado más de una semana desde que interactuamos con ellos en persona, pero sigue sin gustarme el escalofrío que me recorre cuando Lazar y Vasili están cerca. Intento no juzgarlos porque, por lo que sé, son como Fyodor, que intenta ser una

persona diferente, pero mi cuerpo y mi sistema nervioso no se dejan engañar.

Se deslizan en el reservado junto a Fyodor y me saludan con la cabeza como si todos fuéramos viejos amigos que se reúnen para una comida informal.

—Ya habéis tardado —gruñe Fyodor y levanta su taza de café en el aire, señalando con la barbilla a la camarera, que le devuelve el gesto.

—Tráfico —responde Lazar encogiéndose de hombros—. ¿Estás bien después de lo de anoche? —La pregunta de Lazar revela que todos esos mensajes frenéticos que Fyodor enviaba esta mañana eran para contarles a sus hombres lo sucedido.

—Nada que no pudiera manejar. Pero nuestro amigo tiene más ojos puestos en él de lo que pensábamos. Vamos a tener que ajustar nuestro enfoque si queremos terminar este trabajo. —Sus ojos se desvían hacia mí y yo le pongo mala cara.

Están hablando en clave, esquivando los detalles porque Sasha está sentado justo ahí absorbiendo cada palabra como una esponja. Pero incluso en clave, la conversación se dirige hacia donde no quiero. Puede que ellos estén acostumbrados a este lenguaje cifrado, pero Sasha no es tonto. Se dará cuenta tarde o temprano, y prefiero que sea mucho, mucho más tarde.

—Quizá deberíamos hablar de esto más tarde —intervengo, manteniendo un tono casual aunque los fulmine a los tres con la mirada—. Cuando estemos en un lugar más privado y podamos hablar con libertad.

Lazar me mira con dureza, pero le sostengo la mirada sin pestañear hasta que cede con un gruñido: —Claro. Más tarde está bien.

Vasili ha estado observando el intercambio sin decir nada. Ahora mira a Sasha, que ha pasado de los sobres de azúcar a intentar

equilibrar su cuchara en el borde del vaso de agua con intensa concentración.

—Señora, el chaval tiene que aprender algún día... —Vasili no se equivoca, pero este no es el momento.

—El niño ya ha perdido demasiado —digo, y le tapo los oídos a Sasha con las palmas de las manos para ahogar el sonido—. Su madre ha muerto, su vida entera se ha puesto patas arriba, y no necesita oír nada de esto además de todo lo demás. Lo que sea que tengáis que discutir, lo discutís cuando él no esté en la habitación. ¿Estamos claros? —Sasha levanta la vista hacia mí y frunce el ceño antes de apartarme las manos de un manotazo, y yo lo sujeto un segundo más y le doy un beso en la frente. Cuando se aparta, se está riendo por lo bajo.

Hay un momento en el que no estoy segura de si me he pasado de la raya, pero no me importa si no les gusta. Cuando Lazar levanta una ceja y mira a Fyodor, y cuando nuestros ojos se encuentran, sé que él lo comprende.

—Ah, gracias —dice él, y levanto la vista para ver a la camarera con dos tazas más de café y platos de comida.

Sasha devora sus tortitas mientras los hombres continúan hablando en un lenguaje muy cifrado sobre su paquete y cómo lo encontrarán. Sigo tensa, pero han captado mi punto y espero que no metan la pata.

Estoy con mi segunda taza de café cuando los ojos de Fyodor se clavan en algo fuera de la ventana. Sigo su mirada y veo un coche entrando en el lote muy despacio. El largo sedán negro se detiene cerca de su todoterreno y luego bajan dos hombres.

—Puede que tengamos compañía —dice Fyodor.

Lazar y Vasili intercambian una mirada y siento que el corazón empieza a latirme con tanta fuerza que apenas puedo pensar con

claridad. Esto está pasando otra vez. Está pasando de verdad otra vez, y Sasha está sentado aquí mismo en medio de todo.

—Quizá deberías sacar al niño de aquí ahora —dice Vasili mientras se levanta, y yo ya estoy de pie moviéndome antes de que tenga que repetirlo.

—Sasha —murmuro y se me quiebra la voz—. Necesito que vengas al baño conmigo.

—Pero si no tengo ganas.

—Lo sé, pero necesito que lo intentes de todos modos. Tenemos un largo viaje por delante y no quiero tener que parar en la autopista más tarde. Vamos, solo será un minuto.

Me mira como si supiera que algo va mal. Puede sentir el miedo que tanto me esfuerzo por ocultar, pero no lo dice en voz alta. En lugar de eso, simplemente sale del reservado y me da la mano; lo guío hacia el fondo de la cafetería, donde están los baños, caminando a un ritmo normal a pesar de que quiero salir corriendo.

—No he terminado mis tortitas —se queja, y en lo único que puedo pensar es en ponerlo a salvo. Esto no puede estar pasando. Mi corazón no puede aguantar mucho más de esto.

El baño de hombres es individual con cerradura en la puerta, y empujo a Sasha dentro antes de que pueda protestar.

—Lávate bien las manos, ¿vale? Mucho jabón, frota bajo las uñas, todo. Tómate tu tiempo y hazlo bien.

—Pero si ni siquiera he hecho pis, ¿por qué tengo que...?—

Cierro la puerta antes de que termine la frase y busco por el pasillo algo, lo que sea, que pueda usar para mantenerlo ahí dentro. Hay una fregona apoyada contra la pared cerca del armario de limpieza; la agarro y encajo el mango bajo la puerta del baño, apretándola fuerte para que no se pueda abrir desde dentro.

—¿Noemi? —La voz de Sasha llega a través de la puerta, confundida y empezando a asustarse—. No puedo salir. La puerta está atascada.

—Lo sé, cielo. Quédate ahí un minuto. Todo está bien.

Nada está bien. Oigo voces que suben de tono en la parte delantera de la cafetería, gritos de rabia y el estrépito de muebles contra el suelo; me pego a la pared e intento recordar cómo respirar.

—¡Noemi, la puerta no se abre! —Sasha está golpeándola ahora, con la voz cada vez más aguda—. ¡Sácame de aquí!

—Espera un momento, cariño. Por favor, espera.

El primer disparo me hace dar tal brinco que me muerdo la lengua. Luego hay más, una rápida sucesión de estallidos que resuenan por el pasillo, y Sasha está gritando ahora, golpeando la puerta con ambos puños. No puedo hacerle esto. Él está ahí dentro y yo aquí fuera, y ninguno de los dos está a salvo.

Quito el mango de la fregona de un tirón, abro de golpe la puerta del baño, me meto dentro con él y cierro con llave tras nosotros. Me dejo caer al suelo y lo estrecho en mis brazos, apretando su cara contra mi pecho y envolviéndolo con mi cuerpo como si pudiera protegerlo de todo esto con mi propia carne.

Tiembla tan fuerte que parece que se va a deshacer, y yo también tiemblo; los dos estamos acurrucados en el sucio suelo del baño mientras los disparos estallan a apenas unos metros de distancia.

—¿Qué está pasando? ¡Suena muy fuerte!

—No pasa nada —le susurro al oído—. Te tengo. Solo agárrate a mí.

Los disparos siguen sonando, mezclados con gritos y estrépitos y sonidos en los que no quiero pensar demasiado. Mezo a Sasha de un lado a otro e intento que mantenga la calma.

No hay simulacro de incendios que cubra esto. Ni hay historia ingeniosa que pueda contarle para que todo esto parezca normal. Él

sabe lo que son los disparos y sabe lo que está pasando. Y no hay nada que pueda hacer para protegerlo de la realidad de los hechos, salvo abrazarlo y esperar que a ninguno de los dos nos alcance una bala.

Cuando por fin llega el silencio, estoy temblando y sollozando tan fuerte que no hay forma de ocultarlo. Sasha sigue temblando, con la cara hundida en mi camisa. Y oigo pasos pesados fuera de la puerta del baño.

Miro alrededor del baño buscando algo que pudiera usar como arma si fuera necesario, pero no hay nada excepto un váter, un lavabo y un dispensador de toallas de papel atornillado a la pared. Si quienquiera que esté ahí fuera quiere hacernos daño, no podré detenerlo.

El golpe en la puerta nos hace dar un respingo a los dos.

—Noemi. Soy yo. —Las palabras de Fyodor retumban a través de la puerta y el alivio me inunda. Me pongo de pie a duras penas con Sasha todavía aferrado a mí y alcanzo el cerrojo con manos que no dejan de temblar.

Entra en la habitación, coge a Sasha en brazos levantándolo del suelo y luego me agarra de la muñeca y empieza a moverse. Apenas puedo caminar, mucho menos correr, pero él se mueve tan rápido que no tengo más remedio que intentarlo.

—Tenemos que irnos —dice—. Lazar tiene el coche en marcha atrás.

Dejo que me coja del brazo y nos guíe fuera del baño. Al pasar por el comedor destrozado, vislumbro mesas volcadas, cristales rotos y al menos un cuerpo en el suelo antes de cruzar la puerta y salir al aparcamiento.

El coche está al ralentí a unos metros, con Lazar al volante y Vasili en el asiento del copiloto con sangre bajándole por la frente debido a un corte en algún punto del nacimiento del pelo. Fyodor abre la puerta trasera y nos amontonamos dentro; entonces empezamos a

movernos, con los neumáticos chirriando mientras salimos a toda prisa del lote hacia la autopista.

Sasha sigue llorando, pero ahora las lágrimas son silenciosas al estar en brazos de Fyodor. Le acaricio el pelo y me apoyo en el hombro de Fyodor para poder susurrarle al oído a Sasha que todo va a ir bien.

—¿Estás bien? —pregunta Fyodor, y me doy cuenta de que me está mirando.

—No estamos heridos... —le aseguro, pero eso también es mentira. Hay dolores que no son físicos, y situaciones como esta tienden a dejar cicatrices en el alma peores que las de una bala en la carne.

El llanto de Sasha se convierte en hipo y luego en silencio; finalmente, su cuerpo se relaja contra el de Fyodor y su respiración se acompasa. Se ha dormido, agotado por el miedo y la adrenalina, y yo me aferro a él y a su padre porque todavía no soy capaz de dejar de temblar.

¿Cuándo terminará esta pesadilla?

25

FYODOR

El motel es mejor que el anterior, lo cual no es decir mucho, pero al menos las sábanas parecen limpias y hay una pequeña cocina donde Lazar ha preparado café que no sabe a tierra con agua. Después de tres horas, Sasha finalmente ha dejado de temblar y el color ha vuelto a su rostro. Noemi lo ha acomodado en una de las camas con una manta echada sobre los hombros.

Ella está sentada con Sasha en la cama al otro lado de la habitación, contándole un cuento para calmarlo, y ojalá pudiera sentarme con ellos y aprender de ella. Pero tenemos trabajo que hacer, y no puedo permitirme distraerme por lo mucho que deseo estar allí.

—El piso franco está aquí —dice Lazar, señalando un punto en el mapa que ha extendido sobre la mesa—. Dos guardias rotando fuera, otros dos dentro, según nuestro contacto. Por supuesto, es seguridad del Estado, no gente de Koslov, así que van a estar mejor entrenados que los idiotas que os han estado persiguiendo por la ciudad.

—Pero no se esperarán un ataque —añade Vasili, inclinándose para estudiar el plano—. No tienen ni idea de que alguien viene a por él aquí. Los hombres de Koslov os han mantenido ocupados tanto

tiempo que los policías que están con Marat creen que han esquivado la bala.

Estudio el mapa, recorriendo con el dedo las calles que rodean el piso franco. Está en una zona residencial, lo que significa que habrá vecinos que podrían oír disparos; civiles que podrían quedar atrapados en el fuego cruzado si las cosas salen mal. Tendremos que ser quirúrgicos con esto, entrar y salir antes de que nadie sepa qué está pasando.

—Iremos después de medianoche, cuando los guardias estén cansados y las calles vacías. Golpearemos con fuerza y rapidez, eliminaremos a Marat y desapareceremos antes de que puedan pedir refuerzos.

Lazar asiente. —Puedo conseguirnos lo que necesitamos: armas, vehículo, todo el equipo. Solo dime cuándo.

—Aún no estoy seguro de las armas... Pero quiero que esto termine mañana —les digo, y lo digo en serio. No podemos seguir alargando esto y quiero volver a casa.

Mi teléfono vibra y lo saco para ver el nombre de Yuri en la pantalla. Ha pasado tiempo suficiente sin noticias, así que no me sorprende que esté llamándome. Probablemente se pregunte en qué punto estamos de esta misión que me encomendó hace meses. Levantándome al responder, me alejo de la mesa y contesto hablando en voz baja para que Sasha no oiga nada que no deba.

—Dime que tienes buenas noticias —dice Yuri sin saludarme. Su voz está cargada de tensión. Noto de inmediato que eso significa que las cosas están empeorando en su bando y se está quedando sin paciencia—. Me estoy cansando de esperar, Fyodor.

—Hemos tenido algunos obstáculos, pero estará hecho para mañana cuando te despiertes. —Espero que crea que sueno con la seguridad que pretendo aparentar. Si Marat se me escapa de las manos de nuevo esta noche, lo pagaré muy caro.

—Tenía que estar hecho ayer, pero aceptaré mañana. —Hay una pausa en la línea y, cuando vuelve a hablar, su voz es aún más dura —. El abogado de Inessa acaba de llamarme. El investigador va a emitir una orden de arresto en cualquier momento, puede que incluso antes de que acabe la semana. Está embarazada, Fyodor. No puedo permitir que le pongan las esposas y se la lleven.

—Eso no va a suceder, jefe. Tienes mi palabra.

—Tu palabra es lo único que me mantiene tranquilo ahora mismo — gruñe, pero no me suena nada tranquilo. Especialmente cuando la línea se corta.

Me guardo el teléfono en el bolsillo y siento la presión de su expectativa sobre mi cuerpo ya estresado. Cuenta conmigo para que haga esto de la manera correcta ahora. No puedo fallarle.

Vuelvo a la mesa y me siento con Lazar y Vasili. Me han seguido al infierno más de una vez y nunca han pedido nada excepto su cheque. Una lealtad así no se puede comprar. Sin ellos, no creo que pudiera lograrlo y, cuando esto termine, les deberé muchísimo.

—Tenemos que terminar esto en veinticuatro horas —les digo—. Eso es lo que le he dicho a Yuri y eso es lo que va a pasar, de una forma u otra.

—Estaremos listos —dice Lazar, doblando el mapa—. Me encargaré de conseguir un transporte limpio para vosotros.

—Bien. Haz la llamada.

Miro hacia la cama donde Noemi sigue contando su historia. Parece agotada. Tiene ojeras debajo de los ojos. Ha sido fuerte por Sasha todo el día, manteniéndolo entero, pero veo cuánta tensión está soportando y sé que necesita un descanso de todo esto, que es exactamente lo que voy a darle.

—Necesito que vosotros dos os quedéis con Sasha unas horas — digo, volviéndome hacia mis hombres—. Voy a sacar a Noemi para

darle la oportunidad de respirar. ¿Creéis que podéis encargaros? ¿Turnaros para estar despiertos y vigilar?

Vasili levanta una ceja. —¿Te vas en plena planificación de una operación?

—La planificación está hecha. Sabemos lo que tenemos que hacer y cuándo vamos a hacerlo. Ahora mismo, ella me necesita más que vosotros.

Ninguno de los dos discute, que es otra de las cosas que aprecio de estos dos. Saben cuándo replicar y cuándo mantener la boca cerrada. Lazar me gruñe y mira a mi hijo, ahora totalmente tranquilo, pero probablemente muy aburrido. No nos detuvimos a recoger su consola, pero por su aspecto, se quedará dormido en cuanto le pongan comida en el estómago.

—Pedid pizza o algo, y luego acostadlo —les digo, y luego cruzo la habitación hasta donde está sentada Noemi, con Sasha ahora totalmente apoyado en su regazo. Me mira con cansancio mientras me detengo frente a ella.

—Ven conmigo —digo en voz baja—. Lazar y Vasili se van a quedar con Sasha. Tú y yo vamos a salir. —Le tiendo la mano mientras ella empieza a mover a Sasha para que baje de su regazo.

—¿A dónde vamos? —pregunta él con voz somnolienta. La adrenalina de los eventos de esta mañana ha hecho mella en él. Ha dormido tres siestas y parece que podría dormir otra ahora mismo.

—A cenar —digo—. Voy a llevar a la señorita Dragunova a comer algo rico. ¿Te importaría quedarte aquí con Lazar y Vasili? Pueden enseñarte a jugar a las cartas.

Ella vacila, con la mano aún descansando sobre la cabeza de Sasha. —No sé si debería dejarlo solo. Después de lo de hoy...

—Está a salvo aquí —la interrumpo—. Estos hombres morirían antes de permitir que le pasara algo, y creo que lo sabes. —Me inclino y le

aparto un mechón de pelo de la cara—. Has estado cuidando de todos los demás todo el día. Déjame cuidar de ti durante unas horas.

Ella suspira y vuelve a mirar a Sasha, que parece ambivalente. Sé lo apegado que está a ella porque la conoce desde hace mucho más tiempo que a mí. Pero incluso él asiente.

—De acuerdo, Lazar me cae bien. —Su humor cambia con facilidad y se acurruca contra el cabecero—. Ya sé jugar a las cartas —dice con orgullo, sorprendiéndome.

Suelto una risita mientras Noemi se escabulle para coger su abrigo. —¿Ah, sí? ¿A qué juego? —le pregunto.

—A pescar, o al Chinchón... Y soy bastante bueno. —Sasha se sienta con más confianza mientras Lazar acerca una silla y se sienta a horcajadas en ella, sacando una baraja de cartas del cajón de la mesita de noche.

—¿Ah, sí? Pues él hace trampas —interviene Vasili. Luego me guiña un ojo y me da una palmadita en el brazo—. Estaremos bien, jefe. Vete.

Al girarme, veo a Noemi de pie junto a la puerta, lista para marcharse. Incluso con lo cansada que parece, está radiante para mí. Hay algo en su belleza que parece brillar más que el sol. Quizá sea su sonrisa, pero tengo la sensación de que es porque su corazón es tan hermoso como su apariencia externa. Ella ve y conoce al verdadero yo y aun así me trata con el mismo cuidado y compasión.

Cogemos el coche y conducimos hacia la ciudad, charlando sobre lo mucho que confío en mis hombres. Ella parece insegura y ojalá pudiera tranquilizar su corazón, pero esa incertidumbre nace del miedo, y hasta que yo demuestre quién soy y mis hombres demuestren quiénes son, ella siempre lo sentirá.

Me detengo frente a una pequeña boutique que aún está abierta, con escaparates que muestran vestidos y abrigos con aspecto de ser caros incluso desde fuera. Pero este es un precio pequeño a pagar

por cuidar de la mujer que cuida de mi hijo. Tras su petición del otro día, me di cuenta de que solo he estado pensando en la misión y no en su bienestar. Esta noche voy a rectificar eso.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunta Noemi. Me mira con las cejas arqueadas y la confusión escrita en el rostro.

—Llevas usando la misma ropa tres días. Sasha también. Voy a comprarte algo nuevo.

—Fyodor, no tienes por qué...

—Sé que no tengo por qué. Quiero hacerlo.

Ella suspira y se me queda mirando unos segundos, pero luego sale del coche sin discutir. La sigo al interior de la tienda y la observo moverse entre los percheros. Elige un vestido sencillo para ella mientras yo cojo algunas cosas para Sasha también, pantalones y camisas y una chaqueta de abrigo que realmente le quede bien, y lo pago todo mientras ella se pone la ropa nueva.

No ocurre nada especial y, sin embargo, eso dibuja una sonrisa en su rostro que ilumina toda la habitación. Ojalá hubiera hecho esto hace días, antes de aquel estallido. Pero soy un alumno lento, por lo visto, y necesito que ella me recuerde cómo ser humano a veces.

El restaurante al que la llevo es pequeño y tranquilo, escondido en una calle lateral donde nadie nos molestará. Nos dan una mesa en el rincón del fondo y hacemos el pedido a la camarera, que se aleja rápidamente dejándonos a solas. Me quedo sentado en silencio, admirando lo hermosa que está Noemi con su vestido nuevo, pero es un poco incómodo.

No soy el tipo de hombre que va a citas con mujeres. Las mujeres con las que he estado en el pasado no fueron más que aventuras pasajeras en un bar o después de un trabajo. Nada que ver con el tipo de mujer que es Noemi. Es profesional y elegante, y merece algo mejor de mi parte.

—¿Así es como suele ser tu vida? —pregunta finalmente mientras recorre con el dedo el borde de su copa de vino—. ¿¿Las huidas, los disparos y el esconderse en moteles?

—No. —Doy un sorbo a mi propio vino e intento pensar en cómo explicarlo—. Normalmente es más tranquilo que esto. La mayor parte de mi trabajo consiste en asegurarme de que la gente pague lo que debe. La familia Gravitch tiene intereses en muchos negocios, legítimos y de los otros, y mi trabajo es asegurar que el dinero fluya como debe.

—¿Y cuando no fluye?

—Entonces hablo con la gente. Normalmente con eso basta. —No mencionaré lo que ocurre cuando esas conversaciones salen mal o se vuelven acaloradas. Creo que estoy aprendiendo cuánto está cambiando mi papel ahora y cómo mi enfoque principal va a ser proteger a mi familia mientras los negocios de Gravitch pasan a un segundo plano, y cuando se lo cuente a Yuri, sé que estará de acuerdo.

—¿Crees que Sasha estará...? —Presiona los labios en una línea firme y suspira antes de volver a intentarlo—. ¿Estará Sasha expuesto a la violencia? —pregunta, y yo alargo la mano sobre la mesa para tomar la suya con suavidad.

—Ni tú ni Sasha volveréis a estar expuestos a la violencia nunca más, si puedo evitarlo.

Sus hombros se elevan mientras toma aire y me mira con los ojos muy abiertos. No tengo que explicarle en detalle a qué me refiero. Parece entender el punto: que quiero que ella esté en mi vida para siempre y que espero crear un ambiente en mi hogar en el que se sienta segura.

Abre la boca para hablar y vuelve a cerrarla sin decir una palabra. Pero una suave sonrisa se forma en sus labios y su rostro se relaja

justo cuando la camarera se acerca con una bandeja cargada con nuestros platos de comida.

Los ojos de Noemi no se apartan de los míos mientras la camarera nos sirve la comida y, aunque se marcha dejándonos de nuevo en privado, la única respuesta que obtengo de ella son unos ojos brillantes y una media sonrisa.

Más que cualquier otra cosa, quiero demostrarle que puedo ser todo lo que ella espera que sea. Leer esa parte de su diario me abrió los ojos y me hizo querer ser un hombre mejor, todo porque ella es capaz de ver eso en mí.

—Comamos —la insto suavemente, pero sus ojos siguen sin apartarse de mi cara. Está exquisita cuando se queda así sin palabras. Me pregunto si podré hacer que esa sensación le dure toda la noche.

26

NOEMI

La cena ha sido increíble. La comida estaba deliciosa, pero ha sido la compañía de Fyodor lo que la ha hecho especial. Me quedé de piedra cuando se ofreció a llevarme a cenar, y más aún cuando se detuvo para comprarme este precioso vestido.

Así que, cuando volvemos al motel y Fyodor pasa de largo por la puerta de nuestra habitación, donde duerme Sasha, me confundo y reduzco el paso. Él sigue avanzando por el pasillo hacia el fondo sin vacilar mientras yo me detengo unas puertas más allá de la nuestra y miro hacia atrás.

—Fyodor, nos hemos pasado nuestra habitación.

—Lo sé —dice él con seguridad.

—¿Adónde vamos?

Pero en lugar de responderme, se detiene frente a una puerta diferente y saca una tarjeta. No le tiembla la mano al introducirla en la cerradura, y es entonces cuando me doy cuenta de que algo pasa. He visto a este hombre enfrentarse a asesinos armados sin inmutarse. Salió de aquel restaurante tras un tiroteo como si nada, pero ahora mismo parece casi nervioso.

—Cierra los ojos —dice mientras me hace un gesto para que me acerque.

—¿Qué? ¿Por qué? —Camino por el pasillo en silencio, todavía sin saber qué ocurre, pero le cojo la mano y me sitúo a su lado.

—Hazlo. Por favor.

Suspirando, cierro los ojos a regañadientes y decido confiar en que se trata de algo bueno. Mientras mis párpados se cierran, noto que sus labios se curvan en una sonrisa; luego siento su mano cálida en la base de mi espalda, guiándome hacia adelante.

—Cuidado —dice, y siento que me coge de la mano, pero mantengo los ojos cerrados. Cuando me detiene, oigo el clic de la puerta al cerrarse tras nosotros y sé que estamos en la habitación. Hace más calor y hay un aroma persistente a perfume intenso en el aire, tal vez un popurrí o una vela aromática.

—Muy bien, ya puedes abrirlos —dice en voz baja, así que abro los ojos y me quedo sin respiración por un segundo.

Hay velas por todas partes, docenas de ellas cubriendo cada superficie de la habitación. Las luces están apagadas, pero el cuarto resplandece. Hay pétalos de rosa esparcidos por las sábanas blancas en tonos rojos intensos y rosas suaves, bajando hasta la alfombra y creando un pequeño camino desde la puerta hasta la cama para nosotros.

—Oh, cielo santo —susurro, admirando cada llama individual que danza sobre su vela, y luego le miro maravillada.

Ha reservado una segunda habitación y ha planeado todo este ambiente romántico, tal vez mientras yo estaba en el baño del restaurante o algo así. Nunca le vi sacar el teléfono ni hacer una llamada, pero era evidente que estaba planeado. Y ahora me observa como si esperara un veredicto y estuviera aterrorizado por lo que pudiera ser.

—¿Tú has hecho esto? —suelto con un hilo de voz, y siento que las lágrimas se me saltan a los ojos, pero parpadeo para contenerlas.

—He pagado al personal para que lo preparara mientras cenábamos —explica. Se mete las manos en los bolsillos y luego las saca de nuevo, como si no supiera qué hacer con ellas—. Nos he cogido una habitación para nosotros solos esta noche. Lazar y Vasili se quedan con Sasha, así que no tenemos que preocuparnos por él.

Ni siquiera sé qué decir a esto. Ningún hombre en toda mi vida ha hecho nunca algo tan romántico, y pensar que Fyodor ha hecho esto para ser romántico conmigo es abrumador. No parece el tipo de cosas en las que piensa un sicario de la mafia. Empiezo a sentir que me flaquean las piernas mientras doy unos pasos hacia la cama y veo un cubo de hielo con una botella de vino enfriándose. Es demasiado.

—No sé nada de romance, Noemi —raspea con voz ronca. Se acerca y sus manos suben a mi cara, acunando mis mejillas, y sus ojos se clavan en los míos.

—Pero si esto es lo que te gusta, cubriré el maldito mundo entero de rosas para ti. Averiguaré cómo hacer esto bien. Te mereces a alguien que sepa hacerte sentir amada. Y quiero ser esa persona, aunque tenga que aprenderlo todo desde cero.

Tengo un nudo en la garganta y me arden los ojos, y no puedo decir nada porque, si abro la boca, me voy a poner a llorar. Me tiembla el labio inferior, agarro las solapas de su chaqueta y niego con la cabeza mientras le miro a los ojos.

Nunca tuvo que hacer nada de esto para que yo le apreciara. Y aunque esto sea lo más romántico del mundo, para mí no es necesario. Sería feliz con una ducha caliente y una buena serie, acurrucada en el sofá. Pero Fyodor ha hecho un esfuerzo adicional. Lo cual solo me quita el aliento aún más cuando vuelve a hablar.

—Te quiero —me sujeta la cabeza con más fuerza y usa los pulgares para secarme las lágrimas de las mejillas—. No sé cuándo ha pasado —dice en voz baja—. Solo sé que, cuando pienso en volver a casa, quiero que estés allí conmigo. Cuando pienso en Sasha creciendo, os veo a los dos juntos, a ti enseñándole, estando ahí para él. Ahora estás en todo, Noemi.

Sigo sin poder hablar. Es como si hubiera llegado a mi alma y silenciado mi autocrítica. Toda mi vida he pensado que este tipo de romance solo existía en los cuentos de hadas o en las novelas románticas. Sin embargo, aquí estoy en una habitación que demuestra sobradamente que esa teoría es errónea. Y este hombre que me sujeta con tanta fuerza, como si pudiera escabullirme de nuevo y destruirle, se está convirtiendo poco a poco también en el centro de mi universo.

—Yo... yo también te quiero —gimo, y me pongo de puntillas para presionar mis labios contra los suyos.

El aire que abandona sus pulmones me roza la cara y suena como una marea de alivio. Se inclina hacia mí, haciéndome retroceder hasta que mi cuerpo se presiona contra la pared y su boca choca contra la mía en un beso abrasador. Nuestros dientes chocan, pero eso no le impide profundizar el beso y pegarme tanto a él que puedo sentir cada relieve y plano de su cuerpo. Cuando se separa, apoya su frente contra la mía.

—Pensé que huirías...

—¿Adónde iría, Fyodor? Tienes mi corazón —susurro, levantando la barbilla para besarle de nuevo. Todo el viaje ha sido un desastre tras otro, pero este momento es tan perfecto que compensa cada pedacito de ello.

El beso continúa, pero sus manos se deslizan de mi cara a mis caderas, donde me aprieta más contra su cuerpo y revela lo excitado que está. Cuando empieza a inclinarme y a hacerme retroceder

hacia la cama, la temperatura de mi cuerpo sube al menos veinte grados.

Hemos tenido sexo que era toda nuestra rabia y frustración descargada el uno en el otro. Y hemos tenido sexo eléctrico de pura química. Pero saber que este hombre me ama y que el sentimiento que he tenido por él y que ha ido creciendo durante días es correspondido, hace que este momento sea diferente. Mi corazón está quedando ligado irreversiblemente al suyo, y no quiero que nada lo detenga.

—Dilo otra vez, por favor... Dímelo... —Jadeo ahora, luchando por un aire que él vuelve a robarme con otro beso ardiente mientras mis pantorrillas chocan contra el colchón y nuestro impulso se detiene.

—Estoy desesperadamente enamorado de ti, Noemi Dragunova. No viviré ni un día más sin que lo sepas. Y voy a meter la pata —dice, buscando la cremallera de mi vestido—. Y voy a cometer errores y probablemente te decepcionaré, pero cada día del resto de mi vida voy a intentar ser un hombre mejor que el día anterior.

—Dios —gimo mientras sus dientes se hunden en mi cuello. Para ser un hombre que sabe tan poco de romance, definitivamente está tocando las teclas adecuadas ahora mismo.

Sus manos recorren mis caderas, subiendo el vestido poco a poco hasta que la falda queda amontonada en mi cintura, y levanto los brazos para permitirle que lo saque por encima de mi cabeza. Por un breve momento nuestros cuerpos se separan, pero nuestras miradas permanecen fijas hasta que la tela azul queda en un montón en el suelo y las manos de Fyodor vuelven a estar sobre mí.

Sus dedos recorren los tirantes de mi sujetador, deslizándolos por mis hombros tan lentamente que me erizan la piel. El encaje se escurre y mis pechos quedan libres. Sus ojos se vuelven oscuros y hambrientos mientras los amasa.

—Mírate —raspea. Sus palmas me acunan, los pulgares rodean mis pezones hasta que se erizan—. Eres jodidamente hermosa, Noemi. Cada maldito centímetro. —Gimo cuando pellizca un pezón y luego lo succiona lentamente antes de bajar más.

Se pone de rodillas, dejando besos con la boca abierta por mis costillas, por la suave curva de mi vientre. —Esta piel es tan suave —murmura contra mí, metiendo la lengua en mi ombligo. Jadeo y hundo mis dedos en su pelo—. Podría pasarme horas simplemente saboreándote aquí.

Sus manos bajan hasta que sus dedos se enganchan en los laterales de mis bragas y las pela hacia abajo, centímetro a agonizante centímetro, besando cada nueva franja de piel que descubre: mis caderas, el pliegue sensible donde el muslo se une al cuerpo. —Estas piernas —alienta contra mi muslo interno, antes de rozar mi piel sensible con los dientes—. Deberían estar envueltas alrededor de mi cintura... alrededor de mi cabeza.

La tela cae a mis tobillos. Salgo de ella, temblando. Pienso que tal vez se tumbe en esta cama ahora mismo y me devore, pero se levanta lentamente, con las manos deslizándose por la parte posterior de mis pantorrillas, mis muslos, hasta que agarra mis caderas y me aprieta desnuda contra él.

Esta vez, cuando sus labios encuentran los míos, es un beso hambriento y crudo. Sus manos recorren mi cuerpo y aprietan mi culo, y un gruñido sube desde su pecho. Mi piel está ardiendo, mi centro late y ansía su contacto, y lo único en lo que puedo pensar es en lo increíble que es en este momento.

—Túmbate —dice con brusquedad, dándome un suave empujón. Me caigo hacia atrás y aterrizo con un grito de sorpresa, luego le sonrío y me recuesto mientras sus manos suben lentamente para deshacer su corbata y los botones de su camisa. Cada uno que abre revela más de su piel marcada y cubierta de tinta.

Cuando deja que la tela se deslice por sus brazos y caiga al suelo, siento una oleada de excitación que me recorre entera. Me veo tocándome ligeramente, masajeando mi clítoris mientras sus ojos se beben mi imagen.

Los pantalones de Fyodor son los siguientes, uniéndose a la creciente pila de ropa en el suelo mientras se quita los zapatos y los calcetines, y en el momento en que se baja los bóxers, me estremezco. Está muy duro, y su polla enrojecida ya está goteando por mí.

—Dios, eres tan sexy —balbuceo sin aliento—. Tu cuerpo es una obra de arte, Fyodor. —Mis dedos se hunden en mi flujo y froto con más fuerza mientras su boca se curva en una sonrisa.

Se sube a la cama, hundiendo las rodillas en el colchón mientras se sitúa sobre mí. —Quita la mano —dice, y retiro los dedos, húmedos y temblorosos. Me coge la muñeca y se la lleva a la boca, donde me chupa los dedos hasta limpiarlos lentamente, con la lengua girando, saboreándome como si fuera algo precioso. Un gemido bajo retumba en su pecho y hace que algo dentro de mí se incendie mientras baja la cabeza.

Su aliento roza primero mi clítoris, haciendo que me arquee sobre las sábanas. Luego sus manos se deslizan bajo mis muslos, levantándome lo justo para abrirme para él. El primer contacto de su lengua es una lamida lenta y plana desde mi entrada hasta mi clítoris en un largo recorrido. Jadeo, apretando los pétalos de rosa bajo mis manos.

El sonido que escapa de mi boca le hace reír sombríamente antes de volver a la carga. Me lame como si tuviera toda la noche para disfrutar de esto, rodeando mi clítoris con la punta de la lengua y luego succionándolo suavemente entre sus labios. Mis caderas se agitan, pero él me inmoviliza con un brazo sobre mi vientre, mientras la otra mano me sujeta el muslo con fuerza.

—Quédate quieta —murmura contra mí, y la vibración me hace gemir—. Deja que yo me ocupe. —Su lengua baja más, empujando dentro de mí, follándome con embestidas lentas mientras su pulgar frota círculos apretados sobre mi clítoris. La presión aumenta demasiado rápido. Mis muslos empiezan a temblar alrededor de su cabeza. Gruñe contra mí y vuelve a mi clítoris, succionando con más fuerza, moviendo la lengua más rápido. Mi espalda se arquea, mi respiración llega en jadeos cortos y desesperados.

—Fyodor... —Su nombre se rompe en un gemido cuando me alcanza el orgasmo y todo mi cuerpo se bloquea, palpitando alrededor de nada, con olas rompiendo a través de mí mientras él sigue lamiendo, prolongándolo hasta que estoy temblando y ultrasensible, intentando apartar su cabeza y acercarle más al mismo tiempo.

Finalmente levanta la boca y, con los labios brillantes y los ojos nublados por el deseo, sube por mi cuerpo, besando el sudor de mi vientre, de mis pechos, de mi garganta. —Sabes tan jodidamente bien —susurra contra mis labios—. Podría hacer eso toda la noche.

Se cierne sobre mí, rozando mis labios con un beso lento que me permite saborearme en su lengua. Su polla roza el interior de mi muslo, húmeda en la punta, palpitando con cada respiración que doy. Y cuando se retira, sus ojos están oscuros, con las pupilas dilatadas.

—Eres tan buena para mí —gruñe—, deshaciéndote así en mi lengua. Niña perfecta.

Me estremezco ante sus palabras mientras el calor me inunda de nuevo. Mis piernas se abren más, con las caderas elevándose ligeramente hacia él mientras él baja la mano, rodeando su polla y guiando la punta hacia mi entrada. La frota lentamente por mis pliegues primero, cubriéndose de mí, provocándome hasta que gimo.

Luego empuja hacia dentro lentamente, abriéndome paso a paso. Jadeo y clavo las uñas en la piel suave de sus costillas, y él gruñe

profundamente en su garganta mientras se hunde más.

—Joder, me recibes de maravilla —dice contra mi oído—. Mírate, tragándome cada centímetro hasta el fondo.

No se detiene hasta que está enterrado tan profundamente que sus caderas presionan contra las mías. Mis piernas se envuelven alrededor de su cintura, los talones presionando contra su culo para mantenerle ahí, pero empiezo a balancear mis caderas, ansiando la deliciosa fricción de su cuerpo frotándose contra el mío.

Entonces empieza a moverse: embestidas largas y lentas que rozan cada punto sensible dentro de mi cuerpo. Cada una arranca un gemido de mi garganta que rompe el silencio de la habitación. Y es una suerte que estemos solos porque soy ruidosa, tan ruidosa que me pregunto si la gente que pasa por el pasillo se reirá al oírnos aquí dentro.

Sigue embistiendo con golpes largos y lentos que me llenan por completo con cada movimiento, y la fricción hace que el calor bulla en mi interior de nuevo. Gimo más fuerte que antes, y parece que no puedo callarme. Sus manos suben por mis costados, con los dedos extendiéndose sobre mis costillas mientras me sujeta más cerca, y la forma en que me toca hace que todo se sienta más intenso.

Su ritmo se mantiene controlado, cada giro profundo de sus caderas diseñado para hacerme sentir cada grueso centímetro de él. El lento deslizamiento al salir, el fuerte empuje al entrar... es tortura y cielo a la vez. Mis uñas arañan su espalda, enganchándose en viejas cicatrices, y él sisea entre dientes.

—Vamos ahora —gruñe contra mi garganta—. Quiero oírte desmoronarte otra vez.

Fyodor me engancha una de las rodillas sobre su codo, abriéndome más, cambiando el ángulo lo suficiente como para que la punta de su polla roce ese punto dentro de mí en cada embestida. Mi

siguiente gemido se quiebra a la mitad y él se bebe el sonido, luego me da otra embestida pausada que hace que mis ojos se pongan en blanco.

—¿Así? —pregunta, casi provocándome.

—Sí... Dios, sí...

Me recompensa con un golpe más fuerte de sus caderas, una, dos veces, y luego vuelve al vaivén lento que me está volviendo loca. El sudor humedece nuestra piel donde nos tocamos y yo meto la mano entre nosotros, buscando mi clítoris con los dedos, desesperada por más. Pero él me aparta la mano de inmediato.

—No —gruñe—. Eso es mío esta noche.

Luego su pulgar sustituye a mis dedos, rodeándolos con la presión exacta que necesito mientras sigue follándome con esa paciencia devastadora. Mis muslos tiemblan y mi columna se arquea sobre las sábanas cubiertas de pétalos.

—Fyodor... por favor...

—¿Por favor qué, Noemi? —Su voz está destrozada, quebrándose—. Dímelo.

—Más rápido —jadeo—. Más fuerte. Necesito... necesito...

Con un movimiento fluido, Fyodor se sale, me da la vuelta sobre mi vientre y tira de mis caderas hasta que estoy a gatas. Los pétalos de rosa se dispersan bajo mis palmas mientras me sostengo. Sus manos agarran mi cintura y vuelve a entrar por detrás en una sola embestida profunda que me saca el aire de los pulmones.

Gimo más fuerte que antes, con la cara hundida en las sábanas. El nuevo ángulo es devastador: más profundo, más lleno, golpeando lugares que hacen estallar estrellas detrás de mis ojos cerrados. Ahora impone un ritmo más fuerte, cada golpe de sus caderas llevándole hasta mi cuello uterino, y me tiene jadeando por aire mientras araño las sábanas buscando algo a lo que aferrarme.

—Joder, mírate —raspea, con una mano subiendo por mi espalda para agarrarme del pelo, tirando de mi cabeza lo justo para arquearme a la perfección—. Recibiéndome tan al fondo.

Empujo hacia atrás para encontrarme con cada embestida. Sonidos desesperados y necesitados escapan de mi garganta. Su otra mano se desliza por debajo hacia mi clítoris de nuevo, frotando círculos rápidos e implacables. La presión se acumula en mi entrepierna hasta que mis brazos ceden. Me dejo caer sobre los codos, con el culo más alto, y él gruñe ante el cambio, embistiendo con más fuerza.

—¿Vas a correrte otra vez? —refunfuña, como si se esforzara por no estallar—. Déjame sentirlo. Apriétame.

Ya no puedo articular palabras, solo pequeños gritos rotos amortiguados contra las sábanas mientras la presión estalla como un cable tenso. Mi segundo orgasmo golpea con más fuerza que el primero, desgarrándome en ondas violentas. Todo mi cuerpo se convulsiona, mis paredes internas apretándole en pulsos cerrados que le atraen aún más adentro.

El calor explota en la boca del estómago y corre hacia afuera, haciendo que se me encojan los dedos de los pies y mis dedos se retuerzan entre los pétalos de rosa y las sábanas. Me corro tan fuerte que grito su nombre, mientras el flujo brota alrededor de él, goteando por mis muslos. Cada embestida arrastra chispas nuevas por mis nervios hipersensibles y tiemblo incontroladamente, gimiendo, intentando aguantar mientras él sigue follándome a través de ello.

Fyodor gruñe ante cada aleteo y contracción. Su ritmo flaquea, sus caderas golpean de forma desigual. Un sonido ronco y desesperado se arranca de su garganta.

—Noemi... joder... voy a...

Y sus dedos me marcan las caderas mientras embiste una última vez, enterrándose tan profundamente que le siento contra el cuello de mi útero. Entonces se corre con fuerza y chorros espesos me inundan por dentro, cada pulso sacudiendo su polla y todo su cuerpo contra mi espalda, y muerde círculos lentos y superficiales, ordeñando hasta la última gota hasta que queda estremecido, exhausto.

Cuando se desploma a mi lado, no tengo palabras para él. Estoy agotada. Me giro de costado y dejo que me abrace, y él nos cubre con la esquina de la manta mientras deposita besos en mi hombro desnudo.

Fyodor me ha sorprendido esta noche, al igual que muchas otras veces por el camino en las que ha encontrado la forma de impactarme. Hay mucho más en él que el hombre colérico que ven los demás. La vida de la que ha hablado, conmigo a salvo en su casa junto a Sasha, es lo que yo quiero también. Es más de lo que imaginé cuando supe por primera vez que la madre de Sasha podría morir.

—Te quiero de verdad —susurra, y me giro sobre mi hombro para sonreírle.

—Yo también te quiero, Fyodor... De verdad. Y quiero eso de lo que has hablado.

Él me mira con confusión y yo sonrío mientras me pongo boca arriba y alargo la mano para acariciarle la mandíbula.

—Dijiste que podrías mantener la violencia alejada de nuestra vida, de la de Sasha y la mía, si estábamos en tu casa... —Espero a que esas palabras surtan efecto y su expresión cambia—. Quiero eso más que nada.

Sin decir una palabra, vuelve a bajar sus labios hacia los míos y yo le beso. ¿Quién iba a decir que, hace apenas cuatro semanas, cuando

un hombre extraño entró en mi aula y me ordenó subir a su coche, me enamoraría tanto de él? Pero aquí estoy.

Tal vez sea una tonta por enamorarme de él. Tal vez sea alguna enfermedad mental que tengo o un síntoma del trauma; Dios sabe que ha habido suficiente de eso. Pero quiero a Fyodor Gravitch, y mientras intente ser un hombre mejor, no me veo queriendo a nadie más nunca más.

27

FYODOR

Salgo de la cama con todo el cuidado que puedo, intentando no despertar a Noemí, que está acurrucada de lado con el pelo esparcido por la almohada. Me quedo allí un minuto, simplemente observándola dormir a la luz de las velas que quedan. La mayoría se han consumido del todo; solo unas pocas parpadean aún sobre el tocador, proyectando su suave resplandor sobre su rostro. Los pétalos de rosa están desparramados por todas partes: en las sábanas, en el suelo y enredados en su cabello. Se la ve tan serena y hermosa.

No quiero irme. Quiero volver a meterme bajo las mantas, estrecharla entre mis brazos y quedarme allí hasta que salga el sol, o puede que incluso más. Pero le hice una promesa a Yuri: que Marat estaría muerto por la mañana, y es una promesa que no puedo romper. Si no cumplo mi palabra, no soy nada.

Me pongo la ropa en la oscuridad, lo más silenciosamente posible, después me inclino y le planto un beso en la frente. Se agita pero no se despierta, y se hunde más en la almohada. Deseo decirle que la quiero una vez más, pero eso implicaría despertarla y explicarle a dónde voy y por qué. Es mejor dejarla dormir por ahora. Podré

decírselo cuando todo esto haya terminado y podamos celebrarlo juntos. Al menos, ese es mi plan.

Me obligo a darme la vuelta y salir por la puerta antes de cambiar de opinión respecto a todo.

Lazar y Vasili están esperando en el aparcamiento cuando salgo; están apoyados en el coche fumando cigarrillos como si tuvieran todo el tiempo del mundo. El cielo sigue oscuro, pero hay un matiz gris en el horizonte que me indica que el amanecer no está lejos. Tenemos que movernos si queremos pillar a Marat y a sus protectores antes del cambio de turno.

Se enderezan cuando me ven llegar; Lazar tira el cigarrillo al suelo y lo aplasta con la bota.

—¿Listo? —pregunta.

—Acabemos con esto de una vez.

Nos metemos en el coche que los chicos han conseguido para nosotros. Mi SUV está aparcado a varias manzanas de aquí para, con suerte, mantener a los hombres de Marat lejos de este lugar mientras mi familia duerme. Lazar conduce mientras yo voy de copiloto y Vasili ocupa el asiento trasero. Nadie habla mucho por el camino, pero de todos modos no estoy de humor para conversaciones.

Mi cabeza sigue en esa habitación del motel con Noemí, recordando el aspecto que tenía durmiendo a la luz de las velas y las palabras que nos dijimos antes de dormirnos. Tengo que obligarme a seguir adelante para concentrarme en lo que estamos a punto de hacer y no distraerme. Es la principal razón por la que los hombres en mi negocio fracasan: porque se ponen a pensar en lugar de concentrarse. Y es la razón por la que acabarán matándome si no ando con ojo.

La casa de seguridad está en un barrio residencial al otro lado de la ciudad; es un edificio de dos plantas retirado de la calle con un

pequeño jardín y una valla metálica alrededor del perímetro. Parece una casa cualquiera de la manzana. No tiene nada de especial que haga pensar a nadie que es propiedad del Estado y que allí se aloja a un testigo.

La información de Rurik decía que habría cuatro guardias: dos apostados fuera y otros dos dentro, todos asignados para mantener a Marat con vida hasta que pueda entrar en una sala de justicia. Pero nosotros estamos aquí para asegurarnos de que ese testimonio nunca se produzca.

Lazar aparca a dos manzanas del objetivo; nos bajamos y nos dividimos para aproximarnos desde diferentes ángulos. Yo me encargo del frente, Lazar da un rodeo para cubrir la entrada trasera y Vasili se posiciona en el lateral por si alguien intenta huir. Es un plan de lo más sencillo y lo hemos hecho docenas de veces, pero se me encoge el estómago como si algo fuera mal. No puedo quitarme la sensación de que estamos en el lugar equivocado, de que debería estar de vuelta en esa cama con la mujer a la que amo, protegiéndola a ella y a mi hijo.

Avanzo por la calle pegado a los coches aparcados y manteniéndome fuera de los focos de luz de las farolas. Hay un guardia en la puerta principal, un tipo joven con un cigarrillo en la boca y expresión de aburrimiento, como si llevara allí sentado toda la noche sin nada que hacer. No está prestando atención a nada más que al brillo de la pantalla de su móvil, y ni siquiera me ve venir hasta que estoy a tres metros y levanto mi arma.

Para entonces ya es demasiado tarde. Le disparo dos balas con silenciador en el pecho y cae; el cigarrillo rueda por el cemento mientras se desploma y el móvil choca contra el suelo. Paso por encima de su cuerpo y me pego a la pared junto a la puerta, escuchando cualquier reacción en el interior.

Pero la casa permanece en silencio y no oigo ningún movimiento tras la puerta. Sin embargo, sí oigo cristales rompiéndose en algún lugar de la parte trasera, lo que significa que Lazar está

interviniendo, así que echo la puerta abajo de una patada y entro rápido con el arma en alto. El recibidor está a oscuras; lo despejo rápido, barriendo de izquierda a derecha, y luego me adentro más en la casa.

Mi cuerpo es una máquina entrenada. He hecho cosas como esta las veces suficientes como para ser capaz de mantener las pulsaciones a raya y el juicio intacto. El camino que sigo es casi mecánico mientras me aseguro de que la planta baja está vacía, pero me detengo al pie de la escalera.

Un tipo aparece en la parte de arriba con una pistola en la mano y lo abato antes de que pueda disparar. Otro sale corriendo de una habitación lateral gritando algo que no llego a entender; le meto dos tiros en el pecho y sigo moviéndome sin frenar. Esta es la parte fácil. No me permito pensar en nada más que en la siguiente esquina, el siguiente umbral, el siguiente objetivo que debe caer.

Encuentro a Lazar en la cocina, rematando a un tipo que cometió el error de intentar defenderse con un cuchillo en lugar de huir. Tiene al hombre inmovilizado en el suelo con la bota sobre la garganta; me agacho y agarro al tipo por el pelo para levantarle la cabeza y verle la cara.

—¿Dónde está Marat?

El hombre solo emite gorgoteos, así que le hago un gesto a Lazar y este levanta el pie lo suficiente como para dejarle hablar.

—Aquí no hay nadie con ese nombre —consigue decir el tipo entre ahogos—. No sé de qué estáis hablando.

Le meto una bala en la cabeza y me pongo de pie. No estoy aquí para perder el tiempo torturando a hombres que se niegan a seguir mi juego. Y algo me da muy mala espina.

Hemos despejado casi toda la casa y no hay ni rastro de Marat por ninguna parte: ningún testigo acurrucado en una habitación trasera, ningún equipo de seguridad extra protegiendo a alguien importante.

Está demasiado vacía, ha sido demasiado fácil, y mi instinto me dice que nos hemos metido en algo turbio. Esto no parece una casa de seguridad. Parece un cebo.

—Revisa los cuerpos —le digo a Lazar mientras me acerco para asomarme por una de las ventanas delanteras—. Mira sus documentos. Hay algo en esto que no me encaja.

Se dirige hacia uno de los hombres que he matado y se agacha para sacarle la cartera. Cuando mira lo que hay dentro, se le endurece el rostro.

—Estos hombres no son policías, jefe. Son…

—Hombres de Koslov —digo, interrumpiéndolo. Ahora me hierve la sangre.

—Tienen que serlo —Lazar se levanta y deja caer la cartera sobre el pecho del muerto.

Todo ha sido una trampa desde el principio. La información de Rurik era basura, nos la filtraron deliberadamente para atraernos a esta casa y tendernos una emboscada mientras el verdadero Marat está sentado en otro sitio riéndose de nosotros. Alguien sabía que veníamos y nos ha engañado a la perfección, y ahora estamos en medio de una trampa que está a punto de cerrarse.

—Tenemos que irnos —digo, moviéndome ya hacia la salida—. Ahora mismo.

Los dos nos lanzamos hacia la puerta principal tan rápido como podemos, pero no lo bastante. Un suave pitido surge de bajo el suelo, y todos los pelos de mi cuerpo se erizan antes de que mi boca pueda procesar lo que mi cerebro sabe instintivamente que es verdad.

—¡FUERA!

Me lanzo por la puerta principal y aterrizo en el jardín corriendo tan rápido como me permiten las piernas. He avanzado quizá seis

metros cuando el mundo se vuelve blanco y una muralla de calor me golpea la espalda y me lanza por los aires. Choco con fuerza contra el suelo y ruedo por el césped con los oídos pitando y la visión nublada por manchas.

Cuando logro mirar de nuevo hacia la casa, esta simplemente ha desaparecido. No queda nada más que fuego, humo y trozos de escombros que llueven del cielo a mi alrededor. Toda la estructura está envuelta en llamas, las paredes se derrumban hacia dentro y el tejado se hunde, y en algún lugar de ese infierno está Vasili.

—¡Vasili! —intento gritar, pero mi voz sale como un graznido—. ¡VASILI! —toso y me tapo la boca, mirando frenéticamente hacia el lateral del jardín por donde se suponía que debía entrar, pero no es más que un montón de escombros y humo.

Lazar me agarra del brazo y me pone en pie. Está sangrando por un tajo en la frente y su chaqueta está chamuscada y humeante por algunas zonas, pero está vivo.

—Dios mío… —susurro—. Se suponía que iba a entrar por el lateral y…

—Se ha ido —gruñe Lazar, tirando de mí hacia arriba con más fuerza. Consigo asentar los pies mientras él añade—: Tenemos que movernos antes de que aparezca la pasma. —Ahora me arrastra lejos de la casa, hacia la oscuridad que envuelve la calle. Es imposible que el vecindario no se haya despertado con esa explosión, y cada segundo que pasamos aquí en la acera viendo arder la casa es otra oportunidad para que alguien nos vea y avise a las autoridades.

—Vamos, maldita sea —me gruñe Lazar, pero me pitan los oídos con demasiada fuerza. Lo sigo mientras echa a correr. Siento las piernas débiles debido a la descarga de adrenalina, pero consigo mantenerme erguido hasta que nos tiramos dentro del coche y arrancamos.

—Nos han tendido una trampa —digo cuando puedo volver a hablar sin que se me quiebre la voz—. De dondequiera que Rurik sacara esa información, Marat se enteró y nos atrajo directos aquí con la intención de matarnos.

—Sí, eso parece —responde él, vigilando el retrovisor como si pensara que alguien pudiera seguirnos. Miro por encima del hombro para ver la casa consumida y las llamas lamiendo el cielo nocturno —. ¿Qué hacemos ahora? ¿Crees que Rurik nos ha traicionado?

—Ni de coña —respondo, volviendo a mirar al frente—. Es leal. Nunca nos haría algo así. Pero Koslov también tiene sus fuentes, y simplemente tenemos que ser más listos que él.

Lazar se incorpora a la autopista y pisa el acelerador; veo pasar unos cuantos coches de policía en dirección contraria con las luces encendidas. Viajamos en silencio durante unos minutos mientras intento que la cabeza deje de darme vueltas. Por poco nos hacen saltar en pedazos esta noche por todo este asunto, lo que solo me indica lo grave que es la situación.

Koslov está luchando por su vida cuando podría estar usando a su gente para desaparecer y no volver a Moscú ni a San Petersburgo jamás. Eso significa que esto no va solo de hacer justicia a la mujer que amaba. Esto es una represalia. Quiere que Yuri sienta lo mismo que siente él, y la única forma de que eso funcione es que Inessa acabe encarcelada o ejecutada por el asesinato.

—¿Qué hacemos ahora, jefe? —pregunta Lazar, interrumpiendo mis pensamientos, pero ahora en lo único que puedo pensar es en la mujer a la que amo.

¿Iría Koslov tras ella por esa misma razón? ¿Y qué pasa con mi hijo?

Le prometí a Yuri que terminaría con esto hoy, y lo haré. Pero antes de emprender una matanza, tengo que volver a ese hotel y asegurarme de que mi familia está a salvo.

Después, Koslov recibirá su merecido. Nadie mata a uno de mis hombres y se va de rositas.

28

NOEMI

Me despiertan unos toques suaves y vacilantes en la puerta que me sacan de un sueño, y durante un segundo me quedo ahí tumbada intentando recordar dónde estoy y por qué tengo la cabeza tan embotada. El otro lado de la cama está frío, las sábanas revueltas pero vacías, y alargo la mano sin pensar para tocar el lugar donde Fyodor dormía a mi lado hace tan solo unas horas.

Por supuesto, se ha ido.

Un destello de fastidio atraviesa la niebla de mi cerebro. Lo ha vuelto a hacer. Se ha ido sin despertarme ni decirme a dónde iba. ¿Es que no cree que valga la pena despedirse de mí? Y después de que ambos confesáramos que sentimos algo el uno por el otro. Soy una idiota por permitirme sentirme tan a gusto con él. Está tan lejos de ser el hombre que deseo y anhelo... Y sé que lo está intentando, pero hay cosas que deberían ser obvias, como decirle a la persona con la que compartes la cama que no estarás allí cuando se despierte.

Entonces oigo sollozos fuera de la puerta y mi irritación se desvanece al instante. Pequeños sonidos amortiguados llegan desde el otro lado. Sé inmediatamente que es Sasha. Reconozco esos

sonidos porque los he oído mucho últimamente. Suena triste y asustado, y eso hace que me enfade aún más con Fyodor por habernos dejado. Probablemente dejó a Sasha durmiendo solo también mientras él y sus colegas salían a «trabajar».

Salgo de la cama en un santiamén, cogiendo el vestido de anoche y mis bragas. Me mantengo sobre un pie y luego el otro mientras me las subo a toda prisa, luego me paso el vestido por la cabeza y lo ajusto sobre mis curvas mientras camino hacia la puerta. Los golpes regresan más fuertes esta vez, acompañados por la voz apagada de Sasha.

—¿Noemi? Noemi, por favor, abre la puerta.

Giro la cerradura y abro la puerta de par en par; él está allí con la cara manchada por el llanto y los ojos rojos e hinchados. Pero apenas me percato de nada de eso porque estoy demasiado ocupada mirando a los hombres que están detrás de él.

No son Lazar ni Vasili.

Uno de ellos tiene la mano sobre el hombro de Sasha, apretando con una fuerza que parece dolorosa, y el otro me mira con una sonrisa que me revuelve el estómago.

—Buenos días —dice el que sonríe—. Usted debe de ser la profesora.

Agarro a Sasha y lo meto de un tirón en la habitación, intentando cerrar la puerta de golpe, pero uno de ellos es más rápido. Mete la bota en el hueco y se abre paso hacia el interior por la fuerza, y de pronto ambos están en la habitación con nosotros y la puerta se cierra a sus espaldas. Me invade una sensación de náuseas y frío al darme cuenta de que no hay ningún lugar a donde huir.

Fyodor no está aquí.

—¡Qué quieren! —siseo, y retrocedo por la habitación, tropezando con mis propios pies.

Voy a matarlo. Si sobrevivo a esto, voy a buscar a Fyodor Gravitch y voy a matarlo yo misma.

—¿Dónde está Fyodor? —exijo, tirando de Sasha para ponerlo detrás de mí y retrocediendo hacia la pared.

—Esa es una pregunta excelente —dice el que sonríe. Es mayor, probablemente lo suficiente para ser mi padre, con canas en las sienes y una sonrisa irónica que me asquea—. Ha estado muy ocupado esta noche, su Fyodor. Corriendo por toda la ciudad intentando encontrar a alguien que no quiere ser encontrado. Pero no se preocupe. Tarde o temprano se dará cuenta de que estamos aquí.

—¿Quiénes son ustedes? —siseo, temblando ya. Ni siquiera tengo suficiente conciencia de la situación para saber si Sasha está llorando o si está triste. Está escondido detrás de mí como si eso fuera algún tipo de protección, pero si estos hombres nos quisieran muertos, ya lo estaríamos.

La sonrisa se ensancha. —Mi nombre es Marat Koslov. No creo que nos hayan presentado. —Extiende la mano y yo me quedo mirándola mientras se me cierra la garganta.

La sangre se me hiela mientras recorro con la mirada su brazo hacia arriba hasta su rostro y me encuentro con sus ojos despreciables. Este es el hombre al que Fyodor está cazando, y está plantado en nuestra habitación del motel. Doy otro paso hacia atrás alejándome de él, pero siento todo mi cuerpo como si pesara una tonelada.

—¿Qué quiere?

—Quiero demostrar algo. —Marat cruza la habitación y se sienta en el borde de la cama, acomodándose como si fuera el dueño del lugar. Coge uno de los pétalos de rosa de la cama y lo examina, haciéndolo rodar entre los dedos. Luego entorna los ojos, suelta una risita y le hace un gesto a su acompañante para que se aparte. El otro hombre se coloca junto a la puerta mientras Marat continúa.

—Fyodor Gravitch aceptó el encargo de matarme, y va a fracasar en ese encargo esta noche. Pero sobre todo porque no tiene verdadera pasión. —Lanza el pétalo sobre la cama y me sonríe con suficiencia —. Excepto quizás como amante. Dígame, profesora... ¿Es bueno en la cama?

Siseo y me doy la vuelta, tapándole los oídos a Sasha antes de que este hombre pueda decir cualquier otra grosería que un niño jamás debería oír. —Usted no sabe nada de él —le lanzo por encima del hombro con rabia, y sus ojos se oscurecen.

—Sé que la ha dejado aquí sola. —Marat entrelaza las manos y me mira con esos ojos fríos—. Sé que prefiere cazar a un hombre inocente antes que proteger a su propio hijo.

Sasha se aferra a mí y yo deposito un beso suave en lo alto de su cabeza. —Todo va a salir bien, *solnyshko*. —Estoy temblando tanto que no veo cómo podría resultarle reconfortante, pero lo intento.

—Deje al niño fuera de esto. Sea lo que sea lo que intente demostrar, puede hacerlo conmigo. Solo es un niño.

—Es el hijo de Fyodor. Ese es el quid de la cuestión. —Marat se levanta y avanza hacia nosotros; yo retrocedo hasta que mis hombros chocan contra la pared y ya no hay más espacio. Sasha se encoge a mi lado, ahora llorando más fuerte—. ¿Qué clase de padre deja a su hijo sin protección para perseguir a un objetivo por media ciudad? Cree que puede darme caza y matarme, y se equivoca.

—Por favor... es solo un niño... —digo, hablando por encima de él, pero es tan insolente que simplemente continúa.

—La clase de padre que se preocupa más por su reputación que por sus responsabilidades. —Marat está justo frente a mi cara y su aliento apesta a humo de puro.

Levanto la mano y le cruzo la cara con una bofetada todo lo fuerte que puedo, haciendo que su cabeza gire hacia un lado; me queda la palma de la mano ardiendo. —Es usted patético —le escupo—. Está

amenazando a una mujer y a un niño porque tiene demasiado miedo de enfrentarse a Fyodor en persona. ¿Qué clase de hombre hace eso?

El revés me alcanza en la mejilla y me hace tambalear. Choco con fuerza contra el tocador, tirando los cabos de las velas y esparciendo más pétalos de rosa por el suelo, y durante un segundo no veo más que estrellas. Caigo de rodillas y me sujeto la mejilla, que me late con un dolor que se irradia por el cuello hasta la cabeza; Sasha acude a mi lado al instante, aferrándose a mí de nuevo. Los sollozos sacuden todo su cuerpo ahora.

—La clase de hombre que gana —dice Marat con frialdad—. Se trata de saber dónde es débil tu enemigo y explotarlo.

Me incorporo, saboreando la sangre de haberme mordido la lengua, y Sasha se mueve de repente, lanzándose contra Marat con sus pequeños puños al aire.

—¡No le pegues! ¡Déjala en paz! —grita y luego empieza a dar patadas también. El pánico me hiere el pecho, pero veo doble. Ni siquiera puedo mantenerme en pie correctamente.

Golpea a Marat en el estómago y en las piernas, dondequiera que llega, sus pequeños puños golpeando inútilmente contra un hombre que le triplica el tamaño. Por un momento, estoy tan atónita que no puedo moverme. Sasha peleando contra un hombre adulto porque ha visto que ese hombre me hacía daño.

Marat agarra a Sasha por el brazo y lo mantiene a distancia mientras se ríe entre dientes.

—Valiente cosita, ¿verdad? Lo habrá heredado de su padre, supongo. La estupidez, si no la habilidad.

—¡Suéltalo! —Me pongo en pie, aunque me tambaleo, y veo cómo Marat lleva a Sasha al otro lado de la habitación y lo deposita bruscamente en la silla junto a la ventana. El otro hombre se mueve para situarse detrás y mantiene a Sasha inmovilizado en la silla con

una mano sobre su hombro. Sasha gime e intenta zafarse, pero es evidente que el hombre es muy fuerte.

—Quédese ahí —le dice Marat al niño—. Los adultos están hablando.

Quiero ir con Sasha, rodearlo con mis brazos y decirle que todo va a salir bien, pero Marat está entre nosotros ahora. Sé que si intento moverme, volverá a pegarme. Así que me quedo donde estoy, con la espalda contra el tocador y el corazón latiendo tan fuerte que temo que me esté dando un infarto.

—Fyodor vendrá a por nosotros —digo, y odio lo débil que suena mi voz—. Te encontrará y te matará.

—Cuento con que lo intente. —Marat saca su teléfono y comprueba algo en la pantalla, luego lo guarda—. Debería estar aquí en una hora, supongo. Quizá antes si se desespera tanto como creo que lo hará.

Me flaquean las rodillas y me deslizo por la parte delantera del tocador hasta quedarme sentada en el suelo hecha una bola, abrazando mis rodillas y apoyando la barbilla en ellas. Esto no está bien. Fyodor debería estar aquí protegiéndonos. Me prometió que nos mantendría a salvo y, esta vez, no puede porque ni siquiera está aquí.

—Oh, Dios —gimo, enterrando la cara contra mis rodillas mientras escucho el llanto de Sasha.

Nunca he estado más aterrorizada en toda mi vida.

29

FYODOR

—Deberíamos asaltar la segunda casa ahora mismo —gruñe Lazar. Sé que está estresado, como yo, pero necesita centrarse—. Tenemos el impulso a nuestro favor y el factor sorpresa. Si nos quedamos esperando refuerzos, les damos tiempo para trasladar a Marat a otro lugar y volveremos al punto de partida. No nos verán venir después de esa explosión. Pensarán que estamos huyendo asustados.

—No. Primero volvemos al motel. —Su lógica puede que tenga sentido, pero algo en mis entrañas me dice que las cosas no van bien. Tengo que asegurarme de que Noemi y Sasha estén a salvo primero.

—¿Hablas en serio? Ya estamos a mitad de camino del lado este. Marat podría estar sentado en esa casa en este preciso instante, ¿y quieres dar media vuelta y conducir en dirección opuesta?

—Algo no va bien. —No puedo explicarlo mejor, pero tengo un hormigueo en la nuca que me dice que necesito volver con mi familia ahora mismo. Llámalo instinto, llámalo paranoia, pero he aprendido a confiar en ese sentimiento a lo largo de los años y nunca me ha fallado—. Hemos perdido a Vasili esta noche. La

primera casa era una trampa. ¿Es que no lo ves? —Es como si nos hubieran alejado del motel a propósito, pero eso tampoco encaja del todo. ¿Cómo podrían saber los hombres de Koslov dónde nos alojamos? Pagamos en efectivo, aparcamos lejos de allí. Tuvimos cuidado de asegurarnos de que nadie nos siguiera.

—Eso es pura paranoia y lo sabes. La gente de Koslov ni siquiera sabe dónde nos quedamos. Hemos sido muy cuidadosos con eso.

—¿Estás seguro? Porque sabían exactamente dónde íbamos a atacar esta noche, al minuto. Tenían todo el lugar cableado con explosivos antes de que nos acercáramos. Alguien les ha estado pasando información todo este tiempo. —No voy a ceder en esto. Sé lo que tengo que hacer y lo que Yuri espera de mí, pero no voy a sacrificar a mi familia por ello.

Lazar quiere discutir conmigo, pero no es tonto. Sabe que tengo razón aunque no quiera admitirlo. E incluso si no está de acuerdo conmigo en absoluto, no seguirá peleando. Soy su jefe y sé que obedecerá.

—Llamaremos a Rurik —continúo, intentando mantener la calma a pesar de que el corazón me late a mil por hora—. Que envíe refuerzos. Asaltaremos la segunda casa con un equipo completo en lugar de solo nosotros dos sin haber dormido nada. Pero primero, volvemos al motel y nos aseguramos de que mi familia esté a salvo. Necesito verlos con mis propios ojos.

—¿Así que vamos a perder una hora conduciendo de un lado a otro por la ciudad para nada mientras Marat se escapa?

—Pues perderemos una puta hora —le espeto, y lo fulmino con la mirada un segundo mientras él mira la carretera con el ceño fruncido. Cuando me calmo, continúo—. Pero si pasa algo y yo no estaba allí porque estaba demasiado ocupado persiguiendo a un objetivo, nunca me lo perdonaré. Y tú tampoco, porque serás tú quien tenga que mirarme a los ojos y explicar por qué no volvimos cuando tuvimos la oportunidad.

Lazar suelta un largo suspiro de frustración y toma el siguiente desvío, dirigiéndose de nuevo hacia el motel en lugar de seguir hacia el este. No está contento, lo noto por la tensión de su mandíbula, pero lo hace de todos modos porque, en el fondo, sabe que puedo tener razón. Llevamos trabajando juntos el tiempo suficiente para que confíe en mis instintos incluso cuando no tienen una lógica aparente.

El resto del trayecto es lo bastante silencioso como para que me encierre en mi propia cabeza, carcomido por la preocupación. No soy un hombre que se preocupe por las cosas. Calculo y planifico. No tengo miedo. Pero nunca he tenido a nadie a quien arriesgarme a perder. Esta es una experiencia totalmente distinta para mí.

El coche entra derrapando en el aparcamiento y Lazar frena en seco, claramente todavía molesto conmigo. Ambos bajamos y avanzamos hacia las puertas del motel, pero yo soy más rápido y tomo la delantera. Ese mal presentimiento que tenía se ha transformado en un pánico casi total; me sentiré como un idiota si me equivoco, pero no creo que me equivoque.

—Pasa algo —dice Lazar mientras caminamos por el pasillo hacia las habitaciones, y su voz ha cambiado por completo. Su ira fría ha pasado a ser una alerta aguda, y mi sangre se hiela en cuanto veo por qué.

La puerta de la habitación donde Sasha dormía cuando nos fuimos está abierta de par en par. El marco está astillado y roto, como si alguien lo hubiera derribado de una patada. No sale luz de la habitación y, cuando nos acercamos, tampoco oigo nada.

Mis entrañas tenían razón. Sabía que algo iba mal y ahora estoy aterrorizado por lo que vamos a encontrar dentro.

Corro por el pasillo con la pistola en la mano y una sola cosa en mente. Voy a masacrar a Marat Koslov y a cada uno de sus putos hombres si le ha puesto un dedo encima a mi hijo.

Entro en la habitación, revisando las esquinas por instinto aunque mi cerebro ya sabe lo que voy a encontrar, pero la estancia está vacía. Hay dos sillas volcadas y una lámpara hecha añicos en el suelo, señales obvias de un forcejeo, pero no hay cuerpos: ni Sasha ni el personal del hotel que debía estar acompañándolo.

—¡Lazar! —grito—. No está. ¡Joder!.

Lazar aparece en el umbral con el arma desenfundada y una expresión sombría mientras observa la escena. —Cristo —susurra—, tenías razón. Joder... ¿Nos han distraído solo para llevárselo? —Lazar se queda en la puerta pasmado mientras mi mente vuela hacia Noemi.

Apenas puedo respirar. Si se llevaron a Sasha, también fueron a por Noemi. Estaban en habitaciones separadas en el mismo pasillo, pero ni de broma han venido hasta aquí solo para dejarla a ella. Marat no es tonto. Usará todo lo que pueda para presionarme y mantenerme alejado.

Corro por el pasillo hacia la habitación que compartí con ella anoche, y ahora sí que tengo pánico. Koslov tiene a mi hijo y quién sabe qué le hará. Ese cabrón no tiene respeto por la vida humana. Saber que Sasha es mi pariente solo lo convierte para él en un blanco legítimo en esta guerra. No le perdonarán la vida simplemente por ser un niño.

Pero al llegar a mi habitación, la puerta parece estar bien desde fuera. Esta no ha sido reventada como la anterior. Me detengo un segundo y escucho tras la puerta, pero no soy tan estúpido como para pegar la oreja a la madera. Eso es buscar que te metan un balazo en la cabeza. Aun así, con lo silencioso que está el resto del motel, oigo el llanto de Sasha y mi corazón se tranquiliza ligeramente.

—Está ahí dentro —le digo a Lazar, saco mi tarjeta y la paso; la cerradura hace clic y la luz cambia a verde. No se percibe ningún

movimiento ni sonido del otro lado, así que empujo la puerta y entro, y algo frío se presiona contra mi sien.

—Cierra la puerta detrás de ti —dice una voz—. Despacio.

Me quedo petrificado. Sigo con el arma en la mano, pero no alcanzo a ver lo suficiente de la habitación para saber dónde están Sasha y Noemi. No me arriesgaré a disparar si puedo darles a ellos. Un paso en falso y mis sesos acabarán en la pared. Sé que detrás de mí, en el pasillo, Lazar probablemente se esté preparando para una carnicería, pero no le dan oportunidad de actuar.

—Solo tú —continúa la voz—. Dile a tu amigo que se quede fuera o te meto una bala en el cerebro ahora mismo.

—Lazar —llamo sin darme la vuelta—. Quédate atrás. Yo me encargo.

Hay una larga pausa mientras contengo el aliento, y sé que Lazar está sopesando sus opciones, tratando de imaginar la mejor jugada que no termine conmigo muerto en el suelo. Pero él tampoco es tonto. Va a buscar otra forma de ayudar porque sé que no se rendirá.

Después de unos segundos, oigo sus pasos alejándose de la puerta y me concentro en lo que tengo delante, dejándolo a él a su aire. Es lo bastante listo como para esperar una oportunidad en lugar de entrar a ciegas.

—Inteligente. Ahora cierra la puerta y entra. Mantén las manos donde pueda verlas.

Cierro la puerta con el pie y avanzo más en la habitación, moviéndome despacio para que nadie se ponga nervioso con el gatillo. El hombre de la pistola se queda detrás de mí y el cañón nunca deja de estar en contacto con mi cráneo. Y finalmente, veo la razón por la que estoy aquí y lo que realmente está en juego.

Noemi está de rodillas cerca de la ventana con la cabeza agachada, y hay un hombre de pie sobre ella con una pistola apuntando a su nuca. Tiene la cara magullada, una mejilla hinchada y roja, y los ojos bañados en lágrimas. Sasha está en una silla junto a la pared, temblando con tanta fuerza que puedo verlo desde el otro lado de la habitación, y el hombre que apunta a Noemi no es otro que Marat Koslov.

—Hola, Fyodor —dice Marat amablemente—. Qué detalle por su parte unirse a nosotros. Empezaba a pensar que nunca descubrirían dónde estábamos. —Asiente, y su compinche desliza una mano por mi brazo y me quita el arma.

—Déjalos ir. Esto es entre usted y yo. —¿Qué narices hace este hombre fuera de su cordón de seguridad? Entiendo que tiene a su amiguito armado con él, pero ¿es un completo imbécil?

Mi confianza aumenta al darme cuenta de que solo son ellos dos contra mí. Sí, están armados, pero he estado en esta situación antes. Puede que las probabilidades estén en mi contra, pero no me conocen ni saben de lo que soy capaz.

—No, no creo que lo haga. —Marat se mueve para quedar frente a mí, manteniendo el arma apuntando a la cabeza de Noemi—. ¿No se da cuenta de que sus malas decisiones los han dejado desprotegidos? —Niega con la cabeza y chasquea la lengua como un padre que desaprueba algo, mientras yo miro a Sasha y se me oprime el pecho. Está llorando, las lágrimas le corren por la cara y se esfuerza tanto por no hacer ruido que todo su cuerpo tiembla por el esfuerzo.

—Sasha —digo con calma, con cuidado de no hacer movimientos bruscos—. ¿Está bien? ¿Le han hecho daño?

Niega con la cabeza, pero veo el terror en sus ojos. Ha pasado por tanto, y ahora esto. Voy a masacrar a estos cabrones, de verdad. Ni siquiera sabrán qué les ha pasado.

—Noemi. ¿Estás bien? —le pregunto, y ella levanta más la barbilla. Tiene una expresión extraña en la cara, como si intentara decirme algo sin usar palabras. Por desgracia, todavía no estamos lo bastante cerca para saber qué está pensando.

Eso tiene que cambiar.

—Estoy bien —dice, pero su voz es temblorosa y veo que el moratón de su cara se oscurece por momentos. Alguien le ha puesto las manos encima y le ha hecho daño, y voy a matarlos por eso.

—Míralo —dice Marat, señalando a Sasha con su mano libre—. Llorando como un bebé. ¿Es este el gran legado Gravitch? —Se ríe con una carcajada profunda y burlona, y continúa—. ¿Es esto lo que su familia tiene para mostrar?

—Es un niño. Tiene derecho a estar asustado. —Tengo la mandíbula tan apretada que tengo que hablar entre dientes.

—Un Gravitch debería ser más fuerte que eso. Un Gravitch debería...

—Cierre la puta boca —gruño antes de mirar a Sasha e intentar transmitirle todo lo que siento con la mirada—. Todo va a salir bien, Sasha, y no pasa nada por tener miedo. —Nadie llama bebé a mi hijo.

El llanto de Sasha se vuelve más fuerte; encoge las rodillas sobre la silla y las abraza contra su pecho.

—Qué conmovedor —se mofa Marat—. El monstruo aprende a sentir. ¿Le ha enseñado eso su guapa profesora? ¿Le ha enseñado a ser blando? —Usa la punta de su pistola para empujarle la cabeza hacia un lado, lo que solo parece enfurecerla más a ella.

—Ella me ha enseñado a ser mejor que usted.

Los ojos de Marat brillan de rabia y aprieta el arma, pero antes de que pueda responder, Noemi se mueve. Lanza el codo hacia atrás y hacia arriba, golpeando a Marat de lleno en la entrepierna, y él se dobla con un gemido ahogado. En el mismo movimiento, ella se

lanza hacia Sasha, derribándolo de la silla y tirándolo al suelo detrás de la cama, donde se acurrucan juntos.

No desperdicio la oportunidad. El hombre que tengo detrás duda solo un segundo cuando su atención se desvía por el movimiento repentino, y eso es todo lo que necesito. Me giro y le hundo el puño en la cara con todas mis fuerzas, sintiendo cómo el hueso cruje bajo mis nudillos mientras su nariz estalla en una lluvia de sangre. Y al hacerlo, agarro su arma y se la arrebato.

Entonces suena un disparo en alguna parte, oigo cristales rompiéndose y me doy cuenta de que Lazar está entrando por la ventana en una lluvia de fragmentos con su arma en alto. Debe de haber rodeado el edificio por fuera mientras yo esperaba este momento para atacar, y ahora está aquí y se desata el caos.

El hombre al que he golpeado retrocede tambaleándose e intenta levantar mi propia arma contra mí, pero le agarro la muñeca y la giro, desviándola de mi cuerpo. Luchamos por el control, chocando contra la cómoda y tirando los restos de las velas de anoche.

Marat se está recuperando del golpe de Noemi, incorporándose con mirada asesina, y su pistola se levanta lentamente para apuntar detrás de la cama, donde se esconden Noemi y Sasha. Lazar lo ve y dispara, alcanzando a Marat en el hombro y haciéndolo girar, pero no lo abate. El muy bastardo todavía es capaz de levantar el arma.

Le arranco la pistola a mi oponente y lo empujo, luego me giro y le meto dos balas en el pecho a Marat antes de que pueda disparar. Sacude el cuerpo con cada impacto, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, y luego se desploma en el suelo en un montón sangriento. Me vuelvo hacia su compinche, pero este no se queda para ver qué pasa después.

Sale disparado hacia la puerta, con la sangre manando de su nariz rota, y ha desaparecido antes de que pueda detenerlo. Lo dejo ir porque hay cosas más importantes de las que preocuparse ahora

mismo. Me giro y veo a mi familia levantándose del suelo con ayuda de Lazar, y la emoción me desborda.

—¡Noemi! ¡Sasha!

—¡Estamos bien! —La voz de Noemi es vacilante—. Estamos bien, ¡no disparen!

Lazar no baja el arma cuando la habitación se queda en silencio. Pasa junto a mí y revisa a Marat donde ha caído, le toma el pulso en el cuello, sin quitar la vista del cuerpo hasta que se queda satisfecho.

—Está muerto —dice—. Lo tenemos, jefe. —Luego se endereza y busca su teléfono.

Es todo lo que necesito oír.

Me agacho primero frente a Sasha y lo atraigo hacia mí, abrazándolo mientras su cuerpo tiembla. Se aferra a mi chaqueta con fuerza y mantengo mis brazos a su alrededor hasta que su respiración se estabiliza lo suficiente para saber que ya no está al borde de un ataque de pánico.

—Ya está —le digo una y otra vez—. Ya estás a salvo. —Soy un imbécil por haberlos traído aquí para esto. No tenía ni idea de la guerra que iba a estallar.

Noemi se arrodilla a nuestro lado y se estrecha contra nosotros. Rodea a Sasha con sus brazos y también se aferra a mi chaqueta. Cuando le toco la cara y siento la hinchazón bajo mis dedos, se me cierra la garganta. No quiero volver a ver esto nunca. Mi misión en la vida será que no vuelva a haber otro moratón en su preciosa piel.

—Estoy aquí —le digo—. No os voy a dejar.

—Fyodor —gime ella, y es el sonido más dulce que he oído nunca.

—Ya te tengo, pequeña. Ya estás a salvo.

Mi familia, aquí en mis brazos, es lo único que importa ya. Mi trabajo para Yuri ha terminado. Marat Koslov está muerto. Y ahora podemos volver a casa y sanar.

—Jefe, tenemos que salir de aquí. —La voz de Lazar es la de la razón. Tenemos que movernos o las autoridades nos encontrarán y me meterán en prisión, y no puedo ser padre si estoy entre rejas.

—Vámonos —los animo, y Noemi lo entiende. Se levanta y va a coger a Sasha, pero yo lo alzo en mis brazos—. Deja que lo lleve yo —le digo, y ella asiente, secándose las lágrimas de las mejillas.

Seguimos a Lazar hasta el coche y nos subimos, espero que por última vez en este viaje.

Quiero llegar a casa y compensarles a ambos por esto. Y quiero asegurarme de que Yuri sepa que, a partir de ahora, mi vida cambia.

Soy un hombre nuevo y tengo nuevas prioridades, y la principal es cuidar de mi familia.

30

NOEMI

Sasha me aprieta la mano mientras Fyodor abre la puerta principal y nos indica con un gesto que entremos en la mansión Gravitch. El vestíbulo es el doble de grande que mi antiguo apartamento, lo cual de por sí resulta un poco intimidante, pero las obras de arte y las flores también son impresionantes. Un gran jarrón de cristal está lleno de tulipanes recién cortados, probablemente traídos directamente de Dinamarca, y huelen de maravilla.

—Fyodor. —Un hombre aparece por una puerta a la izquierda. Es alto y de hombros anchos, y eso hace que Sasha se pegue a mi costado como si tuviera miedo. Atrae a Fyodor hacia un abrazo con palmadas en la espalda que es más una colisión que un abrazo—. ¿Está hecho?

—Está hecho —dice Fyodor, apartándose del hombre—. Marat no testificará ante nadie. Jamás.

—Bien. Bien. —Los ojos del hombre se dirigen a Sasha y a mí, y percibo curiosidad en ellos. Me sonríe con calidez—. ¿Y a quiénes tenemos aquí?

—Tío, esta es Noemi Dragunova —dice Fyodor, dando un paso atrás para poner su mano en la base de mi espalda. Realmente me está empezando a gustar ese gesto—. La mujer de la que te hablé por teléfono. Y este es mi hijo, Sasha.

Yuri me tiende la mano y yo la acepto. Se lleva mis dedos a los labios y deposita un beso casto antes de decir:

—Bienvenidos a nuestro hogar. He oído hablar mucho de ti por mi sobrino y debo decir que cualquiera que sea capaz de mantenerlo a raya tiene mi respeto.

—Gracias por recibirnos. Tienes una casa preciosa —le digo, y le doy un toquecito a Sasha para que diga algo, pero él mantiene la cara enterrada en mi espalda.

—Ahora sois de la familia. Esta es vuestra casa tanto como la de cualquiera, y lo digo de corazón. —Se agacha a la altura de Sasha y el niño se asoma para mirarlo—. Y tú debes de ser el joven valiente de quien he oído hablar. Tu padre me contó cómo defendiste a la señorita Dragunova en Moscú.

Sasha me mira con inquietud y yo asiento con ánimo.

—Lo intenté —dice Sasha en voz baja.

—Hiciste un trabajo fantástico, muchacho. —Yuri se yergue y pone una mano en el hombro de Fyodor—. Tenemos mucho que discutir sobre lo ocurrido. Ven, cuéntamelo todo desde el principio.

Fyodor se vuelve hacia mí y me aprieta la mano.

—Inessa debe de estar por aquí cerca. Ella se ocupará de Sasha y de ti hasta que yo vuelva. No tardaré mucho, lo prometo.

—Vete. Estaremos bien —le digo, despidiéndolo con un gesto.

Él se inclina y me besa la frente, como si fuera algo que ha hecho mil veces antes, y luego se aleja con Yuri. Lo veo irse y, curiosamente, me siento bien al respecto. Después de todo lo que

hemos pasado el último mes, que me dejen sola en un hogar seguro, cálido y limpio mientras Fyodor habla con su tío es la menor de mis preocupaciones.

Suelto una risita al recordar cuántas veces se fue mientras yo dormía sin siquiera despedirse o avisarme. Esto ha sido adecuado.

—Hacen eso —dice la voz de una mujer desde algún lugar detrás de nosotros. Suena divertida, como yo.

Me doy la vuelta y la encuentro bajando las escaleras, con una mano deslizándose por la barandilla pulida y la otra apoyada en su vientre. Es hermosa, con el cabello oscuro peinado hacia atrás y unos ojos cálidos que se arrugan en las esquinas cuando sonríe. Su embarazo es evidente, tal vez de cuatro o cinco meses a juzgar por su aspecto, y se la ve radiante.

—Irse en medio de cualquier cosa para hablar de negocios, quiero decir —continúa, llegando al final de la escalera y acercándose a nosotros—. Me saca de quicio cuando me lo hacen a mí. —Me tiende la mano y dice—: Soy Inessa, la mujer de Yuri. —Me quedo sorprendida mientras le estrecho la mano y la observo de nuevo. Es mucho más joven que Yuri.

—Al menos nos ha presentado primero y se ha asegurado de que estuviéramos instalados —digo—. Eso es un progreso comparado con cómo empezamos.

Ella se ríe, un sonido cálido y genuino.

—Lo es, la verdad. Más progreso de lo que la mayoría de ellos consiguen. Debes de ser ya una buena influencia para él. —Cuando su mano deja la mía, vuelve a su vientre—. Tú debes de ser Noemi. Fyodor llamó con antelación para avisarnos de que veníais.

—¿Fyodor te habló de mí?

—Solo cosas buenas, lo prometo. —Se vuelve hacia Sasha, inclinándose tanto como su vientre se lo permite—. Y tú debes de

ser Sasha. He oído que eres muy valiente.

Sasha se presiona contra mi costado, observándola con ojos cautelosos. No dice nada, lo cual es un poco su costumbre ahora. Incluso después de cuarenta y ocho horas en casa, está callado. Las cosas que hemos vivido lo han marcado más de lo que yo hubiera querido, pero se recuperará. Le buscaremos un terapeuta y estaremos presentes para él cuando tenga preguntas.

—¿Te gustan los libros? —le pregunta Inessa, guiñándome un ojo con complicidad.

Él asiente despacio, pero sigue sin decir nada. Me entristece que esté tan retraído, pero tengo que confiar en que saldrá de esto pronto.

—Tenemos una biblioteca aquí. Una habitación entera llena de libros, con estantes del suelo al techo y una escalera con ruedas para alcanzar los que están más altos. Creo que puede haber algunas historias de aventuras por allí sobre caballeros y héroes valientes. ¿Te gustaría verla?

El recelo en el rostro de Sasha se funde en entusiasmo. Me mira pidiendo permiso.

—Adelante —le digo—. Explora.

Cuando él vuelve a mirar a Inessa, ella dice:

—Es la última puerta del pasillo.

Y él sale disparado por el corredor antes de que yo pueda cambiar de opinión.

Inessa le grita:

—¡Pasado el cuadro de los caballos!

—¡Ya lo veo! —su voz llega flotando, seguida de un grito de alegría que nos hace sonreír a las dos.

Inessa se incorpora con un pequeño gruñido.

—Venga, sentémonos. Me matan los pies.

Me guía a una salita justo al lado del vestíbulo, con sofás cómodos, libros apilados en las mesitas auxiliares y una manta echada sobre un sillón. Nos acomodamos en un sofá junto a la ventana y ella encoge los pies debajo de sí con un suspiro de alivio, mientras se frota la zona lumbar con una mano.

—Gracias —dice después de un momento, pero su voz suena más seria ahora—. Por dejar que Fyodor nos ayudara. Sé que todo lo que habéis pasado no ha sido fácil, pero gracias a lo que él hizo, no voy a ir a la cárcel. Mi bebé tendrá a sus dos padres presentes cuando nazca. —Se toca el vientre con ambas manos—. Estoy eternamente agradecida.

No le señalo que no es que yo «dejara» que Fyodor hiciera nada. No me parece el momento adecuado para decir algo así. El hombre es un cabezota y, si le hubiera dicho que se quedara en San Petersburgo, habría ido a Moscú de todos modos.

—¿Cómo es? —pregunto en su lugar—. ¿Estar casada con alguien de esta familia? —Es una pregunta que lleva semanas rondándome la cabeza, pero sin nadie que me respondiera, me la había guardado hasta ahora.

Inessa sonríe suavemente, pero es una especie de sonrisa triste.

—Probablemente no soy la mejor persona a la que preguntar, la verdad. Crecí en esta vida. Mi padre era de la bratva, mis tíos eran de la bratva. Es todo lo que he conocido.

—Ya veo... —digo, sintiendo un poco de desánimo. Fyodor es un hombre increíble, pero siento que venimos de dos mundos distintos.

Ella se acomoda contra los cojines, buscando el confort.

—Lo que sí puedo decirte es que Fyodor es un buen hombre bajo toda esa apariencia ruda. Sé que es difícil de creer dado a qué se

dedica, pero lo conozco. Si dice que quiere una vida contigo, lo dice en serio. Si te ha hecho promesas, las cumplirá. No todos los hombres de esta familia pueden decir lo mismo, créeme.

Abro la boca para responder, pero oigo pasos en el pasillo, y entonces Fyodor y Yuri entran de nuevo en la salita. Los ojos de Fyodor me encuentran inmediatamente, como si comprobara que estoy bien, y yo le dedico una pequeña sonrisa para que sepa que sí.

Inessa se levanta del sofá y se acerca a Fyodor, envolviéndolo en un abrazo apretado que casi lo desequilibra.

—Gracias. Por todo lo que hiciste. Por todo lo que arriesgaste.

—Sois mi familia —dice él, levantando los brazos para devolverle el abrazo con torpeza—. No tienes que darme las gracias por proteger a mi familia.

Ella se aparta, secándose los ojos y riéndose de sí misma.

—Hormonas. No me hagáis caso. Id a que os prepare un poco de té.

—¿Té? —Yuri parece genuinamente ofendido por la sugerencia, como si ella acabara de proponer que bebieran agua sucia—. Estamos celebrando algo, no en una reunión del club de lectura. Esto requiere vodka. Mi mujer es una mujer libre gracias a lo que este hombre ha hecho por nosotros. —Le da una palmada en la espalda a Fyodor con tanta fuerza que este da un paso hacia adelante—. O bebemos como es debido o no bebemos nada.

—Son las dos de la tarde, Yuri.

—¿Y? ¿A qué viene eso?

Inessa pone los ojos en blanco y me sonríe, luego se da la vuelta y sale por la puerta gritando:

—¡Pues té para las señoras entonces...!

Yuri centra su atención en mí ahora y puedo verlo mejor de cerca. Es intimidante, no se puede negar, pero hay una calidez auténtica en su

expresión cuando me mira. Y es tan atractivo como Fyodor.

—Así que... La profesora que ha estado manteniendo a raya a mi sobrino.

—Alguien tenía que hacerlo —digo con una sonrisa, y él suelta una carcajada.

—Me gusta. Lo has hecho bien, Fyodor.

Fyodor se acerca y se sienta a mi lado, pasándome el brazo por los hombros.

—Lo sé.

—Bienvenida a la familia, Noemi —dice Yuri—. Tienes la total protección y provisión del apellido Gravitch.

—No estoy segura de qué significa eso.

—Significa que si alguien te causa problemas, nos tienes a todos nosotros detrás de ti. —Sonríe—. Y si este de aquí te trata mal, llámame. Yo me encargaré. —Yuri levanta una ceja mientras asiente hacia Fyodor con picardía.

Fyodor me atrae más hacia él.

—Lo que significa es que me quedo contigo. Y no aceptaré un no por respuesta.

—¿Ah, sí?

—Sí —dice, depositando un beso en mi sien.

Me apoyo en él.

—Bueno, entonces supongo que tendré que enseñarte algo de modales. No puedes ir por ahí diciéndole a la gente que te vas a quedar con ella.

—¿Por qué no? Ha funcionado.

Yuri vuelve a reír mientras sirve el vodka, y yo rozo la nariz de Fyodor con la mía y le sonrío.

—Te quiero —le digo sin voz, y él me da un fuerte pellizco en el culo. Me hace soltar un grito y a él una risita.

Creo que podría encajar perfectamente por aquí.

31

FYODOR

—Más arriba, papá. No podrás verlas si están demasiado bajas.

Ajusto la tira de luces a lo largo de la parte superior del marco de la ventana mientras Sasha observa desde abajo, con la cabeza ladeada mientras evalúa mi trabajo con ojo crítico. Ha estado dirigiendo toda esta operación durante las últimas tres horas, y he aprendido a no discutir con él sobre decisiones estéticas. El niño tiene opiniones y no tiene miedo de compartirlas.

—¿Mejor?

—Mejor. —Asiente con satisfacción y pasa a inspeccionar la mesa, enderezando un tenedor que ya estaba perfectamente recto y ajustando una servilleta que no necesitaba ajustes—. ¿Crees que le gustarán las flores?

Miro los arreglos que elegimos juntos esta mañana en la floristería de la calle de al lado, rosas y lirios en tonos rosa suave y blanco, porque Sasha dijo que esos eran los colores más románticos. Hay velas en cada superficie plana, esperando ser encendidas, y el vino favorito de Noemi se está enfriando en un cubo de plata junto a la ventana. Ya suena música suave por el altavoz de la esquina, algo clásico que Sasha eligió porque dijo que era bonito. Todo el comedor

parece sacado de un libro de cuentos, que es lo que sucede, al parecer, cuando dejas que un niño de diez años con preferencias muy claras se haga cargo.

—Creo que le encantarán, Sasha.

—Bien. —Juguetea con el cuello de su camisa, alisándolo aunque ya esté liso—. Papá, ¿y si dice que no?

Me agacho para quedar a la altura de sus ojos. Creo que cada vez se me da mejor esto. —Entonces estaremos tristes un tiempo, y luego veremos qué hacer. Pero no creo que vaya a decir que no, Sasha.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque nos quiere. Y cuando alguien te quiere así, no quiere marcharse.

Ladea la cabeza un segundo antes de encogerse de hombros y decir: —Vale, ¿podemos encender las velas ya?

—Claro —respondo, pero antes de que tenga la oportunidad, oímos ruido en la sala delantera. Lazar ha regresado, y sé que ha traído a Noemi de vuelta a casa después de su día fuera.

—Ve —le digo—, tráela aquí. —Y Sasha sale corriendo del comedor.

Oigo su voz en el pasillo, mientras corea alegremente: —¡Noemi! ¡Ven a ver! ¡Hemos preparado algo para ti!

He empezado a acostumbrarme a esta energía nerviosa que siento remolinar en mi pecho. Por alguna razón, la opinión de Noemi me importa muchísimo, y hacerla feliz es lo único que tengo en mente últimamente. Más que nada, quiero complacerla y hacer realidad sus sueños.

—¿Qué habéis preparado? Sasha, ¿qué está pasando? —oigo desde el pasillo mientras sus voces se hacen más fuertes.

—Tú ven. Tienes que verlo.

Me quedo de pie junto a la mesa y espero, con el corazón acelerado. No es solo una habitación que he decorado para intentar complacerla. Hoy bien podría decidirse si Noemi y yo tenemos una oportunidad en una relación real. He dejado que pasara el día dejándose mimar en el spa, y ahora voy a hacer algo que nunca pensé que esta vida me daría la oportunidad de hacer.

Noemi aparece en el umbral, con Sasha tirando de ella de la mano, y se queda petrificada al ver la habitación. Se lleva la otra mano a la boca y se le llenan los ojos de lágrimas al contemplar las flores, las velas y la mesa puesta para tres con sus comidas favoritas.

—¿Qué es esto?

—Cena —dice Sasha con orgullo—. La hemos preparado para ti. Bueno, papá la pidió, pero yo le ayudé con las velas y las flores.

—Se nota. —Su voz suena espesa por la emoción mientras lo mira a él y luego a mí—. Sasha, es precioso.

—Ven, siéntate —insiste él, quizá con demasiada vehemencia—. Papá, sírvele vino.

Sirvo el vino mientras Sasha retira la silla de Noemi para ella como el pequeño caballero en el que se ha convertido últimamente. Ella se sienta, parpadeando para contener las lágrimas, y yo solo puedo sonreír por lo hermosa que está. Siempre está radiante, pero su día en el spa la ha ayudado a relajarse, y la paz en sus ojos la hace aún más atractiva.

Quiero sacar el tema poco a poco, pero no tenemos oportunidad de dar el primer bocado antes de que Sasha se lance como un elefante en una cacharrería. Está tan ansioso por hablar de lo que él y yo hemos estado planeando todo el día que ni siquiera le preocupa el momento oportuno o crear ambiente.

—Noemi —suelta de repente mientras se deja caer en la silla junto a ella—. Quiero pedirte una cosa.

—¿Qué pasa? —De nuevo, Noemi me mira, pero su sonrisa es tensa. Parece que no está preparada para que la pongan en este compromiso. Siento que quizá he cruzado una línea por un momento. Nunca me detuve a pensar si ella era del tipo de persona que disfruta de las flores y las cenas románticas. Simplemente planeé esto con una sola idea en mente. Ahora me estoy replanteando todo.

Él respira hondo como si estuviera saltando desde un trampolín alto, y entonces dice: —¿Quieres ser mi nueva madre?

El rostro de Noemi se descompone. Las lágrimas resbalan por sus mejillas y busca la mano de Sasha al otro lado de la mesa, pero la cara de él decae de inmediato y agacha la cabeza. Sin embargo, observo cómo el rostro de ella se transforma, pasando de la abrumación a la compasión y luego al amor. Sus ojos son manantiales mientras vuelve a cubrirse la boca y sacude la cabeza.

—Sasha...

—No tienes por qué, si no quieres —añade él rápidamente—. Pero, por favor, no nos dejes. Aunque no quieras ser mi madre, puedes quedarte de todas formas —Noemi llora abiertamente ahora, sin siquiera intentar contenerse, y yo me acerco para ponerle la mano en el brazo—. Quiero decir, la casa de papá es grande y también hay muchas habitaciones. —Suena triste ahora porque su joven mente no comprende cómo funciona el cerebro adulto. Noemi no lo está rechazando.

—Un niño solo tiene una madre de verdad —digo suavemente, y mientras lo hago, me arrodillo a su lado—. Pero eso no significa que no necesite a una mujer en su vida que cuide de él. —Meto la mano en el bolsillo y saco la fina alianza de oro que mi padre le dio a mi madre el día que se casaron, que me legó hace años cuando falleció. La sostengo en la palma de mi mano y le mantengo la mirada, aunque de sus ojos todavía rebosan lágrimas—. ¿Nos aceptarás a los dos? —le pregunto, sin estar exactamente seguro de cómo expresarlo.

—Ha sido idea mía —dice Sasha—. Así que puedes casarte conmigo también... Y serás mi nueva *mamochka* y la de papá... —Arruga la cara y me mira con una pregunta en los ojos.

—Esposa —le sugiero, y Sasha sonríe de oreja a oreja.

—Serás la esposa de papá, entonces. —Pero cuando la mira, le tiembla el labio como si tuviera miedo, no alegría.

Noemi se ríe entre lágrimas, secándose la cara con la mano libre. —Niño maravilloso. Por supuesto que os quiero a los dos también. Os he querido desde el día en que os conocí.

Se aparta de la mesa y se gira hacia Sasha, atrayéndolo hacia un abrazo que él le devuelve con fuerza, con los brazos rodeando su cuello y el rostro hundido en su hombro. Los observo abrazarse y se me encoge el pecho mientras me aclaro la garganta por la emoción que me embarga.

Noemi me mira con sus ojos húmedos y brillantes, y sé que es mi turno cuando se aparta de él.

—No se me da bien esto —le digo—. No sé cuáles son las palabras adecuadas ni la forma correcta de decirlas. Pero sé que te quiero, y sé que mi vida es mejor contigo en ella. Así que te pregunto, Noemi Dragunova, ¿quieres casarte conmigo?

Ella vuelve a llorar, o quizá nunca ha dejado de hacerlo, y asiente incluso antes de que termine la pregunta.

—Sí. Sí, por supuesto, sí —solloza mientras se lanza a mis brazos. Me levanto y la subo conmigo y la beso con tal profundidad que Sasha finge un sonido de arcada que nos hace separarnos entre risas. Me giro para verlo agarrarse el cuello con ambas manos como si se estuviera asfixiando. Este niño tiene una personalidad increíble, y me encanta estar llegando a conocerlo tan bien.

—¿Puedo irme ya? Quiero ir a casa de Yuri a leer libros. —Sasha vuelve a estar de pie, y no le culpo. ¿Quién quiere estar por aquí

viendo a sus padres besarse?

—Sí, ve a la entrada y espera a Inessa —respondo, y sale disparado como un rayo.

—¿Va a venir ahora? —pregunta Noemi, girándose hacia mí con las cejas levantadas.

—Lo he organizado —admito—. Pensé que querríamos estar un tiempo a solas después de...

Ella me arquea una ceja pero está sonriendo. —Muy presuntuoso.

—Prefiero llamarlo optimista.

En algún lugar de la parte delantera de la casa, suena el timbre. Oigo el retumbo grave de la voz de Lazar y los vítores de Sasha, y vuelvo a atraer a Noemi para darle otro beso mientras la canción pasa de la obertura clásica a algo más suave y relajante.

—Baila conmigo —dice ella, llevándome al centro de la habitación, colocando mis brazos alrededor de su cintura y apoyando su cabeza contra mi pecho. Nos balanceamos juntos, sin bailar realmente, solo moviéndonos al ritmo de la música y abrazándonos.

—Él va a ser el verdadero romántico de esta familia —murmura ella contra mi camisa—. Podrías aprender mucho de ese niño.

—Ya lo he hecho. —Levanta la cabeza y me mira, y todo lo que veo en sus ojos es amor—. Te quiero —le digo, porque ahora puedo. Las palabras ya no se me quedan atascadas en la garganta.

—Yo también te quiero —susurra y luego atrae mi rostro hacia el suyo y me besa.

La comida queda olvidada, igual que las velas y la música, y Noemi vuelve a ser lo único en lo que puedo pensar. Cuando entré en aquella escuela y me la llevé de su aula, nunca imaginé que me enamoraría tanto y tan rápido. Pero ahora, mientras el invierno se

convierte en primavera y la vida nueva brota de la tierra afuera, cosas nuevas florecen también dentro de esta casa.

Tengo un hijo que es brillante, divertido y amable, y pronto tendré una esposa que es tan encantadora y compasiva como jamás pude soñar.

Y ahora sé de qué va la vida.

Nunca volveré a dar eso por sentado.

32

EPÍLOGO

NOEMI

Las puertas de la catedral se abren de par en par y el sol del verano me golpea la cara, cálido, brillante y perfecto. La mano de Fyodor envuelve la mía mientras bajamos juntos los escalones de piedra como marido y mujer, y la multitud reunida fuera estalla en vítores tan fuertes que puedo sentirlos en mi pecho.

Entonces empieza a llover arroz. Viene de todas direcciones a la vez, pequeños granos blancos lanzados por amigos, familiares y personas que aún ni siquiera reconozco, y me río tanto que apenas puedo ver por dónde voy. Fyodor me guía por las escaleras hacia el coche que nos espera, protegiéndome la cara con la mano libre mientras el arroz rebota en sus hombros, se enreda en mi velo y se pega a cada centímetro de mi vestido.

—Corre —dice con una sonrisa salvaje. Nunca lo he visto así, tan libre y feliz—. No van a parar hasta que nos hayamos ido —añade.

Llegamos al coche y nos desplomamos en el asiento trasero, sin aliento, cubiertos de arroz y riendo como niños. Mientras el conductor se aleja de la catedral, miro por la luneta trasera a todos los que siguen saludando y vitoreando detrás de nosotros. Sasha salta arriba y abajo junto a Inessa, que se sujeta el vientre hinchado

con una mano y se seca los ojos con la otra, y Yuri se ríe de algo que ha dicho Lazar, con el brazo rodeando a su mujer.

Ahora son mi familia; todos ellos.

Fyodor me quita el arroz del pelo con dedos suaves mientras va sacando grano tras grano.

—Tienes por todas partes —dice con una risa suave.

—Y tú también. —Le quito un grano del cuello de la camisa y se lo lanzo a la cara—. Vamos a estar encontrando arroz en el pelo durante semanas.

—Merece la pena por cada grano —dice mientras me besa lentamente. Me fundo con él y me permito sentir la realidad de todo esto. Estoy casada con el hombre de mis sueños, por muy extraño que suene, pero es absolutamente cierto. Fyodor es perfecto en todos los sentidos, aunque sigue siendo humano y sigue cometiendo errores. Pero su corazón es de oro puro. Solo quiere lo mejor para Sasha y para mí, y en el fondo, eso es lo que realmente importa.

La recepción se celebra en los jardines de la finca de Yuri, con carpas blancas adornadas con hileras de luces que parecerán mágicas en cuanto se ponga el sol, y mesas cubiertas de flores y más comida de la que cualquier grupo de personas pudieran llegar a comer. Para cuando llega nuestro coche, los invitados ya se han trasladado desde la catedral y la fiesta está en pleno apogeo; suena la música, los niños corren entre las mesas y las risas se elevan en el aire de la tarde.

Diviso a Lazar cerca de la barra, con un aspecto de profunda incomodidad en su traje formal, tomando una copa y hablando con Lev. Cuando me pilla mirando, levanta su copa en un brindis silencioso que me resulta extrañamente significativo, pero la mano de Fyodor en la parte baja de mi espalda me sirve de ancla.

—¿Estás mirando a mi hermano? —pregunta con un toque de humor.

—No, solo me pregunto por qué está tan serio... ¿De qué están hablando? —le pregunto, señalándolos con la cabeza, pero Fyodor le resta importancia.

—Probablemente de negocios, pero quería estar aquí para la boda. —Hay algo en el tono de Fyodor que sugiere una historia más larga, pero antes de que pueda preguntar, Sasha viene corriendo por el césped y choca contra nosotros dos con tanta fuerza que casi me hace perder el equilibrio sobre los tacones.

——¡Ya estáis aquí! ¿Puedo comer tarta ya?

—Después de los brindis —le digo.

—Pero para eso falta una eternidad.

—Quizá veinte minutos —le riño—. Puedes esperar. Puedes esperar.

Suelta un gruñido como si lo hubiera sentenciado a trabajos forzados y sale corriendo a buscar a Mitzi, que está persiguiendo mariposas cerca de los rosales. Lo veo irse y siento el brazo de Fyodor deslizarse por mi cintura.

—Es feliz —dice en voz baja, viendo a su hijo desaparecer en el jardín.

—Todos lo somos.

—Nunca pensé que podría tener esto. —Su brazo se aprieta a mi alrededor—. Nada de esto.

—Bueno, pues lo tienes. Así que vete acostumbrando... —le sonrío, poniéndome de puntillas para besarlo suavemente, y él me hace dar una vuelta mientras el cuarteto ha empezado a tocar una canción. Bailamos un momento, esperando aún a que los camareros terminen de preparar la comida, pero me pierdo en sus brazos y el tiempo pasa sin mi consentimiento.

Cuando un camarero se acerca con champán, niego con la cabeza. Fyodor aún no lo sabe, pero hoy tengo un regalo especial para él.

—Zumo de uva espumoso, por favor —digo, rechazando la bebida. Siento que las mejillas me arden tanto de emoción como de nervios.

Fyodor frunce el ceño. —¿Desde cuándo no bebes champán?

—Desde ahora —digo con timidez, y cojo su mano y la presiono contra mi vientre.

—¿Te encuentras bien? —Su ceño se frunce más por un momento, la confusión nubla su rostro, y entonces veo cómo comprende la situación. Se le abren los ojos de par en par. Abre la boca. Mira mi vientre, luego mi cara, y de nuevo mi vientre.

—¿Me estás diciendo que...?

—Voy a darte un hijo o una hija en unos siete meses y medio. Me enteré la semana pasada, pero quería esperar hasta hoy.

No dice nada durante un buen rato. Me mira con asombro, alegría y terror, todo mezclado. Sus brazos me estrujan cuando me atrae contra su cuerpo, y tengo que retorcerme para recordarle lo fuerte que es y lo frágil que soy yo.

—Fyodor, por favor... —digo, riendo entre dientes. Afloja el agarre pero no se aparta.

—Un bebé —dice contra mi pelo—. Vamos a tener un bebé.

—Así es.

Se aparta y me acuna la cara entre las manos; tiene los ojos húmedos y no le importa quién lo vea.

—Dios, te quiero tanto.

Entonces se gira hacia toda la recepción y grita a pleno pulmón: —¡Vamos a tener un bebé!

El caos estalla a nuestro alrededor. Vítores, aplausos y gente corriendo hacia nosotros con felicitaciones, abrazos y lágrimas de felicidad. Inessa rompe a llorar y tiene que apoyarse en Yuri, que

sonríe tanto que parece que se le vaya a partir la cara. Sasha se abre paso entre la multitud exigiendo saber si va a tener un hermano o una hermana, y cuando le digo que aún no lo sé, declara con absoluta certeza que quiere ambos.

Finalmente, Lazar se acerca al micrófono y la multitud se calma para escuchar. Se queda allí un momento, con aspecto de estar profundamente incómodo, lo que de alguna manera hace que lo que va a decir parezca más genuino.

—No se me dan bien los discursos —comienza, y todo el mundo se ríe, porque es obviamente cierto—. Pero Fyodor me pidió que dijera algo, así que aquí me tenéis.

Saca un trozo de papel doblado, lo mira y vuelve a metérselo en el bolsillo.

—Conozco a Fyodor desde hace quince años, desde que éramos prácticamente unos niños. Le he visto convertirse en el hombre que es hoy, y me he sentido orgulloso de estar a su lado en todo momento. Pero nunca lo he visto tan feliz como ahora. —Me mira—. Eso es gracias a ti, Noemi. —Levanta su copa—. Por la feliz pareja.

Todo el mundo bebe. Entonces la voz de Lazar baja de volumen y el humor desaparece de su tono mientras continúa: —Y por Vasili, que debería haber estado aquí esta noche, pero no está. —Hace una pausa, tragando saliva con dificultad—. Te echamos de menos, hermano. Todos los días.

El ánimo cambia y una atmósfera sombría envuelve a cada uno de los asistentes mientras inclinamos la cabeza. Entonces Fyodor levanta su copa hacia el cielo, y veo que otros a nuestro alrededor hacen lo mismo, un momento de silencio por uno de los buenos amigos de Fyodor que a todos nos hubiese gustado que estuviera aquí hoy.

Luego la música vuelve a empezar y la gente comienza a dejarse llevar hacia la pista de baile. Fyodor me coge de la mano y me atrae

hacia él mientras nos balanceamos juntos bajo las guirnaldas de luces.

—Gracias —me susurra al oído.

—¿Por qué?

—Por darme una familia.

Me inclino hacia atrás para mirarle a la cara. Realmente es el hombre más guapo que he conocido, pero no tengo más palabras que: —Te quiero. —Él me besa, y yo le devuelvo el beso mientras oigo a Sasha hacer ese ruido de arcada desde dondequiera que esté sentado observándonos, y eso me hace sonreír contra los labios de Fyodor.

Esta es mi vida ahora. Este hombre, este niño, esta familia que nunca esperé encontrar.

Y no cambiaría ni un solo instante por nada del mundo.

TAMBIÉN POR LEONA WHITE

El Clan Gravitch Serie

Su Novia Forzada || Su Maestra Cautiva

Noche de Paz, Noches de Pecado Serie

Sangre y Nieve || Su Ajuste de Cuentas Navideño || Sangre & Muérdago

El Sindicato de Roma Serie

Pintado en Pecado || La Deuda Matrimonial || Bella Evidencia || La Rosa del Capo || La cautiva del asesino

El Legado de Baranov Serie

Rebelión Vigilada || Rendición Salvaje || Secretos Protegidos || Amor Indomable

La familia Constella Serie

Bajo su Protección || Bajo Su Mirada || Bajo su Control || Bajo Su Abrazo

Los Jefes de la Mafia Serie

El acuerdo irlandés || La Última Vendetta || La Novia del Pakhan

---